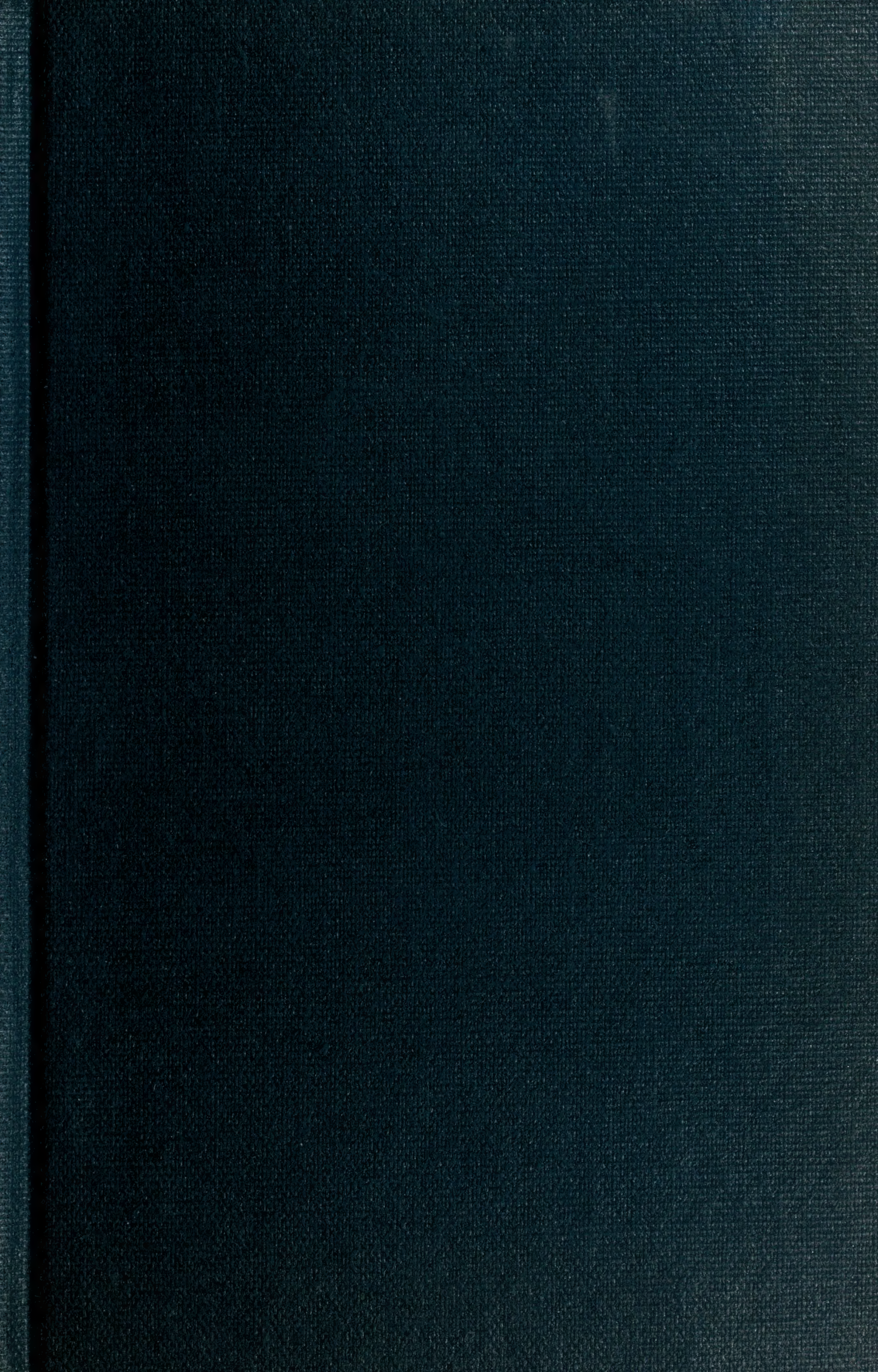




HISTORIA

DE LA

CONQUISTA

DEL PERU

POISSY. — IMPRENTA ARBIEU.

HISTORIA

DE LA

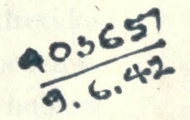
CONQUISTA

DEL PERU

POR

SEBASTIAN LORENTE

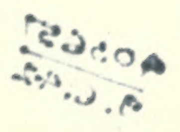




LIMA

SE VENDE EN LA LIBRERIA DE MASIAS

1861



HISTORIA
DE LA CONQUISTA
DEL PERU
POR LOS ESPAÑOLES

LIBRO I
EL DESCUBRIMIENTO

CAPITULO I

HECHOS Y NOTICIAS QUE PREPARAN EL DESCUBRIMIENTO DEL PERU

El comercio marítimo de los Peruanos y las conquistas de los Incas habian hecho conocer á los remotos salvajes del Darien, que hácia el Sur existia una gran nacion civilizada y opulenta; y bastó que estos vagos rumores llegaran á oidos de los Españoles, recien establecidos en Costa-firme, para que los atrevidos aventureros se dirigieran en busca de tan poderoso imperio. Eran tan pocos que apénas se les hubiera creido capaces de acometer un castillo medianamente fortificado; pero poseian aquel valor prodigioso que Dios concede á ciertos hombres, á quienes elige para

cambiar la faz de las naciones. Habian sido conducidos tan léjos de su patria por el espiritu emprendedor del siglo diez y seis y por la voluntad enérgica de la Iberia, que colocada á la vanguardia de la Europa, queria llevar á entrambas Indias su dominacion y su cultura. Aguijoneábanlos para descubrir nuevos paises y para sojuzgar sus habitantes los mas poderosos móviles de la actividad humana : la pasion de las riquezas que trastorna el universo, el amor á las aventuras que produce los héroes y los locos, y el entusiasmo religioso que animó á los cruzados y á los mártires.

Las preocupaciones del tiempo venian en auxilio de la constancia española. Creíase en aquella época que los Papas eran señores de toda la tierra y que los Reyes de España lo eran tambien de la América por la donacion que, al saber los descubrimientos de Colon, les habia hecho Alejandro VI en obsequio de la progacion de la fé : la conquista se llamaba entónces pacificacion, y los que á ella resistian, rebeldes. Santificadas de esa suerte por los errores religiosos y politicos las iniquidades de la guerra, el invadir los pueblos, el cautivar los infieles y el exterminar á los que defendian tenazmente la idolatria y la independencia, se juzgaban actos que merecian la alabanza de los hombres y la proteccion del cielo. Por eso los cruzados de América combatian sin temor y sin escrúpulos, sostenidos á la vez por el temple férreo del carácter español, por el honor militar y por la firme conviccion de que siendo

su causa la causa de Dios, cuando flaqueáran las fuerzas humanas, el Todopoderoso multiplicaria en su favor los milagros.

El valor sobrehumano que semejante conviccion infundia, se inflamaba por las ilusiones de un mundo nuevo que enardecian la fantasía y llenaban el corazon de aspiraciones quiméricas. En este país encantado, mas bien imaginado que descubierto, hombres, animales y plantas, cielo, mares y tierra ofrecian maravillas nunca vistas; el entusiasmo guerrero se alimentaba de proezas no inferiores á las de la antigua caballería; el espíritu religioso, exaltado por la lucha de ocho siglos contra los Moros, hallaba innumerables gentes que ganar á la fé; y como se soñaba un *dorado,* cuyas arenas se componian de piedras preciosas y en cuyos rios podia pescarse el oro con redes, se esperaba adquirir tantas riquezas como gloria.

Animados con tales creencias é ilusiones, se embriagaban los intrépidos guerreros con el peligro y se fortalecian en medio de los sufrimientos; mas los colonos del Darien necesitaron de toda su fé, de todas sus esperanzas y de su constitucion de hierro para acometer y llevar á cabo sus titánicas empresas.

En 1509, trascurridos ya diez y siete años desde el descubrimiento del nuevo mundo y no existiendo todavía ningun establecimiento europeo en el continente americano, nombró el Rey católico gobernadores de Costa-firme á Diego de Nicuesa, cortesano de noble

cuna y de cualidades brillantes y á Alonso de Ojeda, el mas audaz y el mas entusiasta entre los compañeros de Colon, pero altivo en demasía y escaso de juicio. Ojeda, no obstante sus hazañas que realizaron las maravillas de la caballería andante, se vió obligado á abandonar la colonia, que con el nombre de San Sebastian habia fundado hácia la parte oriental del golfo de Uraba, límite de su jurisdiccion por el Norte. Lo escaso de las subsistencias en una region inculta en donde solo podían obtenerse mediante correrías azarosas; los continuos combates con salvajes aguerridos y diligentes que ponian en sus flechas un veneno sutil y devoraban á los prisioneros; y el influjo mortífero del calor y la humedad en una atmósfera saturada de miasmas, redujeron pronto una expedicion de mas de doscientos hombres á poco mas de sesenta; el caudillo hubo de embarcarse en busca de provisiones y refuerzos; y despues de un viaje penosísimo fué á morir á Santo-Domingo, pobre, oscurecido y tan curado de su orgullo, que ordenó le enterráran á la puerta de un convento para que todos cuantos entráran le pisasen.

Al partirse Ojeda puso á los colonos de San-Sebastian bajo las órdenes de Pizarro, el futuro conquistador del Perú; y les dijo que si ántes de cincuenta dias no recibian auxilios, podian retirarse á donde por mejor tuviesen. Expiró el plazo y sin embargo los sesenta desventurados tuvieron que permanecer en aquella

tierra inhospitalaria hasta que la muerte aclaró sus filas, porque solo disponian de dos navecillas en que no cabian todos. Mas como si todavía fuesen en número excesivo, apénas embarcados, desapareció entre las olas uno de los pequeños bajeles; y los que estaban á bordo del otro, hubieron de dirigirse á la bahia de Cartajena, en la que encontraron al bachiller Enciso, segundo de Ojeda.

En parte con halagos, en parte invocando su autoridad, los movió el bachiller á regresar á San-Sebastian; pero allí les aguardaban nuevos desastres: la nave dió en un bajío y los míseros náufragos al saltar á tierra, vieron que sus casas habian sido reducidas á cenizas por los salvajes que les amenazaban con feroz osadía en la vecina playa. Faltos de aliento, los mas animosos exclamaron : — « Dejemos estas costas mortíferas de donde el mar y la tierra y el cielo y los hombres nos rechazan. » Pero Vasco Nuñez de Balboa, á quien el cielo reservaba la gloria de abrir el camino del Perú con el descubrimiento del gran Oceano, les sacó de su abatimiento, recordando que hácia la parte occidental del golfo de Uraba existía un gran rio y en una de sus orillas había sitios frescos, abundantes y habitados por gente que no ponía veneno en sus flechas. Siguiendo los conquistadores el rumbo indicado por Balboa, llegaron á la tierra deseada y fundaron allí el pueblo de Santa-María-de-la-Antigua del Darien.

Los vecinos de la Antigua no tardaron en alzar la obediencia á Enciso, que les habia prohibido, bajo pena de muerte, rescatar oro de los indios y cuya autoridad era cuestionable por hallarse situada la nueva colonia en el territorio de Nicuesa. Al principio eligieron por alcaldes á Balboa y á Zamudio, luego entraron en acaloradas disputas á cerca del gobierno, y al fin prevaleció el partido favorable á la autoridad legal de Nicuesa. El infeliz gobernador, establecido á la sazon en Nombre de Dios, debiera haber recibido como enviados del cielo, á los comisionados de la Antigua, que fueron á llamarle para ponerlo á su cabeza, porque sus padecimientos superaban ya las fuerzas del hombre. El naufragio, las asechanzas de los salvajes, el clima, las fatigas, la sed y el hambre, que llegó al extremo de hacerles devorar un caiman y un cadáver en putrefaccion, tenian casi aniquilada una expedicion que se hubiera creido capaz de dar la ley al Nuevo-Mundo. Los miserables restos aguardaban por momentos sucumbir á flechazos ó entre las agonías de las privaciones. Mas el ántes amable y discreto cortesano que tanto necesitaba ganarse las voluntades, amenazó locamente á sus ávidos protectores por haber contratado con los indios, y anunció en mala hora que les iba á quitar el oro de que se habian apoderado en su territorio contra todo derecho.

Sabida á tiempo la mala disposicion de su nuevo jefe, se prepararon los de la Antigua á recibirle como

al enemigo mas peligroso y lo aguardaron en la playa con gritos y amenazas. El desgraciado conoció entónces la magnitud de su yerro y se presentó como suplicante. Mas su cordura llegaba tarde : en vano pidió que sino de superior le acogieran como compañero ó en calidad de preso ; en vano fué que á corazones endurecidos por el rencor y la codicia recordára sus títulos, sus grandes gastos y sus horribles padecimientos ; ni aun la muerte cierta á que le exponian pudo aplacarlos. A poco de haberle preso con engañosas promesas, le lanzaron en frágil bajel á mares borrascosas con otros diez y seis compañeros, que permanecieron fieles á la desgracia, y jamás se tuvo noticia de los tristes.

A la expulsion de Nicuesa siguió de cerca la de Enciso, que procesado por usurpador, condenado á prision y confiscacion de bienes y puesto en libertad por ruegos de sus amigos, marchó á España á pedir justicia contra sus perseguidores. Para contestar sus cargos marchó tambien á la Corte el alcalde Zamudio; y libre así Balboa de un competidor, no tardó en mostrarse muy superior al cargo á que le habian elevado su genio, las necesidades de la colonia y su popularidad merecida. Pobre hidalgo de Jerez, habia venido al Nuevo-Mundo con Rodrigo de Bastidas, uno de los pocos Europeos que en aquella época de crueles injusticias buscaban á los indios, no para explotarlos desapiadadamente, sino para atraerlos á la civiliza-

cion con los goces apacibles del comercio. Pródigo y amante de placeres, se hallaba envuelto en deudas cuando Enciso salió de Santo-Domingo para reforzar á Ojeda; y queriendo formar parte de esta expedicion, hubo de embarcarse metido en una pipa, porque se habian tomado las providencias mas activas para que no pudieran hacerlo los deudores insolventes. Cuando se dejó ver en alta mar, le amenazó su jefe con abandonarlo en la primera isla desierta que encontrase. Pero las súplicas de otros expedicionarios y la consideracion de lo que prometian su edad, su intrepidez y su constitucion vigorosa, calmaron pronto la indignacion que su ardid causára; su oportuno aviso delante de las ruinas de San-Sebastian le dió algun crédito; sus prendas militares, su amable franqueza, su personal interesante y su conducta sagaz le elevaron en la Antigua sobre las ruinas de Enciso y de Nicuesa; y una gran nueva, la existencia del opulento imperio de los Incas en las lejanas orillas de otro Oceano, vino á revelar sus encumbrados pensamientos y la grandeza de su carácter.

En 1511, para hacerse de una importante alianza, fué Balboa á visitar á Comagre, cacique poderoso que deseaba conocer á los Españoles por lo mucho que de sus proezas publicaba la fama. El hijo mayor del cacique, jóven despierto y animoso, obsequió á sus huéspedes sesenta esclavos y ciertas piezas de oro por valor de cuatro mil pesos; y al ver que sobre la parte

correspondiente á cada uno disputaban con mas calor de lo que la cosa merecía, no pudo reprimir su generosa indignacion, sino que dió con el puño un recio golpe en la balanza, y esparciendo el metal por el suelo, gritó con desenfado : — « ¿A qué reñis por tan poco? Si es tanta vuestra ansía de oro que por haberlo vagais con tanto trabajo léjos de vuestras tierras y vais á inquietar las gentes pacíficas, provincia os mostraré yo donde podais cumplir vuestro deseo... Mirad esas altas montañas ; de su cima se ve un mar que está hácia aquella parte (y señalaba con el dedo al Mediodía) y en aquel mar navegan gentes á remo y vela en barcas poco menores que las vuestras ; y estas gentes comen y beben en vasos grandes de ese metal que tanto codiciais : el oro es tan abundante allí, como me habeis dicho que es el hierro en vuestra tierra. »

Creyó Balboa que el país anunciado por estas palabras era la India y que el cielo le había reservado el descubrimiento del camino directo á aquella opulenta region, objeto de las grandes empresas marítimas de aquel siglo. Pidió á España, por el intermedio del gobernador de Santo-Domingo, mil hombres, que, segun la opinion del hijo de Comagre, eran necesarios para hacer con seguridad la travesía del istmo, y miéntras le llegaba este refuerzo, se dirigió hácia la extremidad interior del golfo, donde esperaba enriquecerse, despojando el santuario de Dobaiba, todo

cubierto de oro, segun el decir de los indios; pero sacó poco provecho de su arriesgada cuanto penosa excursion; y en la Antigua misma corrió gravísimos peligros. Algunos guerreros disfrazados de labradores se emboscaron para darle la muerte cuando saliera al campo; pero huyeron despavoridos al verle formidable como el Dios de los combates, en su yegua terrible para los indios y con su lanza enristrada. Cinco caciques se habian concertado para exterminar á los Castellanos con el ataque nocturno y secreto de sus vasallos; pero Fulvia, hermosa india que estaba unida al gallardo caudillo por una pasion recíproca, fué informada de la conjuracion por un hermano suyo y pesando mas en su corazon el amor que los sentimientos de familia y patria, descubrió el secreto á tiempo para que los caciques pudiesen ser sorprendidos y muertos. Por otra parte, no obstante el alto concepto que del esclarecido jefe habian formado ya sus compañeros, el bachiller Corral y otros sediciosos se disponian á prenderlo para apoderarse de diez mil pesos que aun no estaban distribuidos. Conociéndolos bien y conociendo su propia posicion en la colonia, dejóles Balboa obrar libremente, y bajo el pretexto de salir á caza se ausentó por algunos dias. Al motin sucedió el saqueo, y los de la Antigua prendieron á los culpables y no tuvieron sino una voz para pedir al discreto jefe que restableciera el órden.

No bien apagado el fuego de la discordia, sobrevino

un cambio profundo en la situacion de Balboa, que le obligó á no demorar su expedicion al Pacífico. De Santo-Domingo recibió un refuerzo de ciento cincuenta hombres y el título provisional de capitan general de toda aquella tierra, que le garantizaba la obediencia de los inconstantes aventureros, mal reprimidos hasta entónces por su política hábil y enérgica; y de España le escribió Zamudio que, prevenida la Corte por los primeros informes, le hacia responsable de los daños sufridos por Enciso y de la muerte de Nicuesa. Colocado en la alternativa de aguardar el castigo como un sedicioso oscuro ó de sacrificarse, si fuera menester, en una expedicion gloriosa á sí mismo y á su patria, la emprendió sin dilacion, ya que no con los recursos que eran de desear, con los que supo improvisar su genio. El primero de setiembre de 1513 se embarcó para Coiba, donde mandaba su amigo Careta, llevando alguna vitualla, ciento noventa de sus mas esforzados compañeros armados de ballestas, lanzas, espadas y escopetas, algunos perros de batalla, entre ellos su célebre leoncico que era el terror de los salvajes, y unos mil indios que podian servirle mucho para dirigirle en los bosques y para cargar las provisiones.

En Coiba fueron agasajados los expedicionarios por el cacique, cuya bella hija era la favorita de Balboa; y el seis de setiembre, habiendo celebrado misa el sacerdote de la expedicion Andrés Vera para que

el cielo les concediera su proteccion, emprendieron la travesia por el inexplorado istmo; la distancia al Pácifico era apénas de veinte leguas; pero ofrecia tantos y tales obstáculos, que despues de tres siglos y medio, pocos se atraverian hoy á hacer la travesia con los recursos de Balboa. Obstruian el camino bosques nunca penetrados, pantanos de dificil tránsito, rocas escarpadas, derrumbaderos peligrosos y furiosos torrentes; en toda la marcha eran de temerse los reptiles venenosos, las fieras, poco acostumbradas á que el hombre hollara sus guaridas, y las tribus salvajes mas terribles que el caiman y el tigre; y se sufria en extremo por la falta de provisiones, que, ó no se encontraban, ó no podian trasportarse en cantidad suficiente, por los enjambres de mosquitos que no permitian descanso, y sobre todo por la accion continua de un clima enervante, que quitaba á los miembros el vigor para marchar y á la voluntad la energía para sobreponerse á la postracion del cuerpo. Mas, Balboa supo triunfar de las dificultades y hacer frente á los peligros con su fortaleza, prevision y bondad; dominaba las tribus del tránsito, bien con ataques hábilmente dirigidos, bien con alianzas sabiamente concertadas; exploraba con diligencia los lugares mas ricos y provistos; si alguno de sus compañeros se rendia al cansancio, quedábase con él para aligerarle la marcha; consolaba á los enfermos y heridos; él era el primero en el ataque y en los trabajos, á la vez ar-

rojado y sereno, hombre de hierro para la fatiga y de pujanza hercúlea para los esfuerzos.

De Coiba pasaron los descubridores á los dominios del cacique Ponca, que á pesar de su timidez y recelo, fué atraido por promesas y dádivas, correspondió con importantes obsequios, y señaló la montaña de cuya cumbre se divisaba el Pacífico. Quarequa, cacique mas poderoso, queria impedir el paso; pero su gente huyó despavorida á los primeros tiros, viendo soltar los alanos y brillar las cortantes espadas; el pueblo fué entrado á saco, echados á los perros cincuenta hombres que en traje de mujeres, parecian reos de una prostitucion abominable, y escogidos algunos guias, que el 25 de setiembre pusieron á los descubridores al pié de la deseada montaña.

En la mañana del 26 de setiembre, cerca ya de la cumbre, adelántase Balboa, ve distintamente el Pacífico, y ante la inmensidad que sus ojos contemplan, y ante las grandezas sin cuento, que su inteligencia presiente, cae de rodillas, tiende los brazos al Oceano y llora de alegría y entusiasmo. Luego, alzándose mas arrogante que Anibal, cuando desde la cima de los Alpes mostró á sus soldados los valles de Italia, dice á sus compañeros que le habian alcanzado : — « Amigos, allí veis el cumplimiento de vuestros deseos y el fin de vuestros trabajos. Ya teneis delante el mar que nos anunció el hijo de Comagre; y cerca estarán los incomparables tesoros que se nos prometieron. Voso-

tros sois los primeros que habeis visto esas playas, y vuestra será la inmensa riqueza, vuestra sola la gloria de reducir esas ignoradas regiones al dominio del rey y á la verdadera fé. Sedme, pues, fieles como hasta aqui; y ayudándonos Dios, yo os prometo que nadie en el mundo gozará de mas grandeza que vosotros. » Abrázanle cordialmente y le ofrecen su adhesion en la vida y en la muerte; Vera entona fervoroso el himno, *te alabamos Dios* y arrodillándose los demas, elevan al Todopoderoso la mas pura plegaria desde aquel sublime altar de la naturaleza, bajo el cielo brillante de los trópicos, con bosques majestuosos á sus piés, el misterioso Oceano en lontananza y el alma henchida de esperanza y satisfaccion. En seguida levantan un monumento de piedras amontonadas para perpetuar la memoria del sitio de donde, por primera vez, fué divisado el Pacífico por el hombre civilizado; colocan un corpulento árbol en forma de Cruz, y graban en el tronco los nombres de los reyes de Castilla, en señal de que bajo el cetro Español iba á difundirse la civilizacion evangélica por la inmensidad de aquellas regiones inexploradas. Los imprevisores salvajes admiraron en silencio estos anuncios de su redencion y de la servidumbre secular de su raza.

Allanadas las tierras del cacique Chiapes, cuya resistencia quedó vencida á los primeros tiros y acometida de los alanos y cuya amistad ganó Balboa con su politica insinuante, bajaron los descubridores el 29 de

setiembre á un golfo á que dieron el nombre de San Miguel, en honor del arcángel; el caudillo penetró en las ondas hasta que el agua le dió en la rodilla, llevando en una mano la espada, y en la otra un estandarte en que estaban pintadas la imágen de la Vírgen y las armas de Castilla; y exclamó con el entusiasmo que había heredado de los Arabes : — « Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesion de estos mares y regiones ; y si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel pretende algun derecho á ellos, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos. » Todos los Castellanos adhirieron á este juramento de que se tomó acta; se probó el agua del mar, se pusieron cruces, se amontonaron piedras, y los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles para tomar posesion de todo el Continente Americano y de todas las tierras Océanicas. ¡ Singular espectáculo, que excita la admiracion por la grandeza de los designios y contrista por las calamidades inseparables de toda conquista !

En las orillas del Pacífico alcanzó Balboa nuevos triunfos, corrió inminentes riesgos de naufragio por haberse embarcado en aquella estacion de tormentas; recibió en obsequio gran cantidad de perlas, supo que las había en gran abundancia en las próximas islas de Teraqui y, lo que le alegró mas, vió confirmadas las lisonjeras noticias sobre el imperio de los Incas.

El cacique Tumaco le aseguró que por la costa del Sur se llegaba á un país, rico en oro, y cuyos naturales se servian de ciertos animales, como bestias de carga y trazó un dibujo grosero de las llamas tan comunes en el Perú.

Cierto ya Balboa de cuanto deseaba averiguar, rico en oro y en perlas, y mas rico en esperanzas, emprendió su regreso á la Antigua por un largo rodeo en que experimentó fatigas muy superiores á las de la venida, y obtuvo ricos despojos de varios caciques. El 19 de enero de 1514, le recibieron los vecinos de Santa María con los homenajes de gratitud y admiracion que eran debidos al digno émulo de Colon. Colmado de gloria y de riquezas, objeto de amor y respeto, parecia tanto mas digno de envidia, cuanto que se le presentaba una carrera de brillantes triunfos en los opulentos reinos, cuya existencia ya no era dudosa. El camino estaba trazado ; los intrépidos veteranos del Darien, deslumbrados por su genio y de quienes sabia hacerse respetar y amar por la severidad de la disciplina y por la justa division de los despojos, decian exaltados, que, llevándole á su cabeza, no podrian detenerlos ni la bravura de los salvajes, ni los peligros de mar y tierra. Aunque los miseros indios no tenian tantos motivos de adhesion, porque participaba Balboa de las inhumanas preocupaciones de otros conquistadores americanos, estaban dispuestos á servirle por el ascendiente de su espiritu superior y sobre todo por-

que moderado, amante de la equidad y mas inclinado á las alianzas pacificas que á las desoladoras correrías, era para los oprimidos el mejor de los Castellanos. El rey no podria negar sus favores al héroe de tan magníficos descubrimientos, que le remitia ricos presentes y solo pedia un simple titulo para colmar la monarquía española de tesoros y de glorias. Mas la dicha de Balboa estaba cimentada, como la de todos los mortales, sobre deleznable arena; y para el descubrimiento del Perú, que el cielo reservaba á uno de sus compañeros, debian amontonarse obstáculos sobre obstáculos.

CAPITULO II

OBSTACULOS PARA EL DESCUBRIMIENTO DEL PERU

I

PERSECUCION DE BALBOA.

La nave que debia llevar á España la noticia del descubrimiento del mar del Sur, los obsequios y la solicitud de Balboa, no dejó el puerto hasta el mes de marzo ; y en el intervalo había sido nombrado gobernador del Darien, ó como se decia en aquella época de sueños dorados, *de Castilla del oro,* D. Pedro Arias Dávila, de noble cuna, de gran opinion entre la gente de guerra, llamado el *galan* por sus gracias y el *justador* por su destreza en los torneos, pero de un carácter duro y de un espíritu malévolo, bajo un exterior amable. Se le encargaba que residenciara á Balboa á quien todavía tenian en la Corte por un Goliat y un Anteo. Y á pesar de que fué extremado el entusiasmo cuando se recibieron las noticias dadas por el hijo de Comagre, subsistieron las instrucciones

severas respecto del descubridor del Pacífico y la empresa continuó encargada á Pedrarias Dávila. Como prometia tanto, quisieron formar parte de ella los nobles Castellanos que habian visto desvanecida la brillante expedicion proyectada por el gran capitan para Italia, y se reunieron en Sevilla, que se despoblaba á la sazon con la corriente de emigrados, mas de mil quinientos expedicionarios, distinguidos los mas por su nacimiento, por su lucida juventud y por sus atavíos. El anciano monarca, participando de la excitacion general, gastó en una armada de quince buques, cincuenta y cuatro mil ducados, suma enorme, cuando aun estaban por descubrirse las riquezas de Méjico y del Perú; nombró al franciscano Quevedo obispo del Darien y consejero de Pedrarias, alcalde mayor al licenciado Espinosa, y cuatro oficiales reales para administrar la Hacienda; dió instrucciones extensas para el buen tratamiento de los indios, y nada omitió de cuanto parecia conducir al descubrimiento y colonizacion de tan ricas regiones.

La flota entró en el golfo de Uraba á fines de julio de 1514; y contra sus esperanzas y temores, el nuevo gobernador supo que Balboa vestia el humilde traje de conquistador de salvajes, y estaba dispuesto á reconocer su autoridad y á recibirle de buena voluntad. Los expedicionarios fueron, en efecto, agasajados por los vecinos de la Antigua, y correspondieron á sus obsequios. Pero la dureza de Pedrarias no permitió

que la buena armonía fuese duradera. Luego que obtuvo del confiado Balboa los informes que deseaba, dió principio á la residencia que se le había encargado. El descubridor del mar del Sur se vió casi reducido á la mendicidad, porque se le hizo responsable de los perjuicios que reclamaban sus enemigos; aun se pensó en mandarle á España cargado de hierros, y solo alcanzó residir pobre y humillado en el teatro de sus hazañas por el favor del obispo, cuya codicia lisonjeaba con valiosos servicios, y por la proteccion de la gobernadora, cuyo afecto supo merecer con las delicadas atenciones del cortesano.

Los acontecimientos no tardaron en hacer á Balboa la justicia que el gobierno le negaba; y los colonos sintieron de cerca que el destino de los pueblos pende en gran parte del carácter de sus jefes. La Antigua, donde poco ántes reinaba la abundancia y todo era alegría, paz y esperanzas, sufrió los rigores del hambre, de las enfermedades que le siguen de cerca y de la guerra que la hace duradera. Faltaron las provisiones y con ellas la racion del rey; los altivos nobles de Castilla hubieron de trocar sus galas por un poco de maíz ó de cazabe; gastado el precio de los vestidos, unos ganaban el escaso sustento trayendo leña del monte, otros mas soberbios ó perezosos lo mendigaban de los colonos, poco dispuestos á favorecerlos, y no faltaron quienes

como bestias, saliesen á comer la yerba de los campos; alguno murió de hambre en medio de la calle; los mas enfermaron de necesidad, acabados por el clima ó abatidos por el desengaño. Eran tantos los que morian diariamente, que en un mismo hoyo se enterraban muchos, y al abrir sepultura para un cadáver se dejaba abierta con la seguridad de que ántes de pocas horas habria otros que la ocupasen. En un mes perecieron mas de setecientos y los que tenian medios de ausentarse, pedian y obtenian licencia para salir de este lugar de desolacion. En vez de seguir su gloriosa carrera de conquistas y descubrimientos, solo pensaban los restantes en querellarse unos contra otros, siendo tantos los pleitos que, al decir del alcalde mayor, si se repartian por cabeza, tocarian cuarenta á cada uno. Los indios tan sumisos bajo Balboa, que un solo Español podia atravesar el istmo sin riesgo, se levantaron en masa, cuando vieron atacadas sus personas y haciendas, quebrantadas las alianzas y que el nuevo gobernador no reprimia los excesos de sus capitanes y soldados; las partidas destacadas contra ellos, sin exceptuar la que con pocos recursos y mala direccion se confió á Balboa, salieron mal paradas. Los Españoles ya no se atrevian á alejarse de la Antigua, se fortificaron en la ciudad, cerraron como en tiempo de riesgo la casa de fundicion, y temblaban sin causa, tomando las oleadas del mar y las plantas del bosque por enjambres de salvajes.

La Corte hizo al fin justicia á Balboa, cuando en el descubrimiento del Pacífico, obra maravillosa de su genio, reconocieron todos el mérito del grande hombre, y fué nombrado gobernador de las provincias de Panamá y de Coiba y Adelantado del mar del Sur; desgraciadamente bajo la condicion de estar á las órdenes del gobernador del Darien. Pedrarias retuvo por algunos dias los despachos y solo los entregó al Adelantado del mar del Sur por las reclamaciones del obispo, que, desde el púlpito, denunció su injusticia. No obstante su nueva dignidad, se vió Balboa expuesto á ser encerrado en una jaula de madera porque se tuvo por criminal alzamiento el haber recibido de Cuba recursos para una expedicion, sin previo aviso á Pedrarias. La proteccion de Quevedo le libertó de esta afrentosa prision; mas no pudo impedir que se confiara al capitan Morales una expedicion á la isla de las Perlas que correspondia de derecho al descubridor del Pacífico.

No era Morales hombre que pudiera ocupar dignamente el puesto de Balboa; llegó en verdad al Pacífico sin ningun contraste y despues de ligeros ataques se apoderó de las islas y en ellas obtuvo muchas perlas, dos especialmente de gran valor: la una de veinticinco quilates, la otra del peso de tres dracmas y del tamaño de una pera y ambas de magnífico color y lustre oriental; pero los desmanes de su gente y su imprevisora crueldad fueron causa de que

una parte de los expedicionarios pereciera á manos de los salvajes y el resto solo se salvara con esfuerzos desesperados, despues de inauditos padecimientos, de feroces represalias y estratagemas que horrorizan. Sin embargo, dió esta expedicion importantes resultados para el descubrimiento del Perú; porque el cacique de las islas confirmó cuanto se decia sobre los dorados reinos situados á las orillas del Pacífico y sus palabras fueron recogidas con avidez por dos amigos, Diego Almagro y Francisco Pizarro, que habian ido á esta correría y que aprendieron en ella á esperar y á sufrir.

La fé creciente en la existencia de opulentos paises y la conviccion general de que Balboa era el llamado á conquistarlos por su prestigio y por sus títulos, no dejaban de inquietar á Pedrarias sobre la resolucion que adoptaria la Corte en vista de las reclamaciones hechas por muchos colonos en favor del Adelantado del mar del Sur. El sagaz Quevedo aprovechó esta inquietud del gobernador para persuadirle que su interes estaba en contraer una alianza de familia con el guerrero esclarecido, que al fin había de triunfar y que prometia á su linaje alta nombradía y una envidiable posicion. Y estas reflexiones, que tambien hallaron fácil acceso en el ánimo de la gobernadora, decidieron á ambos esposos á dar á Balboa la mano de su hija doña María. Como la novia se hallaba en España, se celebró la boda por poderes.

El Adelantado del mar del Sur no se mostró inferior á sí mismo en este feliz cambio de fortuna. Acabó en breve los arreglos que el suegro le encargara respecto á la nueva ciudad de Acla, y con los hombres que le proporcionó el gobernador, con los fondos que se le facilitaron de la Hacienda y con los que le suministró el notario Argüello, bajo la condicion de tener parte en las ventajas de la empresa, intentó y consiguió trasportar al traves del istmo las anclas, jarcia y aun la madera que debia servir para los primeros buques europeos que surcaran el Pacífico. Nunca se admirará bastante la fuerza de voluntad que fué necesaria en aquella época para trasportar así los buques de uno á otro mar al traves de bosques y montañas, á costa de grandes fatigas, tiempo y vidas; pero no concluyeron con esto los prodigiosos esfuerzos de Balboa: la primera madera labrada ya en el sitio de la construccion fué comida de gusanos; una gran avenida inutilizó despues los materiales que estaban en disposicion de ponerse en astillero y aun sobrevino un hambre que redujo los expedicionarios á la necesidad de sustentar sus dias con yerbas. Mas de todo triunfaron la actividad y constancia de Balboa: logró acabar dos buques en que se dió á la vela para las islas de las Perlas y de aquí emprendió resueltamente su crucero hácia los ricos paises tantas veces anunciados. Ya habia llegado al puerto de

Piñas, veinte leguas al Sur del golfo de San Miguel, y un viento favorable le hubiera llevado en pocos dias á las costas del Perú; pero en la oscura noche notaron los marineros con asombro un monton de grandes masas en las que rompian las olas: era simplemente un grupo de ballenas; mas el misterioso peligro en mares inexplorados obligó á acercarse á la tierra, y cuando la luz del dia disipó los infundados recelos, el viento era contrario y resolvió Balboa su regreso para acelerar la construccion de otros dos buques que debian completar su armada.

Podia el Adelantado del mar del Sur fiarse en su porvenir, con trescientos hombres bajo sus órdenes, cuatro naves, suyo el mar, que ningun otro buque europeo había surcado todavía, y divisando los tesoros del Perú al fin de su brillante carrera. Segun las crónicas del tiempo, un naturalista Veneciano, á quien llamaban Micer Codro, le había vaticinado, que el año de la aparicion de cierta estrella en cierta region del cielo correria graves riesgos; y que si de ellos salvaba, vendria á ser el mas ilustre y el mas rico de los capitanes de Indias. Apareció en el firmamento el astro anunciado, y burlándose de la prediccion exclamó el Adelantado: — « Donoso estaria el hombre que creyese en adivinos, especialmente en Micer Codro. Ved su estrella y considerad mi posicion. » — A ser cierta la anécdota, tuvo razon en despreciar al astrólogo; pero tal vez hubiera podido leer en las pasiones

de la tierra lo que una vana ciencia querria averiguar por el aspecto de los cielos.

Los celos mezquinos de Pedrarias se exaltaban á medida que Balboa adelantaba en su expedicion y su odio se inflamó fácilmente por apariencias desfavorables malignamente explotadas por los enemigos del héroe. Balboa seguia siempre en sus relaciones con la bella hija de Careta, y Garabito, enconado contra su amigo por ciertas palabras duras que le dijo á causa de esta india, escribió secretamente al gobernador que su yerno olvidado ya de las bodas con doña María iba á alzarle la obediencia; un centinela le habia oido decir : — « partir nos hemos á nuestro viaje, » como si tratara de huirse; y tan leves indicios bastaron para que Pedrarias prendiera á Garabito que habia sido mandado por el Adelantado para averiguar si era cierta la llegada de un nuevo gobernador, quien efectivamente murió en el puerto. El pérfido enviado delató á su amigo en la prision, confirmando lo que ántes habia escrito; y como era sabido que Balboa pensaba darse á la vela, si el nuevo gobernador suscitaba nuevos obstáculos á su expedicion; y como preso su socio Argüello se le tomó una carta en que le instaba á apurar su viaje sin tener en cuenta las malas voluntades, ni los dichos de sus contrarios, dieron estos por cierta su rebelion y Pedrarias procuró atraerlo á su perdicion, llamándole para tratar de su empresa.

Balboa acudió á la invitacion con la confianza que le inspiraban los lazos de familia y la franqueza de su carácter. Los mensajeros no se atrevieron á descubrirle el lazo que se le armaba, sino á poca distancia de Acla; y el iba reflexionando lo que en esto habria de cierto, cuando le alcanzó Pizarro que salia á prenderlo. — « ¿Qué es esto Francisco? le dijo. ¿Solíais vos salir á recibirme de esta manera? » — y se dejó arrestar sin oposicion alguna. La causa fué seguida con actividad por los que tenian interes en su ruina, se le declaró culpable de traicion y fué condenado al último suplicio. El indigno suegro que ántes le había visitado en la prision y le había dirigido palabras de consuelo y de esperanza, cuando entendió que podia ser condenado á muerte, volvió á verle y le dijo con brutal aspereza : — « Hasta aquí os he tratado como hijo, porque creia que en vos había la fidelidad que al rey y á mi en su nombre debíais. Pero ya que os queríais revelar contra la corona de Castilla y no correspondeis á vuestras obligaciones, no espereis de mi obras de padre, sino que os trate como enemigo. » — En vano replicó Balboa : — « Si yo no hubiera estado inocente, no hubiera venido á cumplir vuestro mandato con tanta brevedad y llaneza ; si de algo me acusara la conciencia, hubiera escapado fácilmente de vuestras manos, y no me faltara tierra en que asentar, pobre ó rico. » — En vano, el juez pidió la vida del reo por consideracion á sus eminentes servicios y en vano

manifestó que no firmaria la sentencia de muerte, si no se le mandaba por escrito. Pedrarias contestó con sequedad, *si pecó, muera por ello,* y dió por escrito la órden fatal. La apelacion al emperador que interpuso el Adelantado, no fué admitida; se había marchado á España su protector Quevedo, que no podia recelar semejante persecucion, y los que gozaban de algun influjo, estaban léjos de interesarse por la ilustre víctima; el tesorero le odiaba porque le había afrentado pidiéndole el pago de una deuda, y el bachiller Corral á causa de su antigua prision; el mismo juez Espinosa se inclinaba á torcer la justicia por el interes que tenia en sucederle.

En 1517, el dia en que Balboa fué sacado al cadalso, al oir que el pregonero le llamaba traidor y usurpador de las tierras sujetas á la corona real, exclamó alzando sus ojos al cielo. — « Traidor, no; que jamás tuve otro pensamiento que aumentar al rey sus señorios con todas mis fuerzas. » — No necesitaba el buen caballero de ninguna protesta. Los que recordaban su lealtad entusiasta en la cumbre del istmo y en el golfo de San Miguel, vieron, mudos de horror, caer bajo el hacha del verdugo y clavada en un palo afrentoso la hermosa cabeza del héroe. Tal vez se culpaba él en sus últimos momentos de haber dado ocasion á su trágico fin con sus locos amores; pero nadie podia ver en el reo sino una de esas heróicas víctimas, sacrificadas por ambiciosos

sin elevacion, al rencor que les inspira el genio.

Con Balboa fueron muertos tres oficiales suyos, á quienes se declaró cómplices en la rebelion, y el desventurado Argüello, por quien hizo presente el pueblo que ya era de noche y que con la conclusion del dia parecia que Dios ponia fin á los suplicios. Mas el feroz gobernador, que los contemplaba tras de una palizada, desoyó las súplicas, diciendo : — « Si se desea que este viva, ejecútese en mi la justicia. »

II

EXPEDICION DE ANDAGOYA.

La ejecucion de Balboa suspendió por algunos años el cumplimiento de las magníficas esperanzas que sus descubrimientos habian hecho concebir, como si el justo cielo se opusiera á que los perseguidores participasen de la gloria del héroe. Conforme á sus ideas, había ordenado la Corte que se hiciera un establecimiento en el golfo de San Miguel y se construyeran allí naves para la exploracion del Pacífico ; Pedrarias, temeroso de la residencia y de las reconvenciones del gobierno, había aprovechado tan favorable ocasion para fundar á Panamá y trasladar la capital del Darien al otro lado del istmo y algunas leguas al Este de la capital actual. Mas las expediciones al Sur inspiraban grandes recelos porque se

miraban con cierto terror proyectos tan funestos para Balboa y por que las costas inhospitalarias, los salvajes feroces, los mares tempestuosos y los vientos contrarios que por allí se habian encontrado, retraian á los más animosos; pocos eran por otra parte los que con pequeños medios osaran acometer la conquista de un imperio, cuya situacion era tan misteriosa como sus recursos. Ademas, la atencion se dirigia entónces de preferencia hácia el imaginado estrecho, que reuniendo los dos Oceanos debia facilitar los viajes á las Indias-Orientales; y los expedicionarios de Panamá recorrieron con tal objeto las costas de Veragua, Costa-Rica y Nicaragua, por la última de las que habrá de abrirse algun dia el canal inter-oceánico que aproxime el Oriente al Occidente. Pasáronse por eso cinco años sin nuevas expediciones en busca del Perú. Así se llamaba ya á las regiones del Sur, corrompido, no se sabe de cierto en que ocasion, si en la expedicion de Morales ó en el crucero de Balboa, el nombre *Virú* que era el de un valiente cacique del Este del golfo de San Miguel y el de un rio próximo al puerto de Piñas.

En 1522 los valiosos tesoros del Virú, cuya existencia corroboraban todas las noticias, y las maravillosas hazañas de Hernan Cortés excitaron el entusiasmo de ávidos aventureros; Pascual de Andagoya, regidor de Panamá, se embarcó al frente de ellos siguiendo el rumbo trazado por Balboa, arribó al puerto de

Piñas. Remontando el rio Virú, fué bien acogido de los indios que moraban en sus cercanias, obtuvo seductoras noticias de algunos traficantes que recorrian las costas del Sur y, lleno de confianza, volvió á su navegacion en compañía de un cacique que le mostraba mucha adhesion. Andagoya aseguró en una relacion de su viaje que se habia avanzado hasta el rio *San Juan* y obtenido datos preciosos sobre Huaina-Capac, el Cuzco y otras cosas del Perú. Mas hubo de regresar á Panamá poco medrado y enfermo, segun él decia, á causa de haberse volteado la canoa en que iba y haber estado á merced de las olas por largo rato ; segun otros contaban, provino su accidente de haberle derribado su caballo en el instante en que él quería hacerse admirar de los salvajes como un diestro ginete ; mas cualquiera que fuese la causa, estuvo postrado por mucho tiempo, y su comision fué confiada por Pedrarias al capitan Basurto que murió ántes de desempeñarla.

III

PRIMERA EXPEDICION DE PIZARRO Y ALMAGRO.

La especie de fatalidad que pesaba sobre cuantos intentaban seguir las gloriosas huellas de Balboa, no fué bastante para retraer de la terrible cuanto deseada empresa, á Hernando de Luque, Diego Almagro y

Francisco Pizarro, tres ancianos mas resueltos que la juventud de la colonia. Era el de mayor influjo, entre ellos, Hernando de Luque, antiguo maestre de escuela del cabildo del Darien y entónces vicario de Panamá, que gozaba de gran ascendiente con el gobernador y con todos los colonos por su posicion en la iglesia y por su conducta discreta y moderada. Diego, triste expósito de Almagro que no había podido añadir á su nombre otro apelativo que el del lugar de su nacimiento, era un soldado de impetuosos arranques y de noble fondo al que daban muchos amigos un valor á toda prueba, una generosidad excesiva y una franqueza sin límites. Francisco Pizarro tenia por madre á Francisca Gonzalez, pobre mujer de Trujillo, y se reconocia como hijo natural del coronel Gonzalo Pizarro, uno de los guerreros que habian brillado en Italia á los órdenes de Gonzalo de Córdoba. Tambien tomó parte en estas campañas el jóven Francisco, que habia pasado sus primeros años en el humilde oficio de porquerizo; y no teniendo en su patria posicion que renunciar, cedió despues al entusiasmo que en aquella época arrastraba á los Españoles á las peligrosas cuanto fascinadoras expediciones del Nuevo-Mundo. Aquí se formó en la cruda lucha con los salvajes y mereció toda la confianza de Ojeda, Balboa y Pedrarias en las ocasiones mas difíciles; los soldados preferian siempre marchar bajo sus órdenes, y en los momentos de desesperacion le tomaron mas de una vez por caudillo;

la opinion le señalaba como el único capaz de seguir las huellas de Balboa; pero el rudo soldado, que no sabia leer ni escribir y al que su humilde educacion apénas permitia elevar sus miras muy alto, se envejecia confundido entre otros valerosos aventureros : rayaba ya en los cincuenta años, cuando se asoció á Luque y Almagro, que le confiaron el mando de los primeros expedicionarios. Luque con mas fortuna y mas crédito debia suministrar la mayor parte de los fondos, y Almagro se encargaba de hacer los preparativos y de marchar con los refuerzos. Se obtuvo el beneplácito del gobernador, estipulando que tendria parte en las ganancias, y únicamente cubriria su porcion de gastos en caso de ser el resultado favorable.

Compróse para la expedicion uno de los buques construidos por Balboa que estaba desmantelado en el puerto; y hechas las reparaciones necesarias, reunidos de ochenta á cien reclutas (que en esto varian mucho los cálculos) cuatro caballos y escasos víveres y pertrechos, estuvo Pizarro pronto á salir de Panamá á mediado de noviembre de mil quinientos veinte y cuatro.

Antes de embarcarse celebró Luque una misa, en que partió con sus socios la Hostia consagrada. Los numerosos espectadores se enternecian y lloraban ante la magnánima resolucion de tres hombres, que se votaban á todo linaje de sacrificios para buscar la for-

tuna y la gloria en el engrandecimiento de su soberano y en la propagacion de su fé. Hubo alguno que, tratando de locura la aventurada empresa, los mirára con burlona compasion; mas nadie los acusaba entónces de sacrílegos porque hacian á Dios cómplice de sus ambiciosas aspiraciones y ponian bajo la proteccion del cielo las iniquidades que traeria consigo la conquista. La firme conviccion de que era una empresa santa y justa, y el entusiasmo por la religion y la monarquía hacian elogiar en aquella época la ambicion, la codicia y la vanidad, y absolver fácilmente los atentados que se cohonestaban invocando los venerandos nombres de Dios y Rey; á los ojos mismos de los culpables, las flaquezas se tornaban en grandeza de alma ¡tan ingenioso ha sido y será siempre el corazon humano para santificar sus aspiraciones egoistas! ¡ Con tanta sinrazon se piden alabanzas por hechos que, cuando no la venganza de las leyes, merecen la reprobacion universal!

Pizarro, despues de tocar en Taboga y la isla rica de las Perlas, se dirigió, conforme á las indicaciones de Andagoya, al puerto de Piñas; y habiendo remontado el Virú, poco mas de dos leguas, desembarcó con la gente de guerra para explorar el país y tomar algunos víveres; pero los principios ofrecian una ruda prueba á su constancia. Las habitaciones de los salvajes, pobres y en corto número, se hallaban abandonadas; al salir del rio se entraba en ciénagas

penosísimas, á las ciénagas sucedian montes enmarañados y á estos subidas ásperas y pedregosas. Los soldados, cubiertos de telas de algodon y cargados con sus armas, en aquel clima sofocante y en aquella marcha fatigosa, se abatian, y uno murió de puro cansancio; la soledad y la pobreza del suelo no eran para levantar los ánimos. Asi es que, para no hallar un fin anticipado y oscuro, volvieron á la nave, rotos los vestidos, desfalleciendo de hambre y de fatiga y con los piés ensangrentados.

Despues de diez leguas de navegacion arribaron los expedicionarios á un lugar desolado para hacer leña y aguada; y embarcándose luego, los peligros del mar les hicieron desear los sufrimientos de la tierra. Vientos tempestuosos del Sur, truenos que se encadenaban y torrentes de lluvias no dejaban momento de reposo ni rayo de esperanza; y el oceano, mas embravecido que el cielo, batia en torno la frágil navecilla que hacia agua por todos lados. A los diez dias templó el furor de los elementos; mas la bonanza no suspendió la agonía de los míseros navegantes, que desfallecian entre las horribles angustias de la sed y del hambre, casi agotados ya los barriles de agua, y reducido el alimento á dos mazorcas diarias.

La enormidad de los riesgos y las insoportables privaciones habian desalentado á los de ménos corazon y hecho prorumpir á otros en amargas quejas contra los que los alucinaran, y en palabras mas libres

de las que permite el acatamiento debido á un jefe. Pero Pizarro supo contener á estos con su discrecion, y dió ánimo á aquellos, haciendo brillar en sus pechos abatidos risueñas esperanzas; sin embargo para consolarlos á todos necesitó volver la proa al punto donde habian hecho la última aguada, y donde no debian tardar en sufrir los horrores de la desesperacion.

Habian venido á buscar alivio los expedicionarios en uno de esos bosques primitivos, en que la naturaleza parece haberse detenido en los primeros dias de la creacion, cuando ninguno de los animales amigos del hombre podia subsistir sobre la tierra : bosques sin esplendor y sin armonía, en que una vejetacion exuberante y una atmósfera que sofoca, no dejan condiciones de vida, sino para esos animales que pululan en la humedad y en el fango. Jamás se descubria allí la huella de los cuadrúpedos que marchan á grandes pasos, como para tomar posesion de saludables dominios; ni se oia el canto de las aves, cuyo imperio son las altas regiones donde se respiran aires frescos y puros. Ningun indicio de cultivo, ninguna habitacion humana, ninguna senda trillada. Los descubridores se hallaban como perdidos en el caos de la vida, sin escuchar mas del melancólico sonido del agua que de continuo caia al traves del enmarañado ramaje, el estallido del rayo que era bastante frecuente, el molestísimo ruido de los insectos, ó el mas raro y ligero,

pero mucho mas temible, de ponzoñosos reptiles.

En tan desesperante situacion todos los partidos amenazaban con una muerte próxima : permanecer allí era agonizar al borde del sepulcro; para regresar á Panamá ó para seguir adelante no alcanzaban las provisiones, aun cuando se mataran los cuatro caballos. Ocurrióse por lo tanto al partido medio de que el oficial Montenegro con la mitad de la gente fuera al golfo de San Miguel en busca de víveres, y los demas subsistieran, como pudiesen hasta su regreso, que debia verificarse dentro de breves dias. Así se creia hallar á la vez algun remedio contra la calamidad presente y contra la vergüenza de regresar á Panamá pobres y sin haber hecho nada que fuese digno del valor español.

Los de Montenegro llevaron por toda provision un cuero seco de vaca y unos palmitos amargos; los que quedaron en el puerto *del Hambre* (que tal nombre le dieron despues por la mucha que allí padecieran) se sustentaban solo con algunos mariscos, raices amargas, hojas desabridas y unas bayas mal sanas; algunos sucumbieron entre agudísimos dolores, otros morian hinchados, quienes de puro desfallecimiento, quienes por la pérdida de toda esperanza. Ya habian muerto veinte, y los demas solo eran sostenidos por la voluntad heróica de Pizarro. En el digno discípulo de Balboa jamás se notaba turbacion, ni impaciencia; siempre tranquilo y animoso consolaba á sus compa-

ñeros, hablándoles de la grandeza que iban á alcanzar y de la proteccion del cielo; construia ranchos para preservarlos de la lluvia continua, y buscaba para los enfermos los alimentos ménos malos.

Por fin en las frecuentes correrías por la espesa montaña se divisó cierto dia un lejano resplandor, feliz agüero de habitaciones humanas: Pizarro se dirigió allá con los ménos postrados, y andadas unas ocho leguas, salieron á un sitio medio cultivado, donde encontraron una ranchería y en ella algunos cocos y maiz con que repararon sus fuerzas. Los naturales, que habian huido á su llegada, se acercaron al convencerse de que los advenedizos no pensaban en hacerles daño; algunos les preguntaron admirados. — « ¡A qué sufrir y correr á tierras lejanas! ¿Por qué no sembrais y cosechais en las vuestras? » Uno de sus ancianos añadió que: á diez soles de allí reinaba un monarca opulento, cuyos dominios habian sido invadidos por otro mas poderoso que era hijo del Sol. Quizas hablaba de los señores de Cundinamarca, que á la sazon traian entre sí crudas guerras; quizas, confundiendo las fechas y las distancias, se referia á los Sciris de Quito, cuyo reino habia sido conquistado por Huaina Capac á fines del siglo anterior. Mas estas noticias y la vista de los adornos de oro que lucian los salvajes, consolaron á los aventureros de sus crueles padecimientos. Cuando volvian á desalentarse, porque exploradas las inmediaciones ofrecian la misma desolacion, vieron

con indecible júbilo que uno de los del puerto les traia pan y naranjas, que Pizarro dividió con sus compañeros.

Despues de seis semanas regresó Montenegro con carne, maíz, plátanos y otros comestibles que traia de la isla de las Perlas, habiendo sido contrariado, á la ida, muchos dias por los vientos y habiendo estado á riesgo de perecer por falta de víveres. Los del Puerto del Hambre, que por la suma debilidad apénas podian tenerse en pié, y que de puro extenuados con dificultad fueron reconocidos por los recien llegados, se repusieron en breve con alimentos sustanciosos; y, olvidados de sus males, no pensaron sino en darse á la vela en busca del dorado, del que acababan de tener nuevas lisonjeras. Si entónces se aventuraran á alejarse de la costa, la favorable brisa que les empujaba hácia el Sur, pudiera haberlos llevado pronto al término de sus deseos; pero, marchando á ciegas, como el que en un campo extenso busca riquezas enterradas sin saber el sitio donde se ocultaron, detenidos á cada paso por el formidable misterio que envolvia aquellos paises y aquellos mares, y creyendo que el imperio de los Incas no se hallaba léjos, tuvieron que continuar su navegacion sin desviarse nunca de las costas del Chocó. Aquí los contrariaban el viento y las corrientes, los chubascos y las tempestades agotaban sus sufrimientos, y si desembarcaban, habia de ser atravesando

por espesos manglares, cuyas raices levantadas formaban á una ó dos varas del suelo enrejados impenetrables.

En esa tierra inhospitalaria el cielo desapacible y casi siempre nebuloso oculta el sol por semanas y meses, son las tempestades aterradoras y frecuentes, lluvias casi continuas caen como impetuosos torrentes, el calor excesivo debilita con copiosos sudores, el aire cargado de emanaciones deletéreas produce fiebres de mal carácter, el suelo pantanoso y cubierto de densos bosques dificulta los recursos del cultivo; pero con toda su destemplanza, con sus enfermedades y su desolacion, el Chocó es la tierra del oro; y, al par que en él se templó el carácter de los aventureros para la formidable conquista, las muestras no raras del precioso metal, y las noticias que del imperio de los Incas podian dar los indígenas por su comercio con los Tumbecinos, sostenian viva la esperanza.

Despues de una corta travesía entraron los descubridores en el puerto de la Candelaria, que llamaron así por haber arribado allí el dos de febrero; y tuvieron la satisfaccion de encontrar en una rancheria no distante algunas prendas de oro, abundantes provisiones y puestas al fuego algunas ollas; mas, al sacar las viandas, reconocieron con horror entre ellas piés y manos de hombre; y, aunque se levantó una gran tempestad, corrieron á embarcarse, temiendo mas el bárbaro festin que los peligros del mar, como si ellos mismos

hubieran de ser devorados por la horda de antropófagos.

A pocos dias de navegacion se divisó un lugar que por ofrecer vestigios de un incendio recibió el nombre de *Pueblo-Quemado*. Sendas trilladas entre los espesos manglares anunciaban la presencia de alguna poblacion, que realmente se encontró á una legua del mar, y que construida, sobre una altura y hallándose rodeada de una empalizada, formaba cierta especie de fortaleza. Pensó Pizarro permanecer allí y enviar el buque á Panamá para hacer algunas reparaciones que eran indispensables á causa de las últimas tormentas; y afin de reconocer el país y traer algunos indios que ayudasen á las maniobras, destacó á Montenegro, quien al frente de los soldados mas robustos se internó á los bosques.

Los salvajes no habian abandonado sus ranchos por miedo á los aventureros, sino para poner en salvo á sus familias, y exterminar á sus huéspedes tan luego como la ocasion se ofreciera. Al verlos divididos no vacilaron en salir al encuentro de Montenegro, cuya gente quedó aturdida con la espantosa gritería que llenaba las selvas, y la lluvia de flechas que caian de todos lados. Murieron en el acto tres Españoles y quedaron muchos heridos; mas, rehechos luego de su momentáneo desórden, volvieron el ataque con tanto ímpetu que los salvajes hubieron de dejarlos, por marchar contra Pizarro á quien

tal vez creian acompañado únicamente de los enfermos y acobardados.

Aunque el ataque de los Indios fué súbito, por que senderos solo de ellos conocidos les permitieron llegar al pueblo, ántes que regresára la partida de Montenegro, no era Pizarro un hombre que se dejára sorprender de salvajes. Al conocer su aproximacion, reune la débil guarnicion y, tentando un esfuerzo supremo, los acomete en sus trincheras; obligado á retroceder, porque han reconocido en él al jefe y le cargan todos á la vez, resbala y cae por una ladera; pero, cual el semi-dios que recobraba sus fuerzas al tocar la tierra, álzase el héroe con arrogancia sublime, atraviesa á dos salvajes con su espada, y contiene á la multitud, que corriera á acabarlo con algazara infernal. Vienen otros Españoles en su auxilio, y, por su extraordinaria pujanza y por el silencio con que luchan, ponen espanto a los Indios que se apresuran á huir, cuando llega la partida de Montenegro.

El inesperado ataque y los mas peligrosos que anuncia, deciden á Pizarro á retroceder en busca de medios mas poderosos para continuar sus descubrimientos que, hasta entónces, apénas se habian avanzado unas veinticinco leguas, al Sur del puerto de Piñas. Mas, no queriendo regresar á Panamá sin haber alcanzado un resultado digno de sus aspiraciones, ni exponerse á las duras reconvenciones de Pedra-

rias, se quedó en Chicama, lugar distante de aquella ciudad seis leguas, aunque era de melancólico aspecto, enfermizo y casi desprovisto de recursos; y mandó al tesorero Rivera para dar cuenta al gobernador y ponerse en relacion con sus socios.

Entretanto, Almagro, habiendo equipado otro buque y reunido unos sesenta hombres, seguia las huellas de Pizarro. Tocó en Viru, Puerto-del-Hambre, y Pueblo-Quemado. Aquí, los aguerridos naturales opusieron tambien una resistencia vigorosa á los nuevos invasores, gente bisoña y ménos pundonorosa, que se desconcertó ante el estruendo de los salvajes y al aspecto horroroso de sus cuerpos desnudos y pintados; pero el valeroso Almagro forzó el campo enemigo, si bien tuvo la desgracia de recibir en la cabeza un flechazo de cuyas resultas perdió un ojo. Continuando su marcha al Sur, tocó en el rio *del Melon*, en el de *Baeza*, en el de *las Fortalezas* y en otros puntos intermedios hasta llegar al rio de *San-Juan*; consiguió oro en cantidad no despreciable y noticias mas seguras á cerca del Perú; mas, conociendo por la falta de cortes en los árboles y de otras señales convenidas, que los primeros expedicionarios no habian pasado adelante, y que, á no haber perecido, debian estar de regreso, volvió el rumbo á Panamá; y por las noticias que en la isla de las Perlas habia dejado Rivera, fué á abrazar á Pizarro en Chicama. Allí convinieron los dos amigos en que Francisco se quedaría con la tropa,

aguardando los refuerzos que Diego traeria de Panamá, para dar cima á sus proyectos.

IV

SEGUNDA EXPEDICION DE PIZARRO Y ALMAGRO.

Almagro tuvo que luchar en Panamá con toda clase de obstáculos. Pedrarias estaba armando una expedicion para castigar á Francisco Hernandez que se le habia alzado en Nicaragua; y por temor de que le faltasen soldados, queria impedir las expediciones al Perú. Se mostró por lo tanto muy irritado contra Pizarro, atribuyendo á su torpe obstinacion los grandes desastres que se habian padecido; pretendió entorpecer las operaciones, nombrando otro jefe de su confianza; y solo por el poderoso influjo de Luque cedió en parte de su oposicion, consintiendo en que Pizarro dividiera la autoridad con Almagro quien recibió entónces el título de capitan. Otro obstáculo mas grave era la falta de fondos, por que estaba agotada la fortuna de los socios, y no era mucho su crédito. El hombre dispuesto á adelantar la suma necesaria no podia dar su nombre, porque era el licenciado Espinosa, acusado por la opinion de haber sentenciado á Balboa con el fin de sucederle; y no queria que su participacion en las expediciones al Sur confirmase de una manera ostensible las acusa-

ciones del vulgo. Para salvar este inconveniente, los tres socios, que hasta entónces procedieran fiados en su lealtad recíproca, formalizaron un contrato, por el que se repartian por partes iguales las tierras, indios, tesoros, joyas y cualquiera otra clase de ganancias, que les proporcionara la conquista, pasaban estos derechos á sus herederos ó representantes, y se obligaban á contribuir Pizarro y Almagro con sus servicios personales y Luque con veinte mil pesos en barras de oro. Otro convenio, que se tuvo secreto y del que no se formalizó escritura hasta el año de mil quinientos treinta y uno, expresaba que el vicario de Panamá habia recibido los veinte mil pesos del licenciado Espinosa, habiendo efectuado dicha compañía por su comision y mandato.

Los mayores recursos permitieron que los preparativos para esta expedicion se hicieran mas en grande que para la primera. Pudieron comprarse algunos caballos, municiones y pertrechos, y se alistaron ciento diez hombres, con los que fué á reunirse Almagro á los expedicionarios de Chicama. Los combates de Pueblo-Quemado y sobre todo, la gran mortalidad que produjeron el clima, las privaciones y los trabajos, habian reducido los ciento ochenta aventureros que formaran la primera expedicion, á solos cincuenta; y se hallaban muy desalentados cuando vinieron á reunírseles los ciento diez de la segunda. El consuelo que con este refuerzo debia recibir Pizarro,

se acibaró con el desaire inferido á su autoridad; por esto se mostró quejoso de su amigo Almagro; y aunque dió oidos á sus explicaciones, conservó en adelante cierta prevencion, que tal vez contribuyó por mucho á funestas desavenencias.

Dirigidos por el hábil piloto Ruiz, se encaminaron los descubridores hácia el rio de *San-Juan*, el punto mas avanzado de la primera expedicion. Vientos prósperos los llevaron en pocos dias hasta su desembocadura; y desembarcando Pizarro dos leguas mas arriba, logró sorprender una rancheria, en la que se tomaron quince mil pesos de oro. El fácil y valioso botin los decidió á que Almagro regresase á Panamá para atraerse auxiliares con el cebo de riquezas tan prontamente adquiridas; Ruiz se encargó de explorar las regiones del Sur, y Pizarro se dirigió al interior, donde los prisioneros hechos en la última sorpresa aseguraban que existian campiñas bien cultivadas.

Majestuoso es el espectáculo que se ofrece al internarse en estas regiones, en donde, levantándose colinas sobre colinas hasta confundirse con la encumbrada mole de los Andes, y sucediéndose los bosques vírgenes en variados cuadros de una inmensa vida, todo, tierra, agua, animales y árboles, pone al hombre en contacto inmediato con la magnificencia del Omnipotente. Mas, no estaban los compañeros de Pizarro en disposicion de sentir las apacibles emociones de las

bellezas naturales : el hábito de vivir en el seno de los bosques les hacia ménos sensibles á las maravillas de la naturaleza intertrópical; y los sufrimientos y los peligros los traian harto preocupados para que su imaginacion fuera accesible á impresiones poéticas. Sofocábalos el calor, rendíalos el cansancio y era precario el sustento. Amenazaban el boa desde las espesas ramas de los árboles, las víboras ocultas en la maleza, los caimanes, que se presentaban como rocas salientes en los rios, ó como troncos tendidos en las orillas y á veces tomando el sol por docenas, las lluvias que acababan con los vestidos y con el vigor de los cuerpos, las emanaciones deletéreas que se exhalaban de las profundidades de las playas cenagosas, y los salvajes, ya emboscados, ya atacando las canoas, que la marea decreciente dejaba en seco. En una ocasion mataron á flechazos doce Españoles imposibilitados de navegar y de saltar á las ciénagas de la ribera. Hasta los monos fatigaban con importunas gesticulaciones y los loros con insoportables chillidos; y cuando para escapar á tanto tormento regresó la partida á las orillas del mar, los enjambres de mosquitos no dejaban reposo, sino al que se enterraba en la arena. En tan apurada situacion maldecian los expedicionarios sus sueños dorados y no tenian otro pensamiento que el de regresar á Panamá! La vuelta de Ruiz les inspiró otras ideas.

El atrevido piloto habia navegado con vientos favo-

rables hasta Cabo Pasado, teniendo el placer de ser el primero que por esta direccion cruzara la línea. Reconoció desde luego la isla del Gallo; pero no se detuvo en ella, porque sus habitantes, sabedores ya de que los Castellanos andaban por aquellas tierras, le aguardaban en actitud hostil; fué recorriendo la agradable costa hasta la bahia de San-Mateo; y se iba recreando con la vista de campiñas cultivadas y de indios vestidos, que en gran número miraban con asombro la nave, como si fuera cosa caida del cielo. En alta mar vió un dia con sorpresa que á impulsos de vela, con su timon y quilla, se adelantaba una embarcacion, la cual, ni podia ser de europeos, ni pertenecia de seguro á ninguno de los pueblos descubiertos hasta entónces en América. Era una barca Peruana, con veinte individuos, de los que once se arrojaron al agua y entre los restantes había dos Tumbecinos. Admiró Ruiz el despejo de estos, su buen porte y las noticias que le dieron sobre Tumbez, el Cuzco y el Inca; y tuvo el placer de ver comprobadas estas muestras de una civilizacion adelantada con los varios objetos que halló en la barca, destinados al comercio de los Peruanos con las tribus del Norte : hallóse, entre otros, una balanza para pesar oro, tejidos de algodon y vicuña, admirables por el color, por las labores y por los dibujos de plantas y animales, obras de platería diestramente trabajadas, espejos y vasos.

Con tan lisonjeras muestras y trayendo consigo los

indios que podian dar noticias todavía mas satisfactorias, regresó el hábil marino despues de haberse avanzado como medio grado en el hemisferio del Sur; y cuando todos los aventureros animados con ellas estaban impacientes por seguir adelante, llegó Almagro con bastimentos y refuerzos. Habia tenido la felicidad de ser acogido favorablemente por el nuevo gobernador D. Pedro de los Rios que traia órdenes de la Corte para proteger á los socios. El mezquino Pedrarias, á quien suplicó les acudiera con algunas vacas para preparar carnes y con algun dinero para hacer varias compras, le contestó enojado : — « Bien parece que dejo yo la gobernacion ; pues, si no me hubieran quitado el oficio, me dariais muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro y vuestra ; » — y despues de un altercado poco digno sobre la cantidad que le habian de dar por desistir de la empresa, cedió su parte en los tesoros del Perú por mil pesos. Pero aventureros recien llegados, que todavía conservaban el entusiasmo y las ilusiones de la Península, y el botin llevado del rio de *San-Juan* permitieron á Almagro reunir un refuerzo de ochenta expedicionarios y abundantes provisiones. Los víveres que él traia y las nuevas aportadas por Ruiz, hicieron que, olvidados los trabajos y los riesgos, se emprendiera con general aplauso la navegacion hácia las doradas regiones del Perú.

Sobrevinieron borrascas y aguaceros, hubo de lu-

charse contra el viento y la corriente, y fué necesario buscar refugio en la isla del Gallo, cuyos habitantes amedrentados huyeron al Continente. Gastados quince dias en hacer en los buques las reparaciones necesarias, se volvió otra vez la proa hácia las costas que se deseaba explorar. En las riberas del caudaloso *Patia,* se ahogaron cinco Castellanos á causa de la barra. Al saltar en la bahía de San-Mateo, un indio, á quien deseaban alcanzar los de á caballo para tomar noticias, cayó muerto por falta de aliento, y de miedo cuando sintió de cerca los crueles monstruos de los que no podia escapar huyendo á toda carrera. En las costas de Atacames era sobremanera lisonjero el aspecto del país, muy accidentado, con hermosos bosques, útiles plantíos, llanuras abiertas y una sucesion de alturas, que iban á perderse entre las densas nubes de las cabeceras, las eternas nieves de los Andes y el cielo purísimo de la sierra. Agradaban mas los ricos adornos de los habitantes, que recien sometidos al dominio de los Incas, podian lucir en sus personas el oro que abunda entre las arenas de sus rios, y las esmeraldas procedentes de minas que todavía son desconocidas. Pero no dejaba de inquietar á los aventureros la numerosa poblacion de aquella comarca, donde los Sciris de Quito habian echado las bases de su poder muchos siglos ántes : poblacion que contrastaba con los raros salvajes del Chocó, y que se presentaba reunida en actitud de guerra. En semejante disposicion, los pelotones de In-

dios aparecian á la imaginacion exaltada de los Castellanos ejércitos de á diez mil hombres, las rancherías grandes pueblos, y los pueblos ciudades de tres mil casas.

Los naturales, aunque sorprendidos por la extraña aparicion, y no acertando á explicarse lo que buscaban aquellas estupendas embarcaciones por el mar, y aquellos hombres blancos y barbados por tierra, con sus caballos rápidos como el viento, no los tuvieron por seres amigos, y resolvieron exterminarlos bien con asechanzas, bien oponiendo la superioridad del número á la de la pujanza. Con todo, en presencia del peligro su resolucion flaqueaba; si se habian emboscado, huian despavoridos á la aproximacion de aquellos terribles advenedizos; y cuando se reunian en gran número, no podian tampoco sostener con ánimo sereno la vista de las cortantes espadas. Mas, desvanecido en parte su terror pánico, se atrevieron á acercarse á las naves en una docena de ligeras canoas; luego que se vieron amenazados de cerca, fueron á abrigarse en los bajos de la costa, y permaneció en la playa un enjambre de ellos rebosando fiereza y confianza. Pizarro, deseoso de entablar relaciones pacíficas, desembarcó con una parte de los suyos en el puerto de Atacames; pero fuéle imposible evitar el ataque, y el combate habria sido sangriento, si segun dicen, no se apoderara de los indios un miedo invencible al ver la caida de un ginete, la cual les hizo creer que se habia

dividido en dos cuerpos el ser, para ellos único, hombre y caballo.

Como estaba ya alborotada la tierra, y los pueblos se mostraban cada dia en mayor número, vaciló la resolucion de los expedicionarios, y los jefes creyeron necesaria una Junta de guerra. Los mas estaban por volverse á Panamá, para acometer la empresa con fuerzas mayores.

Almagro dijo, que no era bien volver pobres á pedir limosna y á morir en las cárceles los que tenian deudas ; por el contrario, en vez de desamparar la tierra perdiendo lo trabajado, debia Pizarro quedar en algun lugar de recursos con parte de la gente, miéntras él traia de Panamá los refuerzos necesarios.

Pizarro con una impaciencia extraña en su carácter, replicó : — « Ese partido es muy cómodo, para vos que yendo y viniendo en los navíos, sin que os falte vitualla, no padeceis las miserias del hambre y otras angustias que nos ponen á todos en extrema congoja y sin fuerzas para sufrir mas : á haberlas vos padecido, otra fuera vuestra opinion. »

Exasperado con esta áspera respuesta, gritó Almagro : — « Id pues, vos, por el socorro, que yo soy contento de quedar aquí. »

Así se fueron acalorando con altercados injuriosos y pasando de los insultos á las amenazas, y de las amenazas á las espadas, hubieran puesto un fin poco honroso á su expedicion, si no mediáran Ruiz,

Rivera y otros amigos que consiguieron se apagára la discordia de los capitanes con un cordial abrazo.

Adoptóse el partido propuesto por Almagro ; pero fueron inútiles todas las diligencias hechas para encontrar en el Continente un lugar seguro, cómodo y abundante en vitualla : en las costas del Norte aparecia la tierra áspera y lluviosa, y en las del Sur estaba la gente alzada; por lo que decidieron los capitanes volver á la isla del Gallo, como el asilo ménos malo para la gente de Pizarro. Mas, no bien se supo esta resolucion, cuando los mas de los soldados, quienes no participaban de los sentimientos de los jefes, dijeron á gritos ; — « Queremos volvernos y no perecer miserablemento en estas tierras enemigas, donde todo nos falta, hasta un lugar sagrado para sepultura de nuestros cuerpos ; donde el oro solo brilla de tarde en tarde como para engañarnos ; donde los mas de nuestros compañeros han hallado una muerte oscura, sin haber hecho nada que sea digno del valor español, ni haber alcanzado nosotros algo que pueda hacernos olvidar nuestros incomparables sufrimientos. »

A pesar de estas reclamaciones se estuvo á lo resuelto ; y como se temía que las cartas de los soldados estuviesen concebidas en términos desfavorables, retúvolas todas Almagro, para que no se desacreditase en Panamá una empresa cuyos brillantes resultados estaban cerca de tocarse. Pero este abuso de confianza se volvió, como siempre, contra los mal aconsejados

autores; porque un tal Saravía, pretextando hacer un obsequio á la esposa del gobernador, le envió un ovillo de algodon, tan grande como una cabeza humana, y dentro del ovillo un memorial firmado por otros compañeros, en el que exponian sus quejas y pedian á D. Pedro de los Rios los sacase del cautiverio, concluyendo con esta expresiva cuarteta.

» Pues, señor gobernador,
» Mírelo bien por entero,
» Que allá va el recogedor
» Y acá queda el carnicero. »

La carta de Saravía llegó á su destino, y las quejas de la tropa fueron confirmadas por un tal Lobato, encargado secretamente de procurar la libertad de sus camaradas. Los cuerpos flacos de los que regresaron á Panamá con Almagro, no permitian dudar de la verdad de los padecimientos; y los socios acabaron de ser desacreditados por el apasionado y elocuente testimonio de los turbulentos, que poco despues fueron enviados de la isla del Gallo, sea por librarse de ellos, sea por economizar las provisiones. Por un juego de voces al respetable Luque, se le llamó Hernando *el loco*; tuvose á Almagro por un *embaucador* y á Pizarro por un *obstinado sin entrañas*. Profundamente indignado el gobernador, no dió oidos á los socios de Panamá, y ocultando tal vez miras egoistas bajo las apariencias de proteccion y prudencia, comisionó á su

dependiente Tafur para traerse la gente que servia bajo las órdenes de Pizarro.

Los moradores de la isla del Gallo estaban tan cansados de sufrir, que muchos deseaban ya la muerte : la lluvia era incesante; no se veia jamás el sol; el estruendo de las tempestades no permitia descanso; rotos los vestidos, eran los cuerpos de los miseros Castellanos asaeteados sin tregua por los mosquitos, que cargaban todos, sobre ellos por haberse ausentado los indios; y hubieran sucumbido entre las angustias del hambre, á no haber construido una barca y logrado cargarla de maíz en las costas vecinas. Recibieron por lo tanto la órden del gobernador, llevada por Tafur, como el náufrago á quien iba abandonando la esperanza, y el cautivo envejecido en sus hierros reciben de una mano generosa la vida y la libertad. Decian que el gobernador habia estado inspirado por Dios y lo colmaban de bendiciones. Mas Luque y Almagro escribian á su socio, en un estilo mas enérgico que delicado : — » Aunque penseis reventar, no volvais á Panamá, pues, bien veis cuan perdidos y afrentados quedaremos, si no se lleva adelante el descubrimiento. »

Pizarro tenia fé en la amistad y confiaba en su propio valor y en la proteccion del cielo, y así dijo á sus compañeros : — » Camaradas y amigos; márchense en hora buena los que tanto ansian ir á Panamá á padecer mayores trabajos y necesidad, y pierdan lo que les ha costado tantos sudores y fatigas. Yo lo siento

por ellos. Vosotros, que no os habeis dejado abatir por las muertes, hambres, desnudez, aguaceros y desamparos, pronto hallareis el país anunciado por los indios de Tumbez; con que todos quedareis consolados y ricos. En lo que hasta aquí hemos padecido, jamás me excusé de ser el primero, procurando siempre que ántes faltase para mí que para vosotros; y lo mismo sera en adelante. »

A pesar de estas heróicas palabras, solicitaban los soldados que Tafur los sacase de allí; mas este, por consideracion al caudillo, trazó ó permitió que él trazara con la espada una gran raya en el suelo, para dejar en libertad á los que quisieran quedarse : — « Por aquí, exclamó Pizarro, señalando al Mediodía, se va al Perú á ser ricos; por allá, se va á Panamá á ser pobres : escoja el que sea buen Castellano, lo que mas bien le estuviere. » — Dicho esto pasó la raya, y tras de él la pasaron trece blancos y un mulato cuyo nombre no ha conservado la historia. Los de aquellos trece buenos Españoles eran : Nicolas de Rivera, Bartolomé Ruiz, Pedro de Candia, Juan de la Torre, Francisco de Cuellar, Alonso Briceño, Cristobal de Peralta, Alonso de Molina, Domingo de Sorialuce, Antonio de Carrion, Pedro Alcon, Garcia de Jerez y Martin de Paz : trece valientes, que no obstante las instancias de los compañeros que les dejaban en el mayor abandono, sin navío y á duras penas con un poco de maiz, permanecieron imperturbables en su

resolucion sublime y se confinaron voluntariamente á una roca solitaria del Oceano, pensando en conquistar un poderoso imperio.

La isla del Gallo no era un asilo seguro para el corto número de los compañeros de Pizarro, porque casi esta confundida con la tierra firme, y de un momento á otro podia ser atacada por los antiguos moradores. Por temor á ellos, se buscó un refugio ménos amenazado en otra isla mas separada del continente y á unas veinticinco leguas al Norte, á la cual se dió el nombre de Gorgona por sus muchos manantiales y el de *infierno* por el horror que causó un cautiverio de cinco meses. Tal se representaba á los míseros expedicionarios la espantosa soledad, nido de insectos, nublado siempre el cielo y desgajándose en aguaceros, la tierra bullendo en reptiles, el aire cargado de emanaciones pútridas, los bosques y las alturas en un melancólico desórden que mataba la esperanza. Sin embargo, la Gorgona ofrecia buena agua en los rios que bajaban de las cumbres, y para alimentos delicados los guadoquinajes, uno de los mayores roedores, los faisanes, pavas de monte y otras aves, las agujas y otros pescados, que nunca faltaban entre las rocas y que en las crecientes de luna rebosaban en la playa á la caida de la tarde.

Pizarro hizo construir chozas para que los descubridores se guareciesen de los continuos temporales; y miéntras cuidaba que, con la provision de maiz, los re-

cursos de la caza y de la pesca no faltase á los cuerpos el alimento necesario, ponia especial atencion en las prácticas religiosas que debian asegurar á los ánimos la confianza en el cielo. Todas las mañanas daba gracias á Dios, al ponerse el sol se rezaba la *Salve* y las otras oraciones á las horas establecidas, se observaban los viernes y se santificaban las fiestas, especialmente los domingos. Eran, sin embargo, hombres los cautivos de la Gorgona, y, no obstante su resignacion sublime y su esperanza en Dios, cuando pasó semana tras semana y mes tras mes, sin que llegara el buque salvador, pensaron en fabricar una barquilla para irse á Panamá. Conservando todavia un resto de fé en los Españoles del istmo, pasaban las horas en la playa, con los ojos fijos en el lejano horizonte; y muchas veces en las olas que reventaban, en los celajes y en las malezas que traia la corriente, creyeron distinguir la vela deseada. Al fin divisaron una cosa, que tenia la apariencia de un palo de navío; y aunque á poco se dejó percibir distintamente la vela y no tardó la nave en entrar en el puerto, la veian y tocaban y apénas se atrevian á creerlo; ¡ tan repetidos desengaños habian sufrido durante su largo cautiverio!

A la llegada de Tafur irritado el gobernador de Panamá con la que el llamaba resolucion de desesperados, se había negado á sacar de su peligroso abandono á Pizarro, y mucho mas á favorecerle en su temeraria empresa; ni dió oidos á las poderosas obser-

vaciones del piloto Ruiz, que habia sido enviado por sus compañeros de la Gorgona para asegurar con su testimonio las ventajas de seguir los descubrimientos; ni se apiadó por las repetidas instancias de Luque y Almagro que con lágrimas pidieron proteccion para su empresa y para su desamparado amigo. Pero cansados los socios de suplicarle en vano protestaron del daño, que se les inferia, y del deservicio que se hacia á la corona; y como el Emperador le habia ordenado que protegiese aquellas expediciones, convinó al fin en que el hábil piloto regresase con un buque y con sola la gente necesaria para las maniobras. Ya estaban al punto de darse á la vela, cuando envió á Juan de Castañeda á registrar la nave con la instruccion secreta de que la diese por mala. Pretendía revocar su licencia, de esta manera tortuosa, que justifica hasta cierto punto las sospechas de que no por consideraciones prudentes, sino por miras egoistas se oponia á los grandes proyectos de la sociedad descubridora. Felizmente Juan de Castañeda dijo que la nave estaba buena, y el tímido ó no bien intencionado Pedro de los Rios hubo de permitir que partiera; pero con la órden expresa para Pizarro de presentarse en el istmo ántes de los seis meses, cualquiera que fuese el resultado de sus descubrimientos.

CAPITULO III

AVENTURAS DE PIZARRO EN LA COSTA DEL PERU.

Aunque el auxilio recibido no llenaba las esperanzas, ni correspondia á lo que habian merecido los de la Gorgona, fué aceptado con entusiasmo; y Pizarro se preparó con redoblada actividad para continuar su expedicion hácia el Sur; como si previera que su gloria había de ser tanto mayor, cuanto mas medios de ir adelante se le negaban. Dejó en la isla el bagaje, y á Paez y á Trujillo por enfermos en compañía de algunos indios de servicio; y con los de Tumbez, que ya entendian algo del castellano, y con los demas Españoles se embarcó en derechura para el Perú. Los Sures y las corrientes le impidieron llegar al término de sus deseos ántes de los veinte dias; pero al cabo de ellos entró en el bellísimo golfo de Guayaquil, digno proscenio para que el espíritu entusiasta de los expedicionarios se preparara á gozar del maravilloso es-

pectáculo de la civilizacion peruana. Desplega allí el Grande Oceano su apacible majestad; los bosques brillan con la esplendente magnificencia de la vegetacion ecuatorial; y pueden divisarse á lo léjos los estupendos colosos de los Andes que el sol hiere á plomo, y en cuyas entrañas arde un fuego inextinguible, y que sin embargo estan cubiertos de las nieves polares.

La primera tierra en que tocaron los descubridores, fué en una isla pequeña y despoblada á que dieron el nombre de Santa Clara, y que hoy se llama del *Muerto* por su gran semejanza á un amortajado. Allí venian los indios en ciertas épocas á hacer grandes sacrificios á un ídolo de piedra, de rostro humano, y de cabeza puntiáguda; por eso se hallaron algunas vistosas mantas de lana amarilla, cabezas, manos y pechos de mujer hechos de plata y oro, y un cántaro de plata en que cabia una arroba de agua : lisonjero indicio de la opulencia del país. Al dia siguiente se vió una flota de cinco barcas montadas por guerreros de Tumbez, que iban á atacar á sus eternos rivales de la Puná. Pizarro los detuvo y les hizo marchar en su compañía, asegurándoles que no era su ánimo hacerles el mas leve daño.

Grata y profunda fué la sorpresa de Españoles y Peruanos cuando la nave entró en el puerto de Tumbez : era el saludo amistoso de dos razas, cuya sangre y destinos iban á confundirse en la vasta extension del imperio. Para los que tantos meses agonizaran entre

los horrores de una naturaleza salvaje, la ciudad de Tumbez con campos fértiles y bien cultivados, con edificios regulares, y habitantes bien vestidos y de bondadoso semblante debia presentarse, como la digna entrada de la tierra de promision. Los Tumbecinos contemplaban absortos, como una aparicion sobrenatural el buque tan superior á sus barcas, y los misteriosos extranjeros, de hermoso aspecto y de continente terrible; no podian adivinar, de donde hubiesen venido; mas por el informe que les dieron sus compatriotas, tuviéronlos por enviados de los Dioses; y cediendo á sus sentimientos hospitalarios y al deseo de agasajar á los recienvenidos, como correspondia á tan elevada mision, les mandaron lanchas cargadas de caza, pesca, chicha, una llama, agua y frutos de la tierra.

Con los que llevaban las provisiones, fué á bordo un noble Inca, quien deseoso de dar cuenta exacta al Soberano, queria ver las cosas por sí mismo. Los Castellanos estaban admirados de la atencion con que lo observaba todo y de la sagacidad de sus preguntas. Entre otras cosas preguntó ¿qué, de donde eran y qué buscaban, andando sin descanso por mar y por tierra? — Pizarro le respondió con franqueza : « Venimos de Castilla, donde manda un rey potentísimo, cuyos vasallos somos. Hemos salido para poner debajo de la sujecion de nuestro rey, cuantas tierras hallemos. Y es nuestro principal deseo daros á conocer,

que adorais Dioses falsos, y que teneis necesidad de adorar al solo Dios que está en los cielos; porque los que no le adoran, ni cumplen sus mandamientos, irán á abrasarse en el fuego eterno del infierno; y los que le acatan como á Criador del mundo, gozarán en el cielo de la dicha eterna.» El Inca estaba atónito al oir estas y otras expresiones de Pizarro; gustó mucho de la comida de los Castellanos y del vino que le pareció superior á la chicha; y al retirarse del navío, á las dos de la tarde, recibió con suma complacencia una hacha de hierro, tres calcedonias y algunas cuentas de margaritas.

Con el Inca fueron enviados á tierra Alonso de Molina, y un negro, y al mismo tiempo se remitieron cuatro gallinas, un gallo y dos cerdos, macho y hembra, que obsequiaba Pizarro al curaca, correspondiendo á sus cargas de provisiones. Al oir por primera vez el canto del gallo, preguntaban con admiracion los indios; qué decia y qué pedia aquel animal. Maravillados aun mas del color del negro, hombres, mujeres y niños le miraban embelesados, le llevaban de unos á otros y le lavaban, por si se le quitaba la tinta. El negro, aunque no le dejaban tiempo para comer, se prestaba á todo riéndose y mostrando sus dientes blancos. Tambien, Molina excitaba un interes general con sus largas barbas y su blanca tez; algunas mujeres hermosas le hablaban con amabilidad y le traian regalos; conociendo su complacencia le dijo una se-

ñora muy bella, que se quedara allí y le darian por compañera la que mas le gustase. »

A su regreso, Molina, á quien habian encantado aquellas mujeres cariñosas, de tierna mirada y dulce sonrisa, y aquel país lleno de los atractivos de una civilizacion pura y sencilla, contó tales maravillas y habló con tanto entusiasmo de la amabilidad de los habitantes, de la riqueza que poseian, de sus grandes edificios, de los campos, y de los rebaños de llamas, que su testimonio se hizo sospechoso; y acordó Pizarro enviar á Pedro de Candia, cuyo buen juicio le inspiraba confianza.

El apuesto Griego, de elevada estatura y grandes fuerzas, saltó á tierra, armado el cuerpo de resplandeciente malla, con la espada al cinto, el arcabuz al hombro y la arrogancia de los Argonautas, cuando fueron á apoderarse del *Vellocino de oro*. Lleváronle los indios con gran alegría al palacio del curaca; y algunos le rogaron que hiciese hablar aquel arma, de cuya estrepitosa explosion tenian alguna noticia por sus paisanos, que habian acompañado á los Españoles en la Gorgona. Soltó Candia el tiro y pasó un tablon con la bala; de los circunstantes muchos cayeron al suelo espantados, y otros huyeron gritando y ocultando la cara entre sus manos; el curaca echaba vasos de chicha por el cañon del arcabuz diciendo : — « Bebe, bebe, pues haces tanto estruendo, como el illapa. »

Tambien se cuenta, que para probar el valor de Can-

dia, le echaron un tigre, el cual se amansó á la señal de la Cruz; pero esta tradicion fué desmentida por un informe que años despues siguió el gobierno español. Lo cierto es, que objeto el extranjero de la consideracion general pudo reconocerlo todo: admiró la gran fortaleza que, construida en un tiempo inmemorial, habia sido restablecida por los Incas en las vastas proporciones, que pedia aquella ciudad, baluarte del imperio en la costa del Norte; vió una asombrosa cantidad de oro y plata que revestian las paredes del templo, formaban los adornos fantásticos del jardin de las escogidas y eran labrados todos los dias por un cierto número de plateros. Maravillóse tambien en gran manera del modo, como era servido el palacio del curaca y del órden que reinaba en la casa de las escogidas, las cuales desearon ver al bello huésped, y probablemente se holgaron mucho al conseguirlo.

Los compañeros de Candia casi se volvieron locos de placer, al oir su relacion que no solo confirmaba la de Molina, sino que daba una idea mas alta de la riqueza, cultura y bondad de aquel pueblo. Pizarro estaba lleno de satisfaccion, porque sus ideas á cerca del Perú, se hallaban ya puestas fuera de duda y porque la favorable acogida le daba esperanzas de sujetar fácilmente al poder del Rey y de la Iglesia Indios tan sencillos y de tan apacible índole; y entregada su mente á vastos proyectos, abandonó el venturoso puerto para seguir la exploracion de las costas y llegar á la

opulenta ciudad de Chincha, cuya grandeza ensalzaban los Tumbecinos.

Los descubridores no recorrieron sino de Tumbez á Santa, costa ocupada en su mayor parte por ardientes y estériles arenales. Mas, hasta la melancólica aridez del desierto tenia encantos para los que habian padecido tanto en el espesor de los bosques; y sin necesidad del contraste con recuerdos penosos gustaban las delicias que ofrecen los inestimables privilegios del litoral peruano : su cielo siempre sereno sin lluvias, ni rayos, sus valles de eterno verdor y de temperatura suave, las nubes de aves acuáticas que estan desfilando horas enteras, la abundancia de peces delicados, el mar apacible, la playa anchurosa, y desde el tiempo de los Incas y aun de una época anterior, parte del desierto convertida en campiña, mediante las acequias y las hoyas, pueblos y caseríos bien construidos y habitantes alegres, industriosos y hospitalarios.

Doblado el Cabo-Blanco, se arribó á la hermosa herradura de Paita, que puede ofrecer tranquilo abrigo á los buques de mil naciones. Cerca de las islas de Lobos se oyeron bramidos espantosos; pero habiéndola reconocido, causó asombro la multitud de focas que cubrian la costa. Pasada la Punta de Aguja, entraron los expedicionarios en un puerto que llamaron de Santa Cruz (probablemente cerca de la caleta de Sechura); y como ya se había estendido la fama de su venida por toda aquella tierra, y habian

dejado en Tumbez los mejores recuerdos; acudian en tropel las gentes á ver el gran navío, el negro, los blancos con barbas y el arcabuz; traían de la mejor voluntad toda clase de provisiones á unos huéspedes tan piadosos y humanos, como los juzgaban por su conducta y sus promesas. Esta buena opinion se confirmaba con frecuentes regalos de peines, anzuelos y cuentas de vidrio que para los naturales eran de gran precio; y se ocultaba la avidez del oro, que por no alarmarlos, cuidó Pizarro no exigir en rescate, ni recibir en obsequio.

Siguiendo la marcha al Sur, sobrevinieron vientos contrarios, y al fin de quince dias fué necesario tomar puerto para hacer leña. Los naturales se apresuraron á mandar sus balsas cargadas de provisiones, y desembarcó Molina, que fué muy agasajado por la capullana del inmediato valle. El mar se embraveció y fué forzoso, al cabo de tres dias, abandonar el puerto, para que el navío no se estrellara. No hubo recelo alguno en dejar á Molina bajo la proteccion de la bondadosa curaca, á la que ofreció Pizarro visitar á la vuelta, segun le suplicaba ella con repetidas instancias.

Antes de dar vista al valle de Chimú bajaron tambien algunos á tierra para hacer provision de agua, leña y víveres; y el marinero Bocanegra dijo, que se queria quedar entre gente tan buena; temióse que fuera este un ardid de los indios para no soltarlo;

pero luego se supo, que él se quedaba con la mejor voluntad y rebosando contento, porque lo llevaban en andas.

Por fin, al arribar á Santa, dijeron los aventureros á su jefe, que reconocidas ya unas doscientas leguas de costa y no necesitando mas datos para acreditar la opulencia del Perú, debian regresar á Panamá á fin de volver con las fuerzas necesarias. Pesaba en el alma á Pizarro no tener á su disposicion algunos centenares de guerreros para dar principio á la conquista; pero fué gran fortuna suya, que tal causa le impidiera atacar el imperio de los Incas, cuando los hijos de Huaina Capac dominaban desde Pasto hasta á Arauco, sin haber debilitado el poder de sus armas y el prestigio de su raza en una guerra fratricida.

A su regreso, quiso cumplir Pizarro la palabra dada á la capullana, cuya bondadosa hospitalidad ensalzaba sobremanera Molina, que, vino á la nave apénas surta en el puerto; y para anticiparse á su visita y darle las gracias por las provisiones que había remitido, fueron á saludarla Rivera, Alcon y otros dos Castellanos. La amable peruana recibió á sus huéspedes con encantadora cortesía; hizólos sentar y comer junto á sí; ella misma les sirvió los vasos de chicha, diciendo que así solian hacerlo sus paisanas; y concluida la comida, se apresuró á ir al navio, para que el capitan descansase en su valle de las fatigas del mar. Obsequiada, cual sus atenciones merecian, instó porque

Pizarro desembarcara, ofreciendo, que durante su permanencia en tierra, quedarian en el buque cinco de sus principales vasallos, como prenda de seguridad para los Españoles; aunque se le manifestó, que sin necesidad de rehenes ella ofrecia en su carácter sobradas garantías, volvió á sus dominios para preparar la honrosa acogida ; y al romper el dia, estaban ya al rededor del navío mas de cincuenta balsas, y en una de ellas doce indios principales, que á pesar de todas las negativas, se quedaron en el buque, miéntras permanecia en tierra Pizarro.

En la playa encontraron los Españoles á la capullana acompañada de gran número de sus vasallos, todos en órden, con ramos verdes y espigas de maíz en las manos. De allí marcharon con solemne alegría á una hermosa enramada, bajo la que se pusieron asientos para ellos y otros algo apartados para los indios. Sirviéronse carnes y pescados bien aderezados, los sabrosos frutos de la tierra y abundante chicha. Nada dejaban que desear aquella bella naturaleza de los valles de Lambayeque y Chiclayo, (en uno de los cuales tuvo lugar el convite,) y las muestras brillantes de la mas dulce cultura ; los cánticos y bailes vinieron á realzar los encantos de tan seductora acogida : los tiernos yaravis que las hijas del sol dirigian con una melancolía dulcísima, mas al corazon que á los sentidos, y las danzas que expresaban una timidez y un candor llenos de encanto, debieron hacer

sentir á los Castellanos, que no faltan gracias á las bellezas indias.

Alcon, jóven de bella presencia, pero aun mas pagado de su persona, que buen mozo, quedó deslumbrado con la opulencia y amable recibimiento de la capullana, cuando él y otros tres Castellanos fueron á saludarla en nombre de Pizarro. Amigo de engalanarse, como quien estaba infatuado con el poder de sus atractivos, se puso el dia del convite su escofion de oro con gorra y medalla, jubon de terciopelo, calzas negras, espada y puñal al cinto ; de manera que, segun el dicho de sus compañeros, parecia, no un trabajado descubridor de manglares, sino un bizarro soldado de Italia. El espléndido y animado festin arrebató su poco juicio, y cuando sus compañeros iban á retirarse, pidió á Pizarro licencia para quedarse allí ; negósela resueltamente el discreto jefe, y el infeliz insano se fué tras la gente con una espada quebrada que halló á mano gritando : — » ¿A qué quereis que me vaya, bándidos, malvados? que esta tierra es mia y del rey mi hermano, y me la teneis usurpada. » — Deliraba de ambicion y de amor; y para contenerle hubieron de dar con el desgraciado en el suelo de un golpe de remo y ponerle encadenado debajo de la cubierta. Es de creer que el tiempo y la navegacion le volvieron la razon, porque meses despues le hizo el rey hidalgo.

Al acabar el festin, dijo Pizarro á los que con tanta

bondad le habian hospedado : — « Mucho os debo con la honra que me habeis hecho, y espero pagároslo algun dia. Mas, por el amor que os he cobrado, quiero avisaros desde ahora, que debeis dejar vuestros falsos dioses, el Sol mismo, que es una cosa criada, y adorar solo al Dios Todopoderoso que lo ha criado todo, que esta en los cielos y que os puede hacer eternamente felices ó desgraciados. Yo volveré con religiosos que os enseñen la Religion verdadera, y reconocereis por señor al poderosísimo rey de Castilla. En señal de obediencia alzad esta bandera. » — Los sencillos Peruanos, no pudiendo recelar la terrible conquista anunciada por tan apacible ceremonia, alzaron tres veces la bandera, sonriéndose y tan satisfechos, como si aquello fuera parte del alegre festin. Mas no es fácil sondear, lo que en aquella hora pasaba en el alma de Pizarro, abismo sin fondo, como la de todos los grandes ambiciosos. Tal vez se propuso solo mostrar su reconocimiento á la generosa acogida con un acto que él podia considerar como el anuncio de que sus amigos iban á recibir la civilizacion evangélica ; tal vez, solo se ocupó de sus propios intereses queriendo asegurar con esta toma de posesion sus derechos contra las pretensiones de otros conquistadores ; y es mas probable, que en su vasto corazon cabian á un mismo tiempo todos los sentimientos : la gratitud, el celo por la Religion y por el Rey y las aspiraciones ambiciosas.

Del puerto de la capullana pasaron los descubridores á otro perteneciente á la actual provincia de Piura, donde se repitieron los obsequios de los naturales, se les entregó un jarro de plata y una espada que habian perdido en la ida al voltearse una balsa; y se les confiaron dos muchachos para que aprendieran la lengua castellana y sirvieran de intérpretes. Uno de ellos recibió el nombre de Martin y el otro fué reconocido con el de Felipe de Poechos ó Felipillo, tristemente célebre. En el Cabo-Blanco volvió Pizarro á renovar el acto de tomar posesion de aquella tierra; estuvo cerca de ahogarse por haberse volteado la canoa en que iba, y dejo al marinero Gines que habia solicitado quedarse en país tan hospitalario. En Tumbez se quedó igualmente con sus antiguos amigos Alonso de Molina, atraido sin duda por las dulzuras del lugar y por la amabilidad de sus mujeres. Así habian mostrado Españoles y Peruanos, que la Providencia los llamaba á estrechar sus relaciones, mas bien con los lazos de la sangre y con los servicios recíprocos, que con destructoras conquistas y con una dominacion violenta. Los encantos del Péru eran ya suficientes para hacer delirar á algunos y para que otros no temieran quedarse solos en tierras desconocidas.

Despues de dejar las hospitalarias costas del Perú, tocó Pizarro en la punta de Santa-Elena, donde los principales habitantes le obsequiaron mantas y cha-

quira; en Puerto-Viejo recibió otros regalos; en la Gorgona recogió á solo Trujillo porque Paez había muerto; y en fin, favorecido por los vientos y por las corrientes, llegó en pocos dias al istmo, como á los dos años de su salida de Chicama y á los tres de haberse ausentado de Panamá. Creia ya tocar con las manos el cumplimiento de los altos designios que henchian su mente; y habiendo triunfado de la naturaleza y de los hombres, se gozaba en el lisonjero recuerdo de los grandes obstáculos á que había necesitado sobreponerse, para hacer el inapreciable descubrimiento del Perú, objeto mas bien de ardientes deseos, que de firmes esperanzas.

LIBRO II

LA INVASION

CAPITULO I

DISPOSICIONES PREVIAS PARA LA CONQUISTA Y COLONIZACION DEL PERU.

Los vecinos de Panamá recibieron con entusiasmo al descubridor del Perú y, segun la disposicion del vulgo al juzgar de las cosas por los resultados, eran los primeros á ensalzar la constancia del héroe, los que meses ántes le acusaran de torpe obstinacion. Sin embargo, cuando en compañía de Luque y Almagro solicitó la proteccion del gobernador de Panamá, contestó este con una frialdad que tan bien podia ocultar los tímidos recelos de un espíritu pusilánime, como las secretas intrigas de una ambicion rastrera : — « No entiendo yo de despoblar mi gobernacion para que se vayan á poblar nuevas tierras, muriendo en la demanda mas gente de la que ya ha muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que han traido. »

La mala disposicion de Pedro de los Rios, el no querer ni poder fiarse de Pedrarias, que estaba de gobernador en Nicaragua, y la falta de fondos y de crédito podian malograr la sazonada empresa, ó hacer que, despues de tantos trabajos y sacrificios, viniesen otros á cosechar los frutos. Para evitarlo, creyó Luque lo mas acertado pedir al monarca una proteccion que no dejaria de acordar, por lo mucho que en la conquista del Perú se interesaban el fisco y el esplendor de la corona. La dificultad estaba en encontrar una persona que hiciera valer en la Corte, los derechos y pretensiones de los tres socios. El vicario no podia separarse de la iglesia de Panamá. El uno de los capitanes, pequeño de cuerpo, feo de rostro y desfigurado con la pérdida de un ojo, tosco en sus maneras y poco medido en las palabras, en vez de favor, solo podia atraerse el desprecio de cortesanos superficiales que jamás supieron hacer justicia al mérito, cuando se les presenta con un exterior poco brillante. El otro capitan, aunque de una figura imponente, noble en su porte, magnífico en sus palabras y de una discrecion á toda prueba preferia los combates á las antesalas, y estaba ménos dispuesto á arrostrar los desdenes de los poderosos, que las flechas envenenadas de los salvajes. Fué por esto Luque de opinion, que podia conferirse la interesante comision al licenciado Corral, quien marchaba á España para asuntos de gobierno; mas el perseguidor de Balboa

no inspiraba confianza á ninguno de los capitanes; y segun las nobles reflexiones de Almagro no debia fiarse tan delicado negocio á una tercera persona, sino al héroe del descubrimiento : solo él podria mover á unos con la exposicion animada de sus grandes hechos, cautivar á otros con la fascinadora pintura del país y buscar en todos auxilios eficaces con decidido empeño.

Con arreglo á estas consideraciones se acordó el viaje de Pizarro á España; sin embargo, el vicario que conocia bien el corazon humano, exclamó : — «¡ Plegue á Dios ! hijos, que no os hurteis la bendicion de Dios el uno al otro, como Jacob á Esau; yo todavía holgaria que á lo ménos fuerais entrambos. »

Debia solicitarse el obispado de Tumbez para Luque, el título de Adelantado para Almagro, el gobierno del Perú para Pizarro, el empleo de alguacil mayor para Ruiz y honores y mercedes para los leales compañeros de la Gorgona. Así lo ofreció Pizarro, y con mil quinientos pesos que le facilitaron los socios, partió de Panamá en la primavera de 1528, llevando consigo á Pedro de Candia, algunos indígenas, dos ó tres llamas, telas del país, y pequeñas obras de oro y plata.

El viaje al traves del istmo y desde Nombre-de-Dios á España fué feliz; pero la ignominia de la cárcel aguardaba á Pizarro al pisar las playas de su patria. Enciso, el mismo bachiller que con sus apasionadas

quejas había promovido la persecucion de Balboa, hizo prender al héroe que venía á ofrecer á su soberano la conquista de un imperio, valiéndose en su daño de las órdenes severas que había recabado contra sus antiguos deudores del Darien. Por honor del gobierno, sabedor el Emperador de tan indigno recibimiento, decretó la libertad del preso y su marcha á Toledo donde se hallaba la Corte. Para los gastos de viaje dióse á Pizarro parte del oro que él había traido y que se le tenia embargado.

Carlos V gozaba á la sazon de sus laureles de Pavía y se estaba preparando para recibir en Italia la corona imperial de manos del Papa; el gigantesco proyecto de dominar en Europa llenaba su alma grande; pero se apercibió en buena hora del esplendor que se acrecía á su trono y de los abundantes recursos que se ofrecian á sus empresas con los opulentos señoríos de Motezuma, que Hernan Cortés acababa de poner á sus piés, y con las magníficas posesiones que en el Perú iba á conquistar Pizarro. En vista de tan inmensas ventajas, despues de hacer justicia al conquistador de Méjico contra las calumnias de sus émulos, quiso oir en audiencia solemne al descubridor del Perú.

Pizarro obtuvo en la audiencia la acogida mas lisonjera. Su noble figura y su discrecion previnieron en su favor el ánimo de los cortesanos; los rasgos elocuentes que le inspiraban sus grandes hazañas y sus altos pensamientos, causaron una impresion pro-

funda; y el auditorio quedó cautivo al escuchar las maravillas de un imperio que parecia levantarse por encanto del seno de la barbarie, y tan opulento, que en presencia de sus riquezas eran miserias los tesoros de los monarcas europeos. Asombraron sobre todo y arrancaron lágrimas de enternecimiento los padecimientos sobrehumanos de los descubridores: lanzándose en frágil navecilla á regiones envueltas en el misterio; combatidos en el mar por las privaciones y las tormentas; vagando en tierras inhospitalarias por impenetrables manglares ó por mortíferas ciénagas; amenazados aquí de los monstruos del agua, allá de las fieras y reptiles de las selvas; donde quiera atormentados por los aguaceros, rayos y huracanes; bajo un cielo desapacible que no les dejaba ver el sol en muchos meses; los vestidos rotos ó podridos, los cuerpos expuestos al martirio de los mosquitos y los piés vertiendo sangre; sin recursos y sin mas trato que con hordas de antropófagos. Nadie podia contemplar sin estupor al hombre extraordinario que en tal desamparo y cuando los mas vigorosos desfallecian y los mas resignados hallaban la muerte demasiado lenta, permaneció siempre firme, siempre sereno; nadie dejó de enternecerse al representárselo en la Gorgona con solos trece leales compañeros, contrariado por el gobierno, despreciado por la multitud y abandonado por sus soldados; y sin embargo, constante en su gloriosa empresa y sostenido solo por la fuerza de su

voluntad y por la confianza en Dios. Cárlos V, que entre los que le oian, era tal vez el mas capaz de comprender su heroismo, despues de haberle escuchado con sumo interes, le ofreció su alta proteccion, sintiendo que Pedro de los Rios no se la hubiera dispensado en el istmo; y por tener que ausentarse de España, dejó recomendado el negocio á la reina Isabel y encargó su pronto despacho al Consejo de Indias.

Recien creado el Consejo de Indias para ejercer en los negocios de ultramar las atribuciones que en los peculiares del reino ejercía el Consejo de Castilla, debía reunir todas las noticias relativas á América, atender á todos los intereses, y sentar las reglas de una administracion sabia y justa. Sobre los vastos proyectos de Pizarro debía por lo mismo deliberar con prudente lentitud. Con ideas mas adelantadas que las de aquella época, poco hubiera tardado en reprobar la conquista del Perú, como tan temeraria, cuanto injusta. ¿Qué podrían adelantar en el poderoso imperio de los Incas un puñado de guerreros á tres mil leguas de su patria y separados de ella por dos Oceanos? ¿Qué derecho existia para invadir una nacion civilizada que no había ofendido, ni podía ofender á la España? Mas en cuanto al éxito de la empresa, todo lo hacian esperar las grandes hazañas de los Españoles en el Nuevo-Mundo, el genio de Pizarro, y si él sucumbía, el espíritu de la España que se creia llamada á dilatar su dominacion por todas las regiones que el sol alum-

bra. De la justicia de la conquista que era tan conforme á las tradiciones y usos legados por la Edad-Media, no podía dudarse despues de la donacion del Papa, y de la necesidad en que estaban los idólatras del Perú de recibir el Evangelio. La idea religiosa oscurecía entónces la idea del derecho, y la independencia de las naciones americanas nada valía ante la unidad católica. Resueltas estas dos grandes cuestiones, era necesario conciliar las pretensiones de los conquistadores con las de la corona, los inteseses de la metrópoli con los de la colonia, la proteccion á los pobladores con el buen tratamiento de los indios, y poner en armonía todos los elementos del gobierno religioso y político.

La marcha rutinaria de los expedientes, y tal vez el deseo de favorecer otras aspiraciones, se unian á las dificultades del asunto para que se agotara la paciencia de Pizarro, esperando meses sobre meses. Aun era de temer que, ántes de conseguir una resolucion favorable, se hubieran agotado sus escasos fondos, y, junto con el tiempo, se perdieran los medios de ejecucion. Mas el influjo de Cortés, y la poderosa voluntad de la reina triunfaron de la lentitud é irresolucion del Consejo, y en 26 de julio de 1529, consiguió el Conquistador la capitulacion deseada, que gracias posteriores hicieron mas completa.

Pizarro fué autorizado á conquistar y poblar á nombre de la corona de Castilla la provincia del Perú, en

la extension de doscientas leguas que podia haber desde el rio de Santiago hasta el pueblo de Chincha. Debia salir de España seis meses despues del dia de la capitulacion, y de Panamá otros seis meses despues de su llegada al istmo. Su fuerza no habia de bajar de doscientos cincuenta hombres; los ciento cincuenta de España, ó de otras partes no prohibidas, y los cien restantes de América. Debia llevar en su compañía los oficiales reales y el número de eclesiásticos que para la conversion de los indios señalara la reina, y sin cuyo parecer no se le permitia emprender otros descubrimientos, ni conquistas, ni poblacion alguna.

Se hacia merced al Conquistador de veinte y cinco yeguas y otros tantos caballos, si los habia en la Jamaica, de la propiedad de la corona. Para la compra de artillería y municiones se le auxiliaba con trescientos mil maravedis y para su acarreo por el istmo con doscientos mil ducados pagaderos todos en Castilla-del-Oro. Para favorecer sus operaciones se le autorizaba á tomar en el mar del Sur, de consentimiento de sus dueños y convenido el flete, los navíos que hubiera menester, no obstante que otras personas los tuviesen ya fletados. Para asegurar sus conquistas podria levantar, con acuerdo de los oficiales reales, cuatro fortalezas, de cuyos gastos se haria cobro por quintas partes en los cinco años siguientes á la construccion.

En favor de la poblacion, que era á la vez la consolidacion y el resultado inmediato de la conquista,

subsistian las disposiciones generales de las leyes de España é Indias, y se tomaban prevenciones especiales. No podian pasar al Perú ni extranjeros, ni personas de fé dudosa, ni letrados, ni procuradores. A los pobladores se les señalarian solares para edificar, tierras para el cultivo, y si lo merecian, indios de servicio. Por diez años, y todo el tiempo mas que otra cosa no se determinara, se les eximia de alcabalas y de cualquier otro tributo. Tambien se dispensaba el almojarifazgo (derechos de aduana) por seis años en todos los efectos destinados al consumo propio, y por dos años en todas las mercaderías que fuesen objeto de tráfico. Solo del oro obtenido por rescate y botin había de pagarse el quinto íntegro; mas del metal que se sacara de las minas, se pagaria los seis primeros años el decimo, á los siete años el noveno, y así sucesivamente hasta llegar al quinto. Se ordenó igualmente que en el Perú no hubiese prision por deudas.

La conversion de los indios, objeto especioso de la conquista, se favorecia con los misioneros que no debian separarse de los conquistadores, y con la obligacion impuesta á los colonos de doctrinar los indios de su servicio. Era esta la principal razon que se alegaba para conservar las encomiendas, con las que se pretendía consultar el fomento de la industria y la cultura evangélica de los naturales. Ya se habian tocado los amargos frutos de esos inicuos repartimientos

de hombres; se había visto desaparecer con espantosa rapidez los indios encomendados; el venerable Las Casas, héroe de paz entre tantos héroes de guerra y apóstol de humanidad entre tanto genio de destruccion, había unido su voz elocuente á la de otros religiosos y hombres justos, para que se aboliese la inicua servidumbre. El gobierno había declarado libres á los Indios; pero, con esas transacciones que saben obtener siempre los intereses de los poderosos, abolido el nombre de esclavitud, substitia el hecho en las encomiendas; y se creia conciliarlo todo con señalar reglas al trabajo forzado, prescribir moderacion en las tareas é imponer la retribucion debida.

En el interes general de la colonia, y miéntras sus progresos no hacian necesarias otras medidas, se investia á Pizarro con las atribuciones extensas de un virey, aunque no se le daba el título. Debia crear ayuntamientos como los de España para el gobierno municipal, tener un alcalde mayor, un médico, un boticario y hospitales. Al primer hospital se le libraban cien mil maravedís en las penas de cámara de aquella tierra; y se aplicaban á los demas que pudieran fundarse, á pedimento del conquistador y consentimiento de los primeros pobladores, los derechos de cubilla y relaves que hubiera en las fundiciones. Para atender á las necesidades de la navegacion, se mandaba que en Panamá y á donde fuese acordado, residieran un calafate y un carpintero con el sueldo

anual de treinta mil maravedis pagaderos por los oficiales reales.

El conquistador debia pagar de sus rentas diez escuderos y treinta peones, con cuya fuerza se daría respetabilidad al Gobierno.

Como la esclavitud de los negros estaba autorizada por la opinion y por las leyes, y se creia su trabajo tan favorable á la conservacion de los indios, como al bienestar de los colonos, se autorizó á Pizarro á llevar libres de derechos cincuenta esclavos, con tal que hubiese al ménos el tercio de mujeres, ó como decía la capitulacion, de *hembras*.

Los intereses particulares de los pretendientes á la conquista, que tan señalados servicios prestaran en el descubrimiento, no quedaron desatendidos. Los trece famosos de la Gorgona fueron declarados hidalgos de solar conocido, y á los que ya lo eran, se les hizo caballeros de espuela dorada. A Ruiz se le nombró Piloto-Mayor del mar del Sur con setenta y cinco mil maravedís de salario, y se le ofreció el título de escribano de número y del consejo de Tumbez para un hijo suyo, con tal que fuese hábil. Pedro de Candia fué nombrado capitan de artillería y Almagro teniente de la fortaleza de Tumbez con cien mil maravedís de salario, doscientos mil maravedís de ayuda de costa, y quinientos ducados en los pechos del Perú, miéntras no se le hacia merced de vasallos; se le declaró hidalgo, y se le ofreció el gobierno del Perú, caso de

faltar Pizarro. En su obsequio se declaró legítimo un hijo de su mismo nombre que había tenido en Ana Martinez su criada india; mas no consiguió para sí el título de Adelantado, conforme el pretendia, sea porque el Consejo de Indias resistió tenazmente separar este cargo y el de gobernador, sea por que Pizarro, mas solícito por sus intereses que fiel á la confianza del amigo, no pusiera en ello un empeño decidido.

Para Luque se pedia al Papa el obispado de Túmbez, con límites que por el gobierno, con autoridad apostólica, serian señalados; y miéntras llegaban las bulas, se le hacia protector universal de los Indios del Perú, con salario de mil ducados al año, pagaderos, como todos los demas, con las rentas reales de la dicha tierra, hasta que pudiera ser pagado de diezmos eclesiásticos.

A Pizarro le fué concedido cuanto podia pedir: fuera de otras mercedes en Panamá, el nombramiento de Gobernador y Capitan general del Perú por todos los dias de su vida, con el salario anual de setecientos veinte y cinco mil maravedís; el título de Adelantado, y el oficio de Alguacil-Mayor de aquella provincia, tambien por todos los dias de su vida; la tenencia de las fortalezas que construyera, para sí, y para sus herederos con el salario anual de setenta y cinco mil maravedís por cada una de ellas; mil ducados anuales para ayuda de costa por toda su vida; la veintena parte en los pechos del Perú con tal que

no excediesen de mil quinientos ducados al año, en cuyo caso serian solo mil ducados para él y los quinientos para Almagro; el hábito de Santiago, y el derecho de usar las armas de la familia paterna realzadas con las que simbolizaban la conquista.

Eran los nuevos timbres un águila negra con dos columnas abrazadas que recordaban la divisa del Emperador, la ciudad de Tumbez almenada con un tigre y un leon á sus puertas, el mar con las balsas del país, por orla algunas llamas, y la significativa cuanto jactanciosa inscripcion:

CAROLI CÆSARIS AUSPICIO ET LABORE,
INGENIO ET IMPENSA DUCIS PIZARRO
INVENTA ET PACATA.

(*Bajo los auspicios del Cèsar Cárlos y mediante el trabajo, ingenio y gastos del capitan Pizarro descubiertos y pacificados.*)

A Fr. Reginaldo de Pedraza, que debia llevar consigo seis religiosos domínicos, se socorrió con dinero para ornamentos, cosas sagradas y vestido de sus compañeros.

El deseo de buscar auxiliares en Estremadura, tierra fecunda en conquistadores, y un sentimiento de vanidad bien natural y poco vituperable en el que, habiendo salido pobre y desvalido, puede aparecerse poderoso á los viejos de su pueblo, llevaron á Pizarro

á Trujillo. Allí, sin embargo de ser objeto del homenaje general, encontró pocos que se resolvieran á seguirle : desconfiaban los mas de las grandes riquezas que anunciaba y no dudaba ninguno de los graves riesgos de una conquista en paises remotísimos; las empresas de América habian dado hasta entónces mas brillo que provecho; los espíritus emprendedores, sin necesidad de lanzarse en el desconocido Perú, tenian ancho teatro para las aventuras en las regiones descubiertas; y aun sin desterrarse al Nuevo-Mundo, los Españoles podian ocuparse en la Europa, sirviendo los vastos designios de Cárlos V; en fin el nombre de Pizarro, ya ilustre en Indias, no brillaba bastante de este lado de los mares. Se unieron, empero, á sus destinos, entre otros Estremeños, especialmente de Trujillo y de Cáceres, cuatro hermanos suyos, Martin de Alcántara que lo era de madre, y Juan, Gonzalo y Hernando que reconocian el mismo padre. Martin, obscurecido por su humilde nacimiento, no debia dejar otro recuerdo, que el de su muerte recibida en defensa y al lado del conquistador; Juan debia tambien morir en los combates, dejando fama de un cumplido caballero; á Gonzalo, que iba á ser el Aquiles de la conquista, estaba reservada la ignominia del cadalso; y Hernando, el único legítimo entre los cuatro Pizarros, superior á todos en inteligencia y en educacion, y su igual en fortaleza, debia probar todos los azares de la suerte, la pobreza y la opulencia, el

favor del soberano y la cárcel, la sentencia de muerte suspendida sobre su cabeza y una vida prolongada hasta los cien años en el sosiego de la familia. Habia heredado el vínculo de su padre; y por haberle acompañado con honor en las guerras de Italia, Francia y Navarra, pretendia suceder en el mando del tercio que militó bajo las órdenes de aquel distinguido capitan; mas el monarca le fué desfavorable, y solo le concedió una corta renta por vida; por eso, ávido de fortuna y de gloria, acogió con entusiasmo la brillante ocasion que le ofrecia Francisco; y vinó á ser el mas poderoso instrumento de sus proyectos sobre los indios, al mismo tiempo que, con su arrogancia y violentas pasiones, fué la causa principal de las funestas desavenencias con Almagro.

Falto de recursos y crédito, no hubiera podido llevar á cabo Pizarro su gloriosa empresa sin la generosidad de su amigo y pariente Hernan Cortés, quien creyó hacer el mejor uso de la fortuna adquirida en Méjico, protegiendo al Conquistador del Perú. Mediante sus auxilios pudo Pizarro alistar, con corta diferencia, el número de soldados que segun lo capitulado con la corona debia sacar de España. Mandó por delante unos veinte para que no se hiciera novedad en el istmo, donde ya se levantaban otras pretensiones sobre el Perú. Cumplido el plazo de seis meses que se había fijado para su salida de España, tuvo que embarcarse furtivamente en San Lucar el 19 de enero de 1530;

porque le faltaba una media docena de reclutas y el Consejo de Indias, tal vez por proteger á algun otro pretendiente, habia dado órden de que no se le dejara partir, si no tenia completa la gente.

Quedó sin embargo en Sevilla su hermano Hernando con la mayor parte de los expedicionarios para asegurar á la comision examinadora, que el resto habia salido con el Caudillo. Cuando llegaron los comisionados, Hernando y los Religiosos Conversores supieron llenar bien su encargo; por lo que se permitió llevar adelante la expedicion, y los buques que la componian, se dirigieron á la Gomera, donde aguardaba el Conquistador del Perú.

De las Canarias se hizo un viaje feliz á Santa Marta. Aquí se desertaron algunos, seducidos por los agentes del gobernador, que para atraerlos les dieron malos informes acerca del Perú; y por que no cundiera la desercion, siguió Pizarro sin mas demora su navegacion hasta Nombre-de-Dios, á donde vinieron á recibirle sus socios, Luque y Almagro, y le dieron cuenta de lo acaecido en su ausencia.

— Los veinte soldados enviados por delante, habian esparcido la noticia de las mercedes otorgadas por la corona á los descubridores del Perú. Resentido Almagro por la poca honra que se le hacia, gritó al saberlas, que no queria compañia con amigos desleales; pero sosegado por las buenas palabras de Luque, que estaba muy contento con su obispado, olvidó fácilmente

sus agravios y desplegó la mayor actividad para aprestar navíos y cruzar los planes de Pedrarias. Pretextando que sus antiguos socios le habian sacado de la compañía con engaños, intentaba Pedrarias entrarse en el Perú ántes que Pizarro regresara de España; como gobernador de Nicaragua quiso embargar el navío en que de parte de Almagro fueran Rivera y Ruiz para solicitar su favor, y estaba en tratos con Hernando de Soto y otros ricos vecinos de Leon que tenian dos navíos en el astillero; pero los enviados de Almagro fueron bastante diligentes para eludir las órdenes de embargo; y los vecinos de Leon no quisieron unirse con el Gobernador de Nicaragua, porque cautelosamente trataba de darles un compañero que gobernara en su nombre.

Despues de abrazar á Pizarro y de exponerle el estado de sus negocios en el istmo, quejóse Almagro con su genial franqueza, de que en vez de haber solicitado para él el cargo de Adelantado, segun pedian la palabra empeñada, la gratitud y la amistad, su antiguo camarada le había arrebatado todas las mercedes; la alcaídia de Tumbez en vez de una gran honra, cual se debia á sus servicios, parecia una afrentosa humillacion. Pizarro procuró satisfacerle con largas explicaciones que, á ser ciertas, le eximian de toda culpa.

— El había trabajado con todo empeño por conseguir el cargo de Adelantado para su amigo; pero el Consejo de Indias se negó á dividir entre dos personas la au-

toridad de Adelantado y la de Gobernador, que tenian entre sí relacion tan estrecha; y ántes que partirlas entre los dos amigos se manifestó dispuesto á confiar la conquista del Perú á un nuevo caudillo. Solo porque un tercero no viniera á arrebatarles el fruto de sus esfuerzos habia aceptado Pizarro ambos cargos. Por lo demas, esto importaba poco en el fondo; donde él mandara, mandaria su amigo y la tierra del Perú era sobrado vasta, para que ambos tuviesen lugar de conquistarse gobiernos.

El alma noble y sencilla del veterano se hubiera dado por satisfecha con tan plausible excusa y aceptado oferta tan lisonjera, sino vinieran nuevos golpes á irritar la herida abierta en su pecho. No le llevaban bien los hermanos de Pizarro, considerándole como un obstáculo para su engrandecimiento y no teniendo en cuenta ni sus anteriores servicios, ni los que todavía pudiera prestar en la conquista. Hernando, orgulloso con su cuna, con sus luces y con su figura imponente, profesaba alto desprecio al humilde expósito, sin maneras y de exterior poco ventajoso; y lo peor es, que no se cuidaba de ocultarlo. Amigos imprudentes, pérfidos aduladores, la turba que se alimenta de chismes, los ambiciosos subalternos que buscan su engrandecimiento en las reyertas de los caudillos, y enemigos ignobles que se creen permitida cualquiera arma, con tal que pueda dañar, enconaban de dia en dia los ánimos y estaba próximo un

rompimiento peligroso para todos. En todo tiempo, los celos entre los Jefes Españoles han malogrado las mejores empresas; y estas funestas rivalidades debian estallar con tanta fuerza como frecuencia entre los conquistadores de América, abandonados á su propio genio, léjos de la accion del gobierno y sobrexcitados por una succesion de peligros aislados en que cada uno se acostumbraba á gobernarse por sí mismo y á no estar bajo la direccion ajena.

Pizarro buscaba ya la alianza de los vecinos de Nicaragua; Almagro la de un tal Cáceres; ninguno de los dos quería contar con la cooperacion de su socio. Afortunadamente se interpusó la poderosa influencia de Luque y de Espinosa, tan interesados en un avenimiento, y se reconciliaron los dos amigos, cediendo Pizarro á Almagro el título de Adelantado, ofreciéndole pedir al Emperador la confirmacion de esta cesion junto con un gobierno independiente del suyo, y comprometiéndose á no solicitar nada para sus hermanos, hasta que se cumplieran estas promesas.

Ratificóse el antiguo contrato conforme al cual todas las ganancias de la conquista debian dividirse entre los socios por terceras partes. Se resolvió que Almagro se quedaria en Panamá esperando los refuerzos de Nicaragua; que Pizarro se adelantaría con ciento ochenta y cinco hombres y veinte siete caballos, y que, con las necesarias provisiones de boca y guerra, se embarcaría en tres naves. Los cruzados del Perú

asistieron el dia de San Juan Evangelista de 1530 á la bendicion de banderas, que se hizo en la iglesia de la Merced, oyeron el sermon del dominico Vargas, quien los exhortó á la santa empresa, y al dia siguiente recibieron todos la comunion; mas la expedicion no salió de Panamá hasta principios de enero de 1531; y, aunque se puso el rumbo para Tumbez, el viento y la corriente echaron á los expedicionarios al puerto de San-Mateo á los trece dias de su salida. Aquí desembarcó la mayor parte de la fuerza para continuar el viaje por tierra, y los buques la seguian sin alejarse mucho de la costa.

CAPITULO II

AVENTURAS DE LOS INVASORES EN LA COSTA.

Los expedicionarios tuvieron que sufrir mucho. Escaseaban los víveres; había que atravesar peligrosos esteros; los rios, aumentados con las abundantes lluvias de invierno, se precipitaban con la furia de torrentes; y la actitud hostil de los naturales de esta provincia al tiempo del descubrimiento no permitia avanzarse con confianza; pero el caudillo sostuvo el ánimo de sus soldados, yendo siempre delante, sereno en los peligros y alegre en las fatigas; y todos los trabajos fueron olvidados con el rico botin de Coaque.

Los indios de Coaque, sea que la llegada de los conquistadores les hubiera tomado de improviso, sea que concibieran una confianza inocente por la apacible conducta observada por los descubridores en la costa del Perú, no pusieron á salvo sus riquezas. Los

invasores, considerando aquella tierra como de infieles enemigos contra quienes eran lícitos los estratagemas de la guerra, asaltaron sin escrúpulo la poblacion; y se apoderaron sin remordimiento de unos doscientos mil pesos que allí habia en oro y esmeraldas, como si la valiosa presa fuera un don que el cielo les enviaba para acreditar la cruzada. Conforme á la severa ley que bajo pena de la vida prohibia ocultar nada de lo que se ganase por saco ó por rescate, hizóse de todo una masa; de esta se sacó primero el quinto del rey y el resto fué distribuido entre jefes y soldados en proporcion á los méritos de cada uno. Muchas de las esmeraldas se malograron con golpes de martillo, porque el dominico Pedraza habia aconsejado someterlas á esta prueba, indicando que las legítimas habian de tener la dureza del diamante. Se dice que el religioso dió por buenas las suyas sin exponerse á quebrarlas, y que así pudo hacerse de muchas á poca costa, porque su dictámen y la semejanza aparente de las esmeraldas con el vidrio, las habian hecho decaer en la estimacion comun. Pizarro remitió los buques á Panamá y á Nicaragua con veinte mil pesos, seguro de que esta muestra seductora del rico y prontamente adquirido botin le proporcionaria refuerzos; y al mismo tiempo escribió á Almagro, que no demorara su venida.

El curaca de Coaque, que se habia ocultado en su casa por temor á los invasores, descubierto y llevado

á presencia de Pizarro dijo, que no le habia visitado por temor de que le matase; mas, habiéndole asegurado el conquistador que su intencion no era hacerle mal, y que si los naturales hubieran salido de paz á recibirle no se les habria tomado cosa alguna, se tranquilizaron él y los suyos. Vueltos los de Coaque á sus hogares, traian abundantes provisiones; pero viéndose despreciados y oprimidos de sus huéspedes, se huyeron otra vez al bosque sin que fuera posible hallarlos.

Los conquistadores tuvieron que continuar la marcha con escasos recursos, y hubieron de sufrir en ella de parte de la naturaleza obstáculos mas poderosos que los que podian oponerles los débiles indígenas, abandonando sus hogares ó aguardando á los invasores en alguna emboscada. La costa está cortada por estériles arenales, donde fatiga el piso sin consistencia y las caballerías pierden la seguridad del paso en el deleznable médano; allí reverberando los rayos del sol que cae á plomo, no hay una gota de agua, ni una sombra que templen la sed y el calor; el viento en vez de traer algun alivio, azota la cara con ardientes piedrecillas. Las quebradas, que interrumpen la melancólica aridez del desierto, postran las constituciones mas robustas, porque sus aguas y sus aires están profundamente viciados.

Entónces se difundió en el pequeño ejército, como una especie de contagio, esa misteriosa enfermedad

de verrugas que se padece en otras quebradas. El mal era tan violento en sus ataques como raro en su marcha; de la noche á la mañana, se cubria el cuerpo de tumores blandos, rojos y dolorosos; algunos enfermos morian en la invasion del mal, muchos quedaban tullidos por veinte dias, otros se hinchaban, y los que trataban de cortar las verrugas, porque afeaban su rostro ó les causaban gran molestia, á veces morian desangrados y á veces se veian cubiertos de verrugas mas menudas y espesas. No adivinando el orígen, ni acertando el remedio de la epidemia, creian los Españoles que dimanaba de haber sido emponzoñados por los indios los pescados ó las aguas.

Siete meses eran trascurridos sin que se mitigara tan extraña epidemia; los mas de los conquistadores principiaban á perder la paciencia y los de Nicaragua maldecian la hora en que por semejantes climas habian trocado su paraiso de Mahoma; pero los cuerpos recibieron alivio y aliento los ánimos con las provisiones de refresco que trajeron en un navío el tesorero Riquelme y otros oficiales reales. Pizarro los habia dejado en España y los ministros de la Contratacion de Sevilla habian despachado órdenes á la justicia de Panamá para que detuvieran al conquistador á causa de esta infraccion de lo estipulado con la corona; pero el gobierno con mayor prudencia, ordenó que no se impidiera la expedicion y que los oficiales reales se apresuraran á incorporarse á ella.

Con la esperanza que daba Almagro de salir pronto de Panamá, resolvió Pizarro adelantar su marcha. El curaca de Cabo-Pasado le aguardó en el tránsito y le presentó una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma, porque le dejase diez y siete indias tomadas en otro lugar; los indígenas principiaron á ofrecer sus servicios; los Castellanos procuraban desvanecer con su buen porte la mala opinion, que por el hecho de Coaque se habia esparcido en la tierra; la curaca de Caraques, que en aquellos dias habia enviudado, les hizo buena acogida; y parecia restablecida la buena inteligencia entre los naturales y los extranjeros. Mas, la buena voluntad mostrada por los de Caraques era hija del temor á los caballos y á las terribles armas de sus huéspedes y ocultaba un odio profundo. Tramóse una conspiracion para acabar con ellos de una vez; pero faltó el valor en el momento de la ejecucion, y solo perecieron á manos de los indios un tal Santiago que habia salido al campo, y otro de los soldados enviados contra los conjurados. En la persecucion fué tomado un indio principal, quien aseguró que él castigaría á los revoltosos si se le ponia en libertad; y asi lo hizo con uno de ellos, el que recibió la muerte con la impasibilidad de un hombre que tiene en poco la vida.

Sin mas resistencia de parte de los naturales, llegaron los invasores á Puerto-Viejo, donde fueron bien recibidos. Allí se les reunió una columna de treinta

hombres, si poco importante por su número, de mucho precio por las dotes militares de Sebastian de Benalcazar que la acaudillaba. Este soldado de fortuna había quedado huérfano de padre y madre y confiado á un hermano mayor que le ocupaba en traer leña del campo. Cierto dia se le cayó el pollino con la carga, y no pudiendo conseguir que se levantara, le mató Benalcazar de un furioso garrotazo. No atreviéndose desde ese momento á presentarse en su casa, huyó á Sevilla y allí tomó parte en la expedicion de Pedrarias; en el istmo alcanzó por sus consejos y valor un nombre distinguido y uno de los mejores repartimientos; Almagro lo eligió juntamente con Pizarro para que fuesen padrinos de su hijo Diego, y ahora venia á tomar parte en la empresa de sus compadres, despues de haber pasado muchos años en Nicaragua.

En Puerto-Viejo, parte por el aspecto lisonjero del lugar, parte por libertarse de nuevos padecimientos, deseaban muchos que se fundase una colonia. Mas Pizarro, impaciente por adelantar la conquista, prefirió marchar á la Puná, donde por la enemistad antigua y la guerra reciente entre sus habitantes y los de Tumbez, esperaba hacerse de refuerzos y podria acabar sus preparativos con mayor seguridad. La isla, aunque escasa de aguas, ofrecia campos bien cultivados, caza abundante en sus bosques y unos doce mil habitantes.

Los isleños tenian fama de pérfidos; y la solicitud de su curaca Tumbala que había venido á ofrecer sus hogares á los invasores, hizo creer à los Tumbecinos, intérpretes de la expedicion, que se intentaba hacer con ellos lo que muchos años ántes se había hecho con los nobles Incas. En esta creencia, aseguraron á Pizarro que cuando las balsas estuvieran léjos de la costa, romperian los de la Puná las cuerdas que sujetaban las cañas, para que se ahogaran los Castellanos como los guerreros de Huaina Capac. Mas, reconvenido el curaca, hizo protestas de amistad y de inocencia con ese aire de candor que tan fácilmente saben tomar los indios. Tuviera ó no pérfidas intenciones, los soldados de Pizarro no temieron embarcarse, llevando el ojo despierto y en las manos las espadas desenvainadas. La amistosa acogida que recibieron en la isla, borró por entónces sus recelos.

La armonía entre los habitantes de la Puná y sus huéspedes no podia ser duradera. Los Españoles se hicieron insoportables por sus multiplicadas y repetidas exacciones; y sobre todo, por que á su sombra y bajo su proteccion se atrevian los Tumbecinos á detenerse en lugares que pocos dias ántes miraban con terror, y se mostraban insolentes con vencedores que retenian todavía en las cadenas de la esclavitud á seiscientos de sus hermanos vencidos en la última lucha. El disgusto de los isleños crecía, la mala voluntad parecía traslucirse entre los agasajos; y aun se

creyó que habian pensado exterminar á los Castellanos en una cacería á que los invitaron, y que solo se habia aplazado su proyecto, por haber observado que sus huéspedes estuvieron aquel dia con ojo avizor y silenciosos, como si se hallaran en el combate y no en la montería. Pizarro que no se distinguia bastante por su buena fé para entregarse ciegamente á la de otros, estaba dispuesto á no despreciar motivos graves de alarma; así es que noticioso un dia de que diez y siete jefes se concertaban para un ataque súbito, los sorprendió reunidos, y reservando à Tumbala, entregó los demas á sus implacables enemigos de Tumbez. Los Tumbecinos los inmolaron en el acto, cortándoles la cabezas por detras con el mismo desembarazo que los carniceros suelen matar las reses. Era demasiado para los guerreros de la Puná: su furor fué el del tigre exasperado, y atacaron á un mismo tiempo los buques y el campamento español.

El éxito del combate no podia ser dudoso. Los isleños eran muchos y peleaban con el valor de la desesperacion; pero luchaban en desórden, ciegos de rabia, con armas de madera y el cuerpo indefenso; y tenian al frente guerreros de tanta intrépidez como pericia, cubiertos de hierro y que los recibian en un bosque de picas, de donde salian certeras balas contra los fugitivos y espadas aceradas contra el que osaba acercarse. Perdidos los bríos tras repetidos ataques que ponian de manifiesto su impotencia, huyeron despa-

voridos, luego que á las ordenes de Hernando Pizarro les dió la caballería una recia carga. El campo quedó cubierto de sus cadáveres; los vencedores solo tuvieron tres muertos y algunos heridos, entre ellos Hernando á quien alcanzó un dardo en una pierna. Mas los indios los habian atacado con tan espantosos rugidos y tan desesperadamente, que los Castellanos se imaginaron ver desencadenado contra ellos el poder del infierno y que sola la intervencion milagrosa de un Arcángel había podido darles la victoria. Algunos contaron despues que, miéntras se peleaba en la tierra, hubo en el cielo otros dos campos, uno acaudillado por San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel; y que al cantar los Castellanos victoria, huyeron los diablos, formando un gran torbellino y se oyeron terribles voces que decian: « Vencístenos, Miguel, vencístenos, Miguel. »

No obstante la completa derrota continuaron los isleños sus hostilidades de todas maneras; atacando en alta noche con gran gritería, lanzando flechas de léjos, acometiendo á las partidas sueltas, amenazando á los buques desde sus barcas y refugiándose en los bajos y entre los manglares; con lo que ni había sosiego, ni seguridad de proveerse. Aunque el curaca, cediendo á duras penas á las instancias de Pizarro, les exhortó á la paz, no perdian ocasion de hacer daño y decian á gritos: que seguirian su guerra de exterminio contra huéspedes, que tan mal les habian corres-

pondido. Fué por lo tanto en adelante poco agradable y sin objeto la permanencia de los conquistadores en la Puná, difícil la subsistencia, muchas las enfermedades, ninguna la perspectiva de botin, la inquietud continua. Pizarro creyó devolver la paciencia y el aliento á su hueste, en la que la situacion causaba impresion profunda, mostrando un escrito presentado por un indio que habia servido al marinero Bocanegra. En el escrito se leia. — « Sea quien fuere el que desembarque en este país, sepa que contiene mas plata y oro que hierro hay en Viscaya; » pero los aventureros se burlaron de este aviso, mal disfrazado artifício del jefe para levantar los espíritus abatidos.

Sucesos de otra trascendencia animaron á los invasores á proseguir su empresa ; tales fueron la llegada de refuerzos considerables y noticias cada dia mas explícitas sobre la guerra entre Huascar y Atahualpa. Llegó con cien soldados y algunos caballos Hernando de Soto, el héroe á quien estaban reservados el descubrimiento del Misisipi con la conquista de la Florida y que al valor caballeresco de los conquistadores, reunia un carácter moderado, discreto y humano, prendas harto raras en sus fieros camaradas. Las sangrientas divisiones entre los hijos de Huaina Capac, permitian que los Españoles se avanzasen en el imperio de los Incas, favorecidos en sus conquistas, ya por la cooperacion imprudente de uno de los dos hermanos, ya porque ninguno de ellos opusiera

obstáculos al enemigo comun, preocupados como estaban entrambos de su destruccion recíproca. Tumbez parecia ofrecer una buena base de operaciones. Los dulces lazos contraidos en el descubrimiento debian ser mas estrechos desde que Pizarro había mostrado su amistad á los Tumbecinos, dejándoles vengarse de los isleños y dando libertad á seiscientos de sus hermanos que gemian en la Puná, condenados los unos á la esclavitud y otros á ser sacrificados en las aras del formidable Tumbal.

Decidida la marcha á Tumbez, parte de los Castellanos se embarcó en los buques, parte en las balsas y al cuidado del equipaje; algunos Tumbecinos habian venido á la isla con el deseo aparente de ayudar en la corta travesía, y el mayor número se hallaba reunido en la costa, como para favorecer el desembarque. Llegó la primera balsa y en ella tres Castellanos, á quienes para saltar á tierra dieron los indios la mano con rostro afable; mas apénas desembarcados, los entraron al bosque y allí les sacaron los ojos, les cortaron los brazos y piernas y los echaron vivos en grandes ollas de agua hirviendo. De tan horrible manera estuvieron tambien cerca de perecer Soto y otros tres Españoles; pero circunstancias providenciales y la inquietud y extraña alegría que se descubria en los idólatras, inspiraron recelos y salvaron á aquellos cristianos. Otros pocos, que acababan de saltar á tierra, viéndose acometidos por la multitud, dieron gritos de espanto;

oyólos y vió su extremo peligro Hernando Pizarro que había desembarcado allí cerca con algunos caballos, pero que estaba separado de sus angustiados compañeros por un estero al parecer invadeable. Mas, despreciando las olas, se arrojó por el brazo de mar con el fango hasta las sillas de los caballos; y la vista de esos monstruos horrendos, mitad hombres mitad brutos, que á la violencia de fieras unian una destreza asombrosa y una audacia sobrenatural, ahuyentó á los Tumbecinos. Los Castellanos, admirando la hazaña del jefe cristiano, creyeron al mismo tiempo que el cielo les facilitaba la entrada al Perú, con la repeticion del milagro que permitió á los Hebreos pasar por entre las aguas del Jordan.

Son desconocidos los motivos especiales que cambiaron el ánimo de los Tumbecinos para recibir á amigos antiguos, que acababan de prestarles servicios señalados, con un ataque aleve y cruel, cual solo pudiera temerse de enemigos ensañados; ignórase tambien por qué razon y de qué manera dieron muerte á Molina y á Ginés, que de tan buena fé y con afecto tan entrañable se quedaron entre ellos. Tal vez los actos y palabras con que Pizarro mostró su resolucion de someter aquellos paises á la autoridad del Papa y del Rey, meditados despacio por el gobierno imperial, inspiraron graves alarmas. Tal vez algun desman, ó alguna indiscrecion de los que quedaron en el Perú, hicieron ciertas las sospechas. La conducta de los in-

vasores en las costas del Ecuador y en la Puná pusieron de manifiesto sus proyectos. Si para el pueblo pudo serlo, al ménos para las clases ilustradas no fué dudoso, que los Españoles eran una raza atrevida y deseosa de dominar el imperio de los Incas. Desde que no se les consideraba como enviados del cielo, sino como enemigos formidables, se creyó lícito todo medio de libertarse de ellos; y ninguno podia aparecer más seguro que atacarlos en el momento del desembarque. En cuanto á la muerte cruel que dieron á los tres infelices caidos en sus manos, mas que una saña feroz, debió ser un homenaje impío para hacerse propicios los dioses de la guerra.

Como si el inesperado ataque no fuera bastante para confundir á los invasores, vinieron á sufrir el amargo desengaño de que la tierra de sus sueños dorados solo ofreciera desolacion y ruinas. No se encontró un indio en dos leguas; y la ciudad tan poblada y opulenta, que encantó á Molina y á Candia, estaba ahora solitaria y reducida á un monton de escombros, sin otro testimonio de su pasada grandeza, que los restos del templo, de la fortaleza y de cuatro ó cinco edificios particulares. Había sido arruinada por los isleños despues de la retirada de Atahualpa.

En medio de sus amarguras, recibieron los invasores algun consuelo, oyendo á un Tumbecino que ensalzaba las grandezas del Cuzco, como testigo de vista y que les aseguraba, como hombre de guerra, que

toda la tierra seria de ellos. Accediendo á sus súplicas, se respetó su casa y se puso sobre ella una Cruz para que nadie la dañara. La conducta benévola de enemigos á quienes suponian poseidos de un resentimiento feroz, animó á otros indios para volver al pueblo y estos ponderaron tambien las riquezas de Cuzco, Pachacamac y Vilcas. Mas el resto de los habitantes permanecia en los montes hostilizando de todos modos. Las negociaciones para atraerlos de paz eran inútiles, por lo que Pizarro proyectó someterlos por un golpe de mano. Prevenidas secretamente algunas barcas, pasó el rio por la noche con algunos caballos; y despues de una penosa marcha por entre cerros y espinos, sorprendió al amanecer el campamento de los naturales y tuvo la felicidad de tomar entre otros prisioneros al curaca de Tumbez. Con el influjo de este, y con pequeños hechos de armas consiguió al fin que los Tumbecinos pidieran la paz. Inclinado él de suyo á preferir las seducciones de la política á los ataques violentos, y obligado por su situacion á mostrarse clemente y justo, trató á los rendidos con bondad y dió órdenes á su gente de no hacer daño á nadie. Por su parte, aceptó fácilmente las explicaciones del curaca, que atribuia la pérfida acogida á una fraccion rebelde y la muerte de Gines y Molina á accidentes inevitables.

Las ruinas de Tumbez y la fé dudosa de sus habitantes no brindaban á los Españoles á establecer allí

su primera colonia; miéntras que en las inmediaciones de Paita podian encontrar algun lugar, que por su proximidad á tan excelente puerto y por sus abundantes recursos les ofreciera una buena base de operaciones. Con esta esperanza emprendió Pizarro su marcha al Sur el 16 de mayo de 1532, dejando á los enfermos en Tumbez, destacando una partida á las órdenes de Hernando Soto, que se adelantara por las cabeceras de Loja, y siguiendo él mismo por la costa con el grueso de los expedicionarios.

Los indios de la sierra creyeron acabar fácilmente con el corto número de invasores; pero suspendieron sus hostilidades, sintiendo de cerca las armas terribles y la estupenda audacia del destacamento español. Soto bajó á incorporarse con las fuerzas de la costa, encantado de las brillantes muestras de cultura que había visto en la serranía. Tambien los naturales de la costa, sea por consultar su propia seguridad, sea por que tuvieran órdenes de Atahualpa, se oponian á los progresos de la invasion, abandonando sus hogares los unos y acudiendo los otros á las armas. Mas, Pizarro, terrible en los combates, clemente con los rendidos y buen amigo con los que le daban acogida, sosegó pronto á los naturales. Reprimiendo con severa disciplina los atentados contra las personas y las propiedades, allanaba el camino de la conquista, hallaba en todas partes abundantes provisiones, no dejaba odios á su espalda y obtenia fá-

cilmente de los sencillos pueblos del tránsito, que se reconocieron súbditos de la Iglesia y de la España. De este modo llegó sin gran oposicion á las orillas del caudaloso *Turicara*, que del nombre de un cacique se llamó despues la *Chira*. El arrojo de Maizavilca, capitan de Atahualpa, y probablemente instrucciones secretas del Inca, cambiaron aquí la favorable disposicion de los naturales: se notó alguna frialdad en el servicio y conatos de levantamiento; pero la actividad y prudencia de Pizarro hicieron abortar el plan tramado contra los Españoles, y el conquistador pudo fundar en el valle de Tangarara, situado en la parte baja del rio *la Chira* y no léjos de la bahia de Paita, la primera poblacion Española del Perú.

La colonia, tal vez para recordar la proteccion del Arcángel en la batalla de la Puná, recibió el nombre de San Miguel, que conservó añadido el calificativo de Piura, cuando conocida la insalubridad del primer asiento se trasladó á márgenes mas sanas. Tuvo en breve, templo, casa capitular, fuerte, almacen para los efectos públicos y edificios particulares. Diéronse á los pobladores solares, tierras y encomiendas: la de Tumbez fué concedida á Soto, para resarcirle del segundo lugar en el ejército que le estaba prometido y que á su arribo á la Puná ocupaba ya Hernando Pizarro. Nombróse ayuntamiento ; y señaladas las reglas de buen gobierno religioso y político en el interes de Españoles é indigénas, fué mirado San Mi-

guel como el lugar de refugio, en caso de un reves, y como el lazo de las comunicaciones con el istmo.

Para proseguir sus operaciones, aguardaba Pizarro los refuerzos que Almagro tenia preparados en Panamá y noticias seguras sobre las provincias que se proponia invadir. Mas habiendo trascurrido cinco meses en esta penosa expectativa, creyó que no podria permanecer mas tiempo en la inaccion sin comprometer el éxito de su empresa. Sospechábase que Almagro se proponia hacer conquistas por su propia cuenta; y se temia que la dilacion trajera á Pizarro obstáculos en vez de auxiliares. Súpose que el ejército de Atahualpa marchaba de triunfo en triunfo al encuentro de Huascar y no era prudente dar tiempo para que la victoria se decidiese por uno de los hijos de Huaina Capac. Dicese tambien, aunque es ménos verosímil, que Huascar envió á Huaman Malqui Tupac, uno de sus mejores amigos, á implorar el socorro de los Españoles. Si esta mision fué cierta, es indudable que el sagaz conquistador comprenderia la alta importancia de presentarse luego, como mediador entre los augustos hermanos. La pronta marcha le era evidentemente aconsejada por otras consideraciones de mucho peso. No debia exponerse á que con el trato se desvaneciera el prestigio del invencible valor de los Españoles, principal elemento de su poder sobre los indígenas. Tampoco debia correr el riesgo de que entre las delicias de la paz y del dulce clima, de-

cayera la energía y se amortiguara el entusiasmo de sus compañeros, que habian menester vigor sobrehumano para la caballerezca empresa. La estacion estaba bastante avanzada y era de recelar que las abundantes lluvias dificultaran las operaciones militares en la sierra, terreno designado por las circunstancias para la expedicion conquistadora.

Resuelta la marcha á la sierra, donde esperaba encontrarse con Atahualpa, dejó Pizarro en San Miguel los oficiales reales, los enfermos que habian venido por mar de Tumbez y algunos mas Españoles que formaron una corta guarnicion; les previno la manera de defenderse, y les recomendó mucho el buen tratamiento de los naturales, porque de él pendian el éxito de la conquista y la vida de todos. Antes de su partida separó, del oro obtenido en las últimas, presas el quinto del rey y persuadió á los aventureros á que dejaran su parte para cumplir con ella los compromisos de Panamá y atraerse otros expedicionarios. Ellos se contentaron, como Alejandro, con los tesoros que les habia de dar la victoria; y viéndolos el magnánimo caudillo satisfechos con sus esperanzas, remitió las naves al istmo, no necesitando quemarlas, como habia tenido que hacer Cortés por ser su gente ménos entusiasta.

CAPITULO III

MARCHA DE LOS INVASORES A CAJAMARCA.

La salida para la sierra se emprendió el 24 de setiembre de 1532. La fuerza de los expedicionarios se componia aproximadamente de unos ciento setenta hombres; entre ellos poco mas de setenta de á caballo, tres arcabuceros y unos veinte ballesteros. La artillería estaba reducida á dos piececitas llamadas falconetes: fuerza harto pequeña para luchar con el poder de los Incas que podian hacer brotar de la tierra ejércitos sobre ejércitos; la naturaleza oponía por su parte desiertos, quebradas y cordilleras; para cada Español se contaban cerca de cien mil habitantes y mas de mil leguas cuadradas de terreno en que combatir. Pero en el ánimo del conquistador no eran motivos de detenerse ni los obstáculos acumulados por la naturaleza, ni el número de los enemigos. La empresa se presentaba magnífica y gloriosa. Esto era bastante; el

modo de vencer lo señalarian las circunstancias. A donde no alcanzara el valor del hombre, interpondria Dios su mano omnipoténte.

Veinte dias hubieran bastado para hacer sin gran fatiga las cien leguas que mediaban hasta la residencia de Atahualpa; pero los expedicionarios se veian obligados á marchar lentamente por la necesidad de reconocer el país en que con tan gran riesgo iban á internarse, y por la de no dejar á retaguardia pueblos de cuyas disposiciones no estuviesen seguros. Por eso tardaron cerca de dos meses en llegar á Cajamarca, tiempo excesivo sin duda para el que viaja por lugares amigos, pero harto reducido para el guerrero que sin conocer los hombres, ni el terreno, va en busca de enemigos infinitamente superiores en número y en recursos.

Los cinco primeros dias se hizo la marcha por esos deliciosos valles de la costa que rebosan fertilidad y alegría. Las numerosas corrientes que bajan de la sierra, alimentan bosques prolongados de eterna magnificencia; la industria de los Peruanos había sacado una extensa red de canales para llevar la fecundidad á campos amenos y la belleza á risueños jardines. Los conquistadores al gozar las delicias de estos lugares encantados, gozaban tambien de la franca hospitalidad de habitantes, tan bondadosos, como la naturaleza que les rodeaba; y sin necesidad de molestar á los naturales, hallaban buen alojamiento y

provisiones abundantes en los tambos establecidos por los Incas para la comodidad de sus ejércitos.

Si era grato el contraste que formaba esta tierra de promision con las espantosas soledades, por donde habian vagado los descubridores; estos campos tan bien cultivados, estas poblaciones tan numerosas y arregladas, los hombres de armas reclutados en masa para la guerra, el gobierno que previa tan de léjos las necesidades de los ejércitos, toda cuanta grandeza se veia y oia, daba la mas alta idea del poderosisimo imperio en que la expedicion se internaba; y si estimulaba la codicia, tambien hacia pensar en la temeridad del ataque. Por eso principiaba á flaquear la fé de los ménos animosos, y el vigilante jefe á quien no pudo ocultarse la mala disposicion de ciertos espíritus, quiso cortar el mal de raiz, bien convencido de que sin el entusiasmo de los soldados no habia para él garantías de triunfo.

A fin de que el desaliento de unos pocos no contagiase toda la hueste, tomó Pizarro una de esas resoluciones que las almas vulgares habrian deshechado sin exámen. — « Los que desconfien, dijo, del buen éxito de esta empresa ó no se hallen preparados para hacer frente á todos los peligros, pueden regresar á San Miguel. Su guarnicion es corta y no estará demas el reforzarla. Los que prefieran quedarse en aquel pueblo, tendrán repartimiento de tierra é indios, como los primeros vecinos. Yo seguiré adelante con los

que, sean muchos ó pocos, quieran resistirlo todo; y estoy seguro de que un corto número de valientes nos dará la victoria. » — Nueve fueron por todos, cinco de á caballo y cuatro infantes, los que acobardados se aprovecharon de esta licencia para ponerse á salvo; el resto del ejército sintió redoblarse sus esperanzas y su aliento con la magnánima resolucion del caudillo; y si algunos flaqueaban, el pundonor les impidió mostrarlo.

Al dia siguiente, llegaron los expedicionarios á las tierras de un poderoso curaca que llamaron Pavor. Allí principiaron á gozar de las aguas delgadas y del aire fresco y ligero de las cabeceras de la sierra; y allí tuvieron noticia de que dos jornadas mas arriba había una guarnicion del Inca en el pueblo de Cajas. Partió Soto con un pequeño destacamento para explorar los lugares y Pizarro hizo alto en el pueblo de Zaran, cuyo curaca proveyó de carnes y de todo lo necesario.

Soto regresó en la mañana del octavo dia despues de haber reconocido las poblaciones de Cajas y Huancabamba : en Cajas halló los habitantes armados para resistirle, pero dispuestos á recibirle bien luego que se persuadieron de sus intenciones pacíficas; encontró tambien un cobrador de tributos quien le dió algunas noticias sobre Atahualpa y extensos informes sobre varios ramos de la administracion imperial; vió muchas mujeres ocupadas en tejer ropas para el ejército, y colgados de piés en los arboles á ciertos indios,

uno de ellos por haber profanado la casa de las escogidas, y los otros por haberle franqueado las puertas. Huancabamba como metrópoli de varias provincias le permitió admirar un templo del sol, un palacio, una fortaleza y otros edificios públicos en que las piedras estaban dispuestas segun la exquisita labor de los Incas. En su marcha notó con interes el sitio, donde habian estado acampadas las tropas de Atahualpa, la magnífica calzada que unia á Quito con el Cuzco, un hermoso puente sobre el *Huancabamba*, una especie de aduana donde se cobraban los derechos del tránsito, almacenes bien surtidos, tambos para los caminantes, acueductos que para su refrigerio traian el agua de léjos, campos bien cultivados, en suma los mas seguros indicios de una civilizacion adelantada y de un gobierno cuya justicia, prevision y poder se hacian sentir en todas partes. Con Soto llegó al campamento enviado por Atahualpa un personaje de la alta nobleza al que algunos hacen hermano suyo y le dan el nombre de Urco Inca Roca.

Ya hacia tiempo que Atahualpa tenía noticia de los invasores cuyo desembarco en las costas de Quito databa de mas de año y medio; pero sus aspiraciones al imperio habian desviado su atencion de los pocos extranjeros que esperaba, fuesen fácilmente exterminados por los indios de la costa. Aun despues que los invasores hubieron escapado de los riesgos del desembarque en Tumbez y de las conjuraciones en la Chira,

eran mas capaces de despertar su curiosidad, que de inspirar temor á su corazon animoso y altivo. ¿Qué inquietud podia causar un puñado de advenedizos á quien habia desafiado el poder de Huascar? Mas cuando la fama principió á difundir la voz de que aquellos guerreros eran seres superiores á la gente, monstruos de cara barbada, algunos mitad hombres, mitad cuadrúpedos, que disponian del rayo y que no conocian el miedo; cuando las noticias mas fidedignas les daban por invencibles, experimentó el rey de Quito una turbacion secreta, tan indefinible como los peligros misteriosos que le daban orígen; hizó indagaciones y consultó los oráculos. El de Pachacamac aseguró que los invasores moririan. Aunque no se pudo averiguar á ciencia cierta su orígen, y la opinion los suponia caidos del cielo, ó salidos del oceano, ya bondadosos descendientes del sol por su clemencia con los rendidos, ya genios exterminadores por su poder de destruccion; por los dichos y actos del caudillo se dejaba entrever, que venian de lejanas tierras, eran súbditos de un monarca poderoso, y aspiraban á la conquista del imperio. Por lo ménos se sabia que eran pocos y estaban sujetos á la muerte; por tanto lo mas seguro pareció al Inca atraerlos al campamento imperial, cortarles allí toda retirada, oprimirles bajo el peso de treinta mil guerreros, y una vez en su poder tomarlos á su servicio, ó exterminarlos segun mejor le estuviese. A la viva curiosidad por ver gente tan extraña y al

deseo de que no se les escapasen atacándoles en la costa, se unia tal vez la consideracion, de que le convenía mucho no enemistarse desde luego con guerreros tan osados y fuertes que podrian apoyar la causa de Huascar con su brazo poderoso y con la proteccion del monarca extranjero. Por eso mandaba un embajador para rogarles que fuesen á Cajamarca.

El enviado de Atahualpa presentó á Pizarro unos vasos de piedra, labrados en forma de fortaleza, una carga de patos secos, que, hechos polvos, servian de sahumerio y unos tegidos finísimos de vicuña, adornados con oro y plata; dijo de parte de su soberano que, el Inca los queria tener por amigos y los esperaba de paz en Cajamarca; pero traía instrucciones secretas para averiguar con exactitud qué clase de hombres eran, cuáles sus fuerzas, cuál su intencion y qué podia esperarse ó temerse de ellos.

Los deseos que el mensajero del Inca llevaba, no se ocultaron á la sagacidad del Conquistador; pero era Pizarro demasiado dueño de sí mismo, para darse por entendido. Por el contrario conforme á su plan de adelantarse con mediaciones y alianzas, manifestó que los Españoles eran vasallos de un príncipe muy poderoso de mas allá de los mares; que venian con una importante mision de parte de aquel Monarca y del Vicario de Dios; que atraidos ademas por los grandes hechos de Atahualpa, iban á ofrecerle sus servicios; y que solo tardarian en presentársele el

tiempo que exigiera la marcha. Acogió al emisario, como al embajador de un gran príncipe; y le instó porque permaneciera algunos dias en su compañía; pero no queriendo el noble detenerse, le despidió cortesmente obsequiándole una camisa de lino, un bonete encarnado, cuchillos, tijeras, cascabeles y otras bujerías de Castilla.

Por las noticias adquiridas, pareció lo mas conveniente no internarse ántes de tiempo en la sierra, exponiéndose sin objeto á mayores dificultades y riesgos; por lo que, abandonada la ruta de Huancabamba, se tomó la que por el Sur conducia á Motupe, continuando la marcha por la costa. Por aquí no se presentaban, desde luego sino las molestias de los despoblados, ningun mal paso, ningun lugar para emboscadas formidables.

Antes de salir de Zaran mandó Pizarro á San Miguel el regalo del Inca y otros valores recogidos en el tránsito con una carta á los vecinos en que les hablaba así de su viaje, como de las grandezas del pais, y les recordaba la necesidad de conservar la paz con los indios de la comarca.

Los invasores sufrieron bastante sed y fatigas para rodear en dos jornadas el largo desierto de Sechura; pero, apénas salidos del molestísimo arenal, hicieron un alto de cuatro dias en la amena vega de Motupe, tanto con el fin de descansar, cuanto por la necesidad de reconocer los lugares, por donde debian continuar

la marcha. Al cabo de este corto plazo dejóse la agradable mansion para atravesar ya áridas colinas y llanuras que reproducian la desolacion del desierto, ya campos cubiertos de esa vegetacion rica, que el riego de la naturaleza y el del arte desarrollan tan fácilmente en el bellísimo suelo que forma las provincias de Lambayeque y Chiclayo. Allí admiraron los invasores campiñas tan amenas como fértiles, bosques frondosísimos, la suavidad del clima y el cielo siempre sereno que raro dia deja de hermosearse con los rayos del sol.

Al llegar á un rio caudaloso, tal vez, el de la *Leche* que las primeras lluvias de invierno convertian en peligroso torrente, se temió que los naturales disputaran el paso; y Hernando Pizarro lo vadeó por la noche con algunos caballos. Cortados algunos árboles de la ribera se hicieron tres pontones, trabajando Francisco Pizarro como el último soldado; pasó por ellos la tropa, llevando los caballos del diestro sin que los indios pensasen en otra cosa que en huir de los Castellanos. Un infeliz, alcanzado en la fuga, á quien Hernando Pizarro había querido arrancar con el tormento el secreto de los proyectos de Atahualpa, dijo: que segun contaban, el Inca estaba dispuesto á caer sobre los extranjeros con tres divisiones, una al pié de la cordillera, otra en la altura y la tercera en Cajamarca. Mas, disipado luego el temor de los naturales, acudieron muchos y entre ellos el curaca, quien

aseguró que había visto con sus ojos el campamento regio de mas de cincuenta mil hombres en las cercanías de Huamachuco.

Para averiguar la verdad y evitar una sorpresa resolvió Pizarro mandar de espía á un indio de San Miguel que obtenia toda su confianza; pero el indio, previendo que necesariamente debia ser tomado por los del Inca, se negó á una comision en que á ciencia cierta iba á perecer sin ninguna utilidad. Manifestó sin embargo que llegaría con mucho gusto hasta la presencia de su soberano en clase de embajador, pudiendo recoger asi cuantas noticias se deseaban. Dióle el conquistador esta investidura para que de su parte hiciera presente á Atahualpa; que los Españoles llegarian al campamento imperial en breves dias; que seguian su camino sin molestar á nadie, y esperaban ser recibidos conforme á los sentimientos de paz y amistad de que ellos estaban animados. Con el mensajero fueron otros indios, los cuales debian regresar de diferentes distancias para dar oportunamente aviso de si el tránsito se presentaba ó no desembarazado. Fiando en estas precauciones, y siendo todavía la tierra llana, abierta y de recursos se continuó la marcha sin novedad hasta las cabeceras de Cajamarca.

Al pié de la sierra se presentaban dos caminos; ancho el uno y sombreado en gran parte por calles de árboles al traves de las fértiles llanuras, trepando el otro por entre precipicios y desfiladores, de escalon en

escalon á las yertas alturas de la cordillera; por este se iba directamente al encuentro de Atahualpa que aguardaba á los expedicionarios en fuertes posiciones, con muchos miles de guerreros y con todos los elementos de la victoria; por aquel, sin alejarse del oceano, que facilitaría la retirada en caso de obstáculos invencibles, se podria llegar á Chincha, donde no habia ejércitos contrarios y se anunciaba la existencia de inmensas riquezas. Los soldados preferian la ruta, que conducia á la fortuna y los alejaba del peligro; mas el inteligente é intrépido caudillo no vió en ella sino uno de esos rodeos engañosos precursores de la derrota, que solo el miedo y el desaliento pueden calificar de prudentes.

Para los conquistadores no habia otro medio de triunfar que el prestigio de su valor indomable. Miéntras se les tuviera por seres inaccesibles al temor y capaces de vencerlo todo, podian hacer milagros; pero si sus esfuerzos se habian estrellado mas de una vez en la lucha con hordas salvajes reducidas en número, sin disciplina y casi inermes; de cierto serian acabados por las inmensas fuerzas del imperio el dia en que por su indecision y tímidas precauciones solo se viera en ellos guerreros algo mas valerosos y un poco mejor armados, que el comun de los hombres. Con ménos confianza en sí mismo y mas conocimiento del país pudiera haber creido Pizarro que le convenía embarcarse en Paita para desembarcar en alguno de

los puertos del Sur, y unido allí con Huascar, hacer desde luego la guerra á Atahualpa con todo el poder que dan los derechos venerados y una gran alianza. Mas, una vez en marcha para Cajamarca y anunciada al Inca la resolucion de visitarle en su campo, retroceder al solo aspecto de los caminos de la sierra y ántes de haber avistado el ejército de Atahualpa, era revelar su debilidad, descubrir miedo y declararse vencido. Así lo hizo entender Pizarro á sus valientes compañeros, convenciéndolos de que el camino de los peligros inmediatos era el camino de la gloria y el ménos expuesto.

— » Todos debemos — añadió el heróico caudillo, — todos debemos esforzarnos por portarnos como de nosotros se espera, como suelen hacerlo los buenos Españoles. No os ponga temor la multitud de los enemigos y el ser nosotros tan pocos. Aunque fuesemos ménos y ellos en mayor número, mas es la ayuda de Dios, que nunca abandona á los suyos en la necesidad. El nos favorecerá para abatir la soberbia de los gentiles y traerlos al conocimiento de nuestra Santa Fé Católica. »

Estas palabras de sublime energía que venian á avivar en el corazon entusiasta de los soldados el pundonor Español y el heroismo cristiano, les hicieron contestar á Pizarro con firme resolucion : — « Id por el camino que quisiéreis y ved lo que mas conviene; os seguirémos con buena voluntad ; y el tiempo os dirá

lo que cada uno de nosotros hace en servicio de Dios y del Rey. »

La marcha por las cabeceras de Cajamarca hubiera sido alegre y divertida para los expedicionarios, si pudieran contemplar con ánimo sereno las pintorescas y variadas escenas de aquella hermosísima region. Los accidentes del terreno en que sin cesar se encumbran cerros sobre cerros y se abren quebradas en el fondo de otras quebradas; las aguas que se esparcen por el suelo de todas maneras, como jugueton arroyuelo, como raudales á flor de tierra, ó como inmóvil laguna; el inmenso desarrollo de la vida, y el variado aspecto de los cielos, ofrecen á cada paso un nuevo paisaje que recrea doblemente por su novedad, y por su belleza. A menudo, se presentan á nuestra admiracion con la mas rica variedad de producciones y sitios los mas bellos contrastes. De una ojeada pueden descubrirse las abrasadas playas que las aguas del temporal han poblado de algarrobales; los bajíos ardientes donde abundan el pate de algodon sedoso y el chuquil tan desprovisto de hojas como rico en flores; la quebrada calurosa que embellecen el elegante molle y el aliso de porte majestuoso; la empinada subida, cubierta de espesos bosques, que varian de grada en grada; las frias mesetas donde todavía pueden crecer lozanos varios árboles, y las alturas en que vive solitario y deslucido el quinuar amigo de los hielos.

Los conquistadores ántes que en la belleza del es-

pectáculo, tenian que fijarse en las dificultades de la subida y en los peligros del desfiladero. Hubieron de elevarse sobre cerros á cuyos piés se divisaban las nubes y trepar por sendas aéreas que parecian inaccesibles á los ciervos. Subian ya por interminables escalones, ya por caracoles que hacen dar vueltas en torno de un mismo lugar; bien se les presentaba una bajada rápida que los hacia descender á tenebrosas simas, bien al cabo de mil subidas se hallaban detras de los lugares andados, como si un estravio les hubiera hecho retroceder; á veces, creyendo terminada la cuesta se apresuraban por tocar la cumbre; pero cerros ántes no vistos los condenaban á mas penosas subidas, y luego venian los malos pasos, unos por el borde del tenebroso abismo, otros por rocas donde el pié no podia fijarse, algunos por la resbaladiza laja; aquí un atolladero, mas allá pedregales y espinas, con mucha frecuencia ramas enmarañadas que obstruian el camino. Aun llevándolos del diestro, se temía por los caballos, que á veces dejaban colgar su cuerpo sobre la profundidad.

Cuando la vista se familiarizaba con los horribles senderos, asaltaban al ánimo temores de otro género. El enemigo podia cortar la salida y descargar sobre ellos desde la altura una granizada de peñazcos. Tambien podia herirlos á mansalva desde el espeso bosque y atacarlos desde una de las muchas fortificaciones que la naturaleza habia esparcido en el tránsito.

Como si las defensas naturales no fuesen bastantes, se divisó al fin de una garganta un fuerte de piedra hecho por el arte y mas arriba en un pueblo que habian abandonado sus moradores, otro de una construccion admirable.

Para precaver los ataques súbitos marchaba Pizarro por delante con sesenta infantes y cuarenta de á caballo; el resto de la tropa y los bagajes á los órdenes de su hermano Hernando debian hacer alto ó avanzar, segun se les avisara. La constancia triunfó de las dificultades del camino; y léjos de que los enemigos disputaran el paso, se supo por uno de los compañeros del indio de San Miguel, que pronto se presentarian al caudillo Español nuevos enviados de Atahualpa. A fin de que estos no le encontraran con tan escasas fuerzas, mandó Pizarro que se le incorporara la retaguardia, la cual no distaba mucho.

Se hallaban ya los invasores en la rígida puna, donde á los bosques frondosos de las cabeceras habian sucedido el amarillo pajonal, flores sin brillo y sin tallo, algunas plantas felposas y algunos cactos rastreros que la naturaleza ha cubierto de espesísima borra para preservarlos del frio. Este pareció á los Españoles, acostumbrados á los calores de la costa mayor que el de los inviernos rigurosos de Castilla; pero se abrigaron en sus tiendas de algodon y restauraron sus fuerzas con la carne de diez llamas y otros alimentos que les habia mandado el Inca.

Atahualpa, cuyos generales acababan de vencer á Huascar y lo traian prisionero á Cajamarca, estaba ya tranquilo en lo tocante á sus enemigos interiores. Por su primer mensajero habia sabido el corto número de los invasores y el de las armas de fuego, la distincion entre el ginete y el caballo y lo mucho que los de á pié se fatigaban en las marchas. Así es que, en vez de cerrarles el paso, solo pensaba en facilitarles la llegada, confiando en que si penetraban en el corazon de la sierra, no podrian escapársele.

Su nuevo enviado, que era hombre entendido, aseguró á los Españoles de las amistosas intenciones de su soberano, encomió sus proezas y les habló con mucha complacencia de su triunfo sobre Huascar. Semejante noticia, que trastornaba en gran parte los planes de Pizarro y que, tal vez, le era comunicada con el objeto de intimidarle, no le hizo cambiar de resolucion, ni de semblante. Antes exclamó con oportuna arrogancia : — « Seguramente á vuestro Inca le elevan mucho sus triunfos sobre todos los guerreros indios; pero es tan inferior al Rey de España, como lo son respecto de su persona los últimos curacas del Perú. Si sus capitanes han hecho prisionero á Huascar, los de mi príncipe han vencido y preso al poderoso monarca de Francia. La fama de Atahualpa me ha movido á visitarle y á ofrecerle mis servicios; así lo haré, suspendiendo mi viaje que debo hacer al otro lado de los mares, si somos recibidos con los

mismos sentimientos de amistad que nosotros traemos. Yo voy de paz; pero aunque no busco la guerra, no la rehusaré, caso de que me la declaren. »

El agente de Atahualpa no contestó una palabra, sea por asombro, sea por cálculo.

Dos dias despues, llegó con otro regalo de diez llamas y para averiguar el dia en que entrarian á Cajamarca, el mismo embajador que había visitado á los Españoles en Zaran; pero ahora traia mayor boato, una numerosa comitiva y vasos de oro para beber la chicha. Hablaba con mayor libertad y habiéndose quedado con los expedicionarios para acompañarlos en el resto del viaje, era tratado con suma deferencia. Llegó en esto el indio de San Miguel y al ver las atenciones que guardaban al enviado de Atahualpa, le insultó de palabra y principiaba á maltratarle gravemente de obra. Reconvenido por Pizarro por semejante desacato, respondió; — ese indio es un espía de Atahualpa; á mí no me han dejado hablar con el Inca, diciendo que ayunaba y no podia ver á nadie. Solo he hablado con un noble, que os llama barbones por desprecio y dice que sois muy pocos; si me han dejado con vida, es porque les he amenazado con que os vengariais en sus embajadores; las tropas del Inca son muchas; se encuentran en una fuerte posicion á una legua de Cajamarca y caerán sobre vosotros, cuando llegueis á la ciudad, que ha sido abandonada por los habitantes.

Todos los cargos fueron contestados por el embajador de Atahualpa con semblante sereno. — Era cierto lo del ayuno del Inca, durante el cual nadie se atrevia á acercársele; el mal recibimiento del mensajero de Pizarro habia dependido de no haberse dado á conocer. Dijera él quien le enviaba, é hiciera saberlo al Monarca y habria tenido la mejor acogida. El hallarse acampado Atahualpa, no con gran ejército, pues habia mandado sus principales fuerzas al Sur, sino con su guardia, era su costumbre en tiempo de guerra. El abandono de Cajamarca solo tenia por objeto hospedar mejor á sus amigos los Españoles

Pobres explicaciones eran estas para que Pizarro no concibiera graves recelos por haber sido desocupada toda la ciudad y por el mal recibimiento de su enviado; se dió, con todo, por satisfecho, porque queria engañar al Inca, ostentando facilidad de ser engañado.

Andadas algunas leguas de puna rígida, vinieron otros enviados con provisiones que Pizarro agradeció mucho; y con ellos reiteró al Inca sus protestas de amistad, pidiéndole la suya y que procediese de buena fé.

Fatigados en fin de los helados vientos que soplan en aquellas solitarias alturas, donde se oculta la vida y chocan con furor los elementos, divisaron los expedicionarios el templado y bellísimo valle de Cajamarca. Las galas de la tierra aparecian de un golpe de vista en toda la extension del amenisimo óvalo que

tiene cuatro leguas de largo sobre una de ancho; las praderas del centro llanas, como la superficie del mar, cortadas por infinitos plantíos y fertilizadas por tres rios y una red de canales, contrastaban con las amarillentas y renegridas cumbres que coronan el valle; descubríase el sinuoso contorno, en el que se abren quebradas estrechas y valles secundarios, todos con frondosos bosquecillos, y con verdes laderas que van á perderse en las cumbres. El encantador cielo de los Andes cunfundia sus armonías con las bellezas del suelo y la escena se hallaba animada con los ganados que cubrian la pradera, con los habitantes que vagaban por la campiña y el ejército acampado en torno de los Baños.

Densas nieblas se levantan por la mañana y por la tarde cómo á una legua de Cajamarca, cerca de las colinas orientales del valle; ellas señalan de léjos los abundantes manantiales de aguas sulfurosas é hirvientes; que, mezcladas á una corriente cristalina de agua fria, han permitido formar baños de una temperatura suave, dentro de los que pueden pasarse agradablemente largas horas. Aquí estaba solazándose Atahualpa y las mujeres de su serrallo. Dábales comodidad y recreo una casa de campo con departamentos á los cuatro costados, con corredor al interior y con jardin reservado para el Inca. La obra ostentaba la solidez y simetria que caracterizan las construcciones del imperio; mas, expuesta á los estragos

del tiempo y de los hombres, está hoy reducida á un pozo, á los restos de una cañería y á algunas paredes confundidas con construcciones mas modernas. El deslucido cacto y la maleza han reemplazado á las delicadas flores del jardin.

Los conquistadores quedaron asombrados á la vista de las tiendas de campaña, que ocupaban cerca de una legua; y comprendieron entónces su peligrosa situacion. Guardáronse, sin embargo de descubrir su inquietud; porque si hubieran mostrado miedo, los mismos indios de su servicio hubieran acabado con ellos. El previsor caudillo dispusó que todos se armasen, los dividió en tres cuerpos y, con todas las precauciones militares, fué acercándose á la ciudad por las alturas y bajó por la *Sicuana*, cuesta que se halla á poca distancia.

Cajamarca, ménos poblada que en la actualidad, albergaba unos diez mil habitantes. Sus edificios eran por la mayor parte de adobe y con techos de paja; y sobresalian, entre los de piedra, el templo del sol, la casa de las escogidas, una fortaleza, que servia de palacio, en la parte baja de la poblacion y otra rodeada de una muralla espiral que se alzaba en el cerro inmediato, llamado hoy de Santa-Apolonia. Cerca del sitio, donde debió existir, se conserva todavía un asiento de piedra con el nombre de silla del Inca, que ofrece una perspectiva bellísima. La gran plaza actual, que entónces era triangular, presen-

taba de un lado el palacio y el templo del sol, de otro un tambo, con grandes salones, y hácia la campiña altas tapias de piedra y barro; ofrecia dos entradas, y las habitaciones se comunicaban con ella por un gran número de puertas.

La ventajosa posicion del tambo no pudo ocultarse al ojo militar de Pizarro. La poblacion desierta, y solo unas pocas mujeres en la plaza, que, al decir de algunos, mostraban su compasion por los desdichados extranjeros, atraidos á una perdicion inevitable, le hacian temer el ataque que el indio de San-Miguel le anunciara. Colocó por lo tanto su tropa del modo mas conveniente para resistir á las fuerzas del Inca, si es que ántes no lograba apoderarse de su persona, bien con violencia, bien con engaños.

LIBRO III

PERSECUCION DE ATAHUALPA

CAPITULO I

CAPTURA DE ATAHUALPA.

Profunda inquietud devoraba á Pizarro, hallándose tan cerca de un enemigo tan superior en número, tan cauteloso y de cuyas disposiciones hostiles descubría no dudosos indicios. Mandó por lo tanto en el momento de su llegada, un indio para anunciársela á Atahualpa y para preguntarle dónde debian aposentarse los Españoles. Sin aguardar la vuelta del mensajero, envió á Hernando de Soto con quince caballos, no ya simplemente para saludar al Inca, sino para suplicarle que viniera á Cajamarca á cenar con su Capitan aquella noche y si no le parecia bien, que aceptase el dia siguiente una comida, en la que sería bien regalado. — Aunque nuevo en la tierra, deseaba Pizarro hacerle la reverencia, manifestarle la causa de su venida y hablarle de otros negocios que el Príncipe holgaría saber.

Conforme á sus prudentes observaciones, salió á poco Hernando Pizarro con otros veinte de á caballo para reforzar á Soto, dar mas alta idea de la hueste Castellana y estar mejor preparados contra una acogida hostil. Uno y otro llevaron órdenes estrictas de conducirse con el mayor comedimiento y el hermano de Pizarro autorizacion para obrar segun las circunstancias.

Atahualpa había visto con gran satisfaccion la llegada de los misteriosos guerreros, que por sí mismos habian venido á ponerse en sus manos. Mucha confianza le inspiraban el ser tan pocos, su marcha pacífica, las protestas amistosas de Pizarro, las noticias comunicadas por sus emisarios y por Maizavilca, su capitan de la Chira y, sobre todo, el haber anunciado el oráculo de Pachacamac, que todos moririan. Mas, la imponente arrogancia con que los Españoles entraron en Cajamarca, turbó la seguridad de la Corte Imperial, y secreta inquietud agitó los ánimos mas altivos; el cielo mismo, turbándose como los corazones, parecia confirmar las dudas y recelos; perdió su serenidad el dia que había estado bellísimo, los vientos del Este amontonaron nubes borrascosas, llovió y cayó granizo. Como si hubieran sido abortados por la súbita tempestad, veíanse llegar al regio campamento los caballos de Soto y á corta distancia los de Hernando Pizarro. Los Españoles, obedientes á las prudentes órdenes de su jefe, pasaron entre los batallones indios

sin hacer daño á nadie; y no fiándose en el puente, vadearon el rio de los Baños que los separaba de la mansion del Inca. El ejército imperial tenia las armas al lado; pero, sorprendido de la maravillosa aparicion é incapaz de moverse sin el beneplácito supremo, no puso obstáculo alguno á la marcha de la partida, que le sobrecogía con el estruendo de caballos, armas y trompetas.

Atahualpa, grave por carácter, quiso manifestar que nada podía alterar la majestuosa tranquilidad de los Hijos del Sol y recibió á los Españoles con todo el esplendor de su Corte y con la impasibilidad prodigiosa, que, á veces, ostentan los indígenas. Los grandes del imperio se colocaron á diferentes distancias, segun su rango, pero todos magnificamente vestidos; los de mas jerarquía y las princesas estaban en pié cerca de su augusta persona; y él, sentado en una tiana, al modo de los Turcos, se distinguía entre seiscientos personajes, no por las riquezas de las galas, sino por la *Mascaipacha* que adornaba su frente y por su aire verdaderamente soberano. Al acercársele Soto y hacerle el respetuoso saludo é invitacion de que estaba encargado, permaneció el Inca, silencioso con los ojos fijos en tierra y por su órden contestó friamente uno de los magnates: « *Ari* (Bien está). »

Tanta reserva tenia desconcertados á los mensajeros, cuando llegó Hernando Pizarro, que suplicó cor-

tesmente á Atahualpa, se dignase responder por si mismo; pues su hermano le enviaba á visitarle y, como amigo, le rogaba pasase á verlo. Al saber quien le hablaba y movido por la cortesanía de Hernando, alzó el Inca la vista y mirándole con grata sonrisa, le dijo entre otras cosas. — « Maizavilca, un capitan mio, me ha avisado que sois mala gente y no buena para la guerra, y que ha muerto á tres de vosotros y un caballo : quiero con todo ser amigo vuestro é iré á verme mañana con vuestro hermano, el General. »

— « Maizavilca ha mentido, replicó Hernando con la arrogancia que le era natural, exajerada tal vez de intento. Los indios de San Miguel son como mujeres y un solo caballo basta para sujetar todo aquel valle. Ya conoceréis quienes somos, cuando nos veais pelear. Mi hermano os quiere mucho ; decidnos si teneis algun enemigo, que él lo sujetará. »

— « Cuatro jornadas de aquí, — dijo el Inca ; están unos indios muy bravos con quienes yo no puedo ; allí podeis ir á ayudar á mi gente. »

— « Diez de á caballo enviará mi hermano, contestó Hernando, y bastarán para sujetar toda la tierra ; tus indios no son menester sino para buscar á los que se escondan. »

Sonrióse á esta fanfarronada el Monarca, como hombre que no tenia á los Españoles en tanto ; y mando obsequiar á sus huéspedes chicha, que en grandes vasos de oro, sirvieron las bellezas del *ha-*

rem; ellos, aunque no gustaban mucho de aquel licor, lo aceptaron porque no se tomase á desaire. Entretanto, Soto, que era todo un jinete, y cuyo brioso caballo podia dar saltos enormes, notando el interes con que miraba Atahualpa los movimientos del alazan, metióle espuela, le hizo salir á escape por la pradera, corbetear, revolver y casi sentarse. En este difícil movimiento lo acercó tanto del Inca que el animal agitaba la borla imperial con su inflamado resuello y salpicó la yacolla con su espuma; mas no por eso perdió Atahualpa su gravedad, ni dió muestras de sobresalto; ántes se asegura, que por haber corrido algunos indios, cuando vieron cerca de sí al caballo, los hizo matar luego que partieron los enviados de Pizarro. Al pedirle Hernando las últimas órdenes, le dijo : — « Avisad á vuestro hermano que mañana iré á verle, y que se aposente en tres grandes salones del tambo, reservando para mí el de la serpiente que está en medio. »

La majestad de Atahualpa, la grandeza de su Corte, y su ejército, que á unos pareció subir á treinta mil hombres y á otros pasar de cincuenta mil, perfectamente equipados y con apariencias de buena disciplina, hicieron profunda impresion en el ánimo de los aventureros : los mas valientes conocieron el miedo; y considerando que para cada Español habia de doscientos á trescientos Indios, no atinaban el modo de salvar del inmenso riesgo en que su teme-

ridad los habia puesto. La consternacion fué mayor, cuando entrada la noche, brillaron los fuegos del campamento imperial en tanto número, que parecia un cielo estrellado. Mas, el valor de Pizarro crecia con los peligros y su satisfaccion era grande al hallarse tan cerca del monarca á quien habia buscado con tantos trabajos. Para animar á los soldados les dijo : — « Lo que os causa tanto temor, me pone á mi alegre y contento. Esa multitud de gentes ha de ser para mayor confusion y pérdida de los infieles. Con la proteccion que Dios no negará á la justa demanda que llevamos, y á nuestro bien probado valor, tenemos la victoria en las manos. »

El plan de Pizarro, tan sencillo como arrojado, se reducia á apoderarse del Inca, cuando viniera á visitarle. Parecia esta una resolucion de insensatos; pero, acaso no habia otro partido que pudiera salvar á los invasores en su desesperada situacion.

La retirada les llevaría á una muerte cierta; ¿Cómo escapar, hallándose en el corazon de la sierra, separados del mar por desfiladeros, rios y malos pasos, que enjambres de guerreros, dueños del pais, conocedores del terreno y mas expeditos para sus marchas, ocuparian, envalentonados, ántes que los fugitivos, desalentados y sin recursos?

Permanecer al frente de Atahualpa en la inaccion, era redoblar el peligro por horas : un solo dia bastaria para que el trato destruyera el prestigio

de ser invencibles los Españoles, único escudo de la reducida cohorte; socorros prontos no había de dónde, ni cómo pudieran venir; Atahualpa, cuya crueldad y astucia eran nombradas, encubria mal su ánimo hostil bajo mensajes de amistad; y deseoso de castigar la insolente invasion y de apoderarse de hombres y caballos, si no los atacaba aquella misma noche, lo haria sin duda á la próxima llegada de sus huestes vencedoras; enfin, el engañarle con los artificios de la política, y ganarse su amistad y alianza con hábiles y lentas seducciones, ni podia esperarse del carácter de aquel monarca, ni era dado al genio de Pizarro, mas propio para los golpes de mano que para las triunfos diplomáticos.

No se presentaba, pues, esperanza de salvacion, sino en la captura del Inca. Miéntras él se hallase libre, su voz sagrada haria brotar de la tierra ejércitos, cuyo número siempre creciente, acabaría con el puñado de conquistadores por brillantes que fuesen sus triunfos. Mas una vez aprisionado, se allanaría la conquista por la dispersion de los suyos que huirian, como el rebaño, cuyo pastor ha sido herido, ó al ménos se tendria una prenda de salvacion en el regio cautivo, cuyas órdenes veneradas y el deseo de no arriesgar tan preciosa vida, conservarian sosegados á los pueblos.

El cielo mismo favorecia la prision de Atahualpa, habiéndole inclinado á presentarse en Cajamarca;

porque si fuera necesario asaltarle en su campamento, fácilmente se hubiera puesto en salvo; pero una vez en la ciudad, ó se entregaría por si mismo, accediendo á las amistosas invitaciones de Pizarro, ó sería tomado á viva fuerza, no pudiendo su comitiva resistir un súbito y bien concertado ataque.

El proyecto por mas que fuese arriesgado, era el único de que pudieran esperarse la salvacion de los conquistadores y las ventajas de la conquista; era, sin duda, tan opuesto á la buena fé como á la justicia; pero lo extremo de la situacion acallaba todos los escrúpulos; la perfidia y la iniquidad no los inspiran á menudo á los invasores, y los del Perú rara vez los tenian cuando se trataba de oponer astucia contra astucia, ó de ganar con violencia súbditos para el *Rey* y almas para el *Cielo*. Fué por lo tanto aprobada la captura del Inca en una Junta de guerra.

Larga fué la noche del 15 de noviembre de 1532 para los compañeros de Pizarro, que al siguiente dia iban á ser los mas afortunados de los conquistadores ó á caer en poder de un enemigo implacable. Se dobló la guardia, los centinelas aumentaron su vigilancia, las rondas anduvieron al rededor de la ciudad, donde reinaba un pavoroso silencio, y cuando al rayar el dia llamó la trompeta á las armas, todos las tenian en el mejor estado. Los sacerdotes de la expedicion, habiendo invocado el auxilio divino con largas oraciones y sangrientas disciplinas celebraron el sacri-

ficio de la misa y prometieron la victoria en nombre de Dios y de su Santísima Madre. Los guerreros cristianos entonaron fervorosos, el salmo, « Levántate, Señor, y juzga tu propia causa » ; y el caudillo los entusiasmó diciendo : — « Debeis hacer fortalezas de vuestros corazones ; pues en ellos y en el socorro de Dios está toda nuestra defensa. Si os portais como buenos, Dios, que nunca abandona á los que andan en su servicio, peleará por nosotros. Ataquemos con serenidad y con ímpetu, y nuestro triunfo, sobre una muchedumbre aterrada y en desórden, será tan completo como en Puná y en Tumbez. »

Pizarro combinó habilmente las ventajas que para armar una celada al Inca ofrecia el tambo de Cajamarca. Los sesenta caballos, guarnecidos los pretales con cascabeles, se distribuyeron en tres bandas á las órdenes de su hermano Hernando, Benalcazar y Soto. Candia con las dos piecezitas de artillería ocupó la fortaleza, los arcabuceros una altura próxima, y la infantería las entradas de la plaza ; veinte rodeleros, que inspiraban completa confianza, quedaron de reserva para operar á las órdenes inmediatas del caudillo ; todos debian permanecer vueltos hasta que un tiro diera la señal del ataque. Cada uno tomó su puesto con mas voluntad de salir al campo que de estar escondido en el aposento.

Aunque se disponian los guerreros cristianos á un acto de atroz vandalismo, aguardaban la llegada del

Inca con el valor que los Espartanos recibieron en las Termópilas al ejército de Jerjes; y su abnegacion era la de los mártires. La inmensidad del peligro que solo podia vencerse por un milagro de fortaleza, les hacia sobreponerse en aquella hora á los cálculos mezquinos y elevaba sus ánimos á la altura de los designios de la Providencia en la conquista del Perú, único motivo capaz de inspirarles confianza en la proteccion del cielo.

Atahualpa habia invocado tambien el favor de sus Dioses con plegarias y sacrificios y procurado levantar el ánimo de su tropa. Hizo presente que los caballos tan temidos no eran sino ciertos animales parecidos á grandes llamas, y que nacian en la tierra de los extranjeros como las otras en el Perú. Manifestó ademas que, segun los informes de sus mensajeros y capitanes, los barbones eran tan mortales como los indios y mas sensibles que ellos á la fatiga; y dejó conocer su resolucion de castigar la insolencia de unos invasores, que tomaban las riquezas, maltrataban á los hombres y hablaban de los Dioses con desprecio. Inspirábanle los Españoles poco recelo por su corto número; pero sea que quisiese hacer ostentacion de su grandeza, sea por ceder al dictámen de sus consejeros, alistó sus tropas y mandó decir á Pizarro que traería á su gente armada como en la tarde anterior habian ido á su campamento los extranjeros, y que fuera uno de ellos para acompañarle. El conquistador, devorando

la inquietud que le causaban estas prevenciones de guerra, respondió al mensajero : — « Dí á tu Señor, que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere, le recibiré como amigo y hermano; y que no le envio ningun Cristiano, porque no se usa entre nosotros enviarlo de un Señor á otro. » — Apénas recibida esta respuesta, puso el Inca su campo en movimiento y principiaron los escuadrones á salir de los baños con sus banderas y capitanes, con tanto concierto, como solian hacerlo los Turcos.

Venian por delante los honderos, defendido el pecho con chalecos henchidos de algodon, y trayendo rodelas de tablillas angostas y muy fuertes. Seguíanles otros con mazas y hachas de braza y media de largo, siendo de cobre las de la tropa, y de plata ú oro las de los jefes. Marchaban tras estos los lanceros, unos con pequeñas lanzas que arrojaban á manera de dardos, y otros blandiendo picas de enorme longitud. Muchos traian morriones de madera llenos de algodon que les cubrian hasta los ojos, tan fuertes como si fueran de hierro, y adornados de brillante plumaje. Iban colocándose á uno y otro lado del camino ; y miéntras los delanteros estaban cerca de Cajamarca, aun no acababan de salir de los reales los últimos escuadrones.

Cubierta toda la carrera en la extension de una legua, empezó á marchar la comitiva del Inca, con tanta majestad y mas opulencia que un cortejo imperial po-

dia hacerlo en las mas augustas ceremonias de Europa. Abrian la marcha unos trescientos criados que quitaban las pajas y piedrecitas del camino, no obstante que le habian limpiado de antemano los indios de Cajamarca. Venian en pos de ellos numerosas comparsas con libreas blancas y encarnadas, como tableros de ajedrez, bailando y entonando cantares de triunfo. En medio de la grandeza, vestida de ricos trajes azules y deslumbrando con los pendientes, armaduras y otros adornos de oro y plata, se alzaba majestuosamente Atahualpa, en hombros de ochenta vasallos distinguidos, y en una litera de riquísima madera chapeada de metales preciosos y adornada con brillantes plumas. La tiana que era de oro, pesaba un quintal ; el cojin de finísima alpaca estaba sembrado de piedras preciosas, y sobre el magnífico vestido imperial resaltaban la corona que ceñia las sienes del monarca, y un collar de grandes esmeraldas que pendía de su cuello. Tambien venian en literas con no acostumbrada magnificencia el señor de Chincha y otros poderosos curacas.

La campiña cubierta de gente, el concertado son de los instrumentos militares y la pompa de la regia comitiva no eran para alegrar, sino para inspirar serios temores á la reducida hueste de Pizarro. Las indias que les acompañaban en Cajamarca, habian oido decir á los mensajeros del Inca entre los que contaban algunos parientes, que Atahualpa vendria sobre tarde

para dar en los Españoles aquella noche y matarlos. Esta alarmente noticia se confirmaba mas y mas con no haberse puesto en movimiento el campo imperial sino despues de mediodía y con marchar tan despacío, que tardó mas de cuatro horas en andar una sola legua de calzada. El peligro á nadie pareció dudoso, cuando se vió que el Inca hacia alto á ménos de mil varas de la ciudad, y cuando á poco envió un mensajero, anunciando, que siendo ya tarde, quería pasar allí la noche para hacer su entrada al otro dia. Pizarro siempre cauteloso y dueño de sí mismo le instó para que viniera luego. — Le esperaba á cenar y no lo haria hasta que su huésped llegase.

No es fácil penetrar las intenciones de Atahualpa, en aquel momento de incertidumbre y azares que iba á fijar la caida de su gloriosa raza ; tal vez el mismo no sabia que pensar en circunstancias tan extraordinarias. Por lo ménos es cierto, que sus resoluciones no fueron firmes, y que en su marcha se revelan de una manera incoherente la ciega confianza y el vértigo que hacen mirar las cosas desde muy alto para precipitarse mas hondamente. Su desprecio por el corto número de extranjeros, que ya creia tener en sus manos, se acrecia con las noticias de los espías, los cuales le aseguraban, que los barbudos estaban escondidos en los salones y llenos de miedo. Abandonó por lo tanto sus prudentes precauciones, y contestó á Pizarro que iba á entrar en Cajamarca con sola la gente de su van-

guardia y que no llevarian armas. Se dice sin embargo, que algunos iban con mazas y otros con hondas y bolsas henchidas de piedras que ocultaban bajo sus cusmas. Se añade tambien que Rumiñahui se colocó con cinco mil guerreros provistos de aillos, por el lado del Cumbe, para apoderarse de los blancos, si intentaban huir por donde habian bajado al valle.

Los últimos rayos del sol doraban las cimas de Cochamarca, cuando la regia comitiva entró en la solitaria plaza con su apacible y deslumbrante pompa. Desfilaron unos cinco ó seis mil indios por delante del templo del Sol, inclinando algunos las manos al suelo, como en ademan de limpiarlo, continuando otros sus alegres hailis, que en los oidos de los Castellanos sonaban como cantares infernales, y formando todos un vasto círculo, para abrirse y colocar en medio á su venerado monarca. A poco se dejó ver Atahualpa en su imponente majestad, y, dirigiendo inquietas miradas á los salones, preguntó con sus ojos, si no con su lengua : ¿Dónde están los extranjeros ?

Pizarro estaba dando sus últimas órdenes para asegurar el buen éxito del ataque, que le parecía inevitable. Su tropa se hallaba ya impaciente por apelar á las armas : pero fué necesario hacer al Inca las intimaciones de éstilo, que, segun el extraño derecho de los conquistadores americanos, bastaban para justificar el uso de la fuerza, si no producian por sí mismas la sumision de los indios. El dominico Fr. Vi-

cente Valverde salió con la cruz en la derecha, y el breviario ó segun otros la biblia en la izquierda; y despues de santiguar á Atahualpa, le dijo en sustancia, con arreglo á la fórmula compuesta por los teólogos y jurisconsultos de la época.

— « Yo soy sacerdote de Dios y enseño á los cristianos las cosas divinas, y asimismo las vengo á enseñar á vosotros. Dios que es uno en esencia y trino en personas, crió el cielo, la tierra y cuanto hay en ellos; formó de barro á Adan que fué el primer hombre, y de una de sus costillas á Eva de quienes todos descendemos. Habiendo desobecido nuestros primeros padres á su criador, nacemos todos en pecado y nadie alcanzaria la gracia divina, ni iria al cielo, si Jesucristo, que es hijo de Dios, no hubiera encarnado en las entrañas de la Vírgen María; y si no nos redimiera muriendo por nosotros en una cruz. Jesucristo, resucitó de entre los muertos y subió á los cielos dejando al Apóstol S. Pedro por su vicario en la tierra y poniendo todo el mundo bajo su jurisdiccion. Los Papas que son los sucesores de S. Pedro, gobiernan el género humano; y todas las naciones, en cualquier parte que vivan, y sea la que quiera su religion, deben obedecerles. Un Papa ha dado á los reyes de España todos estos paises para pacificar á los infieles y traerlos al dominio de la Iglesia Católica fuera de la cual nadie puede salvarse. El Gobernador Pizarro ha venido con esta comision. Debeis pues, Señor, recono-

ceros tributario del Emperador, abandonar el culto del Sol y todas las idolatrías que os llevarian al infierno, y recibir la religion verdadera. Si así lo haceis, Dios os dará el premio y los Españoles os protegeran contra vuestros enemigos. »

Doctrinas tan misteriosas, y pretensiones tan insolentes, presentadas de una manera tan extraña y tan á destiempo, no podian ménos de confundir las ideas de Atahualpa y de sublevar todos sus sentimientos. Para mas trastornar su cabeza y su corazon se añadia que el intérprete, mal conocedor del castellano y del quechua, esponia los misterios bajo formas absurdas; y el alma del Inca, que estaba dotado de tanta altivez como penetracion, debia ofenderse igualmente de la injuria que se hacía á su inteligencia, y del tono amenazante con que le hablaba Valverde. Es por lo tanto indudable que contestó con mal reprimida indignacion al desacordado misionero; pero seria difícil determinar el lenguaje que usó en momentos tan críticos y seguidos de cerca por la mas espantosa catástrofe. Segun las relaciones ménos inciertas habló de esta manera.

— No quiero ser tributario de ningun rey; yo soy mas poderoso que todos los principes de la tierra : mi padre y mis abuelos conquistaron la tahuantinsuyu; y ahora que he vencido y tengo preso á mi hermano, todo es mio. Si el Papa ha dado estas tierras á vuestro Emperador; por grande que este sea, no ha sabido lo

que se ha hecho; pues yo no consiento en ello; y nada importa que haya dado lo que no es suyo. En cuanto á vuestro Dios que fué condenado á muerte por los mismos hombres á quienes habia criado, no lo cambio por el mio que vive allá en los cielos y vela por sus hijos. ¿Donde has aprendido esas cosas que me has dicho?

Alargó Valverde el libro que traia en la mano, y no admirándose el ingenioso Inca ni de los carácteres, ni de ningun otro signo; mas notando, que nada le decía aquel extraño objeto con cuya autoridad se le había amenazado, lo arrojó al suelo, y dijo colérico al misionero : — « Bien sé lo que habeis hecho por esos caminos, como habeis tratado á mis curacas y tomado la ropa de mis tambos.

— » Los cristianos, respondió Valverde, no han hecho tal cosa; que unos indios trajeron la ropa sin saberlo el Gobernador, y la mandó volver.

— » Yo no me iré, replicó Atahualpa, sin haber obtenido satisfaccion de vuestros ultrajes. »

El religioso á quien escandalizaba el desacato cometido con el libro santo y aturdia la muchedumbre de enemigos, gritó á los Españoles : — « Los Evangelios en tierra! Venganza, Cristianos, ¿No veís lo que pasa? Para qué estais en requerimientos con este perro lleno de soberbia? ¡Qué vienen los campos llenos de indios! Salid á el, que yo os absuelvo. » Al mismo tiempo Atahualpa puesto en pié hablaba á los

suyos, y se oyó entre las masas de los indios una sorda agitacion que presajiaba el ataque mas formidable.

No debemos dar mucho valor á semejantes detalles, que en gran parte pueden ser la obra de la imaginacion de los testigos, ó de los cronistas. Mas por desgracia, la atroz carniceria, que siguió á esta entrevista, es demasiado cierta. La captura resuelta, las disposiciones tomadas, la aterradora muchedumbre de indios, las palabras de Valverde que no daban tregua, la indignacion creciente del Inca, y el dia que iba á acabarse, precipitaron á los Castellanos á un pérfido y cruel ataque que hoy hiere nuestro ánimo con su horrible verdad.

Alza Pizarro un pañuelo blanco para avisar á Candia; suena un tiro bien diferente del que el descubridor disparó en Tumbez, y, al grito de *Santiago,* arremeten los conquistadores, como toros furiosos que cargaran sobre una procesion de mujeres y niños. Al oir por primera vez las descargas de artillería, reforzadas por el continuo disparo de los arcabuces y toque de trompetas, atúrdense los indios, como si se desplomaran sobre ellos los colosos de los Andes. La caballería, rápida como el huracan, acrecienta el espantoso estruendo con las herraduras y cascabeles, y difunde el terror y la muerte con los botes de lanza y con la impetuosa sacudida de los caballos. Las espadas, brillando entre el denso humo de la pólvora, como el rayo en las tempestades de las alturas, hielan de espanto á

los que todavía no han herido de muerte; y la pasmada muchedumbre ó la recibe clavada en el sitio, en que le alcanzó el ataque, ó huye sin saber á donde. Caen algunos á los piés del fiero bruto y presentan otros el pecho al penetrante acero. Con sus esfuerzos desesperados abren los fugitivos en las tapias de la plaza un ancho portillo por el que se precipitan al campo. Sale en su persecucion la caballería, pero los mas logran salvarse en los cerros, en las zanjas y entre los árboles.

Entretanto, se sacrifican por su Soberano los nobles que rodean al Inca; el terror les ha quitado la audacia para desarmar á sus enemigos; pero la lealtad les ha comunicado el valor heróico de los mártires. Todos esperan la muerte en el puesto del honor : estos oponen su cuerpo á la aguda espada para desviarla del hijo del Sol; aquellos se esfuerzan por contener con sus manos á los horrendos hombres-caballos. Apénas ha muerto uno, cuando otros muchos se disputan el lugar del sacrificio ; y el Inca vaga en su litera, traido y llevado por las oleadas de defensores y asaltantes, como el mísero náufrago, que, asido á débil tabla, ya va á dar en el escollo, ya se ve milagrosamente desviado por las reventadas ondas.

Son de espantar á los tigres la sangre que corre en arroyos, los miles de cadáveres que cubren la plaza, los ayes de los moribundos y los clamores de los fugitivos. Mas, la noche que se acerca y el Inca que aun

está libre, inquietan á los Castellanos fatigados de la inhumana matanza. Si Atahualpa se salva, no escaparán de su venganza, porque desvanecida la sorpresa no podrán resistir al furor de los indios conocedores ya de su propia fuerza. Para conjurar este peligro, Miguel Astete y Alonso Mesa, dejando de herir á los vasallos, atacan al monarca; mas Pizarro, á quien conviene tomarlo preso y no muerto, les grita con voz imperiosa : — « Nadie hiera al Indio, so pena de la vida. » — Al mismo tiempo, estiende el brazo para protegerle, le toma del vestido y con la ayuda de sus rodeleros, le baja de las andas, que por la muerte de los nobles, estaban ya mal sostenidas.

La captura del Inca, rompiendo el lazo que encadenaba los indios á la muerte, acabó de dispersarlos. Un gran número habia huido desde el principio del ataque, ya por el terror que se propagó de la ciudad al campo, ya sobre todo, porque arrancados los mas á sus hogares por el violento reclutamiento de Atahualpa y retenidos á viva fuerza, solo esperaban un momento oportuno para volver al seno de sus familias, poco solícitos por la derrota ó por el triunfo. Rumiñahuy, que hubiera podido contener la dispersion, huyó de los primeros en la direccion de Quito. La caballería, que habia seguido el alcance de los fugitivos, no tuvo otro cuidado que conducir rebaños de prisioneros; y recogidos ya unos tres mil, dieron las trompetas la señal de retirada, que aconsejaban tambien

una lluvia abundante y las sombras de las noche.

Cuando los Españoles vieron que ninguno de ellos había sido muerto; que el único herido era Pizarro, quien recibió en su mano la cuchillada dirigida contra el Inca, y que los caballos, ateridos el dia ántes por el frio de las punas, habian desplegado durante el ataque una viveza extraordinaria, creyeron que el cielo les había dado el triunfo con un gran milagro. Despues se pretendió explicar la fácil dispersion de los indios por supuestos vaticinios del Inca Viracocha, que les movian á recibir á los conquistadores, como enviados de los Dioses. Mas, no se necesita ninguna explicacion sobrenatural para comprender por qué se dejaron matar sin oponer resistencia: las circunstancias lo explican todo; las armas se sobrepusieron al número, la táctica al tumulto, la voluntad á la indecision, la audacia al terror.

Pizarro manifestó á sus compañeros, que sin especial socorro de Dios, no habrian sido parte para entrar en el Perú y mucho ménos para vencer una tan gran hueste; les invitó al descanso que el desvelo de la noche anterior y las fatigas de aquel dia hacian necesario; y especialmente recordó que debian estar apercibidos á toda hora, porque los indios eran diestros en la guerra, temian mucho al Inca é intentarian cualquier cautela para libertarle.

Atahualpa fué obsequiado por su vencedor con la prometida cena, y se mostró en ella tan expansivo,

como superior al infortunio. Cuando le hablaron de su derrota, contestó simplemente : — « Usos son de la guerra vencer y ser vencido » ; no reconvinó á Pizarro por su alevosía, sino que se admiró de su destreza y dejó entrever la esperanza que había tenido de apoderarse de los Castellanos. Mas no obstante la fortaleza de su ánimo y la tranquilidad que afectaba, dejó vislumbrar la impresion que le había producido su profunda cuanto súbita caida, y algun recelo de que hombres tan crueles con los vasallos respetarian poco la vida del monarca. Para disipar su inquietud, le dijo entre otras cosas Pizarro : — « No tengas por afrenta el haber sido desbaratado; que aunque los cristianos somos pocos, hemos alcanzado mayores victorias. Yo soy vasallo del Emperador Cárlos V, que es rey de España, y vengo á conquistar en su nombre estas tierras para que conozcais la Santa Fé Católica. Por el buen fin que traemos, permite Dios, que, siendo tan pocos, conquistemos tanta multitud de gentes, para que salgais de la vida bestial y diabólica en que vivis. Ya agradecereis el beneficio que os ha traido nuestra venida, cuando conozcais vuestros errores; por ahora tened á dicha no haber caido en poder de gente cruel, como sois vosotros que quitais la vida á los prisioros; los cristianos usamos de piedad con los vencidos, no hacemos guerra, sino á los que nos la hacen y, pudiéndoles destruir, los perdonamos, como yo hice con los caciques de la Puná, Tumbez y otros. Si tu fuiste

preso y tu gente muerta, ha sido, porque venias con gran ejército contra nosotros, habiéndote rogado que vinieses de paz, y porque echastes á tierra el libro donde estan las palabras de Dios; por esto permitió Nuestro Señor, que fuese abatida tu soberbia y que ningun Indio pudiera ofender á Cristiano. »

Las esposas del Inca, la regia servidumbre y enjambres de fugitivos permanecian, como clavados en los Baños, sin saber que pensar, sin resolucion para huir, y sin valor para libertar al cautivo. Una partida de treinta caballos, mandada la mañana siguiente á recojer el botin y á dispersar el núcleo, que, si volvian en sí los indios, podia hacerse formidable, volvió al mediodía con millares de prisioneros, ochenta mil pesos en oro, y siete mil marcos de plata entre varias piezas de las que formaban la vajilla del Inca. Tambien se recogieron llamas en tanto número, que, no obstante de haber dado soltura á las mas, porque embarazaban el campamento, quedaron las suficientes para que por muchos meses se pudieran matar cada dia unas ciento cincuenta. De los almacenes en que había ropa de lana y algodon de superior calidad, se sacó sin tasa, sin que se notase la falta; porque estaban tan henchidos, que pudieran prestar carga para algunos buques.

Tal era la multitud de prisioneros, que despues de tomar cada Español para su servicio mas de lo que pudiera exigir para el lujo de su palacio un gran Se-

ñor de Europa, todavía causaba graves recelos el número de los sobrantes. Algunos hombres feroces propusieron matar á los de guerra, ó al ménos cortarles las manos. Ménos inhumano y mas cuerdo el caudillo, contestó á los bárbaros que querian dominar por el terror ; — « No nos estaría bien ser tan crueles. Si Atahualpa con su gran poder puede recojer mucha gente, mayor es el de Dios que ayuda á los suyos. Como nos libertó ayer del peligro, nos libertará en adelante. Pensando nosotros, cual cristianos en atraer estas gentes al conocimiento de la Santa Fé Católica, no queramos serles semejantes en las crueldades, sacrificando á los prisioneros. Basten los muertos en la batalla ¡ Desdichados que fueron traidos como ovejas al redil ! »

Inutilizáronse, sin embargo, las armas de los indios para hacer mas difícil su resistencia y se les dijo que no se pensaba en moverles guerra y que podian volverse en paz á sus casas ; licencia que aceptaron gustosos, viéndola autorizada por una órden del Inca. Antes de partir, dieron sepultura á sus hermanos y borraron de la plaza de Cajamarca las últimas huellas de la horrible carnicería.

CAPITULO II

EL RESCATE DE ATAHUALPA.

Pizarro estaba seguro de recibir auxiliares, luego que llegara á las Colonias Españolas la noticia de las ventajas conseguidas con la captura del Inca. Por eso se apresuró á participarla á San Miguel; y en tanto que recibia los refuerzos necesarios para continuar la conquista, procuró consolidar su posicion y hacer de Cajamarca una ciudad de cristianos. En cuatro dias substituyó al débil cercado de la plaza una muralla de tres varas de alto y de quinientas cuarenta de largo y realizó cuantas medidas de seguridad exigia la peligrosa situacion de los Castellanos. El templo del Sol, trasformado en iglesia de San Francisco, facilitó la conversion de los indios con el esplendor del culto y con las prácticas religiosas; y los conquistadores vieron con gran satisfaccion, que en sus guerras divinas y humanas con solo vencer á pocos,

ganaban facilmente á Cristo muchas almas perdidas.

Tampoco descuidaba Pizarro la conversion de Atahualpa. Alególe entre otras razones, que debia tener sus oráculos por engaño del diablo, viendo que Pachacamac no había podido protegerle contra tan pocos cristianos. Penetrado vivamente el Inca de esta reflexion, exclamó con dolor : — « Estoy espantado de lo que me dices ; bien conozco, que aquel que habla en Pachacamac, no es el verdadero Dios, pues tampoco me ayudó. » — Pocos dias despues, habiendo venido á visitarle el gran sacerdote de aquella divinidad, le reprendió por haberle arrastrado á su ruina con mentidos presagios de victoria ; y con licencia de Pizarro, le mandó poner una cadena, diciéndole : — « Yo quiero ver ahora, si te quitará esta cadena, ese, que dices, que es tu Dios. »

No obstante sus reflexiones religiosas, lo que preocupaba á Atahualpa era la política y no la religion. Traíanle inquieto la próxima llegada de Huascar, á quien los Castellanos podian restituir el imperio, y los riesgos que correría él mismo durante su cautiverio. Pensando en los medios de recobrar su libertad, la mala encubierta sed de oro, que aquejaba á los vencedores, le hizo creer en la posibilidad de su rescate. — « Si me soltais, dijo un dia á Pizarro, yo cubriré de oro todo este aposento. » — Picado de la sonrisa de incredulidad con que había sido acogida su oferta, añadió con mas calor ; — « No solo cu-

briré de oro el suelo, sino que llenaré este cuarto de oro hasta donde llega mi mano (la alzó, puesto de puntillas) y tambien llenaré de plata los dos cuartos inmediatos. » — La seguridad con que prometía, las riquezas ya vistas y las que anunciaba la voz pública, hicieron al fin, que se tomaran seriamente sus palabras ; y se ajustó el rescate ante escribano con las formalidades legales. — En el término de dos meses debía cubrirse de oro aquel cuarto hasta la altura indicada y de plata otros dos cuartos menores ; los metales preciosos habian de colocarse no en barras, sino, segun se amontonaran las piezas manufacturadas.

No estan bien determinadas las dimensiones del cuarto principal ; pero probablemente, el largo era de veinte y dos piés, el ancho de diez y siete, y la señal se hizo á la altura de nueve piés. La raya se había renovado periódicamente con almagre, y solo en estos últimos años fué derribada inconsideradamente la prision de Atahualpa. El monumento respetado por los conquistadores está hoy perdido en los corrales de la cárcel, correspondiendo, segun el testimonio de los que lo vieron en pié, á un callejon de la derecha, situado entre el muro occidental y la acequia que penetra á los calabozos.

El desventurado Huascar concibió tambien esperanzas de libertad, al saber la captura de su vencedor y su compromiso de rescate. Oyendo decir

que Pizarro queria cumplir justicia á todos, y teniendo escondidas mas riquezas de las que pudiera reunir Atahualpa, se prometió ganar con mayores dones al Caudillo Español que debia creer dispuesto á dar á cada uno lo que fuera suyo. No se sabe bien, si fué en una entrevista con ciertos Españoles enviados al Cuzco ó en conversacion con algunos indios; mas indudablemente manifestó delante de jefes enemigos que él era el legitimo Señor del imperio, el único dueño y sabedor de los tesoros de Huaina Capac, y asi estaba en el caso de dar, si se le reponia en el trono, tres tantos mas oro de lo ofrecido por el *usurpador*. — Este no podria cumplir lo pactado, sin robar el templo del sol. Aun se dice que el Inca destronado hizo sus ofertas á Pizarro y que Pizarro descubrió la voluntad de examinar los derechos de los dos hermanos y de estar por el partido mas justo. Hayan mediado ó no tales propuestas y manifestaciones, no se ocultó al sagaz Atahualpa el riesgo de una alianza entre los Españoles y el partido del Cuzco. El soberano legitimo era á la vez el instrumento mas dócil de los conquistadores y el que mejor podia satisfacer su codicia. Resolvió por lo tanto deshacerse de su peligroso hermano, sin pensar que la vida de Huascar era la principal salvaguardia de la suya.

Habia oido decir Atahualpa, que entre los Cristianos, el homicidio era castigado, como entre los

Incas, con el último suplicio ; y para averiguar lo que del Gobernador podria temer en el caso de matar á Huascar, pasó un dia sin comer, ni hablar palabra, sollozando y reprimiendo mal las lágrimas. Preguntado por Pizarro, por qué estaba tan triste, dijo : — « Que Huascar habia sido muerto por los que le traian preso ; que si bien habia sido su enemigo, le amaba como hermano y que muy á su pesar habia peleado contra él, solo por defender la herencia de sus abuelos maternos. » — « No puede ser, exclamó el Caudillo Español, cuyos planes trastornaba tal suceso ; Huascar vive todavía, si no lo traen vivo á Cajamarca, me respondereis con vuestra cabeza. » — Mas, al ver la profunda tristeza de su cautivo, añadió para consolarle : — « Estos son infortunios naturales ; todos debemos sucedernos de cerca en la muerte. Al pacificarse la tierra, yo castigaré á los asesinos. »

Despues de esta entrevista en que las palabras consoladoras de Pizarro oscurecian sus amenazas, no vaciló Atahualpa en matar á su hermano, y sus órdenes fueron trasmitidas y ejecutadas con tal prontitud que, no pudo averiguarse, si el crímen habia sido cometido ántes ó despues de que él lo puso en noticia del Gobernador. El mísero hijo del Sol, fué ahogado en un rio que, muchos aseguran ser el de *Antamarca*, pero que tal vez seria el de *Jauja ;* género de muerte cruelísimo porque en la opinion de los indios, todos

los ahogados que no recibian sepultura, estaban condenados á sufrimientos eternos.

Huascar exclamó al morir : — « Yo he sido poco tiempo soberano y ménos lo será el traidor de mi hermano, que como á mi me mata, lo matarán á él. » — El cumplimiento de esta prediccion, la dulzura de su carácter, su nacimiento y su infortunio le atrajeron grandes simpatías; y nacionales y extranjeros realzaron sus prendas en odio á Atahualpa; pero cualquiera que haya sido su bondad, careció sin duda del talento para gobernar en paz y del genio de la guerra.

Entretanto principiaba á entrar en Cajamarca el convenido rescate. En cumplimiento de las órdenes de Atahualpa llegaban las remesas de Chimú, Huamachuco, Huancabamba y otras capitales inmediatas; mas luego que los templos, palacios y edificios públicos de las cercanías fueron despojados de su oro y plata, hubo de detenerse la preciosa corriente. Las distancias á Quito, Pachacamac, Vilcas, Cuzco é isla de Titicaca, centros de los tesoros, eran largas; la marcha siempre difícil se hallaba contrariada por las lluvias del invierno; y aunque lo ocultaba Atahualpa, sus órdenes no eran bien obedecidas, ni en el Norte donde Rumiñahui iba alzado, ni en el Sur cuyos nobles y sacerdotes soportaban mal el yugo de los Quiteños. Estaba al expirar el plazo fijado para el rescate y la cantidad reunida daba pocas esperanzas de que

el Inca pudiera cumplir su promesa. Esto bastó para que los impacientes Españoles, á quienes cada dia llegaban sordos rumores de una formidable conspiracion, sospecharan que solo se había tratado de engañarlos con el fin de concertar un ataque en que fueran exterminados. Corrieron voces de que con tal objeto se reunia en Huamachuco un cuerpo de indios. Nególo el Inca y añadió para disipar todo recelo : — « Nos teneis en vuestro poder á mí y á mi familia ; nuestras vidas os responden de la tranquilidad de los indios que no se moverán sin órden mia. » — Sin embargo, creyóse conveniente que, para averiguar lo cierto, saliera Hernando Pizarro de Cajamarca el 5 de enero de 1533 con veinte caballos y una docena de escopeteros.

Hernando Pizarro llegó á Huamachuco á los cuatro dias de su salida ; encontró allí algunas cargas de oro que remitió con tres peones y seis caballos, y llevando en su compañia á Quillizcacha, hermano del Inca que venia con el oro, se adelantó hasta Antamarca. Asegurábale Quillizcacha que no había tropas imperiales hasta Jauja, donde se hallaba acampado con un gran ejército Chalcuchima, el primer general del imperio ; mas otros indios y entre ellos uno, que fué sometido al tormento, afirmaban que el poderoso caudillo tenia reunidas sus fuerzas á pocas leguas de Huamachuco. Por esta causa, no sabiendo á quien creer, y solícito por conservar el prestigio del valor caste-

llano, hubo de continuar Hernando su marcha hasta que la ausencia de enemigos en los lugares designados, confirmó las noticias de Quillizcacha. Estando en Antamarca, recibió órden de su hermano para dirigirse á Pachacamac, la Meca del Perú, donde la devocion de muchos siglos había reunido inmensas riquezas. Al mismo tiempo fueron enviados al Cuzco otros tres Castellanos para tomar los tesoros de la ciudad de Manco Capac.

Por calmar la impaciencia de sus vencedores, y convencerlos de que todo estaba tranquilo y de que la distancia de los lugares mas ricos era la única causa de la tardanza en las remesas, había hecho el Inca la propuesta de que marchasen los indicados comisionados. Y el Gobernador la aceptó de muy buena voluntad, tanto por lo que la ida de los Españoles podia facilitar la entrega de los tesoros, cuanto para adquirir las noticias, que exigía la prosecucion de la conquista y para tomar posesion en nombre del Rey de la opulenta capital, ántes que otros aventureros se la disputasen. Se hablaba ya de algunos expedicionarios que vagaban por las costas de Coaque; y era de temer que Almagro quisiera conquistar por su propia cuenta.

La expedicion de Hernando ofreció dificultades no inferiores á las superadas para llegar á Cajamarca. Necesitó igual audacia y fué coronada con el mas feliz éxito. Los caminos eran incomparablemente peores por la mayor elevacion de la cordillera, por ser el

terreno mas escabroso y por hallarse las lluvias en toda su fuerza. Durante los continuos aguaceros, las llanuras de la puna están sembradas de pantanos, cortadas por torrentes profundos y cubiertas de un barro jabonoso que fatiga mucho y expone á caidas frecuentes. En el terreno quebrado, las veredas son estrechas, y se reducen muchas veces á escalones altos, tortuosos, resbalizados y casi perpendiculares sobre profundidades que causan vértigos. Cerca ya de las cumbres pueden imponer las tormentas por su espectáculo aterrador y por sus enormes estragos. El huracan brama como el oceano embravecido; el granizo que viene de lo alto y que es tambien empujado por el viento de las laderas, abruma con su peso y golpea con suma violencia; llueven los rayos, y la corriente eléctrica nos envuelve, partiendo de nuestro cuerpo los relámpagos; la nevada borra instantáneamente todos los senderos; se derrumban los montes, y la tierra henchida de agua y perdido su aplomo, ya lanza turbios raudales con el ímpetu del volcan, ya se abre como en los grande temblores. Despues que pasa la tempestad, podemos quedar colgados en el borde de un espantoso precipicio, sin medios de descender, ni fuerzas para escalar las alturas; tambien puede suceder que nos hallemos perdidos en un oceano de nieve, cuyas orillas no se divisan y que está sembrado de escollos. Antes de salir del caos de ocultos precipicios, habrémos de sufrir

los vientos helados, la reverberacion de la nieve y tal vez el penosísimo mareo que parece precursor de la muerte. Para llegar á tierras apacibles será necesario bajar por casi impracticables senderos, haciendo esfuerzos incesantes para no despeñarnos. —

La penosa marcha se hacía llevadera á Hernando Pizarro por los grandes pensamientos que llenaban su ánimo; todo se allanaba ya con la compañía del hermano de Atahualpa y de otras personas de rango que conocian los lugares mas accesibles, ya con el favor de los pueblos, que dóciles á las órdenes del Inca, salian al encuentro de los expedicionarios para asistirles y obsequiarlos: donde quiera los recibian con danzas, los hospedaban cómodamente, los proveian de recursos é indios de carga, y en las grandes poblaciones les hacian presentes mas extraordinarios. En mucha parte de la sierra contribuian á la comodidad del viaje los grandiosos caminos del Inca, cuales en tierras tan fragosas no se habian visto en la cristiandad; los puentes de piedra ó de madera que había en todos los arroyos; los puentes colgantes de los grandes rios por donde, á pesar del azaroso movimiento de hamaca pasaban bien los caballos; los tambos bien provistos, de donde se sacaba todo lo necesario, llevando cuenta en los quipos; los albergues, que el ganadero se había construido hasta en el nido del condor; los del minero que buscaba los metales preciosos en la region á donde va extin-

guiéndose la vida, ó necesitaba para fundirlos de los vientos de las alturas; y la choza del labrador que arrancaba algunos productos al anden frio á fuerza de trabajos y de riesgos. Tambien alegraban á los expedicionarios las maravillas de la industria peruana: los rebaños, abundantes donde quiera que la tierra fria ó templada, llana ó en rápido declive ofrecia algun pasto; la agricultura ganando terreno sobre la cordillera; los campos poblados de gente y las poblaciones grandes y en mucho número.

Aunque rudos, no podian aquellos Castellanos permanecer insensibles á la magnificencia que por todas partes ostentaba la naturaleza en su pompa salvaje. Viendo, por primera vez, las regiones cubiertas de nieves eternas, no dejaban de admirar aquel caos de inmensas rocas que parecen suspendidas entre el cielo y la tierra; aquellas grandes masas de agua helada, detenida, moviéndose apaciblemente, ó cayendo con ímpetu; aquella atmósfera que deslumbra, y toda esa creacion sublime en su desórden y de ilimitada actividad, aunque está oculta la vida.

Tan hermosas escenas logró contemplar Hernando en su marcha de Antamarca á Huaraz, pasando por Corongo; desde que bajó por el amenísimo callejon de Huailas, pudo gozar de todas las galas y esplendor de la vida. En aquel bellísimo caracol, á cada vuelta ostenta la vegetacion nuevas maravillas, y van sucediéndose en las anchas graderías, las flores ami-

gas de la nieve, las plantas de los paises templados y los árboles de la montaña.

Al tocar en la costa, aunque llegaron en el estío cuando los rayos del sol, no estando templados por la mas ligera nube, abrasan en la cuesta pedegrosa y en el desnudo arenal; hicieron tambien los expedicionarios agradables jornadas. Se suceden, generalmente á cortas distancias, las amenísimas islas de verdura que forman en la provincia de Chancay los rios de la *Barranca, Huara* y *Pasamayo,* y en la de *la Lima* los de *Chillon, Rimac* y *Lurin.* A los atractivos de la fértil, cuanto poblada campiña, se añadian los del ancho camino del Inca, sombreado y cercado de tapias, el monumento levantado por Yupanquí en su lucha con el gran Chimú y otros mil edificios imperiales ó de una época mas antigua. Así es que la expedicion se aligeró con el doble encanto de la naturaleza y de la civilizacion, aunque el viaje de Antamarca á Pachacamac fué de veintidos dias, quince por la sierra y siete por la costa.

Los indios de la costa no querian dar noticias del templo de Pachacamac porque temian que la terrible Deidad los matara, si descubrian el santuario á los Castellanos; pero estos llegaron allá sin mas que seguir el camino del Inca. Hoy la que fué la segunda ciudad del imperio, es un desierto sembrado de paredones, donde ni existen habitantes, ni se descubre como hayan podido existir en gran número: no se

ven sino arenas muertas, el agua está léjos y en terreno muy bajo; sin embargo, la vasta extension que ocupan los escombros, nos dice con claridad que allí habitaban millares de almas; aunque los tesoros fueron sustraidos con tiempo por los sacerdotes á la rapacidad del conquistador, de tarde en tarde se han sacado de los entierros grandes sumas de oro y plata. Entónces, los vastos depósitos de la ciudad estaban henchidos de los dones que, en continua corriente traian el vasallaje de gran parte de la costa y la devocion de los peregrinos desde Chile á Coaque; nunca se subia al santuario sin magníficas ofrendas, ya porque se tenía fé en las promesas del oráculo, ya porque nadie se atrevía á negarse á las demandas de una Divinidad, bastante poderosa para hacer morir súbitamente al hombre que algo le rehusara.

Poco deferente Hernando á las preocupaciones de los indios, pasó de largo los anchos patios donde permanecian los devotos muchos dias; luego sin someterse á los acostumbrados ayunos de semanas y meses, subió con general escándalo hasta la entrada del santuario. Allí, quisieron detenerle los sacerdotes de Pachacamac; pero él les dijo con ademan resuelto; — « No he venido de tan léjos para que vuestro brazo me cierre esta puerta. » — Todos esperaban con terror que la naturaleza entrara en convulsion por tan horrendo sacrilegio; aun algunos afirman, que un súbito terremoto hizo vacilar en aquel instante los

cimientos del templo, y ahuyentó á los ministros del culto. Probablemente, aunque lo contrario no habria sido extraordinario por ser en aquellos meses frecuentes los terremotos, la tierra se estuvo quieta; mas temblara ó no, el Capitan Español entró sin vacilar en el tenebroso y hediondo cuarto, donde un diforme idolo de madera recibia, como homenaje de la aterrada muchedumbre, los sangrientos sacrificios y las ricas ofrendas.

Cuando los indios recobraron su serenidad, viendo que la tierra no se tragaba á los sacrílegos; rompió Hernando con asombro universal el temido símbolo de la supersticion; á falta de sacerdote, les hizo una cristiana plática; y les aconsejó que pusieran toda su confianza en una Cruz, que colocó en el lugar del ídolo.

A pesar de que los tesoros habian sido ocultados con anticipacion y de que solo se encontró en el santuario un poco de oro oxidado; á pocos dias fueron llegando con grandes presentes los curacas de Mala, Huarco, Chincha, Huaura y otras ricas poblaciones y se reunieron ochenta y cinco mil castellanos en oro y tres mil marcos en plata.

Cumplido el objeto de la expedicion, se emprendió la vuelta á Cajamarca, dando ántes un largo rodeo para llevarse á Chalcuchima, que permanecia en Jauja. Habia ofrecido salir al camino y por eso, en vez de dirigirse al valle por la provincia de Hua-

rochiri, que era el camino mas corto, siguió Hernando la costa hasta Huaura. Aquí, ántes de trepar por cuestas pedregosas, hizo herrar los caballos, á falta de hierro con oro, plata y segun otros añaden, con cobre. Luego subió par las fértiles orillas del rio y entró en la sierra por Cajatambo. Tuvo que atravesar la cordillera con la nieve hasta las cinchas de los caballos, y por Huamalíes vino á salir al camino del Inca.

Chalcuchima no pensaba en acompañar á Hernando, sino en quedarse en el valle de Jauja; y para ello se valia de noticias falsas y de pretextos especiosos. Conocida su intencion y no queriendo dejar atras al primer guerrero del imperio, marchó el Capitan Español á su encuentro sin intimidarse por el alto renombre del caudillo, ni por los treinta y cinco mil veteranos que tenia bajo sus órdenes. Pasados los llanos de Bombon y ya en las alturas de Tarma, previnó su gente, por si era necesario combatir, y llegó á medio dia al valle de Acolla. Desde aquellos altos contempló con asombro, la inmensa muchedumbre que se divisaba en Jauja; mas entró en la ciudad sin inquietud, porque los principales salieron á recibirle como en triunfo.

El ejército indio con su jefe se había replegado hácia Huaripampa á la orilla occidental del gran rio que atraviesa el valle; sin embargo, tan poblado se hallaba este y tal era la concurrencia atraida

por la llegada de los extranjeros que, al parecer, se reunian cada dia en la plaza de Jauja unas cien mil almas : número prodigioso, sin duda, pero que no creerá muy exajerado quien haya visitado esas saludables campiñas, llamadas á ser un pueblo continuado.

Todo fueron fiestas á la llegada de los Castellanos; la multitud pasaba los dias y las noches en el baile, en el campo, y bebiendo, como si tratara de felicitar á los vengadores de Huascar; Chalcuchima, sea por temor, sea por cálculo, rehusaba presentarse. El esforzado caudillo, que habia encanecido en los combates y tenia sojuzgado el imperio con brillantes victorias, no se acercó al fin á Hernando sino obligado por las amenazas y traido por el hermano de Atahualpa; balbuceó sus excusas, é insistió en que debia permanecer en el valle para tener en paz á los Huancas y á otros pueblos recien sometidos. Pero Hernando ordenó que quedase en Jauja parte del ejército imperial bajo otro jefe de confianza, y quitando así á Chalcuchima todo pretexto para detenerse, le llevó en su compañía á Cajamarca.

La marcha fué triunfal. Las gentes acudian en tropel para servir à los vencedores de Atahualpa y al gran guerrero, que era el favorito del Inca y su tio materno; Chalcuchima era llevado en andas, y Hernando respetado cual un Dios. Así viajaron lenta, pero holgadamente por el gran camino de la sierra,

atravesando las extensas llanuras de Junin, el terreno quebrado de Huamalies y Conchucos, la provincia de Huamachuco y la parte meridional de la de Cajamarca. A esta ciudad entraron el 25 de mayo de 1533, habiendo hecho entre ida y vuelta un viaje de mas de trescientas leguas.

Al acercarse al Inca se despojó Chalcuchima de la grandeza que habia ostentado en el tránsito. Como era de su deber, entró descalzo y llevando una carga á las espaldas; en presencia del regio cautivo no pudiendo contener su dolor, regó las manos y piés del augusto sobrino con sus lágrimas y exclamó desconsolado: — « Si yo hubiera estado aquí, no habria sucedido esto. » —Cuentan unos que Atahualpa recibió en silencio el tierno homenaje del anciano guerrero y dicen otros que le respondió: — « Me veo en este estado en castigo de mis pecados, por no haber honrado á los Dioses, como debia; la causa principal de todo ha sido la cobarde fuga de Rumiñahui. »

Hernando fué recibido por su hermano y compañeros, como merecia su brillante expedicion; tambien fué saludado cortesmente á su entrado en la ciudad por Almagro que con una fuerza de doscientos hombres, entre ellos cincuenta de á caballo, habia llegado á Cajamarca once dias ántes. Mas, el altivo cortesano, no se dignó responder al veterano, á quien nunca llevara á bien, y ménos ahora que venia á disputarle el segundo lugar entre los conquistadores, y

á participar del fruto de la conquista, como socio del Gobernador. Fueron necesarias las prudentes observaciones de su hermano para que le visitara y presentara sus excusas por tan incivil conducta; mas Almagro se dió luego por satisfecho con su genial bondad.

— El Mariscal, que con este título venia ya condecorado Almagro, se había dirigido á fines del año anterior á las costas del Ecuador con tres buques y ciento cincuenta hombres. En la bahía de San-Mateo logró que se le incorporaran otros cincuenta que de Nicaragua venian á unirse á Pizarro. Siguiendo su viaje por tierra con los buques á la vista, sufrió mucho por las molestias del abrasado desierto, por la falta de recursos y sobre todo por la incertidumbre sobre la suerte de su socio. Algunos de sus soldados, como nuevos en la conquista y poco hechos á los azares de semejantes empresas, querian regresar á Panamá ó á lo mas quedarse en Puerto-Viejo ; pero todos siguieron el viaje animados y contentos, cuando por un buque enviado á Tumbez tuvieron noticia de la colonia de San-Miguel. — Al tocar en las playas del Perú, su satisfaccion fué indecible porque supieron la captura de Atahualpa.

En San-Miguel, los espíritus turbulentos, que solo viven de discordias, quisieron sembrarla entre los dos socios. A Almagro aconsejaban algunos, que pues se hallaba con buenos capitanes y fuerzas considerables, conquistase por su cuenta, desconfiando del goberna-

dor que procuraría deshacerse de él á la primera ocasion. Por otra parte, el pérfido secretario del Mariscal escribia á Pizarro, que se guardara de su socio. Mas por entónces los mezquinos consejos pudieron ménos que la amistad y los compromisos. Pizarro escribió á su compadre que viniera á participar de sus triunfos y dió las órdenes convenientes para que nada le faltase en el camino. Almagro, averiguada la felonía de su secretario, le mandó ahorcar; emprendió con confianza el viaje á la sierra y, despues de una marcha cómoda en que los indios prestaron toda clase de servicios, fué recibido en Cajamarca, mas que como auxiliar, como buen amigo.

Tambien llegaron á Cajamarca los oficiales reales, á quienes el gobernador había dejado en San-Miguel por evitar las exigencias de estos publicanos, siempre mezquinos en sus cálculos y siempre envanecidos con el favor del rey, cuyos intereses representaban; pero ellos no quisieron perder tiempo para acudir al lugar donde habia quintos que recoger.

Pocos dias despues que Hernando Pizarro, regresaron á Cajamarca los enviados al Cuzco. Habian hecho su viaje de unas seiscientas leguas, como pudieran hacerlo seres divinos que aparecieran entre los mortales en el esplendor de su gloria. Eran llevados en rampí (especie de hamacas) por indios que se remudaban á cortas distancias, sin detener el acelerado paso en el momento de mudarse; salian los pueblos á recibir-

los de la manera que los devotos reciben las imágenes de los Santos; en el Cuzco se celebró su llegada con regocijos públicos; los grandes del imperio se honraban en servirles, las vírgenes del Sol estaban á sus órdenes y la multitud los acataba y bendecia, mas que por obedecer las órdenes de Atahualpa, por ver en ellos los celestes vengadores del malogrado Huascar. Los rudos soldados se infatuaron con tales homenajes y no supieron resistir la peligrosa tentacion que tanta facilidad les daba para satisfacer sus violentas pasiones; trataron á los nobles con insolencia y á la plebe como á un animal de su servicio; abusaron torpemente del fácil trato con las escogidas y escarnecieron los objetos del culto. A no mediar el respeto al Inca, los que fueron recibidos como dioses, hubieran sido exterminados cual fieras; y no merecian otra suerte aquellos hombres indignos que, olvidando las prevenciones de su caudillo, los deberes de gratitud y los peligros de su situacion, no supieron respetar á los naturales, ni respetarse á sí propios.

A causa de su mal comportamiento, no se permitió á los enviados visitar sino una parte del Cuzco, y se les despidió á los ocho dias, habiéndose esforzado los habitantes por llenar la comision que retenia en la ciudad á tan incómodos huéspedes. A pesar de su corta permanencia salieron asombrados de la magnificencia de los edificios, del órden que reinaba en todo, de la numerosa poblacion, del poderoso ejército

que, bajo el mando de Quizquiz, la tenia sometida al rey de Quito, de los progresos de la industria, de las riquezas que habian visto ó de que se les habia hablado. Del templo del Sol no pudieron arrancar la cornisa que era de oro puro ; pero sacaron setecientas planchas de oro, á manera de tablas de cajas, que tenian tres y cuatro palmos de ancho. En su tránsito vieron treinta ciudades populosas y muchos pueblos pequeños ; y no podian ménos de admirar la armoniosa civilizacion de los Incas, brillando entre las sublimes escenas de los Andes y entre las bellezas de los valles.

Doscientas sesenta cargas de oro y veinticinco de plata, llegadas del Cuzco en junio, aunque no completaban el rescate, ofrecian un tesoro bastante grande para que la impaciente codicia de los aventureros pudiera contenerse por mas tiempo. Cada uno queria saber la parte que le tocaba y disponer libremente de su ingente fortuna ; algunos pensaban retirarse á España á gozar en paz de bienes adquiridos con tantas fatigas y riesgos ; otros, cuyos deseos se habian exaltado con la vista de la gran masa de riquezas, querian libertarse de toda inquietud por ellas para correr en busca de las inmensas que debia encerrar el Cuzco. Todos temian que la llegada de nuevos Españoles les obligase á partir con ellos la riquísima presa ó que esta fuera asaltada por los indios ; les parecia tambien urgente desembarazarse de cualquiera otra atencion

para continuar las operaciones sobre la capital del imperio, ántes que se ocultasen todos los tesoros : pérdida que de ningun modo podria resarcirse con ulteriores remesas; por que habiendo regresado á Cajamarca los encargados de activarlas, no debian esperarse ya, sino en corta cantidad y con gran lentitud. Sobre todo, los soldados de Almagro tenian sumo interes en la inmediata distribucion del rescate; porque miéntras este no se diese por concluido, se les negaba, á pesar de sus representaciones, toda participacion en los tesoros prometidos por el monarca cautivo, ántes que ellos llegaran al Perú.

No siendo posible diferir por mas tiempo la particion de las riquezas reunidas, se acordó que para hacerlo con mayor facilidad fuese reducida á barras de igual valor la infinita variedad de piezas. Solo se reservaron algunas obras maestras del arte peruano que, por la finura del oro, por el tamaño ó por la superioridad del trabajo, se eligieron para ser presentadas al rey. Todo lo demas fué deshecho por los plateros indios en un mes de fundiciones, las cuales subian en algunos dias á ochenta mil castellanos. La cantidad de plata se calculó en 51,610 marcos, y el valor del oro en 1,326,539 pesos ; y como estos equivalian á sesenta y un reales vellon catorce maravedises, pasaba el tesoro de 4,000,000 de pesos de la moneda actual; y aun para formarse una idea aproximada del valor comercial que hoy representaría, seria necesario cua-

druplicar ó quintuplicar la última suma. Hay tambien que añadir, para acercarse al valor efectivo, que el oro se estimó en algunos quilates ménos de su título real.

Despues de deducir los quintos del rey y otros donativos á la corona, los gastos y derechos de fundicion, veinte mil pesos para los soldados de Almagro, quince mil para los treinta vecinos de San-Miguel y dos mil doscientos veinte castellanos y noventa marcos de plata para la iglesia de San-Francisco de Cajamarca, se hizo la distribucion con toda solemnidad, haciendo constar Pizarro sus facultades para recompensar á cada cual, segun sus méritos, é invocando el auxilio divino para proceder en justicia.

Al gobernador tocaron 57,220 castellanos, y 2,340 marcos de plata, sin contar la tiana del Inca, valuada en 25,000, que se le adjudicó por ser General y principal agente en la captura ; parte que no debió parecer excesiva, habiendo de distribuirse entre los tres socios de la conquista ; pues si bien Luque había muerto, vivía el licenciado Espinosa, que representaba sus derechos.

A Hernando Pizarro, se dieron 31,180 castellanos y 1,227 marcos de plata, y no se le tomaron cuentas de ocho mil pesos que se le habian entregado para su expedicion á Pachacamac. Parte de este ingente lote lo recibió ántes de hacerse la distribucion, por que se marchó á España llevando al rey las noticias de la

conquista, los quintos y el donativo que le hacian los conquistadores. Al enviarle con tal anticipacion, se propusieron sus compañeros el doble objeto de pedir al rey mercedes para los caudillos y de que, siendo bastante rico, no pensara en volver al Perú, donde, si eran útiles su genio y talentos, era mas de temer su arrogancia.

Hernando Soto recibió 17,740 castellanos y 724 marcos de plata; Juan Pizarro 11,100 castellanos y 407 1/2 marcos, Benalcazar y Candia 9,909 castellanos y 407 1/2 marcos, Gonzalo Pizarro y los otros capitanes poco ménos ; los soldados de á caballo, con cortas excepciones, 8,880 y 362 marcos y los de infantería 3,330 marcos castellanos y 181 marcos.

Estaban realizadas las esperanzas de Balboa y cumplidas las promesas de Pizarro. Jamás un puñado tan corto de aventureros se había enriquecido tanto y tan en breve ; y ciertamente que merecerian su fortuna,si alguna vez fuesen justas esas depredaciones en grande que se llaman conquistas, y si bastasen á legitimarlas el entusiasmo por los grandes hechos, la osadía, la actividad y la constancia. Pero la opinion del género humano reprueba con razon la opulencia improvisada con violentos despojos, y nunca deberémos esperar de ella los frutos duraderos reservados por la Providencia á las lentas adquisiciones del trabajo que todo lo fecunda y á todos aprovecha. Los compañeros de Pizarro, que no marcharon á disfrutar de su parte á

paises ménos abundantes de oro, ganaron poco con sus riquezas, porque no creciendo con ellas los objetos de su estimacion, hubieron de pagarlos á subidos precios; los caballos á mas de 3,000 castellanos, tres azumbres de vino á sesenta, una capa negra á ciento, unos borceguies á treinta, una mano de papel á diez, y así las demas cosas.

CAPITULO III

EL PROCESO DE ATAHUALPA.

Si con la partida de Hernando se alegraron los Españoles por verse libres de un carácter tan arrogante, los desvalidos indios echaron de ménos á un protector generoso. Hombre de corte y guerrero acostumbrado en Europa á respetar á los vencidos, cubrió con su poderoso influjo á Chalcuchima y al Inca que habian sido acusados de fomentar un general alzamiento contra los conquistadores. A no mediar la intercesion de Hernando, Chalcuchima, puesto ya en prision, hubiera sido quemado vivo como jefe de la conspiracion. Por eso sentia la ausencia de su protector viendo la terrible sentencia pendiente sobre su cabeza. Previendo iguales males, exclamó Atahualpa en el momento de la despedida: — « Te vas, capitan, y me pesa de ello; porque en yéndote tú, sé que me han de matar ese gordo y este tuerto. » Decialo por Almagro y

por el tesorero Riquelme, de quienes sabia que solicitaban su muerte.

El Inca, durante su largo cautiverio, había sido tratado por los Castellanos con las consideraciones que merecia la majestad en desgracia. Sin olvidar la vigilancia que exigia la seguridad de tan importante preso, le dejaban pasear libremente por todo el palacio. Sus hermanas se alternaban en el servicio de su persona, auxiliadas por doncellas de la primera nobleza, los grandes del imperio aguardaban en las antesalas, y jamás entraban en la habitacion del monarca sin ser llamados, sin descalzarse y sin bajar la vista. Tal era el respetuoso temor de los curacas, que temblaban al infringir la menor de las órdenes soberanas. Como el de Huailas, obtenida licencia para ausentarse, hubiera tardado en regresar sar algunos dias mas de los que se le habian concedido, entró tan turbado por el terror, que no acertó á excusarse; y las rodillas le temblaban de tal suerte, que se hubiera caido, á no animarle Atahualpa con una sonrisa de benevolencia. De todas partes acudian con obsequios, y el pueblo seguia obedeciendo las indicaciones imperiales, como emanadas del cielo.

El augusto prisionero no se permitía ni debilidades ni condescendencias que pudieran descubrir su orígen humano. Sobrellevando la desgracia con ánimo sereno, grave con los suyos y afable con los vencedo-

res, no omitía, ni en su porte, ni en su trato, nada que contribuyera á realzar su dignidad. Adornaba siempre sus sienes con la mascaipacha, vestia túnicas y yacollas de finísima vicuña ó de pieles de murciélagos. Cuantos objetos llegaba á tocar, los junquillos sobre que le ponian la comida, los huesos de la carne y las corontas del maiz de que se alimentaba, los vestidos que había usado, todo se miraba como sagrado; y para que no se manchase con el contacto profano, todo se iba colocando en depósitos seguros á fin de quemarlo oportunamente y arrojar las cenizas al viento. Sin necesidad de esta grandeza prestada, las dotes personales daban á Atahualpa un aire de majestad en el que el imperio habria reconocido á su Inca. En el vigor de la edad, de una belleza varonil, con esa fiera arrogancia que impone la sumision, valeroso y entendido, parecia siempre á los suyos el digno sucesor de Huaina Capac.

Cuanto elevaba al Monarca Peruano en la estimacion de los naturales, debia atraerle la persecucion de los conquistadores; cuando veian su poder acatado en todas partes, no obstante hallarse preso; y cuando en sus hábiles reflexiones y en la facilidad con que aprendió el juego del ajedrez, conocieron su capacidad para vastos designios; recelaron que vivo él no fuera posible la conquista. Le habian ofendido demasiado para esperar que una vez en libertad les fuera favorable. En la necesidad de temerle, el odio

de los perseguidores crecia con el mérito de la víctima. Almagro y su gente, que habiendo llegado despues de la captura, no podian ver en Atahualpa, sino á un prisionero comun, le odiaban ademas porque durante su vida podian reclamar los de Pizarro todas las presas, como parte del rescate, y para los nuevos conquistadores se hacian tan difíciles las operaciones militares, como escaso el provecho. Los oficiales reales, especialmente Riquelme, mas dispuestos que los hombres de guerra á ceder á las cobardes sugestiones del miedo y á los desapiadados cálculos de la avaricia, repetian sus instancias porque se quitase el mas poderoso obstáculo al acrecentamiento de la Hacienda.

No faltaron indios que se hiciesen cómplices de la persecucion extranjera; unos por que habiendo pertenecido al partido de Huascar deseaban vengar al infortunado monarca, otros con mas ligereza que dañada intencion, hablaban de Atahualpa como de un tirano de cuya crueldad y astucia debia temerse todo; con la mas espantosa facilidad forjaban y creian las noticias mas alarmantes sobre la conspiracion que contra los Castellanos se formaba en todo el imperio, y fortificaban los recelos de los conquistadores con continuas delaciones de la insurreccion ya estallada. A veces decian que Quizquiz iba á llegar con todas las fuerzas del Cuzco: á veces ponderaban los preparativos de Rumiñahui quien habia reforzado el ejército

de Quito con treinta mil Caribes, el terror eterno de los aventureros por su fiereza en los combates y por sus festines de carne humana. Se señalaba la marcha de los ejércitos y el dia de su llegada : los colocaban ya no léjos de Cajamarca. Atahualpa era el que todo lo movia y Chalcuchima el que ocultamente dirigia las operaciones. El anciano guerrero necesitó toda la fuerza de su carácter leal y heróico para rechazar las acusaciones que de continuo se dirigian contra él y contra su Soberano. Aun así, la malicia supo torcer sus favorables testimonios en daño del augusto cautivo. El intérprete Felipillo, á pesar de su humilde extraccion, osó poner sus ojos en una de las Coyas: lo que sabido por Atahualpa, exclamó que sentia aquella injuria sobre todos los padecimientos de su prision. Viéndose así expuesto á la terrible indignacion del Inca, que á estar en su mano le habria hecho expiar sus locos amores con el mas terrible suplicio, y solicitado por su pasion, no pensó Felipillo sino en perder al monarca y abusó de las facilidades que par ello le daba su posicion de intérprete. Cuando él mismo no fomentaba las delaciones, cambiando el sentido de las declaraciones, hacia que enemigos y amigos y aun el mismo Chalcuchima, contribuyesen con sus dichos á fortificar las inquietudes y á exasperar el odio de los perseguidores.

Miéntras la tempestad iba amontonándose sobre la cabeza del desventurado cautivo, que reclamaban la

avaricia y miedo incapaces de perdonar, el único hombre que hubiera podido salvar á Atahualpa, carecía de la fuerza de carácter y de la rectitud de intenciones que necesitan los hombres de Estado para sobreponerse á pérfidos consejos y á exigencias cobardes. Pizarro, igual á sí mismo en el campo de batalla, era de ánimo irresoluto y débil en las cosas de Gobierno. Su falta de principios le quitaba la fuerza de conviccion que es indispensable para no desviarse de una política sabia y justa; y su excesiva ambicion, junto con el deseo de no comprometer los intereses de la Corona, se sobreponia á menudo á sus buenas intenciones y al cuidado por su buen nombre. Queria salvar al prisionero que solo había caido en su poder atraido por pérfidas promesas y cuya persona le obligaban á mirar como sagrada, la humanidad, el honor, la gratitud y la ley de las naciones. Pero temia el riesgo que habria en la tierra, si se soltaba, los requerimientos de su gente, y sobre todo los obstáculos que para una conquista tan seductora, tan justa en la opinion y tan favorable al Rey y á la Iglesia presentaba la vida de Atahualpa. La mayor parte de las fuerzas que demandaba la conquista, tenian que ocuparse en la guarda del prisionero; no era posible avanzar por la sierra sin inminente riesgo de que le libertaran los suyos en alguno de los pasos peligrosos; libre ó preso, su voz ejercia bastante ascendiente sobre todo el Perú para tener á los natura-

les siempre dispuestos al ataque; mandarlo á España, que no era sino combinar para su muerte pronta el destierro y el destronamiento, hubiera exigido gran pérdida de tiempo, sacrificios y riesgos. Natural era pues que el rudo Conquistador, mas impresionable por la pasion y por las exigencias do su carrera que por la razon y el derecho, sacrificase al fin una víctima que reclamaban á la vez la codicia, el miedo, la venganza y las torpes sugestiones de una política invasora y de la pasion enconada.

Los que gustan atribuir los grandes sucesos á pequeñas causas, explican la conducta indigna de Pizarro por un miserable despique de amor propio. Suponen que deseando Atahualpa averiguar si los Españoles sabian escribir naturalmente ó si esta habilidad era un don de la educacion, hizo que un soldado le escribiera en la uña la palabra *Dios* y enseñó su dedo á muchos para que la leyesen; lo hicieron en general sin dificultad, excepto el Gobernador, que no habia aprendido á leer; y el sagaz Monarca, infiriendo de aquí que el caudillo era ménos instruido que los soldados, concibió por él un desprecio que no supo ocultar, ni el ofendido perdonarle. Mas esta anécdota es poco verisímil; y aunque se dé por cierto el hecho, debiera cuando mas mirarse como el aura leve que hace caer las hojas ya desprendidas del tallo.

Atahualpa conocia bien que su vida estaba pen-

diente de frágil tallo. Lo que el había hecho con Huascar, era de mal agüero para un monarca prisionero, cuya existencia pocas veces ha pesado en el consejo de los ambiciosos, tanto como las necesidades de la usurpacion ó conquista. Desde que llegó Almagro á Cajamarca, aunque fué visitado por el en su prison, no pudo ménos de recelar que la llegada de nuevos aventureros acrecentara los riesgos de su persona y del imperio. Habiendo visto á poco en el cielo un meteoro semejante al que había brillado en los últimos dias de Huaina Capac, concibió los mas siniestros presentimientos y cayó en profunda melancolía. La division del rescate le permitió esperar que habiéndose dado por satisfechos sus apresadores, alcanzaría su libertad, aunque distaban mucho de completarse los tesoros ofrecidos. El honrado Hernando de Soto, que despues de Hernando Pizarro era el mas poderoso y el mas interesado en protegerle, apoyó sus pretensiones. Pizarro tomó entónces una resolucion á medias que revela la indecision de su espíritu y sus deseos contradictorios de satisfacer á la vez á la justicia y á las pasiones. Despues de contestar á Hernando de Soto que iba entendiendo en ello, publicó á pocos dias un bando en que daba el Inca por libre de su compromiso y aplazaba su libertad para cuando los Españoles se hallasen mas reforzados. Tal vez queria calmar así el odio impaciente de los *Almagristas*, que por esta providencia podian es-

perar ya su parte en nuevas presas y dar seguridad á sus soldados por las riquezas ya adquiridas. Mas, si Pizarro tuvo la intencion de salvar así al Inca, no permaneció fiel por mucho tiempo á su buen propósito.

Los obstáculos que aun preso ofrecia Atahualpa para la satisfaccion de intereses ciegos é intolerantes, bastaron para que sus perseguidores no diesen tregua á sus requerimientos. —¿Por qué tener escrúpulos, exclamaban, de castigar á un bárbaro cacique, usurpador del imperio, feroz con los vencidos, asesino de su hermano, encenagado en la idolatría, incestuoso, disipador de la fortuna pública y conspirador incansable contra los que despues de su captura le habian dado el mejor tratamiento? ¿A qué diferir su muerte, cuando sus feroces capitanes estaban para asaltar á los Españoles? Ya no eran voces vagas; testigos irrecusables, los mismos parientes del Inca, confirmaban el inminente riesgo.

Pizarro, dando por cierta la conspiracion, dijo á Atahualpa: — « ¿Qué traicion es esta que me tienes armada, habiéndote yo hecho tanta honra como si fueras mi hermano y habiéndome fiado de tus palabras? »

El Inca contestó sereno y con la sonrisa en los labios: — « ¿Burlaste conmigo? Siempre me hablas cosas de chanza. ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para enojar tan valientes hombres como sois vosotros? No me digas esas burlas. »

Aunque la respuesta del cautivo tenia todo el aire de la inocencia, no se vió en ella sino un hábil ardid de Atahualpa para disimular sus proyectos; temiósele por lo tanto mas y se le cargó de prisiones. Entónces exclamó con una fuerza de verdad que, á no serles tan sospechosas las protestas de los indios y tan cierta la conspiracion, hubiera convencido á los conquistadores : — « No sé por que me teneis por hombre de tan poco juicio, que penseis que os quiero hacer traicion; pues si creís que esa gente, que decis que esta junta, viene por órden mia, no teneis razon; puesto que estando en vuestro poder, atado con cadenas de hierro, en asomandó mi gente, me podeis cortar la cabeza. Y si pensais que viene contra mi voluntad, mal conoceis mi poder; porque si yo no quiero, ni las aves volarán, ni las hojas de las árboles se moverán en mi tierra. »

Ni estas protestas, ni el haber ofrecido cuantos rehenes quisieran por el primer Español que muríese en el Perú, podian salvar al Inca. La alarma siempre en aumento no dejaba pensar á sus enemigos sino en los medios mas expeditos de libertarse de todo temor por sus personas y tesoros. Redoblóse la vigilancia en el campamento: la caballería hacía cada noche tres cuartos, entrando á cada cuarto cincuenta soldados, y al amanecer, los ciento cincuenta; no se quitaban á los caballos ni las sillas, ni los frenos; nadie dejaba las armas; el Gobernador y sus capitanes se desvelaban

visitando las rondas. El honrado Soto y otros hidalgos hicieron vanos esfuerzos por calmar los ánimos agitados. Viendo que la excitacion tomaba un carácter amenazante, se ofrecieron á ir á Huamachuco donde se decia haber llegado el ejército imperial, y esperaban que todos se tranquilizarian cuando quedaran desmentidas las alarmantes noticias.

Con la partida de Soto quedó Atahualpa á merced de los que habian resuelto perderle. Los malvados ganaron la mayoría de la tropa aturdiéndola con el terror de un ataque inmediato: dos de los indios de servicio, dijeron que venian huyendo de las fuerzas enemigas distantes ya de Cajamarca solo tres leguas. — Aquella noche ó la inmediata quemarian el real de los Españoles y acabarian con todos, tratando de matar primero á Pizarro.

Pidióse á gritos la cabeza del Inca, faltándo el cual se desbandarian los enemigos ó les faltaría el ánimo para ejecutar las órdenes que se les habian dado. Pizarro no tuvo bastante penetracion y sangre fria para resistir á tan criminal demanda. Mas, consintiendo en el sacrificio del Inca, quiso dar á la iniquidad las apariencias de justicia, como si el crímen no se hiciera mas abominable, cuando invoca en su apoyo la santidad de las leyes.

Nombróse un tribunal compuesto de dos jueces que eran Pizarro y Almagro, dos letrados, tres procuradores, fiscal, escribano y defensor, y se escogieron diez

testigos, siete del servicio español, y tres extraños quienes fueron examinados conforme al interrogatorio siguiente.

¿Qué mujeres tuvo Huaina Capac?

¿Fué Huascar hijo legítimo de Huaina Capac y Atahualpa hijo bastardo?

¿Tuvo Huaina Capac otros hijos?

¿Ha usurpado Atahualpa el imperio?

¿Era Huascar el heredero del trono?

¿Ha sido muerto Huascar por órden de Atahualpa?

¿Es Atahualpa idólatra?

¿Ha hecho la guerra injustamente?

¿Tiene muchas concubinas, y entre ellas algunas hermanas?

¿Despues de su captura ha malgastado las rentas del imperio?

¿Está levantando gente contra los Españoles?

Fácilmente se ve que los forjadores de este proceso, en el cual se atribuye la parte principal á Valverde y al escribano, no deseaban el triunfo de la justicia, sino la muerte del acusado. La acumulacion de cargos, en vez del deseo de proceder con equidad, revela á las claras la solicitud de hallar causa suficiente para una sentencia capital; la eleccion del intérprete Felipillo, cuya parcialidad era conocida, muestra igualmente que se quería hallar testimonios contra el reo, fuesen ó no malignamente interpretados. Por eso algunos de los testigos no obs-

tante la timidez que suele inducir á los indios á declarar cuanto de ellos se exige, se negaron resueltamente á responder, y otros dijeron *no* á todas las preguntas. Sin embargo bastó que la mayoría contestara en sentido afirmativo para que el inicuo tribunal condenara á Atahualpa á ser quemado vivo. Con esa precipitacion vergonzosa que convierte las sentencias mas justas en asesinatos legales, en el mismo dia que se inició el proceso, se dió por terminado el juicio, y se decidió la inmediata ejecucion del acusado. Léjos de aguardar la vuelta de Soto que podria desmentir las alarmantes noticias de próximo ataque, motivo especioso de la persecucion inhumana, se temió probablemente que la obra de la iniquidad viniera á tierra llegando el buen caballero.

La iniquidad era sin embargo tan manifiesta y la mancha que iba á recaer sobre la honra española tan negra, que no podian faltar en una hueste de Castellanos quienes alzaran su voz en favor de la justicia, protestando contra el crímen, á nombre de la España. Las faltas de idolatría y poligamía, que estaban autorizadas por la ley, por la costumbre y por la opinion, no podian recibir el castigo reservado á crímenes atroces; la usurpacion del imperio, las injusticias de la guerra, la muerte de Huascar y la malversacion de la Hacienda, por graves que fuesen, y aun estando bien averiguadas, estaban fuera de la jurisdiccion de todo poder extranjero ; y los proyectos contra los inva-

sores, aunque no se tomara en cuenta el derecho de toda nacion para defender su soberanía, necesitaban estar mejor probados, ser objeto de precauciones militares, no de ejecuciones bárbaras, y en el último extremo ponerse en conocimiento del Soberano Español, para que resolviera sobre la suerte del augusto prisionero.

Así lo hicieron presente algunos miembros del Consejo de Guerra y cincuenta guerreros, que no querian deshonrarse á sí y á su patria dejando asesinar en virtud de un simulacro de juicio á un Monarca, sobre quien no tenian ningun derecho, y que los había colmado de beneficios. Apelaron al Emperador y se ofrecieron á responder del cautivo, miéntras no se le remitia á la Península. Mas se les impuso silencio acusándoles de traidores, y para tranquilizar la conciencia de los jueces se solicitó el voto de Valverde. El indigno ministro del Evangelio dijo : — « Que había causa para matar á Atahualpa, y que si lo creian necesario, el firmaria la sentencia. »

El infeliz Monarca al oir el pronto, cuanto horrible fallo, se entregó á todas las efusiones de sentimiento que la naturaleza inspira para evitar una súbita catástrofe y que los guerreros de su época no se avergonzaban de hacer manifiestas : lloró, y con ademan suplicante, dijo á Pizarro : — « ¿Qué he hecho yo para merecer tal sentencia? ¿Qué han hecho mis hijos? ¿Debia esperarla de tí, con quien he repartido mis te-

soros, que no has encontrado en mi pueblo sino amistad y veneracion, y no has recibido de mí sino beneficios? Si me dejais con vida, yo os respondo por la de todos los Españoles, y reuniré doble rescate del que os he pagado.»

Tan sentidas palabras arrancaron lágrimas á Pizarro; y aunque hubiera deseado salvar á Atahualpa, no tuvo bastante fuerza de voluntad para volver al camino de la justicia y del honor.

Perdida toda esperanza, recobró el Inca su habitual tranquilidad y miró la inevitable muerte como solian mirarla los guerreros del Nuevo-Mundo. Bien entrada la noche del 29 de agosto 1533, á los nueve meses y medio de su cautiverio, y á los setenta y tres dias de distribuido el rescate, salió al patíbulo, á pié y con grillos. Cerca ya de la hoguera fué instado por Valverde á que se hiciera cristiano, bajo la promesa de que el suplicio del fuego le seria conmutado en el mas llevadero del garrote; asegurando Pizarro que se le cumpliria lo ofrecido, pidió el bautismo, en el que se le puso el nombre de Juan por ser aquel dia el del Evangelista; luego rogó que su cuerpo fuese llevado á Quito para descansar en la tumba de sus abuelos maternos, y tan infeliz como Priamo, se vió obligado á suplicar á Pizarro que se apiadara de sus tiernos hijos y los recibiera bajo su proteccion; atáronle al palo, y entonando los Españoles el *Credo*, fué ahogado por el verdugo.

Aterrados los indios con el horrible espectáculo del hijo de Huaina Capac, muerto en el patíbulo, se arrojaron al suelo como si estuvieren embriagados. Se vieron entre ellos extremos de dolor y desconsuelo que seria imposible describir. A la mañana siguiente, miéntras se celebraban en la iglesia de San Francisco los funerales de Atahualpa, sus hermanas y favoritas entraron de tropel al templo, gritando que no eran esos los honores correspondientes al augusto difunto, y principiaron á darse la muerte entre furiosos lamentos. Aunque se trató de contenerlas con reflexiones cristianas y aunque fueron detenidas á tiempo por los soldados, se ahorcó un gran número para tener la dicha de servir al Inca en las mansiones del Sol; á falta de cordeles, hubo quienes formaran el lazo fatal con sus propios cabellos. En todo el imperio se mataron tambien muchos, unos pensando servir á Atahualpa en otro mundo mejor, otros aterrados por la estupenda catástrofe que parecia anunciar males insoportables.

Pocos dias despues de la tragedia regresó Soto satisfecho de que la alarma habia sido infundada. Al encontrarse con Pizarro que en muestras de dolor traia un sombrero de fieltro calado hasta las cejas, no pudo contenerse el honrado caballero y exclamó : — « Muy mal lo ha hecho Su Señoría, y fuera justo aguardarnos ; así habríais sabido que es una gran calumnia la que se levantó á Atahualpa, porque no hemos hallado en el campo ningun hombre de guerra, sino todo de paz

y se nos ha hecho muy buen tratamiento. » — « Ya veo que me han engañado, respondió el gobernador, y echó la culpa á Valverde y á Riquelme; mas estos descargaron sobre él toda la responsabilidad, mostrando asi en sus recíprocos mentís, que su conciencia se revelaba contra la iniquidad cometida.

Los indios lloraron siempre á Atahualpa como el primer mártir de la conquista. Habiendo apresado al escribano de la causa, lo mataron en Cajamarca á son de pregonero, imitando la ejecucion del Inca. Su muerte se recuerda hasta hoy con bailes y cantares lamentables; su nombre ha sido invocado muchas veces para vengarse de los opresores, y una tradicion falsa conserva hasta hoy en Cajamarca, al pié del altar de la cárcel, una piedra de dos varas de largo y vara y cuarta de ancho, que ya está rota. El vulgo cree que en esta piedra fué degollado Atahualpa, y que el cielo, queriendo atestiguar con un milagro la iniquidad de la sentencia, ha hecho aparecer las manchas de sangre y el rastro dejado por una cabeza recien separada del tronco : señales que la imaginacion exaltada puede descubrir fácilmente en ciertas venas rojizas de aquella piedra.

En cuanto al desventurado hijo del Sol, la muerte que recibió como un criminal oscuro, santificó su memoria, que el largo cautiverio había purificado. No fué en verdad un modelo de reyes ni de hermanos; pero las circunstancias de la época atenuan sus faltas,

y personificados en él los infortunios seculares de toda una raza, rodean á su nombre las simpatías de la persecucion no merecida. Aun sin tener en cuenta su trágico fin, excitará la admiracion por grandes dotes de inteligencia y de carácter, á que hicieron justicia sus mismos enemigos.

LIBRO IV

DISOLUCION DEL IMPERIO

CAPITULO I

ANARQUÍA.

La persecucion de Atahualpa precipitó la inminente disolucion del imperio. Solo puede durar lo que es natural y verdadero; las instituciones artificiosas de pura convencion caen siempre por sí mismas. Así el socialismo de los Incas, que suponia un gobierno divino y un pueblo sin pasiones, nunca pudo establecerse de una manera sólida, y debió perecer falto de verdad, de unidad y de objeto, luego que el gobierno paternal de los hijos del Sol se hizo imposible por la prosperidad creciente y por la grandeza misma del imperio. Olvidada la cruzada civilizadora de Manco por conquistas que lisonjeaban mas su orgullo, abandonaba Huaina Capac à los bárbaros del Chocó con desprecio; y mas olvidado de la clemencia con que sus antecesores trataban á

los enemigos, como si ya fueran sus súbditos, quiso asegurar su dominacion con las sangrientas ejecuciones de Otávalo. Fiel á esta politica de terror, exterminaba Atahualpa á sus enemigos; y en vez de mirar á sus vasallos con la ternura de padre los creia animales destinados á su servicio. — « ¿ Qué habian de hacer, dijo un dia á Pedro Pizarro, esos *perros* de Tumbez y de Puerto-Viejo, sino tomar murciélagos para la ropa de mi padre ? » — ¡ Tan léjos estaban ya los Incas de los sentimientos de humanidad y justicia que habian afirmado y extendido su poder, atrayendo á los pueblos por el amor, mas que sujetándolos por la fuerza !

El prestigio que daban á los hijos del Sol su majestad siempre acatada y su presunto orígen divino, desapareció tambien el dia en que el infortunado Huascar sufrió una muerte indigna, y aun desde que la corona imperial ciñió las sienes del hijo de una mujer quiteña.

La nobleza Inca, principal sosten de la monarquía, que de muy atras venia comprometiendo las glorias puras de su raza con un orgullo irritante y unas pasiones desbordadas, perdió sus brazos mas robustos despues de la derrota de Quipaypan. Los nobles de privilegio perdieron su entusiasmo y su energía bajo la mano ferrea de los generales de Atahualpa. Los curacas sintieron durante la guerra civil el precio de su antigua independencia, y desearon la ocasion de

sacudir un yugo que se hacía siempre pesado, ya cuando eran arrastrados á engrosar las filas del ejército amigo, ya cuando sufrian la feroz venganza de enconados enemigos. El pueblo, condenado á sufrir el peso de la guerra y las intolerables exacciones del déspota victorioso, ni tenía interes en sostener aquel fantasma del antiguo y amado régimen ; ni aun cuando lo hubiera deseado, conservaba la fuerza necesaria de voluntad, hallándose reducido á la mas abyecta condicion, sin facultad para pensar en su propia dicha, y con el corazon abatido y casi muerto á las enérgicas emociones de la libertad, la patria, la propiedad, y la dignidad personal.

La presencia de los Españoles en el Perú bastaba para que viniese á tierra el vacilante edificio. El poder de los hijos del Sol se anonadaba ante la fascinacion producida por los hijos de la Cruz, con sus armas infinitamente superiores, con su audacia mas que humana, y con su cultura evangélica á la que doctrinas humanitarias y la fuerza de la verdad daban un poder irresistible sobre los dóciles esclavos de una idolatría sin dogmas. Los pueblos de la costa solo acataron y temieron á los guerreros blancos, desde el momento en que Hernando hizo pedazos al ídolo de Pachacamac, sin que el santuario se desplomara sobre el audaz sacrílego ; y el pueblo del Cuzco les dió el nombre de *Viracochas*, que todavía se usa en el interior, sabiendo que habian capturado á

Atahualpa, precisamente en los dias en que se dirigian fervorosas plegarias á la venerada Deidad por la libertad de Huascar. Se creyó que los Españoles habian sido enviados por el dios Viracocha para salvar al hijo del Sol; y su extraordinaria aparicion por las costas, su aspecto de noble belleza y sus hazañas prodigiosas, inclinaban tambien á creer que habian salido de la espuma del Oceano, como Viracocha (espuma de la laguna) saliera en los tiempos primitivos de la laguna de Titicaca.

La muerte de Atahualpa, al par que puso de manifiesto la preponderancia de los invasores sobre los hijos del Sol, quitó al imperio el único descendiente de Huaina Capac que hubiera podido sostener la fuerza del gobierno por la adhesion que le profesaban sus vasallos de Quito y por lo mucho que le temían los partidarios de Huascar. Faltando la autoridad acatada, que daba impulso y dirigía aquella complicada máquina de civilizacion, por necesidad había de sufrir el Estado las terribles convulsiones de la anarquía; y el desórden debia ser tanto mas profundo, cuanto que el individuo, la familia, la comunidad, la sociedad entera se confundian con el gobierno. De todas partes brotaron los abundantes manantiales de discordia, que de orígen antiguo ó de aparicion reciente estaban igualmente contenidos por la hábil política de los Incas. Los yanaconas se alzaban contra sus amos, los barrios bajos entraban en luchas sangrientas con los altos, y

los mitimaes con los originarios, volviéndose así, como sucede siempre, en daño de la dominacion imperial el principio de division en que habia hecho consistir gran parte de su fuerza. El partido del Cuzco queria sacudir el yugo de los Quiteños. Se invocaban, segun los lugares, los nombres, cuando no los derechos, de los diferentes hijos de Huaina Capac, por jefes atrevidos que ó pretendian hacerlos instrumentos de sus miras ambiciosas, ó dolidos de los males del imperio y previendo las violencias de los invasores, pensaban restablecer la fuerza del gobierno. El Inca Manco, como legítimo sucesor de Hüascar, era el caudillo mas popular en el Sur, y recibia un apoyo sospechoso del imponente ejército que estaba bajo las órdenes de Quizquiz. Mas las provincias distantes, cuya sumision reciente las tenia yustapuestas mas bien que incorporadas al imperio, aspiraron á recobrar su independencia. Rumiñahui pretendia restablecer el reino de Quito exterminando los representantes de la dinastía celestial. Muchos curacas se sentian inclinados á aceptar el yugo de los Españoles, que presentándose tan poderosos como los hijos del Sol y mucho mas ilustrados, les exigian homenajes mas llevaderos, y les dejaban una autoridad mas independiente. Era un caos de aspiraciones encontradas, la mas espantosa confusion de ideas, el choque mas violento de pasiones é intereses.

Al comenzar una revolucion tan universal que

conmovia los cimientos del órden social, hundíase rápidamente la civilizacion antigua, y ántes que se estableciese de nuevo la armonía entre las ruedas de la administracion, todo venía á bajo, instituciones benéficas y costumbres arregladas. La justicia no protegió ya la existencia y los derechos de todos; se suspendieron los trabajos comunes que generalizaban el bienestar, y no hubo objeto sagrado. Como faltó el freno á la multitud, que no habia aprendido á dirigirse á sí misma, y como abundaron las tentaciones, la gran mayoría que obedecia las leyes morales, no por la conciencia clara del deber, sino por respeto al Dios-Monarca, se entregó abiertamente á excesos que hasta entónces encubriera el velo del misterio, y se cometieron crímenes que poco ántes fueran casi desconocidos. Se ocultaron las riquezas, cuyo gran valor habian revelado los invasores; ocurrieron saqueos, incendios de pueblos, asesinatos, excesos brutales, atentados sacrílegos; las mismas vírgenes del Sol olvidaron sus votos, y las *ocllos* abandonaron su vida recatada.

No obstante el ilimitado desórden, conservaba la nacionalidad peruana elementos bastantes para que un poder inteligente levantara, sobre las ruinas de la antigua civilizacion, una sociedad mas floreciente y gobernada con mas justicia. Existian, fuera de los vínculos naturales con que la Providencia ha salvado mas de una vez la unidad nacional, el espíritu de comunidad, la dulzura de carácter, los hábitos de ór-

den, la lengua, la industria, las tradiciones y otros principios comunes. Por eso la desorganizacion atacó mas bien al gobierno gastado, que á la sociedad, en la cual las violentas agitaciones de la superficie alteraban muy poco el fondo.

CAPITULO II

ALIANZAS Y COMBATES ENTRE ESPAÑOLES É INDIOS.

Ni la educacion, ni la experiencia permitian á Pizarro comprender la profunda revolucion de que el mismo era el principal autor; mucho ménos le era dado dirigir las fuerzas sociales que una vez desencadenadas rara vez reconocen el freno de la inteligencia mas previsora, ni el del carácter mas imperioso. Sin embargo el instinto de conquistador señalaba muy claro al rudo soldado el camino mas directo para dar cima á su empresa; y las noticias adquiridas junto con los deberes que le imponian su mision de cruzado y las instrucciones del gobierno, le obligaban tambien á adelantar mas con las seducciones de una política prudente y benévola que por la fuerza de las armas. El país era tan vasto, la poblacion tan numerosa y tan ilimitados los medios de resistencia que fuera locura esperar la pronta sumision, contando

solo con los sucesos de la guerra. Por brillantes que fuesen las victorias, los combates multiplicados darian breve fin á la falange conquistadora. Esta no había sido enviada por el Emperador á dominar aquellos paises con exterminadoras guerras, sino á pacificarlos y á confundirlos con la poblacion española bajo una policía cristiana. Su carácter formado en la escuela de Balboa y su edad avanzada hacian gustar mas á Pizarro de las alianzas que de los ataques; y la situacion del imperio se prestaba admirablemente á los triunfos pacíficos. Muchos curacas de las cercanías y de la costa se habian sometido espontáneamente, sobre todo despues de la muerte de Atahualpa á quien temieron como un tirano; así declarándose por el hijo de Huaina Capac que se encontrara mas apoyado por las fuerzas del país, era de esperar que bajo la sombra de un alianza acatada se arraigase y creciese sin gran dificultad la dominacion española.

Estando dominado el país por las fuerzas quiteñas, era natural creer que prevaleciera el partido por el que ellas se declararan; y para ganar los votos de los jefes quiteños nada parecía mas conveniente que dar á Atahualpa un sucesor de su raza materna. Por eso no vaciló Pizarro en proponer á los cortesanos de Quito reunidos en Cajamarca que eligieran un nuevo Inca. La eleccion, segun se prometía el Caudillo Español, recayó en el jóven Tupac Inca, hermano ma-

terno del último monarca ; y despues los sacrificios y ceremonias acostumbradas, en cuanto lo permitia el lugar, se ciñieron sus sienes con la borla imperial. El nuevo soberano reconoció solemnemente la autoridad del Rey de España. Hechos los preparativos que exigia una marcha á la vez triunfal é invasora, salieron para el Cuzco, Indios y Españoles, llevando al Inca y á Chalcuchima en literas, como recordando la pompa con que los hijos del Sol solian visitar sus dominios. El hábil, cuanto valiente Benalcazar, fué enviado á San-Miguel como teniente de Pizarro, para que defendiera la importante colonia base de las ulteriores operaciones.

La magnífica calzada del Inca facilitaba la marcha de los invasores ; los tambos y los almacenes abundantemente provistos suministraban los recursos que podian echarse de ménos en los despoblados y en las aldeas ; en los primeros dias las templadas campiñas que siguen al valle de Cajamarca, el de Condebamba engalanado con la rica vegetacion de los trópicos y la numerosa cuanto hospitalaria poblacion de Huamachuco pudieròn hacer olvidar á los Españoles que caminaban por las escabrosas alturas de la sierra ; pero desde que tomaron la direccion de Antamarca ; la vista de picos cubiertos de nieves perpetuas, lo áspero de los senderos, los puentes destruidos y los guerreros que formaban tempestuosas nubes en los confines del horizonte, dieron á conocer que no se

podría llegar á la capital del imperio sin luchar á la vez con los rigores de la naturaleza y con los hombres enconados. El ejército de Quito, curándose poco del fantasma de Tupac Inca, queria vengar á Atahualpa y tan profundo fué el rencor de los sublevados, que mataron, como traidor á su patria y aliado de los extranjeros, á un hijo de Huaina Capac, enviado cerca de ellos para reducirlos á la paz.

Al atravesar las provincias de Conchucos, Huamalíes y Bombon hubo que bajar por entre espantosos precipicios, trepar por alturas desoladas, sufrir el hambre, dormir sobre la nieve y precaverse de los ataques que amagaban. Sin embargo los enemigos en vez de oponer una tenaz resistencia se dispersaban á la aproximacion de la caballería; solo la retaguardia sufrió un rudo choque en el que quedaron prisioneros de Titu Atauchi, hermano del Inca, algunos de los agentes mas activos en el proceso de Atahualpa, entre ellos el escribano que pagó caro sus malos oficios y un caballero que había abogado por la víctima y que mereció por su noble conducta el mejor tratamiento de parte de sus vencedores. Tambien en las alturas de Bombon donde se encontró alguna cantidad de oro de la destinada á completar el rescate del Inca, se temió que en las de Tarma presentara batalla el ejército de Quito; mas no se le avistó sino al entrar en el valle de Jauja.

Los enemigos ocupaban lo orilla occidental del rio

grande en las inmediaciones de Huaripampa. Animados allí con la corriente caudalosa que les servía de parapeto, y cuyo puente habian roto, principiaron á denostar á los Españoles ; pero viendo que la caballería se arrojaba sin temor al ancho y pedregoso vado, huyeron despavoridos y se tuvieron por dichosos los que no fueron alcanzados por los fieros brutos en la escarpada cuesta. Todavía algunos Huancas reforzados con los Yauyos y esperanzados en la proteccion de sus Dioses quisieron hacer frente á los invasores ; pero les sobrecogió un terror pánico al ser atacados por un destacamiento de á caballo bajo las órdenes del Mariscal y de Soto ; y turbados y en desórden se dejaron tomar casi todos. Entre los prisioneros vinieron dos hermosas hijas de Huaina Capac, y la buena acogida que á todos se hizo, junto con el irresistible ascendiente de la civilizacion evangélica movió á la provincia á pedir la paz y á aceptar el nuevo culto.

Pizarro sabia ya por Hernando y por los enviados al Cuzco que en todo el interior no habia tierra mejor acondicionada que el valle de Jauja para establecer una gran poblacion de cristianos. Al divisar desde las alturas de Acolla la amenísima llanura que se extiende mas de catorce leguas de Norte á Sur variando en su ancho de una á cuatro, presintió todo el valor de esa incomparable joya del Perú engastada entre las dos grandes ramas de la cordillera. En aquella

region privilegiada todo encanta y todo atrae por admirables contrastes y por ventajas ilimitadas : la tierra con accidentes pintorescos ; un cielo clarísimo y en que las nubes pasajeras esparcen adornos fantásticos por su movimiento, matices y formas ; el gran rio que se desliza mansamente como un canal natural, los muchos rios secundarios y los infinitos raudales que trasforman al valle en un jardin prolongado ; bellísimas lagunas, las nieves de los Andes, los abundosos pastos de las punas, la riqueza vegetal de las vecinas montañas, los no distantes veneros de metales preciosos, las fáciles salidas á las quebradas deliciosas de Tarma y Tayacaja, las relaciones con las ricas playas de Lima, la posicion central y propia para dominar el interior, la salubridad proverbial y la numerosa poblacion que de siglos remotos crece allí vigorosa y enérgica, bajo influencias tan favorables á la constitucion del hombre.

Aunque en su rápida campaña no podia el conquistador formarse una idea clara de tan inapreciables conveniencias, las conocia bastante para emprender la fundacion de la Jauja cristiana con la maravillosa actividad que no le abandonaba no obstante sus sesenta años ; en ménos de veinte dias sentó las bases de la nueva poblacion, en la que Valverde abrió la entrada al evangelio, derribando los ídolos é imponiendo silencio á los oráculos del valle. Para ponerla en relaciones con la costa, y tener una base mas

avanzada de operaciones junto con mayores facilidades para el comercio exterior, mandó á Pachacamac un destacamento que debia prestar en breves dias servicios de la mas alta importancia.

Quizquiz de acuerdo, segun la voz pública, con Chalcuchima preparabá á los invasores una bien concertada resistencia. Por la costa adelantaba un cuerpo de cinco mil hombres que flanquearan á los Españoles, y, en todo el tránsito para el Cuzco, habia acumulado obstáculos sobre obstáculos; los puentes destruidos, los pueblos incendiados y los caminos cortados, sembrados de peñascos, atravesados por enormes troncos ó con hoyos ocultos para mancar los caballos debian detener al enemigo en tanto que se disponía un ataque decisivo en alguna de las muchas posiciones que parecen inexpugnables. Los conquistadores destacados á la costa hallaron así peligros con que no contaban, pero tambien fueron favorecidos con una alianza inesperada. Los Chinchas que estaban poco resignados al yugo de los Incas, detestaban el de Quito y habian sido fuertemente impresionados por la expedicion de Hernando Pizarro, se declararon por los cristianos y les pidieron algunos caballos para rechazar el destacamento de Quizquiz que venía por Ica. Cinco bastaron para que estos cinco mil guerreros se aterraran viéndose alcanzar en el llano por los formidables monstruos y amenazados de cerca por los costeños; un indio que fué á ofre-

cerles la paz con una cruz en la mano, los redujo gustosos á la fé cristiana.

Para explorar el camino del Cuzco se habia adelantado Soto con un cuerpo de indios auxiliares y con sesenta caballos ; mas al ver que las dificultades se acrecian á cada paso y que eran inminentes las hostilidades, pidió á Pizarro que le enviase á Tupac Inca para sosegar á los indios de Quizquiz. El nuevo Inca habia muerto inesperadamente, acreditándose mucho la sospecha de haber sido envenenado por Chalcuchima. Por esta razon hubo de marchar Almagro con casi toda la caballería en auxilio de la vanguardia. El socorro no podia ser mas oportuno. En un primer encuentro cerca de Vilcas habian muerto dos ó tres Españoles : pérdida enorme á pesar de ser tan corto el número, por que poniendo de manifiesto la debilidad de los invasores, daba brios á los naturales. En un desfiladero distante pocas leguas del Cuzco fué necesario sostener una lucha casi desesperada.

Era la caida de la tarde. Soto, por que no le sorprendiera la noche en la cuesta de Vilcacunca, y por que el enemigo, que estaba á la vista, no se reforzara por instantes, aceleró la marcha, no obstante que los caballos estaban rendidos. Subia penosamente los empinados y escabrosos escalones, cuando se precipitó de la altura un torrente de guerreros. Atronaban los asaltantes con su gritería ; dejaban caer una lluvia de piedras, flechas y otras armas arrojadizas; procuraban

enredar á los caballos con los aillos y aun se asian á sus piernas para dar con ellos en la profundidad; otros daban golpes furiosos y certeros; todos combatian con el valor de leones, como si quisieran ostentar que solo por una pérfida sorpresa habian podido sucumbir sus compañeros en la matanza de Cajamarca. La cabeza de la columna española retrocedia y hasta los mas animosos vacilaban y se detenian. — « Adelante, gritó Soto, es necesario vencer. Miéntras mas nos detengamos, mas indios cargaran sobre nosotros y será mayor su atrevimiento. Mas todo se allanará, si vencemos aquí. Seguídme; » — y picó espuelas á su caballo trasformando á sus soldados en héroes con sus palabras y movimiento. Con el impetuoso empuje ganó una meseta por la que corria un fresco arroyo. Dando algunos momentos de tregua el ataque de los indios, se rehicieron los caballos bebiendo agua y respirando en el llano. Renovado luego el combate se sostuvó con igual teson por una y otra parte hasta que las sombras de la noche impusieron á todos la suspension de hostilidades.

Los de Quizquiz habian sufrido mucho; pero se consolaron fácilmente de su pérdida viendo la del enemigo y confiando exterminarlo á la nueva luz. Realmente la situacion de Soto parecia desesperada, casi deshecho el cuerpo de indios auxiliares, muertos cinco Españoles y dos caballos, y puestos fuera de combate otros once Españoles, y catorce caballos.

Procuró sin embargo infundir en sus compañeros una esperanza de que tal vez el mismo no participaba, asegurándoles que el Todopoderoso no abandonaria en tal extremo á sus fieles servidores. Como si el cielo hubiera querido confirmar la fé de los cruzados, oyéronse á lo léjos los sonidos de la trompeta que hinchieron los pechos de confianza. Era Almagro que habiendo llegado al anochecer á la falda de la sierra y sabedor de la ruda pelea por algunos indios, había precipitado su marcha y se hacia anunciar para conocer donde estaban los Castellanos. Contestósele con el toque de trompeta y á poco los de Soto tuvieron el placer de abrazar á sus libertadores. En el ataque que se renovó con el nuevo dia, quisieron los de Quizquiz conservar todavía su puesto ; pero hallándose sin poder contra enemigos á quienes la noche traía tan formidables refuerzos, procuraron escapar por las laderas cubiertas en aquella hora de una densa niebla.

Pizarro dió gracias á Dios por la victoria de Vilcacunca con ferviente devocion, como quien creía firmemente pelear por la causa del cielo ; y comprendiendo la necesidad de unirse á la vanguardia emprendió su marcha al Sur. En Jauja dejó al tesorero Riquelme con una corta guarnicion y con la Hacienda real para libertarse á la vez de la embarazosa carga y del importuno tesorero ; y le encargó que continuara la obra de la poblacion cristiana.

Dejado el valle, se atravesaron sin contraste, pero

no sin fatiga por la acelerada marcha, las provincias de Huancavelica, Angaraes, Huanta y Huamanga; y ántes de bajar *al Pampas* se hizo alto en la populosa Vilcas. La tercera ciudad del imperio se señalaba por su posicion central, cerca de amenísimos valles, y en una region en que, de un golpe de vista, pueden descubrirse alturas nevadas, templadas mesetas, pendientes tan lozanas como accidentadas, y majestuosas riberas que distan gran número de leguas; era mirada por los Incas con especial predileccion; y contenía almacenes con setecientos departamentos, un templo en cuyo servicio se turnaban cuarenta mil ministros, miradores vistosísimos y ricas casas de recreo. Hoy es solo un monton de escombros.

Pizarro hizo alto en Vilcas no tanto por gozar de sus delicias cuanto por la necesidad de reponerse de la penosa marcha y de prepararse contra las molestias y riesgos que le aguardaban ántes de llegar al Cuzco. Había que pasar alternativamente de alturas rígidas, donde la desolacion tiene su asiento, á quebradas profundísimas cuya atmósfera es casi mortífera, bordear el tenebroso abismo, escalar rocas casi inaccesibles, salvar obstáculos en que la vista no descubre, desde luego, medios de rodeo, ni de salida, y precaverse contra enemigos para los que el terreno escarpado era tan fácil, como las llanuras. Sin embargo la prevision y la constancia triunfaron de todas las dificultades; y pasados sin daño el *Pampas,* el

Pachacamac y el *Apurimac,* logró Pizarro incorporarse á la caballería en la amena quebrada de Sacsahuana. Allí convidaban al descanso la temperatura suave, la deliciosa campiña y las ricas casas de campo de la nobleza cuzqueña. Tambien era necesario pensar maduramente la política que convendria seguir en vista de los últimos acontecimientos.

La alianza con el partido de Quito no podía sostenerse por mas tiempo, ni conduciria á ningun buen resultado. El odio que contra los generales de Atahualpa rebosaba en aquellas provincias, teatro de sus feroces venganzas, manifestaba que para ganarse el afecto de los pueblos y abrirse el camino de la capital, debia buscarse la alianza de los antiguos partidarios de Huascar. Para conseguirlo no había sino sacrificar á Chalcuchima, acusado, por otra parte, de haber dirigido la resistencia de sus antiguos soldados y de haber envenenado á Tupac Inca para hacerla mas eficaz. El cauteloso guerrero no había tenido suficiente imperio sobre sí mismo para encubrir su satisfaccion al ver que los invasores se dividian en Jauja. Reconvenido ásperamente por Pizarro y exhortado á que obligara á los indios á deponer las armas, bajo la amenaza de que si continuaba el alzamiento, seria quemado vivo, había contestado : — « Yo no tengo parte en los proyectos que forman por el Cuzco ; hallándome preso, no puedo desarmar á nadie. Mátame, si quieres. » El ascendiente que le daban su rango, y sus victorias, la

capacidad que mostraba en sus palabras, y su valor indomable le señalaban como el único hombre capaz de salvar la independencia del imperio. El odio que da fácilmente por ciertos los crímenes del enemigo, y el temor de que los Quiteños acometieran desesperadamente la salvacion de su viejo caudillo, movian tambien á la multitud á pedir el suplicio de un hombre tan temido, como detestado. Mas á los Castellanos honrados parecía cosa dura sacrificar á un personaje tan ilustre sin pruebas positivas; y Pizarro se había mostrado irresoluto, como en todos los negocios difíciles, sea por consideraciones de justicia, sea por que entónces se lisonjeara poder hacer de Chalcuchima un instrumento de sus miras ambiciosas. Prevalecieron al fin, como era de temerse, en el ánimo del Conquistador, las conveniencias de la situacion y se resolvió á ejecutar sus amenazas.

El anciano guerrero no deshonró sus canas con inútiles súplicas ; ni su constancia flaqueó á la vista de la hoguera que habian encendido sus mismos soldados. Quisó Valerde convertirle á nuestra santa religion ; pero como él no conocia sino las malas pasiones de los cristianos, replicó resueltamente. — « Yo no entiendo la religion de los blancos ; » — y con semblante sereno se arrojó al fuego clamando ; *Pachacamac, Pachacamac.*

Conociendo Manco Inca que la cruel ejecucion de Chalcuchima rompia para siempre la alianza entre

los Españoles y Quiteños, no vaciló en ir á Sacsahuana para ponerse bajo la proteccion de Pizarro. Se presentó allí con una numerosa, cuanto lucida comitiva, y manifestó, que sus derechos al imperio eran incuestionables; que todo el país se declararia por él en viéndose libre de la tiranía de Quizquiz; y que el Cuzco acogeria á los Viracochas, como enviados del cielo.

Grande fué el contento de Pizarro á quien el cielo parecía abrir las puertas de la dorada ciudad, y así despues de recibir á Manco con gran deferencia, le dijo con su fé poco escrupulosa; que su venida al Perú no había tenido otro objeto que el de sostener los derechos del infortunado Huascar. — La marcha á Cajamarca habia sido para desarmar á sus enemigos, la muerte de Atahualpa para vengarle y la venida al Cuzco para reponer en el trono al legítimo heredero.

Acordes Cuzqueños y Españoles, se resolvió la inmediata marcha á fin de entrar en la capital del imperio, ántes que los Quiteños, en su furioso despecho, lo llevasen todo á fuego y á sangre. Por su parte, los de Quizquiz reforzados por aquella porcion de la nobleza que prefería morir, á ver profanada la ciudad santa por la planta extranjera, habian resuelto defender su entrada en el desfiladero que por el Sur cierra la quebrada de Sacsahuana; y si allí eran derrotados, despojar los principales edifícios é incendiar el resto. Sostenidos por las ventajas de la posicion y exaltado

su valor por la sed de venganza y por la vista de la capital, rechazaron la vanguardia de los invasores; pero cargados por toda la caballería, y viendo que los del Cuzco hacian causa comun con los Españoles, hubieron de retirarse á las provincias del Oeste llevándose consigo las riquezas trasportables, las vírgenes del Sol y á cuantos podian manejar las armas.

Las sombras de la noche aconsejaron al prudente vencedor diferir la entrada para el dia siguiente. Era el quince de noviembre, aniversario de la entrada en Cajamarca; pero, no obstante los terribles hechos de los invasores, el Cuzco les preparaba una acogida, tan grata, como la obtuvieron los descubridores en Tumbez. Nadie veia en ellos sino á los Viracochas que habian vengado á Huascar y traian en triunfo al descendiente de la sangre pura de Manco Capac; la innumerable muchedumbre de mujeres, ancianos y niños que habian quedado en sus hogares, y la juventud que en aquellos contornos había podido escapar al reclutamiento de Quizquiz, inundaban las avenidas. Todos miraban con sumo interes á aquellos guerreros, cubiertos de resplandeciente armadura y señores del rayo, aquellos animales tan briosos y tan dóciles, y aquel Príncipe escapado como por milagro de la venganza enemiga y que venía á restituir al Cuzco el esplendor perdido. A su vez los Españoles estaban encantados al entrar tan apaciblemente, y entre las efusiones de una alegría general y viva, en aquella

gran ciudad que habia sido el objeto de sus sueños dorados. No habian hallado en Indias otra poblacion mayor, ni mejor que el Cuzco : en las cercanías se divisaban mas de veinte mil casas, y en el centro formando un todo admirable por su solidez y armonía, de cuatro á cinco mil edificios; muchos ostentaban la exquisita labor que distingue á las construcciones de los Incas, algunos eran notables por sus dimensiones, entre ellos la fortaleza con la cual nada hallaban comparable los que habian recorrido reinos extraños. Delante de la magnífica capital las demas ciudades del imperio se presentaban á la imaginacion como humildes y desarreglados caseríos; y aun las ciudades de Europa nada ofrecian semejante en la regularidad perfecta de las calles, en la amplitud de las plazas y en el empedrado, de menuda piedra y de graciosos dibujos. Para el rescate de Cajamarca y en la retirada de Quizquiz se habian sustraido las opulentas galas de los jardines, palacios y templos que daban á la poblacion un aspecto fantástico ; pero la ancha cenefa de oro que quedaba en el templo del Sol, permitia creer en la realidad de riquezas que parecen un sueño.

Aunque la poblacion entregada dia y noche al contento que rebosaba en todos los ánimos, quitara todo recelo de un ataque aleve ; Pizarro permaneció por muchos dias acampado en la gran plaza, porque no tenía noticias ciertas sobre los movimientos del enemigo. Por satisfacer los deseos de los naturales y por afian-

zar su alianza con Manco y hacerla mas ventajosa apresuró la coronacion del nuevo Inca. Hechos los preparativos de costumbre y despues que Manco hubo concluido sus ayunos, se fijó el dia para ceñir sus augustas sienes con la borla imperial.

Se habian reunido en la plaza de la Alegría Españoles y Cuzqueños para solemnizar la coronacion con lo que la civilizacion cristiana tiene de mas augusto y mas enérgico y con toda la pompa que solian lucir los hijos del Sol; la tropa española estaba sobre las armas, los nobles Incas con sus ojotas y capas de oro, las Coyas con sus trajes fantásticos y el pueblo con sus variados adornos. En vez de inmolar un niño por la felicidad del nuevo reino celebró Valverde el sacrificio de la misa; Pizarro entregó á Manco la diadema que debia ceñirle el Villac-Umu; todas las clases reconocieron con la mejor voluntad la supremacia del Rey de España que á tanta distancia aparecia mas bien como un protector celestial que como un poder violento en sus exacciones; alegres brindis entre el Monarca y el caudillo extranjero mostraron la comun satisfaccion y la trompa guerrera anunció á la multitud que el poder español apoyaría en el trono al príncipe amado.

El pueblo poco previsor y extraño á los misterios de la política celebró el avenimiento de Manco con las fiestas acostumbradas. Los cadáveres embalsamados de los anteriores soberanos fueron traidos á la ciudad

con gran pompa y en la gran plaza se dió por su respectiva servidumbre un opíparo banquete. El entusiasmo popular se exhaló luego en cánticos y danzas, y por algunas semanas dia y noche la bebida vino á sostener las alegrías que tales diversiones inspiraban.

Eran los últimos resplandores de una dominacion que se extinguia con la misma suavidad y con los mismos medios que se había levantado. Manco Capac sentó las bases de su poder, anunciándose como hijo del Sol que venia á derramar los beneficios de la civilizacion sobre la dispersa muchedumbre. Pizarro anunciaba tambien en nombre del cielo una cultura superior que formaria un dia una nacionalidad mas poderosa y gobernada con mas justicia. El dócil pueblo sobre cuya imaginacion impresionable pesaban mas las brillantes ficciones de la política que los sencillos atractivos de la verdad, cedia ahora, como entónces, instintivamente y como empujado por un golpe de providencia al nuevo poder que se levantaba. El amor, los beneficios y la estimacion recíproca establecian la alianza entre dos pueblos y dos civilizaciones que iban á confundirse para asegurar los progresos del Perú y darle despues de algunos siglos el lugar que la naturaleza le reserva entre las grandes naciones.

Por de pronto el demonio de la codicia que tanto poder ejercía sobre los conquistadores, turbó las buenas relaciones y pudo romper la armonía entre Es-

pañoles y Cuzqueños. Pizarro había cuidado mucho que no se molestara á los habitantes y dado órdenes severas para que no se penetrase en sus casas. Mas los templos, la fortaleza y los palacios ofrecieron todavía ricos despojos; las tumbas fueron profanadas para arrancarles sus preciosos depósitos; el acaso descubrió tambien ocultos tesoros; y, aunque las mas veces en vano, se maltrató de palabra y aun con el tormento á algunos infelices para que dieran razon de valiosos entierros. Como fruto de tan inicuas violencias y de tan injustas depredaciones se reunió un botin probablemente superior al rescate de Cajamarca; pero hubo que distribuirle entre cuatro cientos ochenta soldados; y sea que la manera de recogerlo alejara de la masa comun una parte considerable, sea que en la distribucion hubiera ménos regularidad; la suma oficial no fué calculada sino en quinientos ochenta mil doscientos pesos de oro y doscientos quince mil marcos de plata.

La cantidad distribuida y lo que cada cual había reunido secretamente, fueron bastantes para que con la abundancia de oro se sostuvieran los altos precios de Cajamarca y quedara envilecido el metal precioso. Por esta causa, al hacerse los pagos en vez de contar escrupulosamente, se soldaban las cuentas con alhajas y barras apreciadas á vuelto. Esta fué tambien una de las principales causas que propagaron el furor por el juego, plaga de nuestras costumbres. Soldado

hubo que perdió en una noche la riquísima imágen del Sol dando así orígen al proverbio: *juega el sol ántes que amanezca.*

Aunque Pizarro pagara tributo á esas funestas pasiones que solo debian dejar en pos de si vicios, deshonra y miseria, permanecia fiel á su alta mision; y ni el juego, á que era bastante inclinado, ni la adquisicion de riquezas, de que sabía hacer el uso mas noble, le hicieron olvidar los cuidados del gobierno. El echó las bases de la civilizacion con la fundacion de la iglesia y la municipalidad, dos instituciones sobre las que reposan en gran parte la libertad y el progreso de las naciones modernas. Al templo del sol cerrado á la muchedumbre sustituia el templo cristiano donde el grande y el pequeño, el blanco, el indio y el negro se reconocen hermanos é invocan con igual confianza la justicia del cielo; y al mismo tiempo se fundaba el municipio cuna de los sentimientos patrióticos y del gobierno del pueblo por el pueblo. Valverde ya propuesto para obispo sucedió al Villac-Umu, Coricancha fué trasformado en convento de Santo Domingo, la casa de las escogidas en monasterio y otros asilos de la idolatría fueron destinados á las necesidades del culto cristiano. El Ayuntamiento juró su cargo en 24 de marzo de 1534; y á los que quisieron formar parte del vecindario, se les concedieron tierras y para su habitacion los abandonados palacios que segun su magnitud se dividian entre mayor ó menor número de vecinos.

El espíritu de la civilizacion cristiana no podia penetrar tan rápidamente en el de los indios, que les moviera á soportar las vejaciones de sus huéspedes en vista de las lejanas ventajas, que debia reportar el Perú. Pero, acostumbrados á la dura servidumbre, y libertados apénas de la opresion de Quizquiz, sufrian poco por la privacion de riquezas, objeto hasta entónces de ostentacion, mas bien que de útiles aplicaciones; y estaban dispuestos á perdonar mucho á los que les protegian contra un enemigo cruel. Acrecentando de dia en dia Quizquiz sus fuerzas con los mitimaes de Quito, con los viejos soldados y con parte de la nobleza que miraba con horror á un hijo de Huaina Capac sometido al yugo de los advenedizos, amenazaba por el lado de Condesuyos; y cuando se creyó bastante fuerte, se dirigió contra el Cuzco. A su encuentro salieron los conquistadores auxiliados por un cuerpo de indios bajo las órdenes inmediatas de Manco; y habiéndole dado alcance en el puente del Apurimac, le hicieron sufrir un gran descalabro. Por si era mas feliz contra la guarnicion de Jauja, se precipitó el vencido sobre ella, haciendo las marchas con esa rápidez de que solo son capaces los indios.

Ruda fué la pelea entre los Quiteños y los vecinos de Jauja: combatian aquellos con la confianza que dan el número y la creencia de que el enemigo ha sido tomado de sorpresa; por su parte, los Españoles esperaban mucho de la caballería, que podia obrar

libremente en la extensa llanura, y de la inteligencia de Gabriel de Rojas, que, con un corto número de amigos, había llegàdo de Nicaragua para dar importantes avisos á Pizarro. Casi todos ellos salieron mal heridos, y muchos de sus yanaconas cayeron en poder del enemigo, que los sacrificó sin piedad, como traidores á su patria; pero al fin vió Quizquiz deshechá la mayor parte de su gente, y con el resto hubo de retirarse á las provincias del Norte.

Quito iba á ser el principal teatro de la guerra porque todas las esperanzas, como todas las fuerzas se concentraban allí para disputarse la herencia de Atahualpa. Rumiñahui deseoso de ocupar el trono de los Sciris, acogió con simulada bondad á Quilliscacha y á los demas nobles que llevaban el cuerpo de Atahualpa; los festejó bien; y cuando los vió trastornados con la chicha, los degollo á todos, diciendo, que así castigaba á los traidores á su rey y á su patria; al infeliz Quilliscacha le mandó ahorcar, despues que hubo presenciado la ejecucion de sus amigos, é hizo un tambor de su pellejo, en el que dejo colgando la cabeza. Con el terror que difundian estas crueldades, con el prestigio de su valor y dándose por defensor de la independencia nacional logró dominar el país; y al frente de un poderoso ejército se dirigió contra los Cañaris enemigos enconados del gobierno quiteño.

En la remota Guatemala se preparaba á este tiem-

po, para invadir á Quito, Pedro Alvarado, uno de los guerreros mas distinguidos en la conquista de Méjico y entónces gobernador de Guatemala. El piloto Fernandez disgustado con Benalcazar, con quien debia permanecer en San Miguel, había ido á excitar aquel corazon inquieto é ambicioso, para que no perdiese tiempo en apoderarse de la antigua corte de los Sciris, donde estaban acumulados los tesoros de Huaina Capac y Atahualpa; y para reforzar su expedicion, é impedir que llegase oportunamente á conocimiento de Pizarro, había despojado Alvarado á Gabriel de Rojas de doscientos hombres, y dos buques que estaba alistando, en Nicaragua, para auxiliar al Conquistador del Perú.

Las noticias traidas por Gabriel de Rojas movieron á Pizarro á mandar á Almagro en la direccion del Norte para que cruzase los planes del gobernador de Guatemala; en tanto que el mismo bajaba á la costa para defender su conquista por aquella parte. Almagro no obstante su edad avanzada, y las penosas marchas que acababa de hacer en persecucion de Quizquiz, se encaminó á San Miguel para reunirse allí con su compadre Benalcazar. Mas este había marchado ya hácia Quito atraido como todos por aquel conjunto de esperanzas y temores, que señalaban aquellos lugares, como el teatro inevitable de una lucha difícil, pero provechosa.

Benalcazar no tenía órdenes para abandonar la

colonia; pero su espíritu activo y audaz no pudo permanecer sosegado, miéntras todo le brindaba á una gran empresa. Creia como los demas caudillos en la opulencia acumulada en Quito; los Cañaris vinieran á pedirle auxilio contra el furor de Rumiñahui; de Nicaragua y Panamá acababa de recibir refuerzos considerables; y las noticias traidas por Gabriel de Rojas le aguijoneaban para anticiparse á los proyectos de Alvarado. Por todos estos motivos reunió sin pérdida de tiempo un pequeño ejército, que así podia llamarse en aquel tiempo, constando de doscientos ochenta hombres, los ochenta de á caballo y entre los infantes cincuenta fusileros.

Los expedicionarios fueron por el camino mas corto al encuentro de Rumiñahui; en la provincia de Paltas dispersaron las numerosas avanzadas del enemigo con solo adelantar la caballería; y una vez en el territorio de los Cañaris se reforzaron con algunos miles de estos indios que recordando las feroces venganzas de Atahualpa se declararon fieles aliados de los Españoles. Rumiñahui los aguardaba en Tiocajas con doce mil hombres; se peleó con furor y la accion quedó indecisa. Los piés, manos y cabeza de un caballo mandados en trofeo á toda la comarca inspiraron nuevos brios y el ejército quiteño cubrió sus bajas con la llegada de animosos guerreros. Benalcazar conociendo, que para contrarestar la firmeza de los enemigos necesitaba aun mas del arte que de las ar-

mas, se retiró durante la noche por las alturas, y guiado por los Cañaris pasó un rio caudaloso, flanqueando de este modo á sus bien posicionados enemigos.

Principió entónces una lucha de ardides en que la astucia del general indio luchaba sin gran desventaja con la sagacidad del rudo leñador. Rumiñahui unas veces aguardaba á los Castellanos en los desfiladeros donde era fácil acabarlos con galgas; otras se presentaba en la llanura como desafiando el poder de la caballería; pero tenia cuidado de abrir ajugeros proporcionados á las manos de los caballos y tan juntos que estos animales no pudieran dar un paso sin mancarse; en algunos lugares abría enormes hoyos, clavaba estacas puntiagudas y las cubria con frágil ramada, tierra y yerba, de modo que la vista no pudiera descubrir el oculto peligro. Mas todas las estratagemas salieron vanas. Benalcazar evitaba siempre los sitios donde hubiera caido en el lazo; no se avanzaba en la llanura sin explorar bien el terreno; y entreteniendo en ella á los Quiteños los flanqueaba para salir mas allá del desfiladero. Fué por lo tanto necesario probar la suerte de las armas en las llanuras de Riobamba: aqui se peleó un dia entero sin que la victoria se inclinase á ninguna parte; pero en alta noche huyeron los de Quizquiz, aterrados segun se cree por una erupcion del Cotopaxi que los oráculos habian anunciado como fatal al reino de Quito.

Por si el desaliento, que había ahuyentado á los Quiteños, los hacia mas accesibles á las palabras de paz, se les envió un indio que con una Cruz en la mano les ofreciera fiel alianza é instrucciones utilísimas para sus almas. Rumiñahui despues de matar al mensajero y romper la cruz dijo; que todas las cautelas de los extranjeros solo se encaminaban á sacarles los tesoros de Quito; que en apoderándose de ellos matarian á los guerreros, esclavizarian á los niños, abusarian de las mujeres y profanarian los templos; y que así era preferible la muerte en los combates á los horrores de la servidumbre. Se resolvió por lo tanto salvar la capital ó sepultarse entre los escombros; y el feroz caudillo, como si quisiera aterrar á los indecisos con bárbaros suplicios, hizo cortar la cabeza á las mujeres de su serrallo, porque habiéndoles él anunciado la llegada de los Españoles en términos poco decentes, se rieron de la imaginada burla. Sin embargo á la llegada de los invasores creyó imposible la defensa de la ciudad, mandó ponerle fuego y se refugió en las alturas. De ellas bajó precipitadamente al saber, que la mayor parte de los Españoles habian salido en su persecucion; pero ántes que hubiera podido caer sobre los que habian quedado en Quito, tuvo que retirarse de nuevo por que avisado Benalcazar volvió para unirse á los suyos.

A este tiempo se hallaba ya Almagro con su pequeña columna en las provincias meridionales de

Quito, luchando con los naturales, que le salian al paso; y dió órden á Benalcazar, para que viniera á incorporársele. Ambos aguardaron á Pedro de Alvarado que iba subiendo la sierra con padecimientos sobrehumanos.

CAPITULO III

EXPEDICION DE PEDRO DE ALVARADO.

La naturaleza y la fortuna habian colmado á Pedro Alvarado de esos dones brillantes que excitan la admiracion y la envidia. Era de ilustre cuna, de un valor extraordinario y superior á todos los conquistadores en gentileza : por su tez de rosa y sus dorados cabellos le llamaban los Aztecas hijo del Sol. Cortés le distinguía entre su falange de héroes y le envió á la conquista de Guatemala en la que acrecentó sus riquezas y su gloria. Magnífico, afable, gracioso en su decir, largo en las dádivas y mucho mas en las promesas cautivaba con su trato á los que había atraido con su bizarría. Habiendo ido á la Corte obtuvo cuanto pretendía : el gobierno de Guatemala, el hábito de Santiago, la autorizacion para someter en el remoto Oriente las islas de las especias y la hermosa mano de doña Beatriz de la Cueva, dama distinguida que le

amó con idolatría. Esforzados caballeros, muchos de alto nacimiento, se unieron á su fortuna ; y al llegar á América su actividad, magnificencia y crédito le permitieron improvisar la mas brillante expedicion que vieron los mares del Sur.

El alma de Alvarado, aunque no carecía de grandes cualidades, estaba léjos de corresponder á las seducciones de su persona. Falso, de una vanidad que no cabía en el Nuevo-Mundo, inquieto y despreciador del derecho se hacía intolerable á los Españoles por su arrogancia y á los Indios por sus injusticias. Lo que la fama publicaba de la opulencia de los Incas, y las no dudosas muestras de incomparables tesoros reunidas en Cajamarca, le movieron á disputar á Pizarro la conquista del Perú. Para adquirir datos mas positivos, envió á recorrer estas costas á Alvarez Holguin, quien le llevó lisonjeras noticias sobre el Cuzco, situado, al parecer, fuera de la jurisdiccion concedida á aquel conquistador ; y aun, ántes de la llegada de Holguin, se fijó su resolucion, oyendo al piloto Fernandez, que encarecia la riqueza acumulada en Quito. En vano quisieron disuadirle los Oficiales Reales de la Audiencia de Nueva-España y la ciudad de Guatemala, recordándole, respectivamente, las órdenes del Gobierno, los derechos del Conquistador del Perú y el desamparo en que quedaría el territorio de su mando. Sordo á todas las representaciones palió su demasía, con lo ilimitado de sus poderes, con la necesidad de ayudar á Pi-

zarro, y con llevarse consigo en clase de rehenes y auxiliares, á los caciques y á los indios mas esforzados. Como si su expedicion no fuese ya de una injusticia evidente, le dió principio apoderándose, en Nicaragua, de las naves y tropa que se alistaba para el Conquistador del Perú.

Doblado el cabo de San-Francisco, despues de un mes de navegacion, desembarcaron los expedicionarios en la bahía de Caraques, en marzo de 1534; los oficiales clamaron que debía marcharse en derechura á la capital de los Sciris; y el caudillo, que solo deseaba un pretexto, para cohonestar su evidente usurpacion, aparentó ceder á la violencia; mandó sin embargo por mar al piloto Fernandez, para que descubriera y tomara posesion, á su nombre, de los puertos situados mas allá de Chincha, que se creia ser el término meridional de la jurisdiccion de Pizarro.

La empresa de Alvarado tuvo el mal éxito que era de recelarse, por la injusticia con que había sido concebida, y por la temeridad con que se llevaba á cabo. Las primeras fatigas por la costa pudieron aliviarse con un botin de esmeraldas y oro, no despreciable en sí, y mas halagüeño por lo que prometía, que por su valor efectivo. Pero á poco cayeron sobre los expedicionarios tantas y tales calamidades que acabaran con todos, á no ser sobrellevadas con una singular paciencia, digna de mejor causa. Los mismos veteranos de Cortés y otros guerreros acostumbrados á los padeci-

mientos sobrehumanos de los bosques, serranías y soledades de América sucumbian entre los horrores del hambre y la sed, los trabajos, las enfermedades, el frio, los terrores mysteriosos, y las noticias desesperantes.

Perdidos entre raras y poco amigas poblaciones, detenidos aquí por las ciénagas, mas allá por rios caudalosos, en la mayor parte del tránsito por espesuras tenebrosas que ponian espanto, y que era necesario abrirse con las hachas y con los sables, rara vez lograban los aventureros el conveniente sustento; los indios de Guatemala se comian ocultamente á los prisioneros; los Españoles se alimentaban de reptiles, y á veces tenian que matar los caballos, cuyo precio era tan alto, y que tan grandes servicios prestaban en la guerra. El alférez Calderon mató una galga que tenía en mucha estima, y los amigos á quienes obsequió con ella, la hallaron mas sabrosa que la carne de gallina,

Mayores fueron todavía los tormentos de la sed, y eso que tenian á la vista hermosas corrientes, y que la lozana vegetacion indicaba en todas partes la abundante humedad; pero no permitian buscarla en la quebrada ni descubrirla en la selva las bajadas perpendiculares y la impenetrable arboleda. Por fortuna al cortar un negro una gruesa caña halló entre los nudos gran cantidad de agua y cortadas otras bambusas hubo suficiente cantidad para que todos se saciasen.

Los trabajos iban cada dia en aumento de la bahía de Caraques á Manta, de Manta á Jipijapa, de aquí á

las inmediaciones del *Guayas* y el *Daule*, de estos rios á las cabeceras y de las cabeceras á la cordillera. El terreno aparecia ménos descubierto, ménos firme ó mas escabroso. Faltaban los guias, ó sus informes daban poca luz, se dificultaba el paso de los rios que, mas de una vez, fué necesario atravesar sobre poco consistentes malezas, y los obstáculos crecian á medida que flaqueaba el vigor de los cuerpos.

Sobrevinieron fiebres cerebrales, que á unos sumian en profunda modorra y en otros producian un delirio furioso. Doliente hubo que corrió desatinado y atravesó con su espada un caballo que valia mas de tres mil pesos. El mismo caudillo estuvo por muchos dias gravemente enfermo.

Animos, ya abatidos por las privaciones fatigas y dolencias, se conmovieron profundamente ante un extraordinario trastorno de la naturaleza, tanto mas terrible cuanto que era mas misterioso. El suelo y el aire se cubrieron de cenizas humeantes que caian de los cielos; oyéronse truenos subterráneos; se derritieron grandes masas de nieve, que, convertidas en torrente, asolaban las campiñas y arrastraban las rocas como leve corcho. Era la formidable erupcion del Cotopaxi, que habia pasmado al mismo tiempo á los guerreros de Rumiñahui. Entónces pudo ser tomado por los cruzados de Guatemala como el aviso celestial de lo que iban á sufrir al atravesar las nieves de la cordillera por un puerto de seis á ocho leguas.

La vanguardia se vió muy afligida en aquellas destempladas alturas; por que azotaba un viento glacial, y no se entreveia el fin de aquel oceano de nieve; pero pudo llegar salva á lugares mas soportables. El resto del ejército estuvo cerca de desaparecer en el rígido puerto. La nevada fué en aumento y arreció el viento que suspendia el juego de la vida. Los desdichados hijos de Africa y de la América central, para quienes el calor es el primer alimento, perdian los dedos de los piés y de las manos; muchos quedaban instantáneamente helados : al anochecer, faltos de fuego y de abrigo, no hacian sino gemir y suspirar sin consuelo. Hasta el cuerpo de hierro de los conquistadores, que los padecimientos habian debilitado y que las tiendas de campaña abrigaban mal, cedia á la intensidad del frio. Algunos se hallaban á la vez atacados de ansias mortales, por haber comido con exceso unas bayas agradables, que hallaron en los bosques.

Fué aquella una noche de agonía, y el dia que era tan deseado, no trajo ningun consuelo. Sin órden ni concierto, principió á retroceder la gente, falta de aliento para seguir adelante. Para levantar los ánimos pregonó Alvarado que cada uno tomará cuanto oro quisiese, con sola la obligacion de pagar los quintos del Rey; mas la inoportuna oferta fué mirada con amargo desprecio; y todos se mostraron muy dispuestos á arrojar las joyas, que con tanto ardor habian deseado y que para su mal obtuvieran con grandes sa-

crificios, tal vez con crímenes horrendos. Caballero hubo que, habiéndole presentado su negro una carga de plata, contestó tristemente : — « Anda en mala hora, el verdadero oro es comer. »

Como era forzoso perecer, ó atravesar las nieves, manifestó Alvarado que seria de ánimos viles y apocados no llegar, por falta de valor, á los lugares apacibles, donde ya estaba descansando la vanguardia. Se encomendó el ejército á Dios y marchó adelante, arrostrando el furor de los elementos. Los míseros indios se helaban, y al morir, llamaban á gritos á sus amos. Tambien se helaron el Castellano que para tomar aliento quiso descansar al amparo de algun peñasco, el caballero que se detuvo en tomar las riendas á su caballo, uno muy robusto que se apeó para apretar las cinchas á su yegua, y cuantos volvieron la cara atras. De esa suerte perecieron dos mil Indios, gran número de negros y veinte y un Españoles, entre ellos seis mujeres. La codicia y la piedad habian tenido igual fin : el ensayador Gomez se heló con su caballo, segun dicen, por no haber querido aliviarle del peso de las esmeraldas; y tambien se heló, junto con su mujer y sus dos hijas, el bondadoso Huelmo, que hubiera podido salvarse y que no quiso desampararlas, oyendo sus lamentos y hallándolas rendidas de cansancio.

Al fin, dejando el puerto sembrado de cadáveres, armas, vestidos y tesoros, bajaron los expedicionarios al campamento de la vanguardia. Parecian una tropa de

difuntos; por lo que teniéndoles en poco, no temieron atacarles los naturales de aquellas cercanías; á uno de ellos dieron muerte y á otro quebraron un ojo. Ya en tierra fresca y abundante, y marchando cómodamente por el camino del Inca no léjos de Ambato, vinieron á perder los consuelos de la esperanza, reconociendo huellas evidentes de caballos herrados: triste y seguro indicio de que otros conquistadores se habian adelantado á tomar posesion de Quito.

Almagro y Alvarado se hallaban ya á poca distancia; una avanzada del Mariscal cayó en poder del Adelantado, quien agasajó á los prisioneros y los devolvió á su jefe. Con ellos le participaba su desastrosa marcha, y sus deseos de hacer conquistas fuera de los límites del gobierno de Pizarro, sin perjudicar ni molestar á nadie, como tendria la satisfaccion de manifestarle en Riobamba. Almagro contestó á Alvarado, que lamentaba sus desgracias, y deseaba favorecerle, pero que todos aquellos paises caian en la jurisdiccion de su socio, ó iban á dársele á el mismo por el Rey. Al mismo tiempo, para alegar primera posesion, fundó con las formalidades ordinarias la ciudad de Riobamba, y procuró ganarse á los de Guatemala, ya prodigando promesas, ya haciéndoles ver los inconvenientes de su empresa.

Las intrigas de Almagro iban produciendo efecto en la gente de Alvarado, de suerte que, en la opinion del jefe, á querer llevar su expedicion adelante, pocos

le habrian seguido; y su secretario Picado, recelando las malas consecuencias de la temeraria cuanto injusta empresa, se pasó al Mariscal. Como eran tan inferiores las fuerzas de Riobamba, el inquieto Felipillo se huyó al campo contrario y dió esperanzas de un fácil triunfo. La negociacion que estaba adelantada, quedó interrumpida con esta doble fuga, cambiándose las muestras de amistad en agrias comunicaciones. Los trasfugas fueron reclamados con duras exigencias. Alvarado avanzó su tropa; Almagro le intimó que se volviera á su gobierno de Guatemala; los jóvenes oficiales clamaban que era mengua detenerse ante tan corto número de adversarios; estos se hallaban resueltos á combatir, fiados en la justicia de su causa, en el quebranto de los agresores, en el partido que entre ellos se habian hecho, y en las ventajas de su posicion. El combate parecia inminente; pero como los ánimos no estaban enconados, como la injusticia de la invasion era manifiesta, de temer el enojo del rey, incierto el éxito de la lucha, dudosas las riquezas de Quito y seguras las ofertas, cedieron los de Alvarado, y pudo negociarse una transaccion ventajosa para todos.

Mediando el licenciado Caldera y otros varones prudentes, se convinó en que Alvarado abandonaría su expedicion por cien mil pesos, como indemnizacion de sus gastos. No valian la tercia parte la armada y útiles de guerra que debian entregarse á Pizarro; pero

el Adelantado decia, y tal vez con razon, que había gastado sumas mas crecidas. El concierto que en vano se procuró ocultar, aparentando que iba á seguirse la empresa de comun acuerdo, disgustó á los oficiales que con el perdian sus grados, y aun á todos los expedicionarios perjudicó en la opinion, por que se les tuvo por vendidos. Mas no tardó en establecerse la conciliacion; muchos se quedaron con Benalcazar, para proseguir la conquista de Quito, y los de mas valor se unieron á la fortuna de Almagro, quien los ganó con su generosidad, hasta hacerlos suyos en el resto de su vida y aun despues de su muerte.

Benalcazar partió á su expedicion con trescientos Españoles y muchos Indios auxiliares; y la sumision de los Quiteños fué mas fácil de lo que su valor prometía. Chalachima, hermano de Chalcuchima y Gran Señor de Cacha, abrazó con entusiasmo la religion y la causa de los conquistadores. Otros jefes se presentaron de buena voluntad, trayendo ricos presentes. Rumiñahui, cuyo fin es segun algunos incierto, fué probablemente batido en el peñol de Pillaro, denunciado por su misma gente y muerto por sus vencedores. Otros caudillos cedieron á la audacia española. Algunos se habian fortificado en una altura casi inaccesible, de donde rechazaban todos los ataques; para escalar la formidable posicion, se echó Florencio Serrano el escudo á la espalda y con la espada entre los dientes subió, asiéndose de la áspera roca, y tras el

Gomez Fernandez, pendientes ambos entre el abismo que estaba á sus piés y la altura que el enemigo ocupaba; sus compañeros pudieron trepar asidos á los cabos de una manta que ellos dejaban colgar; y, aterrados los Indios por el súbito grito de *Santiago,* viéndose entre el precipicio y las espadas, no pensaron en hacer uso de sus armas sino en huir, tan sin tino, que muchos se despeñaron.

Por estos hechos de armas, por el número creciente de los Españoles y por la conversion de los Indios, aseguró pronto Benalcazar su conquista de Quito; pero no pudo encontrar los esperados tesoros; y el furor por descubrirlos junto con la ferocidad de algunos Indios, le movieron á incendiar pueblos, á asesinar mujeres y niños y á ejecutar otros actos de barbarie que atrajeron sobre él y los suyos la cólera del cielo.

El indomable Quizquiz, que sostenía todavía la independencia del imperio, vino á estrellarse ante las huestes españolas, cuya presencia en el Norte no había recelado. Rehecho de su descalabro en Jauja, se dirigía á Quito con muchos recursos y con cuatro divisiones que ocupaban extensos territorios. Su vanguardia fué sorprendida por Alvarado; el centro tuvo por este reves que tomar las alturas y retirarse despues de algunas pérdidas; la izquierda siguió adelante, matando al paso unos veinte Españoles, y la retaguardia, que colocada en una posicion dominante, hizo algun

estrago en los de Almagro, se replegó tambien á otra altura mas retirada, á donde los Españoles no creyeron conveniente atacarla, contentos con hacerse dueños del campo, que estaba bien provisto, y lleno de miles de indios sacados á la fuerza de las provincias del Norte.

A poco de haberse reunido los restos del ejército quiteño y cuando no creian encontrar nuevos obstáculos, fueron derrotados por una partida de Benalcazar. Los capitanes rogaron entónces á Quizquiz que pidiera la paz á un enemigo invencible ; él amenazó castigar á los cobardes y ordenó la retirada ; como le replicaron, que mas honroso y descansado seria morir en el campo de batalla que de hambre en los despoblados, juró por el Sol que los habia de castigar por su insubordinacion ; un hermano de Atahualpa, irritado de la amenaza, le atravesó el pecho con su lanza y los demas le acabaron á golpes de hacha y de macana. Tal muerte cupó al último general del imperio, que la merecia mejor por su patriotismo y constancia.

Poco inquietos de los enemigos que dejaban á la espalda, se dirigieron Alvarado y Almagro en busca del Gobernador. Para hacer frente á la armada de Guatemala y al mismo Adelantado, si se presentaba en la costa del Perú, habia dejado Pizarro el Cuzco, bajo las órdenes de su bien quisto hermano Juan; y trayendo consigo al Inca, se habia encaminado á Jauja,

donde Manco le obsequió con un divertido chaco, en el que se tomaron gran número de vicuñas, huanacos, ciervos y otros animales de la puna. Recibió con mucha complacencia la noticia del convenio celebrado en Riobamba, dió ricas albricias á los mensajeros, admitió benignamente en su servicio al piloto Fernandez, que se echó á sus piés, y despreciando el aviso de los que presentaban á Almagro y Alvarado como concertados para arrebatarle el gobierno, les preparó una espléndida acogida en Pachacamac. Mezquinos consejeros le decian, que, en vez de pagar al inicuo invasor la cantidad pactada por la fuerza, debía remitirle preso á la Península. — « Yo debo pagar, contestó noblemente Pizarro, lo que se ha prometido á nombre mio, y no son mis amigos los que, con detrimento de mi honra, me dan, en favor de mi hacienda, consejos que serán buenos para papelistas de mala fé, mas no para caballeros y soldados. »

Todo fueron regocijos, satisfaccion y confianza entre los esclarecidos guerreros reunidos en Pachacamac; celebróse la paz con torneos y juegos de cañas, y en la alegría de las fiestas regaló el Gobernador al piloto Quintero, como cosa de poca monta, los clavos del templo que se apreciaron en cuatro mil marcos de plata. Alvarado regresó á su gobierno colmado de obsequios, mas no con la gloria de conquistador, sino con la humilde satisfaccion del mercader, que, empeñado en una especulacion ruinosa,

logra salvar el capital por favor de rivales mas afortunados. Siempre ambicioso é incapaz de quietud murió el año de 1541, en la Nueva Galicia, por haberse despeñado con su caballo; y en el mismo año pereció su bella esposa, en una erupcion del volcan de agua que inundó á Guatemala-la-Vieja.

En compañia de Alvarado marcharon algunos soldados que se habian enriquecido en el Perú; y muchos de sus oficiales que aqui se quedaron, obtuvieron despues gran valimiento. Se distinguieron entre ellos Gomez y Diego de Alvarado hermanos del Adelantado, Alonso de Alvarado su pariente, que debia ilustrarse en la reduccion de los Indios y sufrir grandes reveses en las contiendas civiles, Garcilaso de la Vega, padre del historiador, Alonso Enriquez, autor de un interesante manuscrito sobre aquella época, Juan de Rada, jefe de los asesinos de Pizarro, Juan de Saavedra, Pedro de Puelles, Garcia Holguin, el licenciado Caldera, de consejos moderados, el hábil Picado á quien el Gobernador tomó por su secretario, y otros caballeros á los que daban nombre su nobleza, sus talentos ó sus hazañas.

La expedicion de Alvarado que pudo ser fatal á la gigantesca empresa de Pizarro, vinó á dar el último golpe á la dominacion imperial, fijando y reforzando oportunamente las huestes españolas en el teatro, donde concentraban sus fuerzas los generales de Ata-

hualpa. El imperio, desorganizado por la anarquía, destrozado por los combates y abatido por las alianzas, se disolvió rápidamente, faltándole la fuerza moral que tenia sujetos á los súbditos, y la fuerza de las armas que imponia á los espíritus rebeldes. Se interrumpieron las relaciones con Chile, el reino de Quito reconoció otros señores, la costa se hizo española, y aunque en el interior se acataba todavía el nombre del Inca, los hijos del Sol tributarios ya del Rey de España no conservaban sino una vana sombra de su autoridad venerada.

LIBRO V

COLONIZACION DEL PERU

CAPITULO I

ESTABLECIMIENTOS ESPAÑOLES.

Sobre las ruinas del imperio de los Incas quiso levantar Pizarro un imperio colonial; y madurando entre los ocios de la paz, los vastos proyectos que nunca abandonara entre los cuidados de la guerra, se ocupó, ante todo, en fundar una capital que satisfaciera á las necesidades de la naciente colonia, y que, en los futuros siglos, no se hallara inferior á la grandeza de un Estado de primer órden. El Cuzco y Jauja, que entre las poblaciones del interior ofrecian las mayores ventajas, se hallaban léjos del mar y al otro lado de la cordillera; y eran por lo tanto ménos apropiados que los establecimientos del litoral, para recibir de la metrópoli y del mundo civilizado el influjo benéfico del gobierno, los provechos del tráfico y el cambio de ideas europeas. Dos asientos hechos ya en la costa, el

de San-Miguel al empezar las operaciones, y el de Sangallan, durante las inquietudes que causó Alvarado, carecian de los recursos, posicion, y otras condiciones que eran de desear para la gran capital. Para conseguir la mejor situacion se hicieron diligentes exploraciones, se compararon las ventajas de los diferentes valles del litoral, y los hombres entendidos en fundaciones de pueblos dieron la preferencia al valle del Rimac. Es el mayor de cuantos hay desde el *Tumbez* al *Loa*, casi se toca con los de Lurin y Chillon, se comunica fácilmente con los del Sur hasta Nasca y con los del Norte hasta Santa, va á perderse entre cabeceras ricas en pastos y minas, facilita por su posicion central el movimiento de la administracion pública, está llamando al comercio universal á la inmediata bahía del Callao y posee en sumo grado los inestimables privilegios de la costa peruana : el cielo sin huracanes, ni lluvias, ni rayos ; las dulzuras de una primavera inalterable ; el apacible oceano que rebosa en peces de sabor delicado ; un rio en que los camarones aparecen como un maná agradable ; y fertilizada por sus aguas una campiña en que cada hora se abren bellísimas flores y maduran exquisitos frutos.

Entusiasmado el Conquistador del Perú con hallar reunidas en el delicioso oasis las condiciones de dilatada y fértil campiña, aguas abundantes, puerto excelente, posicion central y una salubridad rara en las costas intertrópicales, resolvió fundar la capital del

Perú á las orillas del Rimac y á dos leguas del Oceano. Las primeras piedras se pusieron el 18 de enero de 1535; los primeros vecinos fueron en número de sesenta, doce, incluso en ellos Pizarro, que asistieron á la fundacion, diez y ocho venidos de Sangallan y treinta que bajaron de Jauja; la ciudad, que el uso ha hecho llamar Lima, recibió del fundador el nombre de *Ciudad de los Reyes*, en honor de la reina Juana y de su hijo Cárlos V; se delineó la Plaza Mayor, que debian adornar en primer lugar la catedral como base de la civilizacion cristiana, el cabildo ásilo de la vida pública, y el palacio de un gobierno, que habia de dar órdenes á un imperio mas vasto que el de los Incas. Estos y otros muchos edificios se levantaban con extraordinaria rápidez, merced al teson que distinguia á Pizarro, y al trabajo de los Indios á los que se hacia venir desde largas distancias. Junto con las construcciones se avanzaba en la formacion de amenísimas huertas, para las que, y para los demas usos domésticos y públicos, proveia abundantemente de agua una extensa red de acequias.

Grato era ver al fiero guerrero, que, dejando la espada por los instrumentos de la industria, y elegida una capital la mas conforme á las exigencias de la política y del comercio, presidia todos los trabajos y disputaba con los que se tenian por inteligentes, sobre el plan mas acertado: contra el dictámen

de muchos que en un país intertrópical preferian las calles angostas, ordenó que fuesen mas anchas que las de las ciudades españolas, perfectamente alineadas y con una ligera inclinacion respecto al Oriente que permite gozar en las veredas el beneficio de la sombra. No contento con su amada Lima, y deseando formar otro centro de cultura entre ella y San-Miguel, distantes entre si mas de doscientas leguas, pasó al ameno valle de Chimú para llevar á cabo la fundacion que tenia proyectada Almagro. Dió á la nueva poblacion el nombre de Trujillo, en memoria de su ciudad natal, y su hija segunda llegó á ser una linda miniatura de Lima, por la regularidad de su plan, por la elegancia de sus construcciones y por las ventajas de su tierra y cielo.

Desde Trujillo dió Pizarro órdenes á sus tenientes de Cajamarca y San-Miguel para que atendieran al adelanto de sus pueblos, extendió su solicitud á la colonia de Puerto-Viejo que, para evitar las demasías de los recienvenidos había decretado Almagro, y confirmó á Benalcazar en el gobierno de Quito. El Mariscal habia ido al Cuzco para promover las mejoras de la antigua capital y con suficientes poderes para emprender, por sí ó por tercera persona, y á costa suya y del Gobernador, la conquista de los Chirihuanas, cuya renombrada ferocidad bastó para despertar el ardor de los conquistadores.

Los establecimientos españoles adelantaban, á la

sombra de la paz, con la justicia y con la industria. Durante este breve periodo de glorias puras, contentaba el Gobernador del Perú á los Castellanos con repartimientos, á los Indios monstrándose solícito porque se les hiciera justicia, y á unos y otros facilitándoles los beneficios del comercio. Mas la nueva civilizacion estuvo cerca de ser ahogada en su cuna, por la discordia de los colonos, y por el levantamiento de los naturales.

CAPITULO II

DISENSIONES ENTRE LOS COLONOS.

Hernando Pizarro, á su llegada á España, en enero de 1534, habia llevado á la Casa de Contratacion 155,300 pesos de oro, y 5,400 marcos de plata, pertenecientes al Rey, y 499,000 pesos de oro y 54,000 marcos de plata, que eran de particulares. Los ánimos se conmovieron, como al regreso de Colon, viendo, por primera vez, cumplidas las esperanzas de opulencia que hiciera concebir el descubrimiento del Nuevo-Mundo. La Corte recibió á Hernando, cual correspondia á las importantes conquistas de su hermano, que el hábil cortesano supo pintar con el colorido mas brillante. Testigo y actor, dió á conocer al Monarca, ya bien dispuesto por la relacion de Francisco, todas las ventajas de la nueva adquisicion ; la grandeza del Perú, los oasis de la costa, los amenos valles de la sierra, los Andes cuyas quebradas parecian penetrar

en el abismo y cuyos picos se alzaban sobre las nubes, las minas opulentas, la agricultura adelantada, el gobierno magnífico, los habitantes apacibles y dóciles, la audaz invasion de los Españoles, la captura de Atahualpa, los tesoros reunidos para el rescate, las maravillas que contaban los enviados al Cuzco, y las que él mismo había visto, en su expedicion á Pachacamac. Como los hechos eran aun mas elocuentes que sus palabras, le fueron otorgadas cuantas mercedes pidió para sí y para los grandes actores de aquella singular empresa.

Valverde fué nombrado obispo del Cuzco, encargándosele ante todo la conversion de los indios y comisionándosele para averiguar los fraudes cometidos por los Oficiales de la Real Hacienda. Al Gobernador del Perú se le concedieron el título de *Marques de los Atavillos*, con veinte mil indios de repartimiento, que se le señalarian en esta provincia (la de Canta); setenta leguas mas en su gobierno, contadas en grados de meridiano, por la costa de Chincha, la facultad de repartir tierras y peonias, y la de nombrar por su sucesor á Almagro, á Hernando y á falta de estos, al que le pareciese mejor. El Mariscal, merced al zelo de sus agentes que obligó á Hernando Pizarro á recomendar sus servicios, fué nombrado Gobernador de Nueva-Toledo, con doscientas leguas de jurisdiccion, que debian principiar en el límite meridional de la Nueva-Castilla, nombre puesto al gobierno de Pizarro; y tambien se le

otorgó la facultad de designar su sucesor. A ambos Conquistadores dirigió el Emperador cartas en los términos mas lisonjeros. Hernando, hospedado como individuo de la casa real, recibió el hábito de Santiago y el mando de la expedicion que debia traer al Perú. La Corte le movió á apresurar su marcha, porque deseaba obtener, por su medio, algun servicio extraordinario de los Conquistadores, para atender á las costosas guerras de Europa, y ordenó á todas las autoridades que le guardaran la mayor consideracion.

Las órdenes del Gobierno y el entusiasmo por el Perú, que dirigia hácia aquella dorada region los espíritus poco ántes decididos por las empresas de Italia, permitieron á Hernando preparar una gran flota en la que se embarcaron muchos caballeros distinguidos. Una tempestad obligó á los expedicionarios á reparar sus averías en Gibraltar; pero, sin otro contraste, llegaron á Nombre-de-Dios, de donde se proponian hacer la travesía á Panamá. En el istmo, que debia ser por tres siglos la tumba de los Españoles, murieron muchos por el influjo del clima y por la escasez de provisiones: por una gallina se daban los mas ricos vestidos de seda.

Un pasajero, que los agentes de Almagro mandaban con un traslado simple de las provisiones, alarmó á los colonos del Perú, esparciendo la voz de que el Mariscal habia sido nombrado gobernador desde Chincha en adelante. Uno de los capitanes que habian se-

guido á Almagro en la expedicion de Quito, voló á participárselo y le alcanzó junto al puente de Abancay. Él recibió la grata noticia, conforme á su buen natural, y contestó al mensajero: — « Que le agradecia el trabajo que se habia tomado, y se holgaba de la merced que el Rey le hacia, porque así nadie se entraria en la tierra que el y su compañero habian ganado; pero que en lo demas tan gobernador era él, como D. Francisco Pizarro, pues mandaba lo que queria. » — Continuó su viaje al Cuzco y fué muy bien recibido por Soto, los Pizarros y demas vecinos. Mas, por su mal y el de todos los conquistadores, carecia Almagro de buen juicio y de la firmeza de carácter de que tanta necesidad tienen las caudillos en épocas de revueltas. Desde que se vió á la cabeza de los oficiales de Alvarado, perdió todo sentimiento de moderacion hasta el punto que el Adelantado de Guatemala escribia al Emperador: — « Se ha mudado la condicion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada de Hernando Pizarro, con los despachos que ahora trae de V. M., no sea parte para que entre ellos haya alguna gran discordia, por donde se pierda todo. » — Los favores regios turbaron su cabeza, y no faltaron malos consejeros que le empujaran á un rompimiento con Pizarro. Algunos lo esperaban todo de sus pródigas manos, otros estaban resentidos de la altivęz de los Pizarros; y los de Alvarado, nuevos en la tierra, de ambicion desenfrenada y poco amigos de la disciplina

establecida por el Gobernador del Perú, preferian estar bajo la autoridad independiente de un jefe mas fácil de ser dominado por los suyos. Cediendo á tales consejos, hizo poco caso Almagro de los poderes que le había dado Pizarro, y ostentó en el Cuzco el poder que creía emanado del Rey mismo.

Por su parte, Pizarro, que sentia que el Cuzco fuese arrancado á su jurisdiccion, revocó los poderes que había dado al Mariscal, bajo el pretexto de que si llegaban las provisiones del Rey, concebidas en los términos que se decía, no era decente que encontrasen á Almagro gobernando con poderes ajenos. Los hermanos del Gobernador se dispusieron á ejecutar sus órdenes, los amigos de Almagro quisieron que tomase el mando de la ciudad, el Cuzco se dividió en bandos, hubo quejas violentas, se prodigaron las calumnias, se inflamaron las pasiones, de las amenazas se pasó á las armas : hubiera corrido la sangre sin la entereza de Soto que conservaba el gobierno del Cuzco, y obligó á los Pizarros á tener sus casas por cárcel, y á Almagro á que no saliese de la suya, para que los demas obedecieran de mejor voluntad.

Alarmado el Gobernador por las abultadas nuevas que le hacian temer por la vida de sus hermanos, se puso sin dilacion en marcha, llevando consigo al licenciado Caldera y á su secretario Picado; en el camino recibió noticias contradictorias; unos le avisaban que se diese prisa, si queria ver á sus hermanos vivos, otros

le decian, de parte de Almagro, que los alborotos se habian calmado. Algo tranquilizado por la confirmacion de este último aviso, prosiguió su viaje y al llegar al Cuzco se fué derecho á la iglesia. Apénas desprendido de los brazos de su socio, que había corrido á abrazarle, y aun no enjutas las lágrimas le dirigió estas sentidas palabras : — « Mirad como me haceis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo solo maíz. ¿ Dónde estaba vuestro juicio que, habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿ No les tengo yo mandado que os respeten como á mí mismo ? »

El Mariscal explicó satisfactoriamente su conducta; el Marques repitió su acostumbrado dicho. — « ¡ Ah cuitados de nosotros ! que perecemos afanados por ganar imperios y reinos, no para nosotros, ni para nuestros hijos, sino para los ajenos ; » — el licenciado Caldera interpuso sus buenos consejos, mediaron amigos comunes, y se procuró estrechar la antigua compañía con mayor solemnidad.

En el augusto sacrificio de la misa, despues que el P. Bartolomé Segovía hubo rezado la oracion dominical, pusieron Pizarro y Almagro sus derechas sobre la del ministro del altar, que tenia el cuerpo de Jesucristo ; y partiendo de esta manera la hostia, como entónces se decía, juraron : — 1° que mantendrian su compañía sin quebrantarla por ningun interes, ni ambicion de honores ó cargos ; 2° que ninguno de ellos

perjudicaria al otro en su honra, vida ó hacienda, directa ni indirectamente, por sí ni por tercera persona; 3º que cumplirian sus estipulaciones antiguas no intentando ninguna protesta, y desistiendo de las que hubieran podido hacer; 4º que escribirian al Emperador, en lo tocante al servicio, siempre de comun acuerdo, nunca el uno sin el otro é impedirian toda relacion particular en daño de cualquiera de ellos, ó de la compañia; 5º que pondrian en comun fielmente todos los provechos y harian los gastos con discrecion. De este juramento pusieron por testigos á la Vírgen María y á todos los Santos, y por juez á Dios, suplicando á su divina Majestad que, si alguno dejaba de cumplirlo, permitiera el mal acabamiento de su vida, la destruccion de su familia, honra y hacienda, y la perdicion de su alma. Tambien tomaron testimonio de lo pactado ante el escribano y cuatro testigos mas; y aun se cuenta que Almagro exclamó : — « ¡ Confúndame Dios en cuerpo y alma, si quebranto este juramento, ó me acerco á treinta leguas del Cuzco, aunque el Emperador me lo conceda ! » Tantas solemnidades, juramentos é imprecaciones, mostraban bien claro las poderosas tentaciones que había para faltar á la concordia, y mal conocia el Mariscal su corazon, si creyó que estos actos religiosos y legales podrian contenerle, cuando el interes y la pasion le hicieran sordo á la voz del honor y de la amistad.

Presintiendo los Indios que la armonía de los socios

no seria duradera, seguian disputando con calor en favor del bando por el que se habian declarado. A tal punto llegó la division, que Manco, decidido por Almagro, queria que mataran á un hermano suyo porque sostenia el partido de Pizarro. A fin de que las cosas no se llevaran tan léjos, tratóse de avenirlos en una junta á que concurrieron el Inca y los *Principales*. Mas todos los buenos oficios fueron vanos, y aun se presentaron nuevos motivos de disensiones. Un hermano de Manco, que era de pocos años, reprendió áspera y valerosamente á varios señores, porque no hablaban al Inca de rodillas segun la antigua costumbre del imperio; y Pizarro, alterado por las altivas palabras del mozo, le dijo razones tan fuertes, que á muchos pareció mal su destemplado tono, tal vez dirigido á reprimir con la aspereza de las amenazas la arrogancia de los nobles. Lo cierto es que, continuando la animosidad entre los indios y sostenida la inquietud por los intérpretes, á quienes se suponia mas enterados de la situacion, temió Manco por las amenazas del intérprete de Pizarro que le mataran, fué á refugiarse en casa de Almagro, y, apénas salido de la suya, la saquearon los contrarios. No habiéndose tomado por el Gobernador ninguna providencia para castigar los culpables, iba en aumento la alarma, y se fomentaban secretas alteraciones, que las fiestas de aquel mes hicieron pasar desapercibidas. Era el mes de las cosechas en las cercanías del Cuzco; durante ocho dias se

hicieron sacrificios al Sol y á los demas Dioses, hubo alegres danzas y animados banquetes campestres.

La division de los Castellanos quedó olvidada con la expedicion que, abandonando la de los Chirihuanas, proyectó Almagro à Chile. Parecia caer este pais en su jurisdiccion, y se hablaba mucho de sus riquezas. Por eso y atraidos por las liberalidades de Almagro, quisieron seguirle muchos que aun no tenian repartimientos, y otros que los vendieron, esperando alcanzar mejor fortuna. En sus pródigas dádivas gastó el Mariscal ciento ochenta cargas de plata, y veinte de oro, que repartió, sin exigir obligacion alguna, ó con sola la palabra de que le pagarian con los productos de la jornada. Hallóse con tales gastos en la imposibilidad de hacer los que pedian sus pretensiones en Castilla, donde pensaba comprar una renta á su hijo, y casarlo con la hija de un Consejero; y pidió á su socio cien mil pesos que le fueron concedidos de la mejor voluntad.

Hechos los primeros aprestos para la conquista de Chile, fueron enviados por delante, para que allanaran los ánimos de los naturales, tres Españoles, el Villac-Umu y Paulo, hermano del Inca; los dos últimos, segun el dicho de Manco, por que convenia alejarlos del Cuzco por inquietos y ambiciosos. Poco despues salió la vanguardia á las órdenes de Saavedra; y no tardó en partir Almagro, receloso, segun algunos, de que viéndole con poca tropa se le pidiera

cuenta de las pasadas alteraciones, y movido, segun otros, por el artificioso aviso de los que, para libertarse de nuevas inquietudes, querian alejarle. Al despedirse, dijo al Marques, que enviase sus hermanos á Castilla obsequiándoles de su hacienda cuanto quisieran : — « En esto, añadió, daréis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos. » El Gobernador le contestó que no temia de ellos ningun escándalo, por que le respetaban como á padre.

Despues de señalar encomiendas á los vecinos del Cuzco, y confiado el gobierno de la ciudad á su hermano Juan, bajó el Marques á Lima, á donde llegó tambien Fr. Tomás Berlanga, obispo de Tierra-Firme, á quien la Corte había comisionado, para dividir las jurisdicciones de Nueva-Castilla y Nueva-Toledo. Mas Almagro que de esto tuvo noticia en el camino, no quiso volver atras, apreciando por entónces en poco lo que le desviaba de su empresa; Pizarro pretextó que era necesario aguardar á Hernando, que no tardaria en traer las provisiones, y todos manifestaron que la concordia celebrada en el Cuzco dispensaba de las precauciones oficiales dirigidas á evitar ulteriores discordias. El Prelado quedó poco satisfecho del proceder de aquellos Españoles que, á tanta distancia y entre tales tentaciones y malos hábitos, parecian olvidados de la lealtad castellana; y no aceptando de las magnificas

ofertas que le hizo Pizarro sino mil pesos, para los hospitales de Panamá y Nicaragua, apuró su vuelta al istmo. Con el se marcharon Soto y otros caballeros, que preveian sangrientos disturbios en el Perú, y á ellos y á otros Castellanos hizo Pizarro ricas dádivas, con la generosidad de príncipe y con la llaneza de su carácter.

CAPITULO III

PROGRESOS DE LA COLONIA.

Nunca se opusó Pizarro á la partida de los que se habian enriquecido en el Perú ; porque preveia que su rápida opulencia atraeria muchos por cada uno que se ausentara. Contaba ademas con que los atractivos de esta tierra de promision fijarian al mayor número. Tampoco puso dificultad alguna en conceder conquistas á los principales capitanes, esperando que ellas ensancharian su dominacion, y arrastrado, como los demas guerreros de América, por aquel impulso providencial que los llevaba á revelar á la humanidad las grandezas del Nuevo-Mundo, sin detenerse jamás por los obstáculos de la naturaleza, ni por temor á los salvajes, ni por la falta de todo. Benalcazar emprendió la conquista de Popayan, Garcilaso la de Buenaventura, Porcel la de Bracamoros, y Alonso de Alvarado la de Chachapoyas.

Alonso de Alvarado se hizo notable, entre todos los conquistadores de América, por su política suave y clemente, mas poderosa para ganar á los guerreros de Chachapoyas que los hechos de armas y las venganzas feroces. Habiendo ido primero á Cochapampa, con unos veinte compañeros, atrajo á los naturales con su conducta moderada, y con sus reflexiones cristianas. La poblacion, vestida con sus mejores galas, le dió un baile en la plaza, y despojándose de sus joyas, hizo de ellas un monton y le suplicó que las aceptase. Satisfecho el conquistador de disposiciones tan favorables, dejo allí algunos Castellanos, y regresó á Lima, para aprestar la gente necesaria. A su vuelta á Chachapoyas, sosegó con el buen tratamiento á los que se habian alarmado de verle tan acompañado; fué ganando otros con su dulzura; á los que gritaban indignados que se fueran los Castellanos de su tierra, y les dejaran con sus costumbres, les envió á decir que estuviesen tranquilos, gozando de sus campos y dicha doméstica, y que, respecto á religion, no haria fuerza á nadie, pues la suya lo prohibia. Hubo sin embargo algunos que apelaron á las armas y trató de reducirlos.

Estaban ya los conquistadores á la vista de un campo de durísimas y agudas piedras, cuando los enemigos les pidieron que por amor de Dios tuviesen lástima de ellos. Mas cuando vieron á la caballeria metida en el pedregal, la atacaron con su acostum-

brada furia y alboroto, cargándola con sus hondas, dardos y flechas. Sabiendo Alvarado que entre los indios los mensajes de paz ocultaban á menudo las asechanzas de la guerra, estaba prevenido para el ataque, y derrotó, sin perder un hombre, á los que trataban de sorprenderle. Los principales curacas ofrecieron la obediencia, y Guamanil, el mas despierto de ellos, cambiando su ropa fina por un traje vil, y trayendo en su compañia á una venerable anciana, se echó á los piés del vencedor, y pidió humildemente el perdon. Pero, poco despues moviendo nuevas alteraciones, preso por su misma gente, y sometido á juicio, fué condenado á muerte por perturbador del sosiego público. Otros curacas que quisieron resistir, cedieron en breve á la audacia española, al terror que infundian las ballestas, los caballos y las espadas, y sobre todo á la moderacion de Alvarado. El digno cruzado procuraba evitar el derramiento de sangre, hacia sentir las dulzuras de la civilizacion cristiana, y ofrecia fundar en aquellas provincias una ciudad tan famosa como el Cuzco, donde todos viviesen con placer y como hermanos. Por estos medios pudo hacerse de un gran partido; los mismos naturales le ayudaron á vencer á los que se resistian, fiados en las fragosidades de la sierra y en el espesor de las montañas. En el seno de la paz fundó á San-Juan-de-la-Frontera, que, situada primero en Levanto, fué mudada presto al terreno mas llano y mas sano de los Huancas.

Toda aquella provincia descansó de las guerras seculares, que solo habian sido interrumpidas por treguas mal seguras bajo los últimos Incas, y sus naturales recibieron sin violencia la policía temporal y espiritual de los cristianos.

Miéntras los guerreros españoles se convertian así en soldados del evangelio, gran número de misioneros propagaban la influencia española con sus tareas apostólicas. No faltaron, por desgracia, indignos ministros de la religion que prefirieran las violencias de la conquista á la fuerza de la palabra divina; y los hubo tambien que, en vez de convertir á los indios, solo se ocuparan en explotarlos, haciéndoles instrumentos de desenfrenadas pasiones. Pero no obstante estas excepciones lamentables, los misioneros, que la constante solicitud del Gobierno Español y el zelo de la nacion por la conversion de los infieles, mandaban al Perú, en todas las expediciones, llenaron fielmente las funciones del apostolado. Ellos plantaron la Cruz en los desiertos, en las selvas y entre las nieves, levantaron en las ciudades magnificos templos y en las estancias humildes santuarios; llevaron la palabra de paz y de consuelo á las víctimas del cruel conquistador y del ávido colono; y cuando no podian hacer descender sobre la tierra los sentimientos de la caridad que pedian á los opresores, ni la justa proteccion que reclamaban del gobierno, hacian confiar en la bondad del Omnipotente. Los infelices idólatras

cualquiera que fuese su opresion actual, la hallaban preferible á la antigua servidumbre por las grandes esperanzas que la nueva religion les hacia concebir para dias mejores y para su descanso eterno. De ese modo las virtudes apostólicas de los misioneros, el sentimiento de las verdades evangélicas y los principios de justicia que no cesaban de invocar, y á los que, no estando cegados por el interes ó la preocupacion, solian conformarse los conquistadores, aceleraban la reduccion de los indios y los aproximaban á la raza invasora.

Las mujeres mensajeras de la nueva luz, como la estrella de la mañana, promovieron singularmente el establecimiento de la nueva civilizacion. La fé y el amor que han dominado siempre sus espíritus impresionables, las atraian hácia los Españoles. Siervas bajo la antigua dominacion durante la vida de sus esposos, mártires á la muerte de ellos para continuar su esclavitud mas allá de la tumba, aceptaron con entusiasmo una religion que las declaraba compañeras de los hombres, y proponia á la veneracion general una Vírgen-Madre. Su corazon lleno de ternura se sintió arrastrado hácia guerreros á quienes presentaban dignos de amor cuanto puede fascinar al sexo débil, la pasion y la belleza, el valor y la inteligencia, el poder y la generosidad. Algunas lloraban por los españoles el dia en que Pizarro entró á Cajamarca y á la mañana siguiente se vinieron

voluntariamente á la ciudad mas de cinco mil. En adelante las princesas se envanecieron con el cariño de las caudillos; las familias mas distinguidas, acostumbradas á que las mas bellas vírgenes fuesen destinadas á la raza dominante, en vez de creerse deshonradas con la alianza española, se declaraban partidarias celosas de los conquistadores, luego que los hijos, siempre amados, de los Españoles venian á llenar los deseos de sus madres indias.

Los yanaconas mostraron tanta adhesion á los conquistadores como los parientes maternos de los mestizos. Con la venida de los blancos salieron de una odiosa esclavitud y aunque sus nuevos amos no siempre tuvieran presentes los deberes que el Evangelio impone respecto de los criados, era por lo comun su trato dulce, mostraban generosidad, fascinaban por sus grandes hechos y tenian á veces rasgos de ternura que conquistaban los corazones de infelices hechos á ser tratados con suma dureza. Pizarro mismo que por su posicion y carrera debiera ser ménos accesible á los sentimientos de tierna piedad, viendo un dia que uno de sus yanaconas se estaba ahogando en el peligroso rio de *la Barranca,* se arrojó al agua para salvarle; y reconvenido por haberse puesto en riesgo de perder la vida, dió esta hermosa contestacion. — « Ah! no saben ustedes lo que es querer bien un criado. » — Cuando las demasias de sus amos lastimaban el alma de algun yana-

cona, á falta de gratitud tenia que permanecerle adicto por miedo á sus enemigos. Los antiguos señores daban muerte cruel á los yanaconas que caian en sus manos, por vengarse de estos libertos que se mostraban insolentes en su nuevo estado, y, bajo la proteccion española, devolvian á los hijos las injurias recibidas de los padres.

Tambien los mitimaes, mirados como extranjeros por los pueblos vecinos y disgustados con el gobierno que los habia arrancado de sus hogares, se decidian por lo comun en favor de los conquistadores, poco solícitos de retener á ningun indio en lugar determinado. Tambien era grato á las clases abatidas ver sometidos á la suerte cumun á los orgullosos señores. Hubo ademas curacas que desposeidos por los Incas aspiraban á recobrar bajo la nueva dominacion sus antiguas posesiones; y aun muchos de los favorecidos por los hijos del Sol preferian un gobierno que los dejaba mas dueños de sus acciones y con una autoridad mas independiente; los mismos vasallos no se apercibian de todo el peso de la opresion extranjera, comparándola con el régimen monástico de los Incas que nunca les permitia cambiar de lugar ni de vestido ni de trabajos ni de placeres; les imponía la eleccion de esposas, les quitaba la libre disposicion de lo suyo y los tenía tan abatidos que era necesario morir en el instante y en la forma que se les mandase.

A la fuerza de la Religion, á las seducciones del

amor y á los vínculos del servicio y del interes se unía el prestigio irresistible de una civilizacion superior, al que cedian las indios como habian cedido ante el espectáculo de las grandes obras de los Incas. Los mineros españoles se esparcian por el interior para arrancar á las entrañas de la tierra, en algunos años, mas metales preciosos que los naturales habian podido recoger, durante algunos siglos, entre las arenas ó en excavaciones superficiales. La agricultura se enriquecia con nuevos procederes, y, entre otros animales domésticos, se criaban caballos que ostentaban toda la gallardía de las mejores razas andaluzas. Todos los nuevos establecimientos se engrandecian con admirables construcciones, y, en Lima, la reina de la costa, se levantaban los conventos de la Merced, Santo Domingo y San Francisco, y otros muchos edificios públicos y particulares, en que los naturales veian, por primera vez, la madera prestándose á todos los usos, el hierro tan útil en casa como en la guerra, y otras maravillosas aplicaciones de la industria europea. El comercio que acudia presuroso al país del oro y de la plata, sojuzgaba en gran manera á los naturales con los dones variados del mundo civilizado, los repetidos arribos de grandes naves, los efectos extranjeros, los nuevos goces y las extensas ideas que traia el mercader europeo, no podia ménos de cautivar á hombres á quienes apénas se habia permitido, hasta en-

tónces, conocer las cosas de su provincia y gozar libremente de las producciones locales.

El Gobernador del Perú contribuía con su administracion al progreso de la colonia. Su autoridad era dictatorial, como pedian las ideas de aquel siglo, los hábitos de aquella sociedad y las necesidades de la nueva nacionalidad que se formaba. Pero ni sus órdenes eran enojosas, ni su voluntad tiránica : trataba á los Españoles como antiguos camaradas visitándolos sin etiqueta y quedándose á comer en sus casas, jugando con cualquiera de ellos y sin permitirse deferencias en el juego; de intento se dejaba ganar muchas veces, por lisonjear el amor propio de los soldados, y para socorrerlos sin que se sintiesen humillados : otras veces hacía dádivas con liberalidad regia, ó procuraba hacerlas por mano propia para que otros no se impusieran; aunque tenia por costumbre contestar *no* á los que algo le pedian, rara vez dejaba de servirles; cuando tenia que mandar algo, sabia dulcificar lo penoso de la obediencia con palabras cortesanas, si bien gustaba de hablar poco, y era áspero con los importunos. Mostrábase solícito por el bien de los Indios, encareciendo á los encomenderos el deber de doctrinarlos y de darles buen trato, aprovechando él mismo las ocasiones de dirigirles exhortaciones cristianas, y favoreciendo la creacion de iglesias y conventos. No era menor su solicitud por los intereses de la Corona; para que el Rey no fuese de-

fraudado en sus derechos, ordenó que nadie contrase con plata sin quintar, y, cuando se hacia alguna fundicion, recogia cuidadosamente las partículas que se caian al suelo, diciendo que los quintos del Rey debian allegarse con la boca cuando no pudiera hacerse de otro modo. Promovia el acrecentamiento de las poblaciones, especialmente de su amada Lima, favorecía á los mineros y comerciantes, y encarecía mucho á sus tenientes que prefirieran el interes público al provecho particular, y, sobre todo, que trataran bien á los indios : la grandeza de esta tierra, les decía, consiste en hacer de los enemigos amigos, y su ruina en hacer contrarios de los sometidos. Por cumplir las órdenes del gobierno que le imponía estrictamente la visita de los establecimientos españoles, marchó por mar á Trujillo y á San-Miguel, y de aquí encargó á los gobernadores de Quito y de la nueva colonia de Guayaquil, que pusieran todo empeño en llenar las justas intenciones del Emperador. Habíale escrito el Monarca que mirase ante todo por la conversion de los Indios, objeto principal de los Reyes Católicos en sus empresas sobre el Nuevo-Mundo, que se moderaran los tributos y se celase el buen tratamiento con sana conciencia, teniendo entendido que sin el cumplimiento de estas condiciones no quería ninguna ventaja de América.

Por desgracia no todas las órdenes regias estaban en armonia con tan justas instrucciones ; y las que se

habian dado á Hernando para pedir á los conquistadores algun servicio extraordinario, obligaban á contemporizar con sus injusticias para que ellos no escatimasen sus donativos. Hernando procuró en vano persuadirlos con buenas razones. Ellos le contestaron que bastante hacian con mandar al Rey sus grandes quintos, ganados con sus fatigas y su sangre, sin que la Corona les hubiese auxiliado en la penosa conquista. Las únicas mercedes de la munificencia regia habian sido el título de Marques para el Gobernador y el hábito de Santiago para su hermano. Exasperado con semejante negativa, les amenazó Hernando con recoger el rescate de Atahualpa, que siendo de persona real pertenecia de derecho al Rey, y los insultó llamándoles hombres bajos é indignos de la fortuna que habian alcanzado. Mas el discreto Marques contestó á su hermano, que los conquistadores del Perú merecian tanto como los guerreros de Pelayo; y obtuvo cuantiosos donativos de sus compañeros de armas, haciéndoles ver que la lealtad castellana no se ponia nunca á controvertir servicios con su príncipe, y que con su generosidad podrian esperar de la Corona la perpetuidad de las encomiendas.

Obtenido el donativo de Lima, pasó Hernando al Cuzco, de cuyos vecinos esperaba tambien un servicio extraordinario. Allí hacian muy necesaria su presencia la lucha inminente entre la Colonia y el Imperio y los recelos que inspiraba Almagro.

LIBRO IV

LEVANTAMIENTO DEL INCA MANCO

CAPITULO I

PRIMEROS MOVIMIENTOS.

Los progresos de la colonia eran incompatibles con la conservacion del imperio : ni los colonos podian adorar al hijo del Sol; ni el Dios Rey habia de reconocerse humilde vasallo del Rey de España. La colision que la naturaleza de las cosas hacia inevitable, se precipitó por las violencias de los conquistadores. Manco, al que solo la juventud inexperta y la ciega ambicion pudieran ocultar la vanidad de una corona presentada por el perseguidor de Atahualpa, no pudo tolerar por mas tiempo su afrentosa dependencia, su poder anonadado, su majestad insultada, su persona amenazada, el saqueo de su palacio y la deshonra de una de sus esposas; el Villac-Umu, que era tan osado como previsor, se horrorizaba de ver la imágen del Sol ganada y perdida en el juego, y prevía que su ponti-

ficado se convertiria en titulo de proscripcion; la nobleza veia con indignacion sus privilegios perdidos en la servidumbre comun, y todos los amantes del imperio lamentaban con lágrimas del corazon aquella espantosa revolucion : los venerados monarcas muriendo ignominiosamente ó convertidos en viles instrumentos de la conquista; sacrificados sin piedad los mas ilustres guerreros; la raza divina del Sol despreciada por los extranjeros, mitimaes y yanaconas; la inocencia atormentada ; las princesas deshonradas por los jefes invasores y las matronas y las escogidas por la soldadesca; el pueblo condenado al trabajo de las minas y á cuantas vejaciones dictaba el capricho de los conquistadores; repartidos entre ellos los edificios y chacras; agotados los almacenes; destruyéndose los rebaños con espantosa rápidez; suspendidas las labores de interes público; arruinadas las grandes construcciones; los palacios y los templos despojados de sus tesoros, y destinados estos á caballerizas y aquellos á cuarteles; profanadas las tumbas para arrebatarles tambien las joyas con que sus mayores debian engalanarse en la morada celestial; la opresion, el oprobio, el escándalo y la miseria siempre en aumento. El grito de venganza que semejante espectáculo levantaba, no pudo ser acallado ni por el terror á los Viracochas amortiguado en tres años de trato, ni por las dulzuras de la nueva civilizacion que parecian reservadas á los extraños, ni por los senti-

mientos de caridad tan recomendados por los misioneros como opuestos á la conducta de casi todos aquellos cristianos.

Habiendo convocado en secreto á los grandes del imperio y celebrados los sacrificios que su religion prescribia en las situaciones mas solemnes, presentó Manco, en expresiones llenas de fuego, las desgracias que le agobiaban á él y á sus vasallos, el esplendor del imperio cuando el estandarte del Iris tremolaba victorioso desde el *Angasmayo* al *Maule,* y el bienestar envidiable que bajo un gobierno paternal habian gozado grandes y pequeños. Con largo sollozo é inundado el rostro de abrasadas lágrimas le contestaron los curacas y capitanes. — « Hijo sois de Huaina Capac; que el Sol y todos los Dioses sean en vuestro favor, para que nos saqueis de la dura servidumbre en que vivimos; todos estamos dispuestos á morir en vuestro servicio. »

No habia tiempo que perder. La parte que en la discordia entre Pizarro y Almagro tomaran los Cuzqueños, los habia sacado de su apatía; y esta excitacion podia servir para acabar con uno y otro tirano. La marcha del Mariscal á Chile los libertaba de los enemigos mas formidables; las ocupaciones pacíficas del Marques y la dispersion de los demas Castellanos en expediciones lejanas y en establecimientos agrícolas y mineros permitian atacarlos por separado y ántes que pudieran reunir grandes fuerzas; la seguridad

en que vivian, facilitaba los preparativos secretos; y era urgente aprovechar tan favorable ocasion, por cuanto de una parte las riquezas del Perú traerian sobre él enjambres de aventureros, si no se exterminaba á los conquistadores; y de otro lado, el desuso de las instituciones imperiales, la defeccion de grandes provincias, y el influjo de las nuevas ideas iban debilitando las fuerzas con que pudieran ser rechazados los invasores. Acordóse por lo tanto que el Villac-Umu despues de preparar en el Sur una insurreccion á la que no podria resistir Almagro, regresara al Cuzco á dirigir las operaciones. Titu Yupanqui, tio del Inca, debia levantar las provincias del Norte, y lo que ante todo interesaba, era que el Inca saliera del Cuzco con disimulo para concertar el alzamiento con toda seguridad.

En la noche convenida pudo salir Manco de la ciudad acompañado de su familia y otros nobles, por que los Españoles le despreciaban demasiado para vigilarle mucho; pero los yanaconas que andaban entre los demas indios y temian ser envueltos en la matanza general, espiaron los movimientos de sus enemigos y dieron parte de la fuga del Inca, que así pudo ser tomado en un totoral poco distante. Pretextó él que habia salido por obedecer al llamamiento de Almagro. Creyéndole bastante escarmentado con el saqueo que la muchedumbre habia hecho de su palacio, apénas tuvo noticia de su partida, se le dejo en

libertad; y otra vez intentó evadirse. Preso por esta causa temian los suyos que tuviera el fin lastimoso de Atahualpa, pedian su libertad á los dioses con ayunos y fervientes plegarias, y lloraban sus desventuras en tristísimos yaravies.

Ya la revolucion se mostraba en la general inquietud y en los movimientos desordenados que preceden á los grandes levantamientos. Titu causaba algunos daños en los repartimientos de Tarma y Bombon, y perseguido por el Marques, se refugiaba en los Andes instando porque se tomasen las armas. Pedro Martir fué asesinado por sus indios, que amenazados con un castigo ejemplar se refugiaron en un peñol casi inaccesible. Todas las tentativas hechas por Gonzalo y Juan Pizarro para apoderarse de aquella posicion fueron vanas, y un noble Inca que les aseguraba se rendirian los sublevados en el término de seis dias, aconsejaba á estos que bajasen por la noche á matar los caballos, seguros de que serian auxiliados. Descubierto el trato doble fué quemado este noble; y se amenazó al Inca como cómplice en estos movimientos. Por alejar toda sospecha se obligó Manco á castigar á los del peñol, y con este objeto envió á un valeroso capitan llamado Pahuara.

Es verdaderamente admirable la abnegacion heróica con que Pahuara se sacrificó por su soberano, entregando á los sitiados con un atroz perfidia. Solo en los fieles súbditos de los gobiernos divinos pueden

mezclarse tan intimamente el crimen y el heroismo. El capitan del Inca dijo á los del peñol; que iba á favorecerles, y que llevaba la hacha sagrada del Sol para hacer el juramento de confianza. Convinó con ellos en entrar por la noche al fuerte con solos cuatro compañeros, á fin de concertar el exterminio de los cristianos. Subió en efecto con cuatro españoles, que rapadas las barbas, dado al rostro un tinte rojizo y vestidos al uso de la tierra parecian indios. A su voz bajaron algunos armados, abrieron una primera puerta para que entrara con los cuatro, y le invitaron á él que entrara solo por una segunda, dejando á sus compañeros en aquella estancia. Mas en el momento de cerrarle la segunda puerta echó mano á la maza que llevaba oculta, y gritó, « Viracochas, venid presto. » Cuando los cuatro llegaron, ya Pahuara era muerto; pero la obscuridad de la noche, la estrechez del sitio y la subida de otros Españoles y yanaconas hicieron á los sitiadores dueños del formidable peñol y los asilados no hallaron misericordia. Uno de los principales, por no recibir la muerte de manos enemigas, ató á una cuerda á su mujer, dos hijas, seis llamas, y seis fardos y se despeñó con toda la carga clamando, *Huaina Capac!* El botin que llegó á cinco mil pesos, fué ofrecido á la iglesia del Cuzco.

El auxilio que acababa de prestar Manco, el poco temor que inspiraba y sus reiteradas protestas movieron á los Pizarros á darle libertad; y cuando llegó Hernando

al Cuzco, pudieron completarse los preparativos del alzamiento. El nuevo Gobernador, dispuesto por educacion y por cálculo á proteger á los indios, con instrucciones del Emperador para tratar bien al Inca y con deseos de arrancarle grandes dádivas para cumplir sus ofertas en la Corte, le dispensó su amistad y procuró ganarle, obsequiándole algunos objetos de Castilla. El sagaz conspirador se mostraba muy agradecido, muy contento con su situacion é incapaz de intentar nada contra su amigo. Mas volvieron á recrudecerse los rumores de sublevacion ; supóse que el Collao estaba ya alzado y que allí habian sido muertos algunos Españoles ; deciase que el Villac-Umu, habiéndose separado de Almagro, dirigia todos aquellos movimientos, y se acusaba á Manco de estar á la cabeza de la conspiracion. Reconvenido este por Hernando, dió por cierto lo del Collao, pero aseguró tambien que el Villac-Umu no tenia en ello ninguna parte y que solo se habia venido de Chile por el mal trato del Mariscal. Sus palabras recibieron gran peso con la llegada del Villac-Umu que presentó sus homenajes al Gobernador.

Dos dias despues, el 18 de Abril de 1536, pidió el Inca licencia para celebrar en Yucay el aniversario de la muerte de su padre, y segun se dice, ofreció traer en obsequio una estatua de oro de Huaina Capac del tamaño natural. Contra la opinion de muchos, no dudó concedersela Hernando, fiándose en que los

nobles mas sospechosos se quedaron en el Cuzco, y dándole por compañeros dos Castellanos, mas por honra que por causa de vigilancia. En estos dias salió tambien Gonzalo á perseguir á los sublevados del Collao; y Juan fué á castigar á otros de las cercanias que habian muerto á tres españoles, llamados cautelosamente por ellos para que los defendieran de los Indios alzados.

El llanto de los Cañaris, quienes gritaban á grandes voces que el Inca estaba maquinando el exterminio de todos, y la llegada de un español que le habia visto en la direccion sospechosa de Lares, quitaron á Hernando la venda con que la codicia le habia cegado: sus sospechas se convirtieron en horrible certeza con la relacion de los dos españoles mandados en acompañamiento de Manco, que volvian libres por singular merced, y le dejaban ya sobre las armas. Pensando que le seria fácil tomarle por la fuerza, se dirigió á Yucay con un pequeño destacamento; pero conociendo luego que no podria pasar adelante, regresó al Cuzco donde entraron tambien sus hermanos, convencidos de que sus fuerzas no eran bastantes para hacer frente á losalzados.

Gonzalo y Juan salieron sin pérdida de tiempo con sesenta caballos para prender á Manco. Encontraron los pueblos desiertos y todo el pais en el mas terrible silencio. Mas, al bajar al valle de Iucay, descubrieron en la ribera opuesta del *Vilcamayo* un ejér-

cito formidable. El paso del estrecho y profundo rio, cuyos puentes estaban rotos, les fué vivamente disputado; y tambien necesitaron impetuosas y mortíferas cargas de caballería para contener á los indios que sin cesar los atormentaban con una tempestad de flechas y piedras, los aturdian con espantosos gritos é imponian por su número y su no acostumbrada audacia. La noche puso término al obstinado combate, y los conquistadores se felicitaban de que el escarmiento había sido demasiado severo para que el enemigo pensara en resistirles; pero el nuevo dia mostró las quebradas y los altos cubiertos de combatientes, y aunque nuevas cargas dejaron bien puesto el honor de la caballería, la pérdida de los Indios parecia comunicarles nuevos brios y acrecentar su número. Ya no era posible avanzar, cuando se recibió órden del Gobernador para regresar al Cuzco combatido de innumerables huestes. La retirada hubo de hacerse dando muchas veces cara al enemigo que celebraba su triunfo con atronadora gritería; Hernando habia tenido que desplegar esfuerzos supremos para rechazar, á alguna distancia, á otro numeroso ejército que se venía sobre la ciudad; pero apénas reunidos en ella los tres hermanos, los campos y las alturas quedaron inundados de indios que pensaban acabar de una vez con sus opresores.

CAPITULO II

SITIO DEL CUZCO.

El Inca, reunidos muchos curacas y nobles de su raza, habia mandado traer delante de sí dos enormes vasos de oro llenos de chicha y habia dicho : — « Yo estoy determinado á no dejar Cristiano á vida en toda la tierra ; y para esto quiero primero poner cerco al Cuzco ; quien de vosotros pensare servirme y poner la vida en tal caso, beba de estos vasos, y no bajo otra condicion. » — Muchos capitanes y principales bebieron, resueltos á cumplir su promesa. Sobre la ciudad vino un ejército que los Castellanos calcularon en unos cien mil hombres de guerra y ochenta mil de servicio ; ellos no llegaban á doscientos y sus indios auxiliares no pasaban de mil. Por algunos dias se fatigaron en vano haciendo salidas contra las gruesas divisiones que los desafiaban desde las alturas vecinas : mediante prodigiosas hazañas lograban ocuparlas,

pero, apénas se habian apoderado de un campo, cuando se aparecian por otros lados cuerpos de á diez mil, doce mil, y veinte mil hombres. En una salida contra los de Chinchasuyo se vió obligado á retroceder Juan Pizarro, y recibió en la cabeza una herida leve en sí pero que dió ocasion á su muerte ; la fortaleza que estaba defendida por los yanaconas, no pudo conservarse aquel dia sin un combate desesperado, y Juan aconsejó al Gobernador que para no dividir su reducida fuerza, se reunieran todos en la ciudad, ofreciéndose él á recobrar la ciudadela con solos veinte hombres, siempre que se creyera necesario.

Luego que la fortaleza fué abandonada por los españoles, tomaron posesion de ella los sitiadores, y estrecharon el cerco por todas partes. Divididos en nueve campos que se daban la mano, hubieran podido aterrar á una guarnicion de gigantes con su imponente número y con el lujoso aparato de armas, penachos y banderas, tal como el que ostentaran los Incas al celebrar sus mas brillantes victorias. Muchos guerreros realzaban en fiero continente con cascos de figuras monstruosas que se abrian por delante, con resortes secretos, como para devorar enemigos. De dia atronaban los destemplados gritos de la innumerable multitud, el estruendo de los instrumentos militares que hacian resonar ecos de muerte en las vecinas cumbres, y la continua granizada de las flechas, dardos y piedras. La noche que traía el silencio, redobla-

ba el espanto con los fuegos del campamento, de brillo tan siniestro, para los sitiados, como la luz de las estrellas en esas noches clarísimas en que reina la serenidad precursora de espantosas heladas.

La desolacion que amenazaba, no se hizo aguardar mucho. De la fortaleza pusieron fuego á las casas, que estaban en la ladera; de otras partes arrojaron flechas inflamadas y piedras candentes envueltas en algodon cargado de resinas; sopló un recio viento; y como los techos eran de paja y las calles estrechas, en un punto no parecia sino que toda la ciudad era una sola llama. Con la espantosa gritería de los sitiadores y la espesa humareda no se veian, ni oian los unos á los otros. Llevaban la turbacion á los ánimos mas serenos el continuo crujir de las maderas, los edificios desplomándose, el fuego que estrechando por momentos el asilo de los sitiados, les quitaba la respiracion, y el ataque impetuoso de los enemigos que segun progresaba el incendio, iban obstruyendo las calles, ya con fosos, ya con barricadas, y peleaban sin tregua mano á mano. Gonzalo Pizarro, Hernan Ponce y Gabriel Rojas cada uno al frente de su escuadron, para defender su respectiva entrada, á duras penas podian valerse y no descansaban un instante; Hernando andaba con mucha prisa favoreciendo á donde veia la mayor necesidad. Mas para que sus compañeros no desmayasen y los contrarios no cobrasen mayor esfuerzo, tomó veinte de á caballo y con

ellos dió tal carga á los de Condesuyo, que los llevó hasta las quebradas de la sierra inmediata.

Seguia el incendio que nadie intentó apagar; el Inca estaba á tres leguas de la ciudad haciendo proveer de gente para el combate; el Villac-Umu guardaba la fortaleza creyendo que como la tuviese, no seria posible resistirle por mucho tiempo, y ensobercidos los Indios pensaban que los Castellanos no eran parte para defenderse. Quemadas las casas, andaban por encima de las paredes, sin miedo á los caballos, multiplicaban los parapetos y zanjas y echaban el agua por las calles. Al abrigo de las ruinas disparaban flechas certeras, y arrojaban el lazo con mucha destreza. De esa suerte con cerrar las salidas, con el fuego y el sostenido ataque redujeron á los sitiados al recinto de la plaza. De la esplendente capital del Sol solo quedaron en pié Coricancha, otros pocos edificios venerandos que por estar aislados pudo respetar la piedad de los sitiadores, y el palacio de Viracocha, en cuyos salones se refugiaron los Españoles, y en el que el fuego habia prendido por tres veces.

Ni de dia, ni de noche tenian descanso los Cristianos; en anocheciendo salian á desembarazar el campo, derribando paredes, deshaciendo barricadas, llenando zanjas y rompiendo las acequias. Desde el amanecer hasta que anochecia, no cesaban de pelear, y apénas podian contener el impulso creciente de los asaltantes, librarse de las armas arrojadizas y

cortar las correas de los aillos en que se enredaban hombres y animales. Despues de seis dias de tales peligros y fatigas, flaqueaban algunos y proponian que se abandonara la ciudad, para abrirse paso con las armas hasta las llanuras de la costa. Las palabras con que Hernando Pizarro trató de avergonzarlos, les impusieron silencio ; pero otros hacian corrillos muy á las claras, y, temiendo algun desman, reunió el magnánimo caudillo, por la noche, á sus hermanos, á Gabriel de Rojas, Hernan Ponce, Riquelme y otras personas de cuenta, y con rostro sereno dijo : — « Paréceme que los Indios cada dia se nos atreven mas; y pienso que la causa es la tibieza que en algunos han conocido ; la cual no es poca, pues decis sin embozo, que desamparemos el pueblo. Es vergüenza que se hable de ello. Si vos, Juan Pizarro, tal voto dieseis, pareceria que tuvisteis ánimo para defenderlo de Almagro, y os falta para con los Indios que no le tuvieron respeto. Mas feo seria que hablaseis de tal cosa, vos Tesorero, que sois tan obligado á dar cuenta de los quintos reales, como de su fortaleza debe hacerlo un Alcaide. Vosotros señores Alcaldes y Regidores, no es razon que dejeis, en manos de tiranos, el pueblo que teneis encomendado para administrar en él justicia. Por lo que á mí toca, mal contado me seria que yo desamparara, por ningun género de temor, la tierra conquistada y poblada por D. Francisco Pizarro. Ademas, en conociendo los Indios flaqueza en nosotros,

se acrecentara en ellos el ánimo. En servicio de Dios y del Rey, sustentando vuestras vidas y haciendas, moris : prendas son estas por las que debia buscarse el peligro léjos de huirle. Poco lo sentirémos si nos esforzamos todos con la razon que tenemos para pelear ; porque ya sabeis que, con el esfuerzo, se alcanza lo que parecia imposible. Si quereis poner por obra el abandono que decis, será dejándome á mí solo donde pagaré, con la vida, mis obligaciones. No quiera Dios que se diga, que otro ganó el pueblo y que yo le perdí. Ya veis mi voluntad ; suplícoos que la de todos se conforme con ella, por que con la division nos perdemos sin necesidad de enemigos. »

Aquella falange de valientes acogió bien palabras tan animosas, y á una respondieron á Hernando : — « Pues á vos así os parece, dad el remedio como persona que de todo teneis experiencia ; que todos estamos aparejados á ponerlo luego por obra. »

Era necesario perder las vidas ó ganar la fortaleza ; ya no se podia conservar dos dias mas el pueblo por que estaban sumamente fatigados hombres y caballos, y de hora en hora crecia la audacia de los indios con la confianza de tener en su poder aquella posicion dominante. Resolvióse por lo tanto atacarla al dia siguiente con la mas gente de á caballo que estuviese mejor dispuesta. Juan Pizarro pidió para sí la jornada diciendo : — « Por mi consejo se dejaron de poner guardas en la fortaleza, y por mi causa se per-

dió : yo prometí que todas las veces que fuese menester, la ganaria ; y siendo esto así, mal parecera que, estando yo vivo, me saque nadie de la deuda. » — Y obtuvo de Hernando la direccion del arriesgado asalto, pero bajo la condicion de que no peleara; por cuanto no pudiendo ponerse celada á causa de la herida recibida en la escaramuza de Chinchasuyo, seria gran locura exponer su cabeza á una lluvia de pedradas.

Entretanto el enemigo pensaba dar el último asalto ; por descuido de los encargados de defenderle, se apoderó de un fortin que se había hecho para reparo de la plaza; mas la infantería lo desalojó de aquella posicion sin mucha dificultad. Para cerrar la salida al campo, habian levantado los sitiadores una albarrada muy fuerte, que defendia la guarnicion de Chinchasuyo, en número de veinte mil hombres. Como era tan difícil de tomar y se hallaba junto al pueblo, fueron á atacarla todos los Españoles, y no obstante una vigorosa resistencia lograron ganarla, pasando adelante Juan con cincuenta caballos, y volviéndose los demas al Cuzco. Los imprevisores indios perdieron esta ocasion de acometer la ciudad sin defensores, permaneciendo en la inaccion casi todos los cuarteles por ser todavía de mañana, y exclamando los mas, á grandes voces : — « Ya aquellos cristianos que tienen los caballos buenos, se van huyendo, y estos que quedan, son los dolientes ; dejémoslos alejar, y los matarémos á todos. »

Juan Pizarro siguió el camino de Lima hasta alejarse una legua, por que eran tantos los fosos y reparos que, por las cercanías de la ciudad, habian hecho los indios, que no era posible allegarse á la fortaleza sin un largo rodeo. Luego volvió por las lomas de la derecha, y, escaramuzando con los enemigos, llegó á ponerse delante de la plaza. De los defensores unos se metieron dentro y otros se pasaron á lugares mas fuertes; quedó así libre la comunicacion con el Cuzco; y Hernando Pizarro envió para el asalto á toda la infantería y á los indios auxiliares. Poca era sin embargo toda la fuerza para atacar á tantos miles de guerreros y tan bien parapetados. Aguardóse por esta consideracion la llegada de la noche en que estarian mas descuidados; y se aparentó con mucho disimulo que solo se pensaba en descansar de las fatigas de aquel dia.

Durmióse la guarnicion, sin dejar centinelas, ni ninguna otra precaucion militar. Los Españoles acometieron de tropel, y tomadas sin oposicion las primeras puertas, llegaron hasta la mas interior que, ya despiertos, los de la fortaleza defendian con una granizada de flechas, piedras y dardos. Fué necesario abrir brecha en el último muro, pero millares de guerreros resistian con tal valor, que los de Gonzalo principiaron á desmayar. Juan se arrojó al terraplen, arrastrando á los que retrocedian, con la voz y con el ejemplo; del impetuoso ataque ahuyentó á los contrarios y los puso en tanta confusion, que

cayeron unos sobre otros, y con sus cuerpos cegaron un profundo foso abierto, en aquellos dias, por sus mismas manos; pero en el instante de su triunfo, una piedra arrojada de lo alto le rompió la cabeza que la celada no protegia, y dió con él sin ningun sentido en el suelo. Su caida quebró el brio de sus compañeros, Gonzalo se sostuvo con gran pena, y Hernando hubo de subir, para ordenar la suspension del combate, y mirar bien á la mañana siguiente por donde seria mejor emprenderlo.

Dos de las torres resistieron poco. La otra era defendida con gran denuedo. Llamados por sus defensores acudian los principales capitanes á desalojar á los Cristianos; el Inca envió de refuerzo cinco mil hombres, gente muy lucida; Gonzalo al frente de la caballería hacia prodigios; Hernando desplegaba una maravillosa actividad socorriendo, con tropa de refresco, las partes flacas y animando, con su valor, á los otros; todo lo mejor de los sitiadores, y toda su atencion se tornaron de la ciudad á la fortaleza; y tan mezclados se hallaban los combatientes, tal era la furia con que se disputaban aquellos terraplenes, que no parecia sino que todo el mundo estaba allí revuelto. Mas, los Españoles, luego que hubieron acabado las escalas necesarias para asaltar las torres, tentaron un esfuerzo supremo; el Villac-Umu que animaba á los defensores, perdió la esperanza de sostenerse, y se dejo caer hácia la parte del rio, siendo

protegido en su fuga por la escabrosidad del terreno. Otro jefe iba á dejar mejor puesto el honor de las armas imperiales.

Cahuide, guerrero de formas atléticas, y aun mas fuerte de alma que de cuerpo había bebido de la chicha presentada por el Inca en vasos de oro; y fiel á su promesa quiso morir ántes que desamparar la torre confiada á su valor. Agotado el inmenso depósito de armas arrojadizas, comenzaban á flaquear los demas defensores; pero él parecia multiplicarse para acudir á todos los puntos atacados: al indio que veia cobarde le derribaba de un golpe de maza, y amenazaba de muerte á cuanto Español subía por las escalas. Herido de dos saetazos no hizo mas demostracion que si no le tocaran. Cuando vió que el enemigo era dueño de la posicion, arrojó á los Cristianos su inútil arma; tomando un puñado de tierra la mordió y se restregó con ella la cara, con indecible congoja; y, por no ver con sus ojos la pérdida de la fortaleza, se precipitó de una altura de cien estados, envuelta la cabeza en su yacolla. Sintiólo mucho Hernando que sabia hacer justicia al heroismo, y había jurado conservarle la vida.

Con la muerte de Cahuide desmayaron los suyos y en número de mil quinientos se entregaron sin mas resistencia á la implacable saña del vencedor. Los Españoles tuvieron muchos heridos, y, á los quince dias, murió Juan Pizarro, despues de haber sufrido horribles dolores con la calma que había arrostrado

el furor de los combates. Su pérdida fué muy sentida, porque era valiente como un Pizarro, experimentado en aquellas guerras, y amado de todos, por la afabilidad de su trato y la bondad de su carácter.

Al ver sobre la fortaleza la bandera enemiga cayó la confianza de los indios, desampararon los puestos avanzados y aun en sus reales no tuvieron pié firme. Era tambien llegada la luna nueva, y se retiraron tres ó cuatro leguas, para hacer al Sol los acostumbrados sacrificios de aves y llamas. En el intervalo, trajó Gonzalo, de Sacsahuana, muchas cargas de maiz, y, los Españoles bien provistos, y con suficiente guarda en la fortaleza, se aprestaron á resistir el segundo cerco que empezó despues de los sacrificios de la luna nueva.

Grandes escaramuzas y mucha carnicería hubo en los veinte dias siguientes, pasados los que la luna nueva dió tregua al ataque de los sitiadores, y Hernando Pizarro quiso sorprender al Inca que, con poca gente, se hallaba en Calca, á poco mas de seis leguas. Manco pudo escapar con los suyos por la inmediata sierra, y Hernando que regresaba al Cuzco con el pesar del golpe frustrado, y con la inquietud de que innumerables huestes venian á toda prisa sobre la ciudad, las halló en efecto asentando sus reales. Ya habian perdido los Indios el supersticioso temor á las armas de los Viracochas, seguian combatiendo aunque las lanzas hubieran atravesado sus pechos, los mas tímidos aguardaban la muerte en el puesto del

honor, los valientes tenian á gloriá el ir á buscarla; no peleaban en desordenada dispersion, sino que habian aprendido de los conquistadores á cerrar las filas, y á combatir en órden; como ya tenian toda experiencia de la guerra, atrevianse á lo que ántes les pareciera imposible. Veinte dias se habian pasado, sin que se debilitase el cerco, cuando Hernando quiso atacar el real donde estaba un capitan muy distinguido con la mayor y mejor parte de la gente. Los indios que le azuzaban con ademanes de escarnio y tocando sus instrumentos de guerra, le opusieron gran resistencia; pero él se los llevó de encuentro y arrebatado en la persecucion, subió con ocho caballos una escabrosa sierra. En la altura volvieron impetuosamente los fugitivos, y, como los Españoles hacian punto de honra el morir con las armas en la mano, se trabó una escaramuza semejante á un juego de cañas. El cielo parecia rasgarse con los gritos de los indios, quienes se venian hasta las colas de los caballos; mas bajando con órden, cargando en las mesetas y favorecido á tiempo por Gonzalo pudo Hernando ganar la llanura, y en ella recobró la caballería su gran superioridad.

Con esta y otras escaramuzas semejantes se logró alzar un segundo sitio; mas despues de algunos dias en que los Españoles trajeron de Sacsahuana bastimentos para un año, se supo que Manco tornaba á reunir grandes fuerzas. En los Charcas y otras provincias

de Collasuyu, se hacía gran reclutamiento y, segun el rumor público, los guerreros de aquella region traian consigo tigres, leones y otras fieras para causar espanto á los cristianos. Como si la ferocidad prevista del enemigo pudiese justificar la suya, mandó Hernando que, en los alcances no se dejase mujer á vida, para que cobrando miedo las que quedasen libres, no vinieran á servir á sus maridos. Hizose asi, y los indios se alejaron por el temor de perder á sus mujeres, y porque ellas por no exponerse á la muerte, ya no les traian provisiones. Otras derrotas parciales quebraron mas el ánimo de los sitiadores, y su espanto fué grande, viendo á doscientos de sus compañeros á los que el vencedor habia dejado con vida, pero despues de cortarles la mano derecha.

Semejantes actos de barbarie y las muertes crueles que los de Manco daban á cuanto Español caía en sus manos, y aun á aquellos de sus propios paisanos, que habian estado al servicio de los extranjeros, mancharon las brillantes hazañas de uno y otro bando. Indio hubo que sin mas armas que su arco y flechas quitó las lanzas á dos Españoles y puso en gran apuro á Gonzalo; obligado á rendirse al Aquiles de los Cristianos le dijo; — « ¡Tu eres mi Inca! » y fué hasta la muerte su digno escudero. Un caballero vió que su caballo caia de un flechazo recibido en el pié, sin que se descubriese de donde disparaban, y hallaron á un indio muerto de una lanzada ; al morir habia hecho el

tiro bajo por faltarle ya las fuerzas. Don Francisco Cañari, yanacona del Marqués, trabó combate singular con un guerrero de fuerzas hercúleas que estaba desafiando á los conquistadores; ambos atletas sostuvieron una lucha á muerte, cerca de una hora, oponiendo lanzas lanza, maza á maza, brazos á brazos; al fin, triunfó el Cañari, y, cortando la cabeza á su rival, volvió al Cuzco cubierto de graves heridas. Entre los Españoles, Pedro Pizarro, el cronista militar, Alonso Mesa, mulato respetado de sus mas bravos compañeros, Tomás Vasquez y algunos otros mas, eclipsaban á los héroes de la caballería. Los naturales disputaban la palma del triunfo tanto en combates generales como en luchas de hombre á hombre; al brio del caballo oponian la ligereza del lazo, á la bala el disparo certero de la honda ó del arco, y á la aguda espada formidables golpes de maza. Aun se dice que aleccionados por algunos Españoles cuya vida habian perdonado con tal objeto, manejaban algunos el caballo con destreza, enristraban la lanza y disparaban los mosquetes dándoles Manco el ejemplo.

Sin embargo, despues de cinco meses de sitio, viendo la incontrastable firmeza de los Cristianos, temió el Inca que se desbandara su tropa, cuyo entusiasmo no estaba sostenido por el pundonor militar, ni por el sentimiento enérgico de la independencia. Ademas principiaba á sentirse el funesto influjo de las privaciones, no estando provistos los almacenes públicos,

y temiendo las mujeres acudir al campamento, con los recursos de cada casa. Sobre todo era necesario no descuidar las labores de la tierra, para que á los estragos de la guerra no sucediera un hambre espantosa. Por todas estas causas, licenció Manco la mayor parte de su tropa, y, con el resto, se retiró á Yucay donde le inspiraba completa seguridad la fortaleza de Ollantaytambo.

Deseoso Hernando de dar un golpe decisivo resolvió atacar al Inca en su formidable posicion, y se dirigió á Yucay con lo mas escogido de su gente, llevando hasta sesenta de caballería, treinta de infantería y muchos yanaconas. Para abrirse paso, hubo de escaramuzar con el enemigo que, en los cinco ó seis vados del *Vilcamayo*, opuso gran resistencia á la caballería y en los sitios fragosos tuvo en poco á la gente de á pié. Una vez en la esplanada, sobre la que está fundado Ollantaytambo, se vieron los cristianos combatidos por tres partes, de la otra orilla del rio por los honderos, de la ladera y del pueblo por los flecheros; el Inca, á caballo y con lanza en mano, animaba á sus guerreros que esperaban á los asaltantes entre el estruendo de los instrumentos militares y con gritos de triunfo. Nadie osaba llegar á la primera muralla sobre la que se alzaban otros diez andenes. Viéndolo Hernando Pizarro, dijo á un anciano que con él estaba : — « Pues los mozos no son para hacer cosa alguna, vamos los viejos à intentar algo ; » — y arre-

metió á las cercas hasta dar en ellas con el pecho del caballo. Tres veces intentó el asalto y tres veces fué rechazado. El Inca ordenó á los suyos que aparentaran huir para atraer á los españoles á los andenes donde no serian señores de los caballos; pero el ardid era demasiado claro, para que pudiera ser engañado el experimentado Hernando, quien mandó que ninguno se moviese. En el instante bajaron los del cerco con tal estruendo que la sierra parecía derrumbarse y en tanto número que no se divisaba en aquel circuito parte alguna que no estuviese cubierta de indios; la escaramuza se sostuvo como nunca, pero entre tanto el rio, sacado de madre, iba inundando las tierras mediante numerosas acequias abiertas de antemano. Al anochecer emprendieron los españoles la retirada en la que algunos se comenzaron á desmandar para adelante mas de lo que era menester y lograron salir del peligroso desfiladero con pérdida de muchos auxiliares y á merced de difíciles cargas. Tuvo Hernando el haber podido salir de allí en tanto como si en otra parte hubiera triunfado de cien mil hombres, — « Porque crea V. M., escribía al Emperador uno de sus compañeros, probablemente bajo la inspiracion del caudillo — que en semejantes casos á donde caballos no pueden pelear, es aquella la gente del mundo mas ejecutiva. »

Creyendo que por el descalabro sufrido en Ollantaytambo serian los cristianos mas fáciles de vencer

vinieron otra vez los de Manco sobre el Cuzco y se renovaron las escaramuzas; mas por la sangrienta venganza que los de la ciudad tomaban con las mujeres, los sitiadores no venian tan preparados como ántes para sostener el cerco y en acabándoseles las pocas provisiones que traian, luego regresaban á sus hogares, y aunque intentaban otras acometidas, huian de ligero. En una de estas dispersiones se dejaron muchos líos dentro de los que se hallaron seis cabezas de españoles, muchas cartas rasgadas, entre ellas una casi entera en que la Emperatriz hacia saber á las Indias la entrada de Cárlos V en Tunez y otras cartas particulares en que se hablaba de los socorros enviados por el Marques á sus hermanos. Algunos indios á quienes se quiso arrancar la verdad con el tormento, dijeron que mucha gente enviada de Lima en socorro del Cuzco habia sido muerta en el camino; que el Gobernador con el resto de los suyos habia dejado la tierra, y que el Inca tenia en su poder doscientas cabezas de cristianos y ciento cincuenta cueros de caballos. La idea de hallarse desemparados desalentaba á los compañeros de Hernando, pero él los consoló manifestando que las noticias de los indios no se habian de tener por ciertas; que si en efecto se habia embarcado su hermano, mayor seria la gloria de ellos en sostener por si solos aquellas provincias hasta recibir socorros de España; que de los muertos no les debia pesar, pues murieron en servicio de Dios y en

defensa del Rey, y que tomando los bastimentos de la comarca y haciendo sementeras, pensaba con la ayuda de Dios defender la ciudad por seis años.

Para llevar á cabo esta resolucion quiso Hernando hacer grandes provisiones y envió para recoger los ganados y maiz de la provincia de Canchis á Gabriel de Rojas con los sesenta mejores caballos, toda la infantería y los mas de los yanaconas. No perdió el Inca tan favorable ocasion de acabar con los cristianos. Cuatro mil guerreros escogidos se encargaron de impedir la vuelta de los expedicionarios, cortando el camino del Cuzco con grandes zanjas y albarradas. Otros cuerpos numerosos se aprestaban para atacar la ciudad. Pasados diez y ocho dias sin tener noticia de los suyos, destacó Hernando diez y ocho caballos á las órdenes de su hermano para espiar la residencia de Manco; pero ya venian los cuerpos destinados á renovar el cerco, Gonzalo que habia dividido su escolta en dos mitades, se hallaba cortado, y sin la retirada pronta de entrambas que fué favorecida por la salida de ocho caballos únicos que en estado de combatir quedaban dentro del pueblo, aquel dia habrian obtenido los indios un triunfo decisivo. A la mañana siguiente cargaron los veinte y seis caballos sobre los sitiadores con resolucion desesperada, los dispersaron completamente, y habiendo cortado las manos derechas á los prisioneros en cruel represalia de los españoles inmolados barbaramente, difundieron tal

espanto que Gabriel de Rojas pudo entrar sin combate con muchos miles de llamas y cargas de maiz.

En adelante todas las lunas nuevas se renovaban los ataques de los indios y cuando ellos alzaban el cerco, los Españoles iban á buscarlos, de modo que en todo un año apénas hubo un dia de descanso.

CAPITULO III

LUCHA CON EL MARQUES.

Desde el principio de la guerra había participado Hernando á su hermano el levantamiento de Manco y con su acostumbrada actividad había dispuesto el Marques reforzar el Cuzco y establecer destacamentos en Jauja y Vilcas para tener las comunicaciones expeditas. Aun pretendió conservar sometidos á los indios dando la borla á otro hijo de Huaina Capac. No conocia toda la extension de aquel movimiento. Los curacas se levantaban dia por dia, y no cesaban de llegar á Lima noticias de españoles asesinados en sus repartimientos. Titu Yupanqui encargado de dirigir las operaciones en el Norte se acercaba con mas de cuarenta mil hombres. En poco tiempo fueron desbaratadas cuatro partidas que al mando de Diego Pizarro, Mogrovejo, Tapia y Gaeta se habian internado en la sierra con la confianza que hasta entónces ins-

pirara á los invasores la apacible condicion de los pueblos; casi todos los que las componian, habian sucumbido entre las lluvias de piedras, flechas, dardos, y peñascos que con seguridad les lanzaba el enemigo, despues de haberlos dejado entrar en desfiladeros sin salida, en hondas quebradas, ó en un reducido espacio cerrado ya por rios invadeables, ya por cerros inaccesibles. Un quinto destacamento á las órdenes del capitan Godoy supo á tiempo la ruina de los que habian marchado por delante, junto con la proximidad del ejército de Titu Yupanqui, y pudo dar en la ciudad de los reyes la señal de alarma; los indios de la comarca vinieron á quejarse de que la gente de guerra les mataba sus mujeres é hijos, y Pedro de Lerma que era el jefe de mas confianza enviado á explorar el campo vió ya los cerros inmediatos coronados de guerreros que imponian por su osadía, por ser mas de cuarenta mil y por su buen órden.

Pasáronse cinco dias en combates indecisos. Los de la sierra peleaban por escuadrones reemplazando los de refresco á los que estaban mal parados; la caballería los atacaba en la llanura con gran ventaja, y los indios de la costa peleaban bien al amparo de los Españoles. Mas algunos yanaconas se ponian durante el dia al lado de sus compatriotas y por la noche venian á dormir á casa de sus amos. Una hija de Huaina Capac doña Ines Huailas Nusta que tenia dos hijos del Marqués, era solicitada por una tia suya para

que se huyese del enemigo de su raza; la infeliz anciana expió su solicitud en el suplicio del garrote, y los que fueron convencidos de trato doble, lo pagaron tambien con la muerte. Desconfiando por estos castigos el general Inca de entrar á Lima sino á viva fuerza, y no pudiendo sostenerse por mucho tiempo en las cercanías por falta de recursos y por el influjo pernicioso del clima en los soldados de los Andes, determinó empeñar una lucha decisiva.

— « Vamos, dijo á sus capitanes, á matar esos extranjeros, les tomarémos sus mujeres que nos darán una descendencia fuerte para la guerra. Seguidme con la condicion de huir si yo huyo, de morir donde yo muera. »

Mas de cuarenta jefes promitieron morir con su general en la demanda y al frente de los escuadrones venian entrándose por las calles de Lima. Pizarro que habia podido tomar con tiempo sus disposiciones militares, emboscó la caballería á uno y otro lado, y cuanto vió comprometido al enemigo, cargó con tal éxito que al primer choque cayeron Titu Yupanqui y sus mas esforzados capitanes. La tropa sin caudillos se refugió en las alturas de donde todavía difundia temor por su gran número. Mas cuando se pensaba en darle un asalto nocturno, se retiró á las cabeceras, falta de direccion, y poco deseosa de volver á la costa en la que todo le era contrario y donde los españoles recibian continuos refuerzos.

Pizarro una vez convencido de la magnitud del levantamiento no dejo nada por tentar á fin de sostener su conquista. A un cuerpo que habia embarcado para reforzar á Almagro, le hizo volver á tierra; á los gobernadores de la colonia les mandó que trajesen su gente á Lima, y á Panamá, Nicaragua, Guatemala y Méjico, escribió cartas en que encareció los riesgos de su posicion. Al Gobernador de Guatemala le decia: — « Crea, Vd. que, si no somos socorridos, se perderá el Cuzco que es la cosa mas señalada y de mas importancia que se puede descubrir; y luego nos perderémos todos, porque somos pocos, y tenemos pocas armas y los indios estan atrevidos. »

Por estas expresiones han creido algunos que flaqueaba la constancia de Pizarro; pero buena prueba dió entónces de su incontrastable resolucion enviando todos los buques en busca de refuerzos. Como hombre experimentado en la guerra conocia bien, que si á la tranquilidad de los indios para morir en sus puestos venia á unirse la audacia de que iban dando señalados ejemplos, no tardarian en anonadar la reducida hueste de los conquistadores, no obstante la superioridad de estos en armas y en pericia militar.

El conquistador de Chachapoyas acudió solicito al llamamiento de su jefe, contuvo y dió un refuerzo á los de Trujillo que cumpliendo las órdenes del Marques se preparaban á abandonar sus hogares, y con unos ochenta hombres entró á Lima pocos dias des-

pues de haberse retirado los Indios. Tambien llegó á pocos dias el Gobernador de Puerto-Viejo con cien soldados de infantería y cincuenta de á caballo ; y con estos refuerzos pudo formarse una columna de doscientos cincuenta hombres, los cincuenta de caballería. Sin pérdida de tiempo la envió Pizarro al interior para auxiliar á los del Cuzco, si todavía existian. A la cabeza de esta expedicion fué puesto Alonso de Alvarado, mas no perdonó este desaire Pedro de Lerma que esperaba conservar el mando del ejército por haberse batido sin descanso hasta perder los dientes, y por que así se lo habian hecho creer las palabras del Marques.

Los expedicionarios hallaron alguna resistencia á pocas leguas de Lima, cuando principiaban á subir las cabeceras de Pachacamac : pero dejaron tan escarmentado al enemigo que ya no se atrevió á molestarles en los malos pasos de Huarochiri. Tambien sufrieron mucho por la falta de agua; muchos yanaconas murieron de sed, y la columna entera habria perecido de una manera tan terrible, si la caballería no les hubiera traido algun agua de larga distancia.

En el valle de Jauja hizo Alvarado una detencion muy prolongada por la que Hernando le culpó en gran parte de las desgracias que á ambos sobrevinieron ; algunos amigos del heróico defensor del Cuzco murmuraban altamente de la peligrosa tardanza, y Pedro de Lerma ocultando su resentimiento privado bajo el

celo por el interes comun encabezó un requerimiento que estaba cerca de degenerar en motin. Arrestado por esta causa iba á ser remitido preso á Lima; pero el juicio se cortó por la mediacion de algunos amigos que disculparon la demasía de este capitan con su buena intencion. En realidad Alvarado, vista la suerte que habian corrido las expediciones anteriores, y teniendo bastantes motivos para creer que los del Cuzco habian sucumbido, no debia avanzarse con sus escasas fuerzas á los malos pasos de Parcos y Huamanga tan funestos para los conquistadores. El Marques le había tambien mandado, que no se moviese del valle hasta recibir nuevas órdenes, y la comunicacion con Lima estuvo por muchas semanas interceptada por el enemigo. Al fin se recibió en Jauja otro destacamento que doblaba los fuerzas de la expedicion.

Las súplicas de Pizarro habian sido acogidas en las demas colonias con el interes que en todas excitaba la conquista del Perú, la mas popular en el Nuevo-Mundo. El licenciado Espinosa había traido á su socio una manga de arcabuceros recien llegados á Santo-Domingo. El conquistador de Méjico le había enviado buques con armas, y soldados, entre ellos á Francisco Carvajal, que debia ser el terror de sus camaradas; y siempre galante le había remitido tambien entre otros muchos obsequios para su persona un rico vestido de marta que en adelante lució el Conquistador del Perú en los dias de gala.

Los quinientos hombres de que, incorporado el último destacamento, constaba su ejército, inspiraban á Alvarado suficiente confianza para avanzarse hasta el Cuzco; y el Marques deseaba con impaciencia salvar á sus hermanos, si todavía era tiempo; pero se perdió mas de otro mes en completar los preparativos de marcha, porque era muy difícil reunir los indios necesarios para la conduccion del bagaje. Al fin se emprendió resueltamente la expedicion; no hubo mas oposicion que la intentada por algunos indios en Rumichaca, la cual fué vencida con vadear el rio, y atacar el puente por uno y otro lado, y se llegó hasta el rio de Abancay á treinta y dos leguas del Cuzco. Deliberábase allí sobre si convendria dividir la fuerza para sorprender á Manco, ó llevarla reunida para evitar un contraste, cuando se supó con sorpresa, y sin que cupiera la menor duda que Almagro despues de una expedicion fecunda en desastres y perdida para su fortuna y su gloria habia entrado en el Cuzco á viva fuerza y tenia presos á los Pizarros. Así la satisfaccion que experimentaban los expedicionarios por su próspera marcha, se tornó en inquietud y amargura, recelando que con la contienda entre los españoles se hiciera imposible la conquista, poco ántes segura en la opinion de todos.

CAPITULO IV

EXPEDICION DE ALMAGRO A CHILE.

Los soldados de Almagro soñaban una region cuajada de oro en la que bajo un caudillo tan generoso, como condescendiente no tardarian en enriquecerse. La opulencia encontrada por muchos de ellos en Méjico y en el Perú les parecia poca cosa en comparacion de la que esperaban. Las ricas vetas que se les anunciaron en Collasuyo, no merecian detener á tanta gente honrada; y noventa mil pesos en oro puro que de los tributos pertenecientes á Chile les presentaron en Tupiza Paulo y el Villac-Umu, fortificaron sus doradas ilusiones. Todo se lo prometia y nada encontraba dificil aquella florida hueste á la que daban la mejor acogida los señores y pueblos del tránsito obedientes á las órdenes del Inca. Aunque marchaban con pocas precauciones militares, formando mas bien pelotones en dispersion que un cuerpo ordenado, im-

ponian mucho, por lo que de sus terribles hechos publicaba la fama, por la impresion que siempre producia la vista de los caballos y por el aparato verdaderamente marcial de sus personas y equipo. Por eso se soportaban en silencio sus duras exacciones, y las crueldades de sus negros y yanaconas. Estos desapiadados instrumentos de la tiranía siempre mas feroces que sus amos, no conocian freno, ni cuando se trataba de buscar provisiones, ni cuando había de acelerarse la conduccion del equipaje por los indios de carga. El jefe no se cuidaba de reprimir los inhumanos excesos, y su gente poco amiga de la disciplina los autorizaba con el ejemplo, cuando no los prescribia por órdenes severas.

La imprevision y la injusticia de los expedicionarios debian recibir pronto el castigo merecido. De cinco Españoles que se adelantaron á Jujui, tres fueron muertos por los naturales que supieron burlar la saña de sus perseguidores. El Villac-Umu huyó ál Cuzco para promover el levantamiento de Manco y en todo el tránsito dejo esparcidos los pensamientos de venganza. Las malas nuevas sobre las penalidades que era necesario sufrir ántes de llegar á Chile, fueron cada dia en aumento y no tardaron en recibir la mas triste confirmacion. Escasearon las provisiones que se habian ido gastando con poco órden; fué necesario atravesar por varios dias salitrales estériles; y al salir de ellos se divisó la cordillera que estaba cerrada con la

nieve. Decian los guias que habia mucha mas de la que aparecia, y que era una temeridad trepar en aquella estacion á esas alturas desoladas, por escabrosos y casi ocultos senderos que subian serpeando, por entre precipicios horrendos y torrentes atronadores; pero aquellos hombres de hierro acostumbrados á burlarse del hambre, de los enemigos y de los elementos no vacilaron en seguir su peligrosísima marcha.

Todas las sendas estaban borradas por la nieve que caia á grandes pelotones, soplaba un viento glacial, y el aire mismo por mas sosegado que estubiese, esparcia un frio tan penetrante que bastaba pararse para quedar helado en el acto. Asi murieron casi todos los negros, centenares de indios y muchos caballos. Almagro que se adelantó con unos pocos, despues de tres dias de indecibles fatigas, bajó al valle de Copiapo que le brindaba con calor y recursos. Los que le seguian, habrian sucumbido en su mayor parte, si no se les enviara algun auxilio, y no se les alentara con la esperanza del alivio próximo. Orgoñez, segundo de Almagro, llegó despues con la retaguardia y no sufrió ménos trabajos. El mismo por haber puesto su mano á la nieve se quemó los dedos viniendo á perder las uñas y á mudar la piel de todos ellos. Dos soldados que con alguna gente de servicio y caballos estaban debajo de un toldo, habiendo sido arrancado este por una ráfaga de viento, quedaron sepultados bajo la

nieve. Juan de Rada que vino al fin con las provisiones reales y un refuerzo considerable, padeció frios ménos intensos por haber mejorado la estacion, y haber acelerado el paso que segun habia enseñado la experiencia, era el mejor remedio.

En aquellas alturas nevadas, donde los Españoles conocieron por primera vez los intensos frios de la extremidad meridional de la América, el aire sutil hacía caer á los hombres muertos ántes que sintieran el mas leve soplo; despues de muchos meses se conservaban los cadáveres tan frescos como á la hora de haber muerto; algunos fueron encontrados de pié junto á los peñascos y teniendo en las manos las riendas de su incorrupto caballo. Tambien se encontró un muchacho que, asilado en una choza, salia de allí á cortar las carnes de un caballo de que se alimentaba. Sus compañeros que habian prolongado la vida de la misma manera, perecieron uno tras otro; y él dijo, que queria seguir la suerte de los demas, por que no se hallaba dispuesto para ir á ninguna otra parte, ni para gustar de nada.

En Copiapo restableció Almagro á un jóven curaca en el señorío de su padre que un pariente suyo le tenía usurpado; y en Coquimbo para escarmentar á los Indios que habian asesinado á tres Españoles y solemnizado el hecho con sacrificios y festines, hizo quemar vivos á trenta de los principales: crueldad que sus mismos soldados reprobaron, no obstante de que se la

hacia aparecer como una terrible necesidad de la conquista y de que con semejante escarmiento los naturales no osaron ya matar á ningun blanco, por mas extraviado que le hallaran. Mas el primer aspecto de Chile pareció confirmar los malos informes dados por los señores del Collao. No se veian allí ciudades que deslumbraran con su opulencia, ni los metales preciosos que abundan en aquellas minas, estaban amontonados como en los templos y palacios del imperio. Gomez Alvarado enviado à descubrir las regiones doradas del mediodía, no halló hasta *el Maule* nada que lisongeara la imprevisora, cuanto impaciente ambicion de los aventureros. Y sin embargo habian descubierto un amenisimo país, que en sus estaciones y suelo recuerda las mas bellas regiones de la Península.

Es Chile una tierra montuosa, cortada por valles, con vastísimas llanuras al Este, el Gran Oceano por el Occidente, y que vá á terminar la América en el estrecho de Magallanes: tierra abundante en producciones vegetales, en riqueza mineral y en hombres valientes, tierra donde el carácter español conservará su temple heróico. Chile unido á las pampas en que la raza española despliega toda la gallardía de su sangre árabe, levantará en la extremidad meridional del Nuevo–Mundo el nombre de *las razas latinas* por otros medios, pero no con ménos gloria que los Norte-Americanos sostienen en la region setentrional el predominio de *la raza saxona.*

Antes de hacer ningun establecimiento en aquella pobre tierra cuyo porvenir no vislumbraba, resolvió Almagro volver al Perú, dejando una conquista en que tantas glorias estaban reservadas al genio de Valdivia y á la inspiracion épica de Ercilla. Sus ambiciosos capitanes que sabian herir el lado mas vulnerable de aquel corazon sobrado blando, le aconsejaban que regresase sin pérdida de tiempo al Perú á gozar en el Cuzco de toda la grandeza y comodidades del imperio de los Incas. Teniendo ya en su poder las provisiones reales, era necesario que tomara posesion de la envidiada metrópoli ántes que los Pizarros se hicieran bastante fuertes para impedírselo. Si se descuidaba, no quedaría á su idolatrado hijo otro título, ni otro bien que el nombre de D. Diego.

Lisonjeado así Almagro en su aspiracion constante por las altas honras y en su ternura de padre cedió con poca reflexion á consejos que le arrastraban á la ruina y á la ignominia. En el regreso al Perú, por no exponerse otra vez á los frios de la cordillera, tomó el largo desierto de Atacama ; y allí agobiados por la fatiga y el calor habrian perecido los suyos de hambre y de sed, si las llamas que morian, no les hubieran servido de alimento, y si en las vivas no se condujeran odres de agua. Por la tendencia de los indios á seguir las banderas de Manco fué necesario tomar medidas severas, y se dió muerte á Felipillo que se había fugado como cómplice en el levantamiento y

que en su última hora confesó sus calumnias contra Atahualpa.

Al entrar en el valle de Arequipa se supo á ciencia cierta que el Cuzco estaba amenazado por el Inca. No desagradó á Almagro aquella oportunidad de cohonestar su abandono de Chile con pretextos honrosos. Podia decir que su venida al Perú no era para arrebatar á sus compañeros de armas la ciudad ganada por su socio, sino para salvarla y salvarles á ellos mismos de enemigos implacables. Recordando su amistad con Manco, creyó que podria atraerlo á la paz con promesas lisonjeras; y ántes de subir á la puna le envió á decir, que si deponía las armas, todo quedaria olvidado, y se le sostendría en sus riquezas y honores.

Ya hacia dos meses que los indios no cesaban de amenazar á los del Cuzco con la llegada del Mariscal: segun ellos venía muy enojado y los había de matar á todos. Hernando que habia hecho poco caso de estas voces, se alarmó mucho, cuando supo que efectivamente Almagro había vuelto de Chile, y se hallaba con quinientos españoles á siete leguas de la ciudad. Para cruzar sus planes y llevarse los honores de la pacificacion envió tambien á Manco un mulato ofreciéndole recibirle de nuevo en su amistad, si se venía al Cuzco.

El Inca tuvo reunidos en Ollantaytambo á los mensajeros de los dos caudillos españoles; consultó con sus nobles, cual seria el mejor partido para llevar ade-

lante su empresa, y como era de esperar, convinieron en que convendría hacer mas profunda la division entre los conquistadores y ganarse desde luego la confianza de Almagro. Conforme á esta resolucion se obligó á los castellanos á que cortaran la mano derecha, ó segun otros dicen, solo un dedo al mensajero de Hernando; se les encargó que asegurasen á su caudillo de la amistad de Manco quien por respeto á él suspendia las hostilidades; y se despidió al mulato regalándole una manta y mostrándole mucho pesar por la cruel mutilacion que había sufrido de mano de los cristianos.

Aunque el ardid estaba poco encubierto para que se dejaran sorprender los conquistadores, ponía de manifiesto una situacion que por sí sola bastaba para lograr el principal intento de Manco. Hernando no pudo ménos de comprender que el Mariscal tan solicito por la alianza con los indios, y tan reservado con los defensores del Cuzco traía proyectos que con su expedicion á Chile se creían olvidados. Salió por lo tanto con la mayor parte de sus fuerzas, incierto de lo que debia recelar, y mucho mas de lo que le estaria mejor en aquellas difíciles circunstancias. Con cuatro de á caballo que destacó para explorar el campo, envió un indio con una carta para el Adelantado concebida en los términos mas corteses : entre otras palabras de mucho comedimiento le decia. — « Que mirase donde entraba, por que los indios que eran gente cautelosa,

le podrian ordenar alguna traicion, donde se viese en mucho peligro. Al mismo tiempo se acercó Hernando al valle de Urcos, donde con la mitad de los recien-venidos se hallaba Juan de Saavedra que entró igualmente en relaciones pacíficas con los del Cuzco. Almagro, había marchado con otros doscientos cincuenta hombres al valle de Yucay en que se proponia avistarse con el Inca. Habiendo caido en su poder los exploradores de Hernando, les hizo mucho agasajo.

Los Indios vieron con tanta sorpresa como desagrado la buena armonía entre los Españoles de uno y otro bando; instaron á los del Mariscal para que mataran á los que habian caido en sus manos; y cuando se convencieron de que los aliados del Inca no pensaban en exterminar á los demas Cristianos, avisaron al Príncipe para que se pusiera en guardia. Manco retenia á su lado al capitan Rui Diaz y á otros mensajeros que habian ido á concertar su entrevista con Almagro, los trataba muy bien para mejor ocultar sus insidiosos proyectos, y aguardaba con impaciencia que su antiguo amigo viniera á entregársele ó al ménos á ser el primer instrumento de sus venganzas. Cuando por el aviso unánime de los suyos quedó tambien convencido de que no debia contar ni con la buena fé, ni con la ciega credulidad de sus pretendidos aliados, se propuso oprimirlos con el ataque súbito de quince mil guerreros. Esperólos Almagro bien prevenido contra semejantes cautelas. Mas despues de un rudo ataque

huyeron los de Manco con poca voluntad de probar otra vez las armas de los conquistadores.

Se había malogrado el levantamiento de Manco. Un año de constantes esfuerzos, y cincuenta mil hombres muertos en el campo de batalla no habian dado otro resultado que la muerte de setecientos Españoles; Cuzco y Lima seguian en poder de los extranjeros; los de Chile regresaban mas esforzados que ántes de la partida; Alvarado seguia su marcha triunfal por la sierra, y amenazaba desde Abancay; de lejanas tierras llegaban sin cesar otros invasores. La nueva dominacion desplegaba de dia en dia fuerzas secretas para sojuzgar el espíritu de los naturales. Por el contrario el imperio había revelado su oculta debilidad; ya no había firmeza en las creencias, ni concierto en las operaciones, ni recursos para una campaña sostenida; á fuerza de heroismo se lograba vender cara la derrota, pero en ninguna parte se alcanzaban triunfos decisivos. El Inca, parte por la fatalidad de los tiempos, parte porque el mismo se había desautorizado con vergonzosas alianzas, carecia ya del poder paternal que debia ejercer sobre sus vasallos; sus principales armas eran las intrigas y la violencia con que ocultan su flaqueza los tiranos; siempre se le veia armado de una espada con que amenazaba á sus parientes mas cercanos, y castigando sin misericordia á los yanaconas que por lo mismo se adherian cada vez mas á los conquistadores. Sin em-

bargo la guerra inminente entre Almagro y los Pizarros permitia esperar que la discordia extranjera cambiaría el espiritu de los pueblos y una vez levantada la opinion creia el animoso Manco que le seria ménos contraria la suerte de las armas.

LIBRO VII

GUERRA ENTRE PIZARRO Y ALMAGRO

CAPITULO I

TRIUNFOS DE ALMAGRO.

Dificilmente podia ser duradera la armonía entre los conquistadores del Perú. Grande era la tierra, é incomparables los tésoros, pero mucho mas allá iban los deseos de los aventureros de los que pocos habian aprendído á moderar sus pasiones. Los recienvenidos miraban siempre con envidia la opulencia de los ya establecidos en el país, y no se creian ménos valientes y por lo tanto ménos dignos de una fortuna adquirida no con trabajos asiduos, sino mediante violentos despojos. Eran poco adictos al gobierno de Pizarro que moderado de suyo, y habiendo conquistado el país con protestas amistosas y alianzas pacificas habia hecho reinar la disciplina durante la campaña, y queria introducir un régimen, tan conforme à la justicia, como permitia la servidumbre de los naturales. Léjos

de la metrópoli, no organizada aun la colonia bastaba semejante disposicion de hombres que nada temian, ni nada respetaban, para que estallase en terribles discordias el descontesto de algunos conquistadores, aun ántes de estar bien asentada la paz con los Indios. Los amigos de revueltas no necesitaban sino un nombre que invocar y un jefe que los acaudillara. Almagro sin cabeza para gobernar reunia las cualidades que dan á los jefes de faccion una popularidad tan peligrosa como efímera. Sus prendas militares lo mismo que sus vicios le hacian simpático á la mayor parte de los soldados; se ensalzaban su intrepidez, su actividad y su experiencia en la guerra; encantaba su franqueza; atraia su prodigalidad; los ambiciosos querian elevarle, contando con que les seria fácil dominar su corazon pronto á ceder á las sugestiones de la amistad; los amantes del desórden reconocian sin dificultad la autoridad de un jefe cuya indulgencia era extremada; el gran numero que procura encubrir sus aspiraciones egoistas con títulos respetables, hallaba en los presuntos derechos del Mariscal, sino un gran principio que sostener, una injusticia que reparar.— Almagro había sido despojado por la perfidia del Marques de las altas honras á que era acreedor por sus generosos esfuerzos en el descubrimiento. Los hermanos de Pizarro que ninguna parte tuvieron en aquellas laboriosas exploraciones, trataban al ilustre anciano con irritante desprecio. Ya que Hernando no

habia podido privarle en la Corte del gobierno que el Rey acordara á su mérito, se le había alejado cautelosamente del Cuzco que ciertamente entraba en la jurisdiccion de la Nueva-Toledo. No se había aprovechado la venida del obispo de Tierrafirme para fijar los límites del gobierno de Pizarro; y con este malicioso descuido y con no entregar á Juan de Rada las provisiones reales sino á la llegada de Hernando al Cuzco, y algunos meses despues que con instancia las había pedido, se mostraba á las claras el inicuo intento de los Pizarros: pretendian sin duda tener al Mariscal bastante empeñado en una conquista lejana, y fortificarse ellos entretanto, á fin de que nunca pudiera entrar en posesion de la envidiable metrópoli de los Incas.

En realidad la ambicion del Marques y su fé dudosa no permitian esperar que de buen grado hiciese justicia á Almagro: poco capaz de apreciaciones científicas y preocupado como la mayor parte de sus camaradas con las largas deviaciones que ofrece la costa del Perú, creyó al principio que su gobierno expiraba mucho ántes del Cuzco; quejóse á Hernando de que no le hubiese alcanzado en la Corte una jurisdiccion mas extensa, y solo se tranquilizó cuando le enteró su hermano de que con las setenta leguas añadidas á la primera concesion la línea divisoria entre Nueva-Castilla y Nueva-Toledo caia á algunas leguas al Sur de la ciudad imperial. Desde entónces teniendo sus de-

rechos por incontestables se preparó á sostenerlos por la fuerza. Almagro ménos perito en la geografía, con la misma ambicion y con mayor vanidad que su socio juzgo tambien sus pretensiones al Cuzco de una justicia evidente ; así se lo hacian entender la pasion siempre ciega, las apariencias engañosas, y el dictámen de personas mas ilustradas, pero igualmente interesadas en que el error prevaleciese. Desaprovechada por los pretendientes la presencia del obispo Berlanga en el Perú, se dificultó sobremanera la solucion pacifica de un asunto en que ninguno buscaba la verdad, sino en cuanto era conforme á sus miras.

Los que recordaban las prétensiones de Almagro ántes de partir para Chile, no podian dudar que intentaba alzarse con el Cuzco, viéndole tan cerca de la ciudad, en tantas inteligencias con los indios y tan recatado con Hernando. La prision de los que fueron á explorar el campo, las huellas de la caballería que habia bajado al valle de Yucay, y la aptitud reservada de los que quedaron en Urcos, hicieron temer un golpe de mano. En su entrevista con Saavedra, dijo Hernando : — « Declaradme vuestra intencion, que yo no querria errar por estar mal informado. » Y aquel capitan le respondió : — « La intencion de D. Diego de Almagro es tomar posesion de esta tierra de la que le hace gobernador Su Majestad. » — Estaba por lo tanto despejada la situacion ; y solo podia pensarse en la manera mas segura de que cada uno

llevase adelante su propósito, Hernando queria conservar la ciudad que le había sido confiada por su hermano, y que con tantos trabajos había defendido de los Indios, y Almagro venia á apoderarse por la fuerza de lo que creía suyo de derecho. Los convenios, los juramentos, el partir de la hostia y los actos judiciales no pesaban mas en aquellos ánimos ambiciosos que los respetos al Rey, à la amistad y al honor.

Las fuerzas de Almagro eran muy superiores á las de Hernando. De Chile venian mas de cuatrocientos cincuenta guerreros tan esforzados como adictos á su jefe; y dentro del Cuzco no había doscientos combatientes y de esos algunos estaban fatigados de la guerra, muchos optaban por el gobierno del pródigo é indulgente Mariscal y no faltaban quienes desearan la ruina de Hernando por serles insoportable su arrogancia y por que les había mortificado en gran manera exigiéndoles el servicio extraordinario para el Emperador. Sin embargo de hallarse tan inferiores á sus rivales, no flaqueó la constancia de los Pizarros: animaban á unos recordándoles que habiéndose mostrado contrarios al Mariscal en las anteriores desavenencias, debian temerlo todo, si él entraba en la ciudad; ponian por delante á los otros los respetos del Marques, los daños que podia inferir el Inca y la necesidad de estar á lo prescrito por el Rey y á la pactado por los socios; prodigaban las promesas y ante todo procuraban ganar tiempo. A Saavedra le solicitó vivamente Hernando

para que cambiase de bandera y hallándole fiel á su jefe, le hubiera atacado de buena voluntad, como algunos le aconsejaban, si no temiera ser el primero en romper las hostilidades.

Vueltos los Pizarros á toda prisa al Cuzco por el recelo de que estando ellos fuera no se entrase el Mariscal, se tranquilizaron algun tanto, viendo llegar sus cuatro exploradores y con ellos Alonso de Aldana y Vasco de Guevara que traian un mensaje amistoso. Almagro se excusaba de haber detenido á los del Cuzco por el deseo de informarse acerca del levantamiento de Manco, daba cuenta de sus relaciones con el Inca y manifestaba que su regreso de Chile había tenido por objeto comprimir la formidable insurreccion y que si bien estaba decidido á tomar posesion de su gobierno no era su ánimo dar ocasion á sediciones ni separarse de la amistad y compañia con su antiguo socio. Hernando habiendo llamado á parte á Aldana, le suplicó que como paisano y amigo le descubriese la verdad, y viendo confirmadas por Aldana las miras pacíficas del Mariscal, exclamó : — « Como tal sea su intencion, suyo sera el homenaje y hará de todos á su voluntad. » — En armonia con estas palabras le invitó á entrar en la ciudad brindándole con su casa y con alojamiento para sus tropas, y dejo que le sacaran bastimentos.

La amistosa contestacion de Hernando y el carácter blando del Mariscal hubieran evitado el rompimiento

inmediato, si no desconfiaran unos de otros, y si algunos de los que salieron al campo, no derramaran la zizaña, encareciendo la mala fé de los Pizarros y los términos injuriosos en que hablaban de Almagro. Fácil á llevarse de chismes y arrebatado en sus procederes el Gobernador de Nueva-Toledo no pensó por lo tanto sino en reunirse con Saavedra y una vez al frente de toda su fuerza, se encaminó á la ciudad, en órden de guerra, con picas levantadas y banderas desplegadas. Del Cuzco salió un Alcalde con dos Regidores á requerirle de parte de S. M. que no alborotase la poblacion y que si traía provisiones reales, las presentase en el Cabildo y se veria, si el Rey le daba la ciudad en gobernacion. Movióle este requerimiento á pactar tregua hasta las doce del siguente dia y por la mañana envió sus provisiones, exigiendo al mismo tiempo que Hernando, por cuanto era parte, no estuviese con los regidores. No querian estos tomar sobre sí la responsabilidad de una resolucion gravísima, ni disgustar á Hernando que les decía cautelosamente « sus mercedes sabrán lo que han de hacer, » ni enemistarse con Almagro que á falta de acuerdo entraria por la fuerza. Por esta causa se limitaron á decir que si era clara la concesion hecha al Gobernador de Nueva-Toledo, en cuanto á las doscientas leguas de jurisdiccion, no sabian, si en aquel gobierno entraba el Cuzco, por que ni decian nada las provisiones reales, ni estaba aun hecha la particion con la Nueva-Castilla, ni eran ellos en-

tendidos acerca de la posicion de los lugares. Pedian tiempo para consultar á algunos pilotos. Si, visto todo, caia la ciudad en los límites de la Nueva-Toledo, estaban prestos á recibir el nuevo gobernador, y desde entónces le daban por recibido. Entre tanto para evitar escándalo debia permanecer el Mariscal en su posicion, y abstenerse Hernando de aumentar las fortificaciones.

Con mucha dificultad se pudo reducir á los de Chile á que convinieran en el armisticio de algunos dias, al cabo de los que se proponian probar que el Cuzco pertenecia al gobierno de Nueva-Toledo. Aun para concertar esta tregua no procedieron de buena fé. Recelaban por su parte, no sin algun fundamento que los Pizarros solo aguardaran la llegada de Alvarado para atacarlos con ventaja. Dolíales estar á la intemperie en un tiempo frio y lluvioso, y á la media noche principiaron á alborotarse, fingiendo que contra lo pactado se rompian los puentes de la ciudad. Hubo algunos mas cuerdos que aconsejaron aguardar el nuevo dia, y si el hecho era cierto, entrarse en la ciudad como vengadores de la fé quebrantada y con el apoyo de sus amigos y de todos los hombres de bien ; mas prevaleció el partido de la violencia y el ciego Mariscal, instrumento mas bien que jefe de los suyos, principió por un asalto nocturno una guerra que debia llevarle al cadalso.

— « ¡ Me han engañado ! » exclamó Almagro

viendo que los puentes no estaban rotos; mas no tuvo resolucion para volver sobre sus pasos. Las centinelas de la ciudad descuidadas con la tregua habian abandonado sus puestos; los que se apercibieron del asalto, no deseaban que tuviese mal éxito; así los invasores pudieron tomar sin resistencia la iglesia, las calles principales, y los mosquetes que estaban á la entrada de la casa de los Pizarros. No por hallarse sorprendidos, y desemparados de casi toda su gente y casi inermes, cedieron los valerosos hermanos. — « Réndios, les gritó Orgoñez, que seréis bien tratados. » — « Yo no me doy á tales soldados, » — respondió Hernando. — « Yo soy capitan general del gobierno de Nueva-Toledo, replicó Orgoñez, y vos no sois mas que teniente del Cuzco por vuestro hermano; y no hay por que entrar en puntillos de honra, sino réndios ó aparejad las manos. »

Sin mas palabras se ponen los Pizarros á defender heróicamente las dos puertas de su habitacion. Sus soldados no llegan á veinte, mas de la mitad estan ya heridos y la adarga de Hernando que sale siempre al frente, queda cubierta de saetas. Orgoñez por obligarlos á que se rindan, manda poner fuego á la casa. Caen dos maderos encendidos, abrasa el aire y sofoca el humo; á las súplicas de sus compañeros para que no prolongue una inútil defensa, solo contesta Hernando: — « Pelead! » — « Señor, le replican, mejor seria que os dieseis á prision que no morir quemado juntamente

con nosotros; y ya que no lo hicieseis por nos, deberiaslo hacer por no ver á morir á vuestro hermano Gonzalo.» — «Esperad, les responde que aun hay tiempo, » — y persevera hasta que le avisan que el aposento se viene abajo; mira arriba y con paso sosegado sale al patio en el instante de desplomarse el techo.

Presos los Pizarros y las personas mas notables de su bando cuidó Almagro de hacer olvidar á los vencidos lo inconsiderado del ataque. Habia prevenido á la tropa que se abstuviese de asesinatos, de robos y de cuanto pudiera mortificar al vecindario. Con la luz del nuevo dia cesaron las infracciones que unos pocos se permitieran. Los presos fueron tratados con decoro, y se tranquilizó á los demas vecinos dando el gobierno de la ciudad á Gabriel de Rojas en quien todos tenian confianza. Luego se hizo concurrir la poblacion á la plaza para solemnizar la publicacion de las provisiones reales. Reunido el cabildo declararon los regidores que el Cuzco entraba en el gobierno de Nueva-Toledo. ¡Tanto poder tiene siempre la victoria para disipar las dudas que preceden al combate!

A la toma del Cuzco siguió de cerca la victoria sobre Alonso de Alvarado. Al principio se pensó en sorprenderle con cartas fingidas y en atraerle á la cuesta del Apurimac, donde era fácil tomar á sus soldados, de uno en uno, ó de dos en dos, segun fueran subiendo. Perdida esta esperanza, se procuró ganarlos

á la causa del Mariscal, lo que no era difícil por el descontento de Lerma y otros jefes. Al mismo tiempo se dirigió al Conquistador de Chachapoyas una comision á cuya frente iban sus parientes Diego y Gomez Alvarado, para proponerle que reconociera al Gobernador de Nueva Toledo en cuya jurisdiccion estaba, ó que se retirara á Nueva-Castilla. Hernando le remitia secretamente otra carta recordándole sus deberes y aconsejándole que retuviera á los comisionados para asegurar la vida de los que tan deslealmente habian sido hechos prisioneros en el Cuzco.

Alvarado recibió cortesmente á los enviados; pero ántes que le leyeran las provisiones, los redujó á prision, sea por que ellos llevaran demasiado léjos propuestas tanto ménos honrosas cuanto que le eran dirigidas por sus parientes cercanos, sea por que con una represalia poco justificable creyera mas fácil obligar á los poseedores del Cuzco á transacciones amigables y equitativas. Almagro sospechando la suerte de sus comisionados de los que en toda una semana no tuvo la menor noticia, se aprestó para conseguir por las armas lo que no podia esperar de las negociaciones. Aconsejábale Orgoñez, que ántes de salir diese la muerte á los Pizarros, y le hacia presente que si Hernando lograba verse libre, se vengaria sin misericordia, ni respeto; mas el Mariscal apacible de suyo prefirió consejos ménos sanguinarios y dejando á los presos bajo buena guardia tomó la direccion de

Abancay al frente de cuatro cientos cuarenta soldados que le inspiraban completa confianza por sus dotes militares y por serle adictos de corazon. Una noticia falsa le hizo regresar en desórden al Cuzco, para impedir que los contrarios se adelantaran, pero desvanecida la alarma, emprendió de nuevo su marcha hasta el puente de Abancay.

El ejército de Alvarado no era inferior al de Almagro y estaba en situacion mas ventajosa, protegido por el rio y por parapetos, de piedras amontonadas sin trabazon, en frente del vado mas importante. Pero la fuerza real distaba mucho de corresponder á las apariencias: con excepcion de los soldados de Chachapoyas, de Garcilaso y otros pocos caballeros no se podia contar con la tropa, ni con los jefes; los mas estaban irresolutos, algunos de inteligencia con el enemigo, y no faltaron quienes publicamente dijeran que aun no estaba declarada la injusticia del Mariscal en aquella guerra y que no se le debia resistir. Estando casi descubierta la traicion de Lerma, se ordenó su prision, pero pudo escaparse y sus cómplices solicitaron vivamente el ataque de su propio campo, prometiendo auxiliar á los de Chile en el momento decisivo.

Peralvarez Holguin, mandado de descubierta con treinta caballos, cayó con la mayor parte de ellos en poder de Almagro y este pequeño reves por el gran influjo que en las contiendas civiles tienen los primeros sucesos, contribuyó tambien á desalentar á

los de Alvarado. El animoso y leal caudillo se preparó sin embargo á defender bien su puesto. Encargó la defensa del puente á Gomez de Tordoya, la del vado principal á Perez de Guevara, la de otro mas distante á Garcilaso, la del real y los presos á una fuerza reducida, y él se reservó cincuenta sobresalientes para acudir á donde el peligro arreciase El Mariscal fatigó y desorientó á sus contrarios, trayéndolo todo revuelto con los miles de indios que bajo la direccion de Paulo Inca ya sostenian la correspondencia con los desleales, ya hacian llegar con sus hondas á la opuesta ribera una lluvia de piedras, en unos puntos amenazaban vadear el rio, y en otros disponian doscientas balsas, como si los de Chile hubieran de atravesarlo embarcados. Todos estos aprestos no tenian mas objeto que el de encubrir el ataque.

En la noche del 12 de julio 1537 fué incesante la gritería de los indios que, para no dejar á los de Alvarado un instante de reposo, se renovaban por cuartos. A la madrugada simuló el Mariscal un ataque sobre el puente y miéntras él llamaba la atencion por aquel lado, Orgoñez se arrojó con la mayor parte de la caballería por el vado principal. No halló allí gran resistencia por que el capitan Velez de Guevara quedó luego fuera de combate y su gente huyó, ó cambió de bandera. Yendo al encuentro de Alvarado que acudió con sus sobresalientes, recibió una furiosa pedrada que le hizo saltar los dientes y arrojar la sangre á

borbotones; pero con feroz energía gritaba : « Aquí me han de enterrar, ó hé de vencer ; » y mandaba á sus soldados que hirieran y mataran sin piedad. Entretanto entendiendo Almagro por algunos tiros que su segundo se hallaba de la otra parte, forzó el descuidado puente. Brilló en esta desigual lucha la luz del nuevo dia y Alvarado viendo el desórden de su campo y á muchos de los suyos en el contrario, quisó hacerse fuerte en una altura vecina, pero prevenido por el activo Orgoñez hubo de darse á prision. Garsilaso se rindió tambien, sabido el éxito de la pelea, y los cuarteles no opusieron resistencia. Tan completa victoria se había conseguido con sola la pérdida de dos soldados que arrebató la corriente y quedando en el campo de batalla seis del bando enemigo.

Orgoñez quiso ensangrentar el fácil triunfo, asesinando á Gomez de Tordoya y á Alonso Alvarado, luego que estuvieron en su poder ; pero se lo estorbó una órden del Mariscal que enemigo de venganzas trató á los prisioneros con toda consideracion, mandó devolver á los vencidos mucha parte del botin y pagó de su propia hacienda las cosas que se echaron de ménos. Con tan benévola conducta se hizó de algunos amigos leales y en los dias de la adversidad inspiró compasion á aquellos enemigos en cuyos ánimos había prevalecido sobre los impulsos de la gratitud la adhesion á Pizarro.

La victoria de Abancay obligó á Almagro á decidirse por una de las opiniones encontradas que se disputan siempre la direccion de las revoluciones. Su segundo Orgoñez que habia militado bajo las órdenes del Mariscal de Borbon y se habia hallado en el saco de Roma, que era poco accesible á la compasion y á la templanza, que veia claro el fin y jamás se detenia en los medios, representaba el partido de las violencias. — Como la lucha con los Pizarros era una lucha á muerte, era en su dictámen necesario matarlos junto con los demas prisioneros de cuenta y caer á marchas forzadas sobre el Marques que, desconcertado con las derrotas del Cuzco y Abancay, no podria resistir el violento empuje de los vencedores. No faltaban razones para probar que la Ciudad de los Reyes caía en los límites de la Nueva-Toledo. El Emperador miraria con indulgencia hechos que ya no tendrian remedio; que en América estas y mayores cosas se habian perdonado á otros caudillos.

El prestigio que daban á Orgoñez su posicion, sus servicios y su carácter enérgico, habia arrastrado á todo el consejo de guerra, y se extendian ya los despachos en armonía con esa política feroz que, si puede retardar la caida de los partidos, la hace siempre mas espantosa y mas grata al género humano. Mas entre los consejeros de Almagro habia otros hombres que respetaban la religion y la justicia, y no querian deshonrar una causa que habian abrazado

con sentimientos de rectitud y moderacion. Los mas decididos defensores de esta opinion eran los hermanos Alvarados quienes hacian honor á su alto nacimiento y á su educacion cortesana con la nobleza de su carácter. Ellos se apresuraron á arrancar de las manos sanguinarias de Orgoñez á los prisioneros de Abancay, reprobaron la expedicion contra el Marques como opuesta á toda razon y á todo sentimiento de honor, y manifestaron que debia respetarse la ciudad de los reyes por haber allí mujeres casadas.

Almagro representaba en su persona las dos opiniones extremas. Irritable y arrebatado acogia fácilmente los consejos violentos; bondadoso y confiado seguia de mejor voluntad las determinaciones moderadas. Respetaba todavía el genio superior de su antiguo socio, temia la indignacion del Rey, y por lo tanto se plegó fácilmente al dictámen de los que aconsejaban el regreso al Cuzco.

Cuando Orgoñez que habia ido á consultar con su jefe la ejecucion del primer acuerdo, vió trastornados sus planes, exclamó; que estaban metidos en un caso de honra, que los hombres honrados no se debian detener ante ninguna consideracion y que la seguridad de todos exigia al ménos el sacrificio de los Pizarros. En otras muchas ocasiones repitió sus consejos sanguinarios de que hacia depender la conservacion de su honor, poco diferente del honor de los salvajes; y como Almagro no tenia principios fijos, ni voluntad

firme, Hernando y Gonzalo tuvieron la sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas, y solo les salvó su ángel de guardia bajo la forma de Diego de Alvarado. Este noble Castellano que los consolaba en su prision, perdió en el juego ochenta mil pesos y, no habiendo querido recibírselos su competidor Hernando, prestó en adelante por gratitud los buenos oficios que no había cesado de sugerirle su generoso carácter.

El Gobernador de Nueva-Toledo quería hacer olvidar su inconsiderada vuelta de Chile y las violencias á que le había arrastrado un primer paso mal dado, llevando á cabo la pacificacion del Perú que no habian podido conseguir sus rivales. Redobló las instancias á Manco para que se viniera al Cuzco al lado de su antiguo amigo. Cuando vió que no podia reducirle á la paz, dió la borla imperial á Paulo para contentar á los indios con este fantasma de imperio. El nuevo Inca quien no ganó mucha popularidad, suplicó á su hermano que regresara á su palacio, y él le cederia de la mejor voluntad los honores regios. El Monarca fugitivo se burlaba de la sencillez de Paulo, recordaba las ignominias de esa Majestad de farsa, y miéntras no llegaran dias mas propicios, multiplicaba los sacrificios á los Dioses para que se ensangrentára la lucha entre los destructores del imperio. Como asilo mas seguro se retiró al valle de Amayabamba, cortó los caminos y fortificó las avenidas. Mas para

tomarlo á toda costa, salió Orgoñez con mas de doscientos hombres.

Los indios que desconfiaban ya de los destinos del imperio, opusieron poca resistencia, y los obstáculos naturales no eran bastantes para detener al impetuoso Orgoñez. Se sobrepuso á las dificultades de los caminos, se apoderó de los lugares fortificados y obligó al Inca á refugiarse en las escabrosidades de la cordillera oriental. El hijo de Huaina Capac sufrió todas las fatigas y angustias de una fuga precipitada; mas de una vez estuvó casi en las manos de sus perseguidores, tuvo que abandonar sus andas; abandonado á su vez por su comitiva se vió solo con una de sus esposas; al trepar sin aliento á cimas nevadas, necesitaba apoyarse en los brazos y casi echarse sobre los hombros de algunos fieles criados de Lucanas y solo por un extravío de los Españoles pudo al fin salvarse.

Mas esta persecucion violenta de que solo desistió Orgoñez por que su jefe le llamaba al Cuzco, no acabó con los defensores del imperio. Manco buscó asilo mas seguro á su humilde corte hácia la parte inferior del Vilcabamba en el valle de Viticos; el Villac Umu mas activo y animoso se dirigió á Condesuyos á sostener las esperanzas de los Cuzqueños, Titu uno de los jefes mas decididos y de mas prestigio organizaba la resistencia de los valerosos Charcas, Illac Tupac sostenia cerca de Lima una agitacion formidable llamando á las armas

á los guerreros de Junin, Conchucos, Canta y Huaurochiri. La discordia de los conquistadores á la vez que esperanzas daba tiempo á los defensores de los Incas, para reparar sus pérdidas, concertar las operaciones y avivar los recuerdos del imperio. Si todavía era posible la resistencia á la invasion que desbordaba sobre la América, los hijos del Sol restablecerian en breve su gloriosa dominacion, atacando en todas partes con fuerzas irresistibles á los españoles que se habrian debilitado, combatiendo entre sí con el furor de las contiendas civiles. La misma causa que les había dado el triunfo, serviria ahora para destruirlos.

CAPITULO II

NEGOCIACIONES.

Pizarro que al frente de unos cuatro cientos cincuenta hombres marchaba en auxilio del Cuzco, recibió en el Huarco el mensaje de Alvarado. Hombre de corazon y de altos designios dolióse sobremanera de las desgracias de sus hermanos y de los nuevos riesgos que corria la naciente colonia. No pudiendo ocultar su turbacion, exclamó : — « Este es el pago que me da Almagro despues de haber perdido á mi hermano que era el mas cumplido caballero de esta tierra, y de haber gastado en la pacificacion cuanto he ganado en toda mi vida, juntamente con los quintos reales; siento los trabajos de mis hermanos; pero me duele mucho mas que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles con tanto deservicio de Dios y del Rey y tanta miseria y desventura, como ellas ocasionan. » — Luego expuso al ejército lo que había acaecido y preguntó á los

principales lo que convendria hacer en tan grave situacion. Los mas de ellos miraron con la debida indignacion las demasías del Mariscal que, hollando todos los respetos, se había apoderado como un salteador nocturno de una ciudad de castellanos y retenia en prision á dos jefes de las prendas de los Pizarros; pero habiendo venido con la resolucion de pacificar el Perú y ajenos á las mezquinas pasiones de los socios, fueron de parecer que, ántes de entrar en sangrienta lucha con sus compatriotas, debian emplearse todos los medios de una transaccion amistosa. Conforme á este dictámen se previno á Alonso de Alvarado que evitase un rompimiento, y fué enviado al Cuzco Ribera el amigo comun de Pizarro y Almagro, quien en los dias mas enojosos del descubrimiento había logrado que, depuestas las armas, ahogasen la naciente discordia en un cordial abrazo.

Entretanto seguia el Marques su marcha por la costa para caer sobre los sediciosos con sus fuerzas unidas á las de Alvarado, si el restablecimiento de la paz se hacia imposible. Mas en el valle de Nasca supo la derrota de Abancay que le obligó á retroceder precipitadamente á la ciudad de los reyes. Era de temer que los vencedores, siguiendo el curso de sus triunfos, en vez de palabras de paz solo estuviesen dispuestos á dirigir intimaciones de guerra. Todavía pensaron algunos que podria arreglarse todo, como en las pasadas alteraciones, con presentarse el Marques en el

campo enemigo y recordar á su camarada sus cordiales relaciones. Pero consejeros mas prudentes fueron de parecer que no convenia poner su vida en tanto riesgo; ántes debia rodearse de una guardia escogida, y miéntras en Lima se hacian todos los aprestos que podrian convenir á los azares de la guerra, lo mas acertado seria negociar en el Cuzco un arreglo, si no cual era de desear, al ménos ganando tiempo y alcanzando la libertad de los Pizarros. Así se acordó: el Marques escogió seis alabarderos y seis arcabuceros de notorio valor y lealtad no dudosa que estuvieran siempre cerca de su persona; los preparativos militares se activaron en la costa, y al campo de Almagro fueron enviados con plenos poderes el licenciado Espinosa, Diego de Fuen Mayor, hermano del presidente de Santo Domingo, el factor Illan Suarez y el licenciado Gama, personas de las mas autorizadas y mas inteligentes de la colonia. Debian examinar las provisiones del Mariscal, señalar los términos de las gobernaciones, miéntras el Rey no proveia otra cosa y procurar ante todo la libertad de los presos. Añaden graves historiadores que con los enviados iba un tal Hernan Gonzalez con un poder secreto para protestar contra lo que ellos acordasen; conducta tan bajamente pérfida no repugna en verdad á la desleal política del perseguidor de Atahualpa; pero ni está bien probada, ni venia muy á sazon para que la demos fácilmente por cosa averiguada.

El primer enviado de Pizarro recibió del Mariscal la irritante respuesta de que los hermanos del Gobernador estaban presos por desobedientes á los reales mandamientos, y que él no pensaba en darles libertad, ni en renovar la amistad antigua, conociendo la poca sinceridad de los Pizarros y sus malas ausensencias. Mas la legacion á cuya cabeza iba Espinosa, tuvo otra acogida. Todavía envanecido Almagro con sus recientes triunfos dijo; que no sabia que concierto pudiese haber, ó que límites ponerse en las gobernaciones, pues la suya llegaba hasta el valle de Lima. Pero cediendo cuatro dias despues á consejos mas moderados, vino en admitir como límite de su jurisdiccion el valle de Huarco, miéntras llegaba el obispo de Panamá para hacer la demarcacion definitiva. Consultado Hernando Pizarro sobre esta particion, respondió que el concierto se hiciese de cualquier manera, como le dejasen en libertad de ir á Castilla á llevar al Rey sus quintos. El experimentado Espinosa que comprendia bien la causa secreta de tan extraordinaria resignacion, le dijo :

— « Si tan pronto consentimiento lo dais solo para salir de la prision, encender la guerra y vengar agravios pasados, mejor será buscar otro expediente y no tratar de esta manera. »

— « Agradezcoos vuestros buenos deseos de concertar una paz estable, replicó Hernando; podeis concluir los negocios, como querais, con tal que

queden salvos los derechos de mi hermano, para que informado el Rey de la verdad provea en justicia. En cuanto á mí, os prometo que no alteraré jamás nada de lo que se concierte, como salga de esta prision. »

Las dificultades para un arreglo amistoso procedian, como sucede de ordinario, del bando que se creia con mayor poder. Los amigos de Almagro que le dirigian á su voluntad, le movieron á romper las negociaciones, en vista de que Pizarro no trataba con llaneza. Con tal fin, cuándo Espinosa volvió á concluir lo convenido, le dijo el Mariscal que — desde Huarco hasta Nasca habia muy corto espacio (mas de sesenta leguas), para fundar una ciudad, y puesto que los términos de los reyes eran muchos, se le concediera hasta Mala.

Despues de haber meditado bien acerca de esta exigencia y puesto de acuerdo con sus compañeros y con Hernando, creyó el licenciado que era llegado el caso de hablar á su socio con toda la franqueza que le permitia la amistad. Letrado de inteligencia clara, con largos años de experiencia en los negocios de Indias y habiendo tomado una parte tan activa en la causa de Balboa, preveia las persecuciones que con sus vergonzosas discordias se estaban atrayendo los conquistadores, y entre otras consideraciones oportunas presentó estas de una fuerza evidente. — Las glorias de los caudillos que por su union durante tantos años habian conquistado á Dios y al Rey tan gran imperio, se eclipsarian, luego que el mundo los

viera arrastrados á sediciones y guerras civiles por una ambicion miserable. Ofendido el Rey por tales desórdenes no tardaria en mandar ministros que pusiesen remedio á la destruccion de pueblos, á las matanzas y al desconcierto en la Religion y en el Gobierno. Conocidas eran la ambicion, la codicia y el orgullo de los que con autoridad real van hacer pesquisas en lejanas tierras. Aun los raros que se sobreponen á esas pasiones, no dejan de perseguir á los conquistadores para adquirir reputacion de justicieros. ¿ Y qué justicia se ha de esperar de letrados que no conocen la profesion de las armas, ni pueden comprender á los hombres de corazon? Como se han olvidado los trabajos y los riesgos, discurren ellos en el sosiego del gabinete, calculando sobre intereses con la mezquindad de publicanos y ajustando las operaciones de la guerra á sus estrechas fórmulas de procedimientos. Un juez de esta especie reduciria á Pizarro y á Almagro á la triste situacion de pesquisados, sujetos al capricho de un letrado apasionado y temiendo por la honra, libertad, hacienda y vida. Entre tanto sucedieran mil desventuras, Dios y el Rey serian mal servidos y la invencible nacion castellana perderia su bien establecido crédito de obediente. ¿ Cúanto mejor estaria concluir una concórdia útil y honrosa para todos y no contender por pocas leguas mas ó ménos, pudiendo extenderse tanto en tierras tan anchas?

A tan poderosas razones contestó Almagro con ligereza pueril : — « Mas valia que esas reflexiones se hubieran hecho á Pizarro, cuya jurisdiccion no llega á la Ciudad de los Reyes ; por mi parte defenderé hasta perder la vida el Cuzco que es mio segun las provisiones reales. » — Como era inútil hablar mas en el negocio, exclamó Espinosa : — « Señor Adelantado, de vuestras palabras colijo lo que dijeron nuestros antiguos castellanos, *el vencido vencido, y el vencedor perdido.* »

Los de Chile activaron la fabricacion des armas y pólvora, se resolvió la campaña contra el Marques, y Orgoñez repitió su cruel parecer tocante á los presos. Pudo sin embargo bastante la influencia del licenciado para que se continuaran los conciertos de paz ; mas por desgracia murió él ántes de que se firmaran los artículos estipulados. Fué en general sentida esta muerte, porque Espinosa tanto, por sus relaciones particulares con los socios, cuanto por su habilidad en las negociaciones podia evitar las hostilidades inminentes; apreciabásele ademas por sus grandes servicios, ya como magistrado, ya por la parte que habia tomado en las principales expediciones ; sin embargo ni entónces se le perdonó, ni se olvidara jamás su inicua sentencia contra el heróico descubridor del mar del Sur.

Almagro tal vez dió algun valor á las palabras de Diego de Fuen-Mayor que traia una provision de su hermano, el Presidente de Santo-Domingo, contra los

fautores de la guerra; se cuenta que despues de haberle oido con mucho desprecio, le hizo volver del camino y le procuró satisfacer de algun modo. Sea por esta consideracion, sea por paliar la invasion, se convino con los comisionados de Pizarro, ante escribano y testigos que en la costa se prosiguiera el concierto, nombrándose por cada parte dos personas de probidad y dos pilotos que declarasen las respectivas jurisdicciones. Luego ahuyentado Manco á las escabrosidades de la cordillera oriental, se determinó la bajada á la costa, para cruzar á tiempo las disposiciones hostiles del Marques y para establecer una colonia que permitiera la llegada de refuerzos de las demas posesiones españolas y comunicaciones sostenidas con la Metrópoli. Tambien en esta ocasion tuvieron los presos la sentencia de muerte suspendida sobre sus cabezas; pero prevaleció el consejo mas humano de que Hernando marchase al lado de la expedicion, rodeado de una escolta de veinte hombres, y de que Gonzalo y Alvarado quedaran en el Cuzco bajo buena custodia. El fiero y previsor Orgoñez dijo entónces á su jefe: — « Un Pizarro jamás olvida una injuria y la que han recibido de vos, es demasiado grande para que os la perdonen. » — Por lo demas los de Chile se avanzaban á las posesiones de sus rivales rebosando orgullo y diciendo con necia jactancia que iban á arrojar al Marques al país de los manglares y que no habian de dejar en el Perú ni una *pizarra*. Apénas

habian entrado en la quebrada de Nasca, cuando sucesos inesperados y una idea mas justa del poder de Pizarro, quebraron los brios de los mas confiados.

Unos veinte dias despues que el ejército de Almagro, salieron del Cuzco libres y llevando consigo otros pocos Españoles, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado. Como sucede de ordinario en las contiendas civiles que no versan sobre principios, sino sobre mezquinos intereses de personas, la decision de los partidos no estaba á cubierto de las seducciones, y los hombres poco delicados cambiaban fácilmente de bandera por conveniencia propia ó por otra causa liviana. Los presos del Cuzco pudieron ganarse á unos treinta soldados y entre ellos al alcaide que ponia las guardias. En la prision habia una ventana tapada con barro y con reja de madera; á falta de instrumento cortante se quemaron los palos con una vela; el centinela comenzó á cantar, y en el sosiego de una noche tenebrosa se quitaron Gonzalo y Alvarado las prisiones y salieron por la ventana sin que lo advirtiesen los contrarios. Reforzados con la gente que los aguardaba en casa de los Pizarros, prendieron al Gobernador Gabriel de Rojas sorprendiéndole en sus habitaciones y con otros de su partido emprendieron la marcha para Lima. Pero Alvarez Holguin que habia hecho *pleito-homenaje* de no ausentarse del Cuzco, se resistió á acompañarles y siendo llevado por la fuerza, regresó desde *el Apurimac* por no faltar

á su palabra de caballero. Los demas siguieron por el camino del Inca hasta Jauja, no atreviéndose á bajar ántes á la costa por temor á Almagro que había tomado la direccion de Aimaraes, Lucanas y Parinocochas. En Huarochiri se vieron muy hostigados de los Indios, y, solo despues de un bien concertado ataque, lograron desembarazar el camino abandonando su bagaje. Todavía Alonso de Alvarado hubiera muerto en un precipicio, si, al caer, no se hubiese asido de un árbol, y no le hubieran levantado de allí con una soga. Mas al fin lograron llegar á Lima sanos y salvos, habiendo tomado pocos dias ántes cuatro cargas de plata que en una posicion fortificada guardaban los Indios de Huarochiri.

Si fué grande la satisfaccion en el campo de Pizarro con la inesperada libertad de sus amigos, no fué poco el desconcierto en el ejército de Almagro. Dolíanse los mas de que la clemencia de su jefe daba fuerzas á sus contrarios y querian que Hernando pagara con su vida la evasion de su hermano. Ya el alférez general le había puesto una daga á los pechos, y sin duda los amotinados, que no podian soportar su altivez, le habrian muerto, á no haberle protegido la poderosa intercesion de Diego de Alvarado.

Continuando siempre los amagos de guerra y las muestras de concertar la paz, quiso Almagro fundar una ciudad que fuese la rival de Lima y distante de ella, solo algunas leguas de costa fáciles de andar en

tres ó cuatro marchas forzadas. Habiendo probado con testigos, los cuales nunca faltan al hombre poderoso y largo en dádivas, que su jurisdiccion llegaba á Mala, cuando no pasara de Lima y aun de Trujillo, eligió, para su colonia, el delicioso valle de Chincha. Exceptuando el del Rimac, es el mayor entre todos los del litoral; goza, como aquel, de un temple suave; ostenta las galas de una primavera perpetua; su suelo es de prodigiosa fertilidad; su aire está purificado por las brisas del mar y por los vientos de la sierra; tiene al frente inestimables tesoros en las islas huaneras que llevan su nombre; y siglos ántes de que el huano fuera apreciado debidamente y aun ántes de la civilizacion de los Incas, alimentó una poblacion numerosa, activa y valiente. La nueva ciudad tomó el nombre de Almagro; pero no habiendo realizado sus destinos, se conserva oscurecida bajo el nombre de Chincha-Vieja.

No obstante los aprestos militares se reanudó la negociacion abierta en el Cuzco. Muchos caballeros solicitaban á los jefes de una y otra parte á una transaccion amistosa, y las sabias reflexiones de Espinosa hablaban siempre en favor de la paz con igual fuerza; pero, en la escandecencia de aquellos espíritus turbulentos, la paz se hacia de dia en dia mas difícil, y los proyectos de transaccion se debian estrellar en la desconfianza creciente y en la incompatibilidad de las pretensiones. Rotos todos los vínculos

que el corazon, el honor, la fé pública, la palabra de caballeros, el respeto al Rey y la Religion hacian mirar entre los Castellanos como mas sagrados, no quedaba ya otro medio de entenderse sino el interes; y, desgraciadamente, aquellos guerreros estaban demasiado ciegos para interesarse en otra cosa que en la satisfaccion de sus pasiones. Cada uno queria á todo trance la posesion del Cuzco y estaba pronto á sostenerla con la fuerza, si los mediadores no le eran favorables. Por esta causa la negociacion no fué sino una serie vergonzoza de indignas precauciones, de violencias, de inconsecuencias y de fraudes.

Almagro que en la costa era el mas dispuesto á negociar, porque veia á su rival con fuerzas superiores, envió á Lima, con otros tres legados, á D. Alfonso Enriquez de Guzman, caballero de alto nacimiento, que nos ha dejado una curiosa relacion de aquella época. Mas Pizarro por evitar una sorpresa y cualquiera comunicacion sospechosa, habia destacado á Mala una partida, con órden de detener á cuantos viniesen de Chincha. Los legados de Almagro, sin respeto á su carácter, fueron presos por aquella avanzada á la que hubieron de entregar su correspondencia y sus caudales. El Gobernador, mejor aconsejado, reprobó este ultraje y ordenó que continuaran su marcha, reteniéndoseles unicamente las cartas particulares, pero no los dejó entrar en la ciudad, y, á una hora de distancia, en el lugar

que entónces llamaban *la acequia*, se dieron los primeros pasos para un arbitraje. Convinóse en que se nombrasen dos árbitros por cada parte, y, para el caso de disentir los cuatro, un quinto, que declararan los límites de las gobernaciones, miéntras el Rey otra cosa no ordenase. Para concluir el negocio se habian de reunir los arbitros en Mala, y durante quince dias no habia de salir Almagro de Chincha, ni Pizarro de Lima. Así se firmó, á 10 de octubre de 1538, en la Ciudad de los Reyes. Almagro, aunque se quejo mucho del ultraje inferido á sus enviados, convino tambien en el arbitraje, mas con la condicion de que se nombrase por único juez árbitro al Comendador de la Merced que era el P. Bobadilla, uno de los comisionados de Pizarro para solicitar la conclusion del negocio y la libertad de su hermano. Tambien de esto se tomó auto á 19 de octubre del mismo año en la ciudad de Almagro.

El arbitraje único del P. Bobadilla fué aceptado á los seis dias por Pizarro con la mejor voluntad porque estaba seguro de los buenos oficios del Religioso como persona sujeta á su influencia. El Mariscal confiaba en la rectitud de un juez que era temeroso de Dios y de muchas letras. — « Si de tal hombre, decia él á su precavido segundo, no se puede esperar justicia, no hay de quien fiar en el mundo ! » — aun mas bien que justicia, esperaba favor, porque el Comendador habia asegurado por su hábito que si le llamaran á

cortar las diferencias, daria á Almagro el Cuzco y toda la tierra intermedia hasta los confines de Mala. Orgoñez repetia sin embargo con mucha razon. — « La verdadera seguridad no está en las convenciones, ni en las concordias, sino en prepararse de manera que el enemigo no pueda ofender ; el P. Bobadilla ha de ser mas aficionado á Pizarro que á vos ; y yo no estoy porque os sometais al juicio arbitrario de un hombre exento, sino al de personas que por el temor de Dios y tambien por el de los hombres miren bien lo que hagan. »

La primera resolucion de Bobadilla hacia honor á su inteligencia y probidad y era la única capaz de cortar el mal de raiz, si de buena fé se hubiera deseado la concordia. Propuso que los enemistados socios tuvieran una entrevista en la que abrazándose y hablándose debian reconocerse los viejos amigos, disipando una conferencia cordial las rencillas que la intriga habia sembrado en abundancia. Mas habia pasado el tiempo de los tiernos abrazos : la desconfianza impedia las efusiones de la amistad, el rencor habia echado raices profundas y la ambicion no daba lugar á las reconciliaciones sinceras. Lástima dá considerar las precauciones propuestas para que dos caudillos, honrados con la confianza del Monarca, no faltasen á los principios de la lealtad que en Castilla acataba el ínfimo vulgo.

Debian comparecer en Mala Pizarro y Almagro

cada uno con doce caballeros, y el Marques había de dejar en rehenes á su hija Francisca, el Mariscal á su hijo Diego. No habiéndose aceptado esta condicion, los Gobernadores y sus caballeros hubieron de jurar y hacer pleito homenaje de que en las vistas no habria engaño, ni se ofenderian los unos á los otros. Mas no obstante estos actos sacrosantos y respetados en España mas que en ninguna otra de las naciones, el ejército del Marques se encaminó á Mala, Gonzalo ocultó entre el espeso cañaveral un destacamento para prender al Mariscal, y Orgoñez movió su tropa hasta Huarco, diciendo á su jefe : — « Señor Adelantado, no me contentan estas vistas, ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo adivino. »

La entrevista entre los dos socios no renovó los abrazos y lágrimas de la iglesia del Cuzco ; Almagro saludó con sombrero en mano y el Marques correspondió llevando su derecha á la celada que traía puesta ; el Comendador que los había llevado á su casa, les quitó las armas, estando algo apartado el uno del otro ; mediaron ásperas recriminaciones y duras réplicas sobre la sorpresa del Cuzco y sobre la derrota de Alvarado. Principiaban á entenderse, cuando Almagro alegó un pretexto pueril para salir de la habitacion, montó á caballo y desapareció con sus amigos á todo galope. Acababa de dirigirle una mirada muy expresiva uno de sus capitanes ; y, segun dicen, al entrar en el aposento del Comendador, le

había prevenido contra la alevosía de Gonzalo un honrado capitan del Marques entonando el cantarcillo:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí.

Aunque el Marques invitó al Mariscal á que volviera, supó este por el enviado, que era Francisco Godoy, el mismo capitan del cantarcillo, como pensaban prenderle para lograr la libertad de Hernando Pizarro; se excusó con que su presencia era innecesaria en Mala, bastando su procurador para todos los actos del arbitraje, y hallando en el camino á Orgoñez se fueron juntos á Chincha.

Frustradas las esperanzas que había tenido en una entrevista amistosa, procedió el P. Bobadilla al exámen de las provisiones reales. La capitulacion de 1529 señalaba á Pizarro doscientas leguas de jurisdiccion que con corta diferencia podia haber desde el pueblo de Santiago hasta Chincha. La provision recabada por Hernando en 1534 extendia su gobierno setenta leguas mas por la costa, de modo que en todo fuesen doscientos setenta contadas en el meridiano. La concesion hecha á Almagro en el mismo año le otorgaba en gobernacion doscientas leguas que debian comenzar donde terminara la jurisdiccion de Pizarro. Como las leguas españolas eran de diez y siete y media al grado, hoy sabemos que el Cuzco entraba en el gobierno del Marques. Entónces lo afirmaron tambien

los pilotos presentados por Pizarro; pero los de Almagro dijeron que del valle de Zangallan (Pisco) en adelante todo lo demas caia en la gobernacion de Nueva-Toledo. En esta contradiccion de los peritos no podia el árbitro hacer una demarcacion definitiva; pero deseando establecer un arreglo provisional se atuvo á lo que arrojaban de sí los hechos legales; así dió una sentencia tal vez propia del ministro de la religion que resuelve un caso de conciencia, pero ajena de un político que procurando templar las pasiones arbitra una transaccion aceptable por todos los partidos.

La sentencia que fué publicada el 15 de noviembre de 1538, decia en sustancia : — « 1° Que se enviase un navío con dos pilotos, un escribano de cada parte y una ó mas personas conocedoras del lugar para tomar en tierra y declarar ante escribano la altura del pueblo de Santiago; 2° Que en el término de treinta dias se devolviese á Pizarro el Cuzco en el que solo habia entrado Almagro á mano armada, sin facultad alguna y contra la órden del Rey; que tambien se entregaran al Marques los quintos reales, y dentro de seis dias se pusieran los presos á disposicion del juez para que en vista del proceso hiciese justicia; 3° Que el Gobernador diera á su socio un navío para que en el pudiera enviar al Rey sus despachos y dar cuenta de su jornada á Chile; 4° Que le permitiria la contratacion con los mercaderes de la Ciudad de los Reyes;

5º Que en el término de quince dias se deshicieran los ejércitos y se enviara la gente á pacificar y poblar tierras; 6º Que el Gobernador de Nueva-Toledo se retirara á Nasca sin pasar de Ica, y el Gobernador de Nueva-Castilla á la Ciudad de los Reyes sin pasar de Limaicasca hasta que llegara la declaracion de los pilotos, ó el Rey no ordenara otra cosa; 7º Que hubiese entre los dos sincera y perpetua paz; y 8º Que avisasen al Rey de su concordia. A todo lo cual se obligaban bajo la pena de privacion de oficios y de doscientos mil castellanos para la real Cámara.

El fallo llenaba los dos principales deseos del Marques, la devolucion del Cuzco y la libertad de su hermano, por lo que lo consintió no solo sin dificultad, sino con elogios. Mas el procurador del Mariscal apeló al Rey, al Consejo de Indias y á quien mas conviniera. Cuando en el campo de Chincha se supo que el Cuzco era devuelto á los Pizarros, hubo un concierto infernal de quejas, imprecaciones y amenazas. Unos decian que Bobadilla era un verdadero demonio; gritaban otros que desde el tiempo de Pilatos no se habia dado sentencia mas inicua; los mas acusaban á su jefe de flaqueza, ignorancia y vejez. — Por su culpa ocuparian los contrarios las mas ricas provincias del Perú, y ellos iban á ser relegados entre los Collas y Charcas, gente rústica que carece hasta de leña para quemar. ¿No les hubiera estado mejor pasar el rio *Maule* y quedarse en las

tierras del estrecho de Magallanes? Allí al ménos nadie les disputaria sus posesiones. — El mismo Almagro olvidado de su dignidad exhalaba su descontento en lamentaciones pueriles. — Le llamaban viejo y tuerto : y¿ quién podia ignorar que sin el teson de ese viejo tuerto la gran empresa del descubrimiento habria sido abandonada por Pizarro? Despues de treinta años empleados en el servicio del Rey, despues de tantos trabajos y dispendios, un Fraile habia venido á engañarle con sus mañas para que se pusiera en sus manos un juicio que solo competia á letrados y por aficion á Pizarro habia dado la sentencia mas inicua. — Solo Orgoñez conservaba sus frios cuanto desapiadados propósitos. — Ya que ántes no se le habia dado crédito, todavía era tiempo de emplear el remedio supremo. — Se cortaria la cabeza á Hernando. — Hecha imposible toda transaccion, se fortificarian en el Cuzco, y si el enemigo intentaba perseguirlos, fácil les seria desbaratarlo en cualquiera de los malos pasos en que abunda la sierra. — Entre gente tan irritada la venganza parecia el mejor de los consejos. A cada instante gritaban á Hernando que se confesara, que iba á morir.

Aunque mas satisfechos, no estaban muy tranquilos los de Pizarro. Puesto que ya se habia declarado la justicia de su causa y eran los mas fuertes, no habia sino llevarse de encuentro á los de Chile, libertar á Hernando y tomar posesion del Cuzco. Pero el Mar-

ques temblaba por la vida de su hermano, y para salvarle estaba dispuesto á hacer toda clase de concesiones. Como el Mariscal deseaba tambien la paz y era bastante confiado para esperar que se le cumplirian los compromisos arrancados por la fuerza cuando le viesen desarmado, volvieron á reanudarse las negociaciones. Al fin de algunos convenios en que las fáciles concesiones, la pronta retractacion y las cautelas de todo género deberian haber abierto los ojos á Almagro, se estipuló conforme á sus deseos: que conservaria la posesion del Cuzco hasta nueva órden del Rey, ó declaracion de un juez nombrado por S. M..

Hernando saldria de la prision bajo la fianza de cincuenta mil castellanos, y obligándose con pleito homenaje y juramento á presentarse en la Corte ántes de seis meses con el proceso que se le había hecho, á no mover question en la colonia al Adelantado, ni á los suyos ni por su persona, ni por su consejo directa ni indirectamente, y á no salir de la gobernacion de su hermano ni por mar, ni por tierra sino junto con el navío en que el Mariscal enviara sus despachos al Rey.

Las precauciones para que Hernando no abusara de su libertad, no se echaban por cierto de ménos en una estipulacion bien poco digna de guerreros que se respetan y dan tanto mayor valor á su simple palabra cuanto mas dispuestos estan á cumplirla. Mas no se dejo sorprender por engañosas promesas Orgoñez á

quien solo se dió parte del concierto, cuando iba á realizarse la soltura de Hernando. — « El que en Castilla no cumplió su palabra, dijo, tampoco la cumplirá en Indias. No pueden existir la amistad, ni la confianza donde reinan el fraude y la malicia. Si ántes juzgaba que eran innecesarias las armas, ahora afirmo que conviene apercibirlas; que nunca faltaron pretextos á los pérfidos para quebrantar sus promesas. » — Luego haciendo ademan de cortarse la cabeza exclamó : — « ¡ Orgoñez, Orgoñez, por la amistad con D. Diego de Almagro te han de cortar esta ! » — Un soldado valeroso gritó : — « Señor Adelantado, hasta ahora no traje pica, pero de aquí en adelante la traeré de dos hierros. » — Todo el campo alborotado decia y escribia en cédulas, motes y otros anónimos que bajo la mal segura paz convenia prepararse á la guerra. Sin embargo Diego Alvarado cuyos consejos, segun Orgoñez, eran muy hermosos pero nada convenientes, otros caballeros igualmente inclinados á la paz y el mismo Almagro habian llevado ya los tratos demasiado léjos para que se pudiese volver atras sin ruina de su crédito y de su causa. El Mariscal fué á visitar al preso para ponerle en libertad y le pidió que se dieran al olvido las pasadas diferencias y de allí en adelante no se recordara sino la antigua amistad. Hernando respondió con afabilidad cortesana que no deseaba otra cosa y prometió bajo juramento y pleito homenaje cumplir lo estipu-

lado. Se le obsequió con un espléndido banquete, los capitanes y demas caballeros le dirigieron palabras de atencion y le salieron á despedir como á una media legua, el hijo de Almagro, los Alvarados, y otros oficiales distinguidos le acompañaron hasta el campo de su hermano. El Marques prodigó á todos las muestras de consideracion y afecto, hizo valiosos regalos al jóven D. Diego y con su cortés despedida les inspiró plena confianza en la concordia duradera.

Por desgracia estipulaciones que no descansaban sobre el interes recíproco de las partes contratantes, y nó estaban apoyadas ni en la opinion, ni en la fuerza, ofrecian pocas garantías de que la paz fuese sincera. Los Pizarros creian tan injustas como poco convenientes las concesiones que les había arrancado el temor de un atentado; y léjos de ver en ellas un lazo que les impidiera tomar las armas, se sentian estimulados á hacer una guerra sin treguas, con el doble fin de recobrar lo suyo y de vengar sus humillaciones.

CAPITULO III

PERSECUCION DE ALMAGRO.

El interes público y las pasiones particulares aconsejaban á los Pizarros no dejar á su rival en posesion pacífica de la Capital del imperio. Con la caprichosa division del Perú en dos gobiernos se dificultaban sobremanera las operaciones militares necesarias para consumar la conquista y se detenia el movimiento de la civilizacion cristiana. Benalcazar que había acrecido su conquista de Quito con la de Popayan, deshonraba la dominacion española con bárbaros excesos y aspiraba á una autoridad independiente de Pizarro. Era por lo tanto de temer que, puestos de acuerdo los compadres del Sur y del Norte, no dejasen al fundador de Lima ni tiempo, ni recursos para promover el adelantamiento de la colonia. Los primeros vecinos del Cuzco desposeidos por el Mariscal clamaban por que se les devolviera la posesion de sus repartimientos, y

los de Lima no querian ser embarazados en el goce de los valles de la costa; los soldados derrotados en Abancay estaban impacientes por lavar su afrenta, y los recienvenidos deseaban tambien la guerra que les había de dar riquezas y gloria. Los Pizarros no necesitaban de tan poderosa excitacion para olvidarse de promesas cuyo recuerdo hacian odioso la ambicion contrariada y el rencor no satisfecho. No se trató por lo tanto sino de buscar pretextos para cohonestar el rompimiento de las hostilidades.

Pocos dias ántes de concertarse la paz había traido de Castilla el capitan Peranzurez, entre otras provisiones reales una en que se mandaba á los gobernadores : — « Que las tierras y provincias que cada uno de ellos hubiese conquistado y pacificado cuando esta provision llegara, las tuviese en gobernacion, no embargante que el otro pretendiese ser en sus límites. » — Apoyado en esta provision, que todos sus capitanes obedecieron besándola y poniéndola sobre sus cabezas, había escrito Pizarro al Adelantado que las órdenes del Rey le obligaban á desistir de las capitulaciones firmadas; por conseguir la libertad de Hernando no había insistido mucho en esta solicitud; pero una vez libre el hermano, recordó á Almagro que no obstante lo estipulado se le debia devolver el Cuzco que era su conquista y su colonia. Como se le replicara que cumpliendo con la voluntad del Monarca debia quedar

cada uno con lo que entónces poseia; manifestó que la provision real no autorizaba los violentos despojos, sino las posesiones pacíficas, y sin mas obstinaciones se aprestó á desalogar á su rival á viva fuerza.

Antes de principiar la campaña convocó el Gobernador sus capitanes y en presencia de ellos pronunció un auto en que para pacificar la tierra que las criminales operaciones del Mariscal habian impedido sosegar desde la rebelion de Manco, se mandaba á Hernando que no saliera del reino bajo la pena de cincuenta mil castellanos; Hernando se resistió á aceptar el encargo alegando la necesidad de llevar al rey sus quintos y servicio extraordinario; mostró mucho disgusto con su hermano y solo obedeció la órden despues que le fué intimada por tres veces. Sin duda quiso con esta aparente repugnancia cubrir su deshonrosa infraccion de los juramentos y pleito homenaje, actos tan respetados por la nobleza castellana; pero la indigna farsa solo podia engañar á sus autores, y la opinion que suele vengarse de los hipócritas, exagerando sus faltas, echó la principal culpa al rencoroso caballero. Decíase que en nombre del honor había exigido la reparacion de sus agravios; segun el testimonio de muchos el Gobernador vacilaba y decia: — « Temo la ira del Rey! » — « ¿ La temia él acaso cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mí en prision? » replicó Hernando. Mas cualquiera que haya sido su participacion en el auto

de su hermano, una vez aceptado el cargo, emprendió las operaciones con su actividad acostumbrada.

Almagro no podia arrostrar el ataque de los Pizarros. Sus tropas eran inferiores en número, habian perdido el brio de la victoria en las lentas negociaciones, y dudaban de la justicia de su causa, tanto como de su propia fuerza. Los capitanes eran de encontrados pareceres, siempre resuelto el partido de Orgoñez por las medidas extremas é inclinados los Alvarados á consejos templados poco provechosos entre aquella gente desaforada. El jefe que debia conciliar todas las opiniones é imponer su voluntad, quebrantado el ánimo por los años y postrado el cuerpo con una dolorosa enfermedad, triste fruto de excesos juveniles, ni sabia como defenderse, ni podia inspirar á los suyos la confianza necesaria. Por el contrario el Marques conservaba en la vejez la pujanza de los años juveniles, y su cabeza fria junto con su experiencia consumada le permitian ver las cosas con mas claridad que sus consejeros. Desde que supo la derrota de Abancay, fué preparando su triunfo : á los soldados de fé dudosa les dijo, que si no querian seguir sus banderas, podian irse con Almagro ; se ganó los indiferentes desacreditando al bando contrario ; no perdió medio alguno de inclinar la opinion en su favor, ni descuidó ningun preparativo militar. Los refuerzos recibidos de las colonias y de la metrópoli le bastaron para formar un ejército lucido al que daban una supe-

rioridad decidida los recien llegados arcabuceros, los cuales eran diestros tiradores y cuyas armas de grueso calibre se cargaban con dos balas unidas entre sí por una cadenilla de hierro. Entre otros jefes de mucho mérito descollaba Pedro de Valdivia que se habia distinguido en la batalla de Ravena y debia eclipsar con su conquista de Chile los hechos militares de los demas caudillos.

La campaña correspondió á la diferente condicion de los beligerantes. Almagro contestó á la declaracion de guerra con inútiles protestas y perdió un tiempo precioso, esperando que el Contador Guzman á quien enviaba para informar al Rey, seria respetado por sus contrarios, por que las órdenes reales lo hacian doblemente inviolable como mensajero y como oficial de la Hacienda. Sus operaciones militares llevaban el sello de la imprevision y de la debilidad : dejando el valle de Zangallan á donde pensó trasladar la colonia de Chincha, estableció sus cuarteles en la inmediata cabecera de Huaitara ; desde allí creia dominar la costa y cerrar la subida á la sierra : si el enemigo se dirigia al Cuzco por la parte del Sur, podia él caer sobre Lima despues de unas pocas marchas forzadas, y, si le atacaban en aquellas alturas, debia contar con una fácil victoria. Los caminos son sumamente escabrosos y muchos los sitios para una defensa sostenida; las avenidas estaban cortadas; en los altos se habian hecho abundantes provisiones de piedras para escar-

mentar á los que intentaran trepar por aquellas agrias pendientes, y los Indios de Paulo esparcidos por todas partes estaban prestos á dar la señal de alarma. Sin embargo la posicion no era buena; podia ser flanqueada con medianos rodeos y tomada con alguna pérdida.

Pizarro que aun durante la negociacion había ido avanzando su ejército, ocupo sin pérdida de tiempo el Huarco, Chincha y el valle de Limaícasca, de donde principió las hostilidades, destacando partidas al valle de Ica y á la cabecera; despues de ligeros encuentros pudo descubrir el plan de Almagro; resolvió atacarle en sus posiciones, y siguiendo el mismo rio de *Limaícasca,* hoy de Pisco, llegó al pié de las alturas que defendia una avanzada de cien hombres. A la medianoche se adelantaron trescientos soldados bajo la direccion de Hernando y de Valdivia; el camino roto y el temor á las galgas les hicieron volver sobre sus pasos; pero firmes en su propósito treparon con indecible fatiga un cerro arenoso en que cuando echaban el pié adelante, se les volvia atras; al oir los vivas á Pizarro que dieron cinco ó seis de ellos en la altura, huyó la avanzada abandonando armas y caballos, y Orgoñez que se hallaba acampado tres leguas mas allá de aquel puesto, avisó á Almagro estacionado en Huaitara con doscientos hombres, que era preciso retirarse en la direccion de Huamanga. Con tan males auspicios se abria la campaña, escogiendo

mal la base de operaciones, teniendo las reducidas fuerzas escalonadas y abandonando cobardemente las posiciones.

Envanecidos los vencedores con su fácil triunfo, marcharon con poco órden en persecucion de los fugitivos ; todo un dia vagaron dispersos por el despoblado, fuera de camino ; mas al siguiente les sirvieron de guia las huellas de Orgoñez, y tras el subieron á la puna donde les cayó una fuerte nevada. Su situacion era de las mas peligrosas : caminaban á la desfilada; doscientos de ellos acamparon á una legua del ejército de Almagro que, reunido todo y echados por delante los bagajes, estaba resuelto á aceptar el combate ; como nuevos los mas en la tierra y saliendo todos de los calores de la costa, sufrian el desfallecimiento profundo y el penosísimo mareo que suele afligir al no acostumbrado al aire frio y ligero de las cordilleras; muchos jefes Almagristas estaban por aprovechar esta ventaja y volver sobre sus perseguidores; pero Orgoñez no confiando bastante en la resolucion de sus soldados que tan cobardemente habian abandonado sus puestos y cuya lealtad no ofrecia seguridad completa, aguardó dos dias á que los contrarios vinieran á atacarle; y despues siguió la retirada hasta Vilcas. En esta ciudad se detuvo mas de un mes tanto para reponerse de la penosa marcha por las punas de Castrovireina y Huamanga, cuanto porque Almagro se agravó hasta el punto de temerse por su vida.

Al saber que los Pizarros podian estar ya mas allá de Lucanas, propusó el regreso á Lima. Esta atrevida resolucion prometia reforzar el ejército con los nuevos aventureros de Europa, adquirir armas de que se tenia mucha necesidad, reconquistar la reputacion perdida y entablar relaciones con la Corte ; pero exigia una decision á toda prueba, rara en los que principian por huir ; por eso prevaleció el dictámen de los que preferian retirarse á la capital de los Incas, donde estaban sus tesoros y sus acostumbradas delicias.

El Marques no pudiendo seguir el alcance de los Almagristas por falta de víveres y tiendas que son tan necesarias en aquellos rígidos despoblados, se bajó al valle de Ica, repusó allí la tropa, confió la direccion de la guerra á Hernando y se volvió á Lima para no interrumpir ni las mejoras de la colonia, ni las relaciones con la Corte. Todavía se dejaron oir algunas voces en favor de la humanidad y de la razon. Hombres autorizados representaron que con aquella guerra se ofendia á Dios, al Rey y á la patria, y se ofrecieron á arreglarlo todo con una transaccion pacífica; pero no hallaron oidos dispuestos á escuchar sus consejos moderados; se habia entrado en el camino de las violencias, y era preciso llevar las cosas al último extremo. — Los Pizarros tenian de su parte la justicia y la fuerza, iban á castigar á algunos sediciosos que se espaban á la venganza mas legítima. Servicios señala-

dos no tardarian en probar su amor á la religion y á la honra nacional; y el rey que no podia dudar de sus leales intenciones, no se creeria olvidado con seiscientos mil pesos de quintos que le remitia Pizarro. Los que pudieran mostrarse quejosos, no disponian de buques, ni de puertos para transmitir su correspondencia.

Hernando siguió por la costa hasta Nasca y de aquí marchó al Cuzco por las provincias de Lucanas, Parinacochas, Aimaraes, y Chumbivilcas; no pudo evitar las fatigas de una campaña en la estacion de las lluvias por entre despoblados, sierras nevadas, y otros terrenos escabrosos; hombre de órden hizo observar la disciplina militar ya en alivio de los naturales, ya para sostener el buen espíritu del ejército; y aunque algunos aficionados á la licencia se le quedaron, el vacío que dejaban, se llenó con los muchos que se pasaron del bando de Almagro. No hubo oposicion en ninguno de los rios, ni desfiladeros; para atravesar el *Apurimac* por Cacha se burló la vigilancia del enemigo; y en una penosísima trasnochada se venció la empinada cuesta, yendo de manos por la mayor parte del camino. Ocurrió un serio disgusto entre Hernando y Alvarado, prudente este en sus planes y amigo aquel de las operaciones rápidas; pero mediaron otros capitanes, y, establecida la concordia entre los jefes, rehecha la tropa, y ansiando todos el combate que les prometia rica prez y amplia satisfaccion de sus agravios, marcharon hasta una legua del Cuzco,

tomando posicion junto á la pampa de Las Salinas.

El ejército de Almagro, aunque llegado al Cuzco pocos dias ántes que el de Hernando, no habia olvidado los cuidados de la guerra; ejercicios diarios acrecentaban la destreza militar; armaduras de plata doblada recordaban por su fuerza las de Milan; la caballería mejoró sus caballos y la gente pareció tan lucida como los soldados de Lombardia; las dádivas que prodigó el Adelantado, sostenian la excitacion de la muchedumbre. Sin embargo faltaban la confianza y el acuerdo sin los que, pocas veces, favorece la suerte de las armas: ya con los enemigos á la vista decia tristemente Almagro si no se podria tratar de paz; la voz imperiosa de su segundo acallaba estas peligrosas muestras de debilidad; pero no podia uniformar las opiniones tocante á la mejor manera de combatir: unos preferian las emboscadas, como si Hernando fuese fácil de sorprender; otros querian fortificar la ciudad y defenderse en las calles. Contra este partido prudente se oponia el recelo que inspiraban muchos desafectos y acobardados: dias ántes por contener la defeccion se había hecho cuartos á un tal Villegas que queria llevarse consigo al Inca Paulo; á otros parciales de Pizarro se les encerró en prision tan estrecha que algunos se asfixiaron; á los cobardes, era preciso, que Gabriel de Rojas los echara al campo y aun así ochenta de ellos se volvieron ántes de empezar el combate.

No tuvo Orgoñez otro partido que escoger una buena posicion en el campo. Muchos preferian las llanuras mas anchas en que su caballería superior conservara todas las ventajas ; pero aquel caudillo eligió la pampa de las Salinas. Por la escabrosidad del terreno era ménos favorable á las maniobras ; pero desde allí se cubria la ciudad del lado en que amenazaba el ataque, se forzaba á combatir á los poco decididos, se tenia para abrigo algunos paredones, y los que vinieran á acometer, se hallaban contrariados por la estrechez de la calzada, por la ciénaga y por el rio de *las Salinas*. Millares de Indios á las órdenes de Paulo cubieron las laderas para disparar armas arrojadizas; la infantería se colocó entre los cerros y el rio, mejorando su posicion con las tapias vecinas; la artillería que era buena, protegió su flanco ; y la caballería ocupó el llano al otro lado de la calzada para tomar á Hernando en medio de aquella angostura. Segun algunas relaciones el bizarro Orgoñez ántes de dejar la ciudad se hincó de rodillas delante del Adelantado diciendo : — « Si esto que voy á hacer, no es en servicio de Dios y con mucha justicia, permita su divina Majestad que yo no salga bien de la batalla, ý si por el contrario que alcanceis la victoria, como todos lo deseamos, pues todo es vuestro. » — Almagro le abrazó con los ojos arrasados de lágrimas, y demasiado débil para sostenerse á caballo, pero deseando que su presencia diera aliento á sus sol-

dados, se hizo llevar en una litera á un recuesto poco distante de las Salinas.

Innumerables grupos de Indios habian acudido de los pueblos cercanos, ávidos de contemplar el nuevo cuanto para ellos grato espectáculo de un combate entre los terribles Viracochas. Tambien salieron á presenciarlo muchas familias del Cuzco, aguardando las mujeres y los hijos de los Españoles con suma inquietud á quien daria la victoria la posesion de aquel emporio. El encono era tan grande, que ambos ejércitos estuvieron toda la noche á distancia en que podian oirse fácilmente, sin que una sola persona moviese palabra de paz.

A la mañana siguiente que era, segun algunos la del 6, y mas probablemente la del 26 de Abril, se puso Hernando sobre las armas una rica sobrevesta de damasco anaranjado y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, porque habia sido avisado que muchos caballeros estaban conjurados para matarle ; oyó misa con todo el ejército con gran devocion y habló á cada uno de sus escuadrones de esta manera : — « Los enemigos esperan en el campo, la batalla tenemos cierta ; bien sé que no hay necesidad de palabras para daros esfuerzo con ellas, como suele hacerse en semejantes tiempos ; ántes, pareciéndome que el demasiado ánimo que en todos he conocido, nos podria dañar, causando, con la mucha codicia de acometer y ser vencedores, descon-

cierto en los escuadrones, pídoos, por merced, templeis con el sufrimiento que es menester, el deseo de la victoria; que nuestra mucha órden cause en los enemigos desórden y poca confianza de vencernos: miren los unos por los otros, de manera que todos nos ayudemos.» — A los de Alvarado dijo, que no rompiesen, sino se veian mal parados. Es de creer que deseaba moderar aquellos ánimos enconados desde la derrota de Abancay.

Principió el combate escaramuzando los Indios de uno y otro partido; pero los de Paulo en mayor número y mejor situados llevaban alguna ventaja y podian ofender mucho el ejército de Hernando por la estrechez de la calzada. Abandonóse por esta causa el camino real y solo se volvió á la pampa estando ya muy cerca del enemigo.

Adelántanse veinte arcabuceros sobresalientes á las órdenes del capitan Castro; toda la infantería les sigue de cerca, dirigida por Gonzalo y Valdivia; la artillería de Almagro que empieza á jugar, se lleva algunos hombres á los primeros tiros; pero los animosos jefes sostienen el órden en todos los escuadrones; y desparramados los arcabuceros por la ciénaga, ó parapetados en el rio disparan tiros certeros que mueven á los de Orgoñez á buscar posicion ménos descubierta en el cerro mas inmediato. El inteligente Valdivia viendo tan poca firmeza da por cierta la victoria; Hernando hace marchar la caballería sin opo-

sicion, y sin que la ciénaga, ni el rio ofrezcan las temidas dificultades. Orgoñez quiere lanzar á la pelea toda su fuerza unida, pero desconcertado con el buen órden de los contrarios y con la tibieza de su gente, olvida la prudencia del capitan para mostrarse valentísimo soldado : ya vuelve contra la infantería, ya va á romper contra los caballos; Gonzalo ataca vigorosamente el flanco que tan inconsiderados movimientos le presentan, é introduce el desórden en los escuadrones de á pié; algunos Almagristas buscan el amparo de los paredones, otros huyen cobardemente y el alférez general comete la villanía de pasarse á los Pizarros.

Perdida la formacion, presienten los de Almagro que no será de ellos la victoria, pero se esfuerzan como buenos á vender cara su derrota. Orgoñez grita en alta voz : — « ¡ Dios poderoso ! sígame quien quiera, yo voy á buscar la muerte y á hacer mi deber ! » — atraviesa á dos soldados enemigos con su lanza y da una estocada mortal á otro que por su mal cantaba victoria; mas herido en la frente de un arcabuzado pierde por algunos momentos el sentido; al esforzarse por que los suyos vuelvan al combate, le matan el caballo de otro tiro de arcabuz, y miéntras logra ponerse en pié, se ve rodeado de enemigos. Obligado á rendirse, pregunta si hay entre ellos algun caballero á quien pueda entregar su espada, y pónela en manos de Fuentes criado de Hernando, que se da

el nombre de caballero y que en teniéndole desarmado le traspasa vilmente con su daga. Mejor fortuna merecian su valor, su lealtad y su marcial franqueza; la Corte reconociendo sus servicios le habia hecho Mariscal de la Nueva-Toledo; pero en los azares de la guerra rara vez escapa un caudillo á la suerte que de él temian sus vencedores.

Pedro de Lerma, despues de inútiles conatos para reunir la caballería, busca á Hernando que siempre al frente de los suyos se deja distinguir por la sobrevesta anaranjado y el penacho blanco. Rudo es el combate de los dos paladines; la lanza de Lerma rompiendo las junturas de la cota de malla con que está cubierto su adversario, le hiere en la ingle y le obliga á arrodillar el caballo; la de Hernando atraviesa el muslo de Lerma; pero en breve los separa el tumulto de los combatientes. Desmontado á poco el capitan de Almagro queda en el campo con diez y siete heridas.

Otros capitanes combaten con igual valor y sin mejor suerte. Puestos los principales fuera de combate, se consuma una derrota que declarada desde el principio por la inferioridad de tropas, armas, táctica y resolucion solo habia podido diferirse cerca de dos horas á fuerza de heroismo. El desventurado Almagro viendo el pronto desconcierto de los suyos, exclamó con amargura: — « Yo creia, caballeros, que habiamos venido á pelear! » — Por escapar á la primera furia del vencedor, corrió en una mula á la fortaleza

de Sacsahuaman; pero fué sacado de allí por los que seguian el alcance de los fugitivos. El capitan Castro que le veía por primera vez, considerando su catadura, le apuntó con el arcabuz y exclamó : — « ¡ Mirad por quien han muerto á tantos caballeros ! » Pero le libertó de aquel golpe Alonso de Alvarado para encerrarle en el mismo edificio en que estuvieron presos los Pizarros.

Los vencedores solo tuvieron unos quince muertos; pero de los vencidos quedaron en el campo de batalla ó murieron de sus heridas mas de ciento veinte. Los generosos esfuerzos que ántes y despues de la victoria hizo Hernando para templar la saña de su gente, no impidieron que algunos derrotados de Abancay mataran á muchos desarmados y rendidos; al capitan Rui Diaz, que un amigo llevaba á las ancas de su caballo, le asesinaron friamente; Pedro de Lerma que retirado del campo casi exánime se hallaba postrado en el lecho de dolor, fué muerto con mayor ferocidad por un tal Samaniego á quien él había castigado en el puente de Abancay por una falta de disciplina. El vil asesino sentándose junto á la cabecera del moribundo le exigió reparacion del antiguo agravio; aplazándolo Lerma para cuando se hubiese restablecido, — « Ahora ha de ser ! » le gritó aquel miserable y le atravesó con su espada; mas por honor de la justicia española, vanagloriándose cinco años despues en Puerto-Viejo por haber satisfecho su honra con seme-

jante crímen, fué condenado á la horca por el Gobernador con aprobacion del pueblo entero.

Otros hombres de mérito fueron inmolados con el furor ä que arrastran las guerras civiles. Las viles venganzas podian satisfacerse á placer; las pasiones personales ocupaban el lugar de los sentimientos patrióticos; el resentimiento era tanto mas profundo cuanto mas estrechos habian sido los ya rotos lazos; la mala fé, la crueldad, la ambicion y la avaricia de que los conquistadores habian hecho víctimas á los naturales, debian volverse contra ellos mismos. La divina Providencia habia escogido sus vicios para los instrumentos de su suplicio; y, devorándose unos á otros, debian seguir de cerca á los mártires de la conquista.

Los Indios que habian saludado la lucha de los Españoles con infernal algazara, se cebaron tambien en en los vencidos, bajando de las alturas á despojar á los muertos y á rematar á los heridos; atrevidos con la impunidad llegaron á saquear el real de los vencedores; no les habria faltado voluntad para romper con ellos, si recientes escarmientos no les hicieran mirar con terror á la hueste de Hernando, y si esta no ofreciera ahora una fuerza seis veces mayor que la que habia defendido el Cuzco contra todo el ejército de Manco. Paulo acudió avergonzado al llamamiento de Hernando; mas disipados sus recelos, se sosegaron los de su bando.

Parecia que Almagro no podria sobrevivir á su derrota, agravada la postracion á que le habian reducido sus dolencias, con el despecho de verse vencido y cargado de cadenas. Pidió á su vencedor que se apiadara de su infortunio y fuera á visitarle. Hízolo así Hernando, aunque en su larga prision no había alcanzado igual gracia, y le prodigó consuelos que honrarian su carácter, aun mucho mas que sus altos hechos de armas, si el trágico fin del Mariscal no inspirara gravísimas dudas sobre las intenciones de su servicial enemigo : mandábale los platos mas delicados de su mesa; le ofreció que, si el Marques no llegaba pronto, el mismo bajo su responsabilidad le sacaria de la prision; le preguntó que si le estaria mejor viajar en silla ó en litera; y le permitió que le visitaran otros amigos. Merced á estos ofrecimientos y atenciones se reánimo el anciano y deshechó sus melancólicos pensamientos. Mas los que conocian el ánimo doblado de Hernando, desconfiaban mucho de tan buenos oficios; algunos lo temian todo de su rencor porque segun ciertas voces habiendo él oido decir dias ántes de la batalla, que el Mariscal ya habria muerto de sus dolencias, había exclamado : — « No me querra Dios, tan mal, que le deje morir ántes de haberlo yo á las manos. » — Había motivos poderosos para creer que la libertad ofrecida á Almagro, solo tenia por objeto desarmar á los amigos poderosos que pudieran tomar la defensa del preso : se seguía un proceso capital que

en pocos dias llenó dos mil páginas en folio. ¡ Tantas eran las acusaciones que sobre un hombre esclavo de la amistad y clemente con sus enemigos iban acumulando el mezquino rencor de los agraviados, la negra ingratitud, la adulacion al vencedor, la vil envidia y todas las pasiones miserables que bullen sobre los caidos, como los gusanos sobre los cadáveres.

El obispo Valverde recien llegado de Castilla instaba en Lima al Marques, por que no dejara la suerte de su socio á merced de sus enconados hermanos; y cuando despues de una marcha rápida llegaron Picado y otros llevando la noticia del triunfo alcanzado en Las Salinas, le aconsejó que segun exigia su deber, se pusiese inmediatamente en marcha y no confiara á terceras personas el dar libertad al Mariscal. Pizarro respondió: — « Asi lo haré, y no es otro mi deseo, sino dejar el reino en paz y volver á la amistad antigua con el Adelantado. » — Luego se puso en camino para el Cuzco, pero en Jauja se detuvo para reducir á la obediencia á los naturales de las provincias vecinas. Allí habiéndosele presentado el jóven Almagro que iba muy inquieto por la vida de su padre, le dispensó la mejor acogida, y le dijo que estuviese tranquilo, porque él no consentiria que le mataran, y le envió á Lima ordenando que fuese tratado como sus hijos.

Entre tanto amigos y enemigos precipitaban en el Cuzco la muerte de Almagro. Hernando habia que-

rido mantener el órden y atraerse á los vencidos con su justicia á la vez que conservaba las simpatías de los vencedores con magnificas promesas. Deseando reparar los desórdenes que no pudo evitar en la entrada del Cuzco, mandó devolver gran parte del botin y se resistió á las exigencias de los que con tenaz empeño pretendian los repartimientos de los Almagristas, como justa retribucion de sus servicios en la campaña. En cambio de estos despojos les ofrecia buenas encomiendas en Arequipa y en Charcas donde debian fundarse pronto otras colonias. Mas, los que se proponen medrar en las contiendas civiles, no se satisfacen fácilmente con la observancia de la justicia, ni con las medidas de órden. El partido de los caidos que no podian resignarse al gobierno de Hernando, se acrecentó con vencedores descontentos: unos y otros echaron de ménos las prodigalidades que á todos alcanzaban bajo la fácil administracion del Mariscal, murmuraron de la prision de un personaje tan eminente y trataron de su libertad.

Por libertarse así de los importunos, como de los que se declaraban sus enemigos, autorizó Hernando algunas expediciones de conquistas que alhagaron mucho á los aventureros mas inquietos; Alonso de Alvarado regresó á Chachapoyas, Mercadillo se dirigió á los Chupachos que habitaban la region oriental de Junin, Pedro de Vergara á los Bracamoros de Jaen y Pedro de Candia se llevó la gente mas bulliciosa.

Una criada contaba maravillas de Ambaya, region escondida entre las montañas del Cuzco ; con lo que, sin otras garantías, se animó Candia á gastar no solo su fortuna que pasaba de ochenta mil pesos, sino otra cantidad igual obtenida á crédito para reunir unos trescientos soldados lucidos y bien armados.

La expedicion de Candia, como que no llevaba direccion ni cabeza, fracasó ante los grandes obstáculos que ofrecen las montañas. Espesuras impenetrables, pedregales, ó espinas que lastimaban los piés, rios cada vez mas hondos, ciénagas anchísimas, tempestades continuas, algunas hordas feroces y escasísima subsistencia, en vez de los tesoros de Ambaya, hicieron perder á Candia la confianza que necesitaba para conservar su prestigio. Su gente mas bien amotinada que conducida par los jefes, salió al Collao, considerando, como un favor señalado del cielo, el haber dado con un camino mas corto que el de la entrada á la montaña, y el no haber perecido ninguno de los expedicionarios.

Entre los compañeros de Candia había algunos soldados de Chile que ántes de entrar á la montaña se entendian con otros del Cuzco para libertar á su amado caudillo; Alonso Mesa de acuerdo con el capitan Villagran se puso á la cabeza de estos conjurados ; persuadió al incauto Candia de que debian marchar al Cuzco para pedir la conquista de Carabaya y de que á fin de ser tenidos en mas les convenia llevar buena provision

de pólvora y armas. El desafuero con que, alzada la bandera por el Rey, se venian sobre aquella ciudad mas de trescientos hombres bien armados, era bastante para despertar la desconfianza de Hernando; pero motivos mas poderosos le obligaron á ponerse en guardia. Algunos de los conjurados escribieron á Diego Alvarado lo que habian proyectado, esperando que les auxiliaria en el momento oportuno; mas este buen amigo de Almagro, por no agravar su situacion procuró disuadirlos; y ellos que temian ser descubiertos, delataron la conspiracion, dándose por servidores de los Pizarros y pidiendo mercedes. Al mismo tiempo D. Alfonso Enriquez avisó á Hernando que doscientos soldados de los que habia en el Cuzco, le habian rogado se pusiese á su cabeza para dar libertad al Mariscal, y que por los caminos habia muchos hombres decididos á soltarle, si se le llevaba preso á Lima. Algunas semanas ántes habian procurado los conspiradores seducir al capitan Castro que era el jefe de la guardia ofreciéndole quince mil duros para él y mil para cada uno de los soldados. El mismo Almagro hizo imprudentes solicitudes á otros capitanes. Se decia tambien que algunos Religiosos de la Merced querian facilitarle la fuga por medio de excavaciones.

Visto por Hernando lo que dentro y fuera del Cuzco se tramaba, activó el proceso y, habiendo reunido á los alcaldes, á los regidores y á los capitanes de su confianza, les manifestó los riesgos de la situacion, su

recelo de cometer alguna sinrazon, por no tener su ánimo bastante tranquilo, la confianza que le inspiraban, como hombres honrados y de buen juicio, y su resolucion de hacer lo que ellos le aconsejaran. Habiéndose él salido para que deliberasen con entera libertad, fueron de parecer que la ejecucion de Almagro era necesaria para tener en paz la tierra; y que el Adelantado merecia por sus delitos notorios la pena capital con la que se evitarian las muchas muertes que eran inminentes. Vuelto Hernando á la Junta hizo presente que, si bien era del mismo dictámen, descargaba su conciencia en ellos, exponiéndose á cualquier riesgo por no apartarse de lo que resolvieran. Como era de temer, se decidió que, mereciendo Almagro la muerte, el menor daño era sentenciarle. Ignoramos, si fué en esta reunion ó fuera de ella donde Gonzalo respondió á los que temian las iras reales: — « Si el Rey no lleva á bien la muerte del Adelantado, buenas lanzas tenemos. »

Aquella noche tuvo Hernando doscientos hombres de guardia; á la mañana siguiente que fué la del 8 de julio de 1538, tomó confesion al reo sobre los delitos siguientes; — haber desamparado la conquista de Chile que tenia por órden de S. M. y del Gobernador de todos aquellos reinos, para venir contra Hernando Pizarro que gobernaba el Cuzco con autoridad legítima; haber preso á este magistrado durante las treguas y paces juradas poniendo fuego á su casa, y

matando violentamente á algunas personas; haber despojado de sus repartimientos á algunos vecinos, solo porque suplicaron que se midiese la tierra para saber, si el Cuzco pertenecia ó no á la jurisdiccion de la Nueva–Toledo; haber consentido que sus amigos causaran mucho daño á Indios que estaban en paz con los Cristianos; haberse confederado con Manco y haberle enseñado á pelear contra los Españoles; haber ordenado á ciertos Indios que persiguieran y mataran Cristianos; haber ido contra el ejército de Alvarado y contra el Gobernador que estaba pacífico en su territorio; haber en fin dado ocasion á otros muchos crímenes de lesa-Majestad que merecen pena capital y confiscacion de bienes. — Todos estos delitos se agravaban por que el Gobernador de la Nueva-Toledo no fué sino una persona particular, miéntras no se determinaban los límites de su gobierno; y caian bajo la jurisdiccion del Gobernador de Nueva–Castilla por haberse cometido en su territorio. Almagro no pudiendo negar los hechos los excusó segun su modo de ver las cosas; y sin mas dilaciones fué condenado al último suplicio por su implacable juez que no estaba dispuesto á correr de nuevo riesgos extremos, porque su enemigo viviera.

Cuando las pasiones políticas ocupan el lugar de la justicia, todo es crímen en los vencidos, falta la clemencia con los que infunden algun temor y los derechos de la victoria se creen suficientes para resolver

sin apelacion que son reos de muerte. Por eso Hernando y sus consejeros sacrificaron sin escrúpulo al ilustre prisionero de guerra que el honor y la gratitud les mandaban respetar, que no estaba sujeto á la autoridad de ellos, y al que no podian ofender sin incurrir en el odio de los hombres de bien y en la indignacion del Emperador. Un Fraile fué á notificarle la sentencia no dándole tiempo sino para que se preparara á morir como cristiano. El anciano que había desafiado cien veces la muerte en la desigual lucha con los hombres y con los elementos, se anonadó al verla venir de manos del verdugo, cuando todavía conservaba esperanzas de una pronta libertad : trastornado y como fuera de sí exclamó, que no podia creerlo ; no quiso confesarse hasta que vino á verle Hernando, y al oir á este asegurar que la sentencia de muerte era cierta, abatido como una flaca mujer, de rodillas y en el tono mas lastimero le dijo : — « Vedme acabado, viejo y gotoso, ved cuán pocos años me quedan de vida y que poco temible soy ; perdonad á mis canas y dejadme en la cárcel para llorar mis pecados. »

— « No sois ni el primero ni el último soldado que ha de acabar así, respondió Hernando ; y pues habeis tenido la gracia de ser cristiano, ordenad vuestra alma y temed á Dios ; si estos reinos pudieran estar en paz con otorgaros la vida, holgará yo de que en la vejez no acabarais con tal muerte. »

— « ¿ Cómo es posible, replicó el anciano, que

querais deshonraros matando á quien tanto bien ha hecho? Considerad mis grandes servicios á S. M., y lo mucho que me debeis vos y vuestros hermanos: yo he sido el primer escalon para que subais al estado en que os hallais; yo no he derramado la sangre de ningun pariente, ni de ningun amigo vuestro, aunque los he tenido en mi poder ¿ Cuántas veces os he perdonado la vida á vos mismo, á pesar de que me aconsejaban que os la quitase? Considerad tambien los muchos caballeros que esperan de mí ser favorecidos. Por amor de Dios no me mateis: enviadme á vuestro hermano, que si de su mano recibo la muerte, la sufriré con paciencia, y si me da la vida, cumplirá, como debe, con un viejo amigo; ó sino enviadme al Rey que me castigará, si he delinquido. »

— « Me es muy extraño, contestó Hernando que un caballero tan valiente como vos tema tanto la muerte. Vuestro destino es inevitable y debeis prepararos á sufrirlo. »

Algo pueden haber exagerado el colorido de este diálogo los testigos de tan lastimosa escena; y por otra parte se debe mirar con alguna indulgencia así la debilidad de un viejo abatido por las dolencias y por el terror, como la dureza de un hombre de guerra que para conservar su puesto cree necesario el suplicio de un jefe de sediciosos; mas no obstante todas las atenuaciones recordamos con profundo disgusto la conducta de entrambos caudillos.

No logró impedirse la ejecucion de Almagro ni por la indignacion de la ciudad que reprobaba á gritos un proceder tan tiránico, ni por las súplicas de muchos caballeros, especialmente de Diego de Alvarado por quien vivia Hernando. Mas recelándose algun alboroto se puso en la plaza un gran cuerpo de guardia, se custodiaron las bocascalles y las casas de los jefes Almagristas y se dispuso que Almagro recibiera la muerte en el interior de la cárcel.

Persuadido ya de que su destino era inevitable, se preparó el viejo guerrero á morir con el valor que había vivido. En uso de sus facultades nombró por su sucesor, en el gobierno de Nueva-Toledo á su hijo, quien durante la menor edad debia estar bajo la tutela de Diego de Alvarado, y dejó al Emperador por heredero de sus bienes, recordando que tenia cuentas pendientes con Pizarro. Recibió los sacramentos con mucha devocion y entregó su cuello al garrote como vil criminal. Su cadáver fué sacado á la plaza con público pregon y luego que se le hubo cortado la cabeza, fué llevado á casa de su amigo Hernan Ponce. A otro dia se le hicieron honras en la iglesia de la Merced á las que asistieron los Pizarros vestidos de negro, con los demas caballeros y capitanes.

El trágico fin de Almagro acallando los odios hizo olvidar así los viciosos arranques de un natural impetuoso que la educacion no había reprimido, como la gran parte que le cabia en aquellas terribles discor-

dias; los Indios mismos con quienes no siempre se mostrara humano, decian que nunca habian recibido de él pesadumbre ni mal tratamiento; el partido que había dominado á la sombra de su autoridad complaciente, invocaba su nombre para vengarse de los vencedores; el mismo Gobierno al que logró interesar con su político legado, se hizo cómplice de los exagerados encomios al muerto para perseguir á los vivos; la historia sin olvidar que la mayor parte de sus faltas fueron hijas de circunstancias fatales y que prestó inapreciables servicios así en el descubrimiente como en la conquista, no puede acordarle grandes elogios ni como capitan, ni como hombre de gobierno.

LIBRO VIII

GOBIERNO DE PIZARRO

CAPITULO I

PROSECUCION DE LA CONQUISTA.

La discordia entre Pizarro y Almagro había sorprendido á los Indios resignándose de mal grado al yugo extranjero por la imposibilidad de sacudirlo. En la sangrienta lucha entre los conquistadores hubo de acrecentarse el odio por cuanto las vejaciones fueron en aumento : todo respeto á la justicia desapareció entre los desórdenes de la guerra; hombres y mujeres eran tomados á viva fuerza y llevados con cadenas para servir de bestias de carga; á los hombres robustos se les hacia batirse por una causa que triunfante ó abatida era siempre la causa de sus tiranos ; los rancheadores saqueaban los pueblos ; los soldados de Almagro nunca conocieron el freno de la disciplina; exasperado Pizarro por el alzamiento de Manco no oia, como en otro tiempo, las quejas de los opri-

midos; así es que en las expediciones de descubrimiento morian los indios á millares sufriendo de lleno todos los trabajos; los soldados que quedaban sueltos, se esparcian por las provincias sometidas, entregándose á la mas espantosa licencia. Por el cambio frecuente de repartimientos que era consiguiente á las alternativas de la guerra, no se sabia quien era el amo y las dudas en la obediencia se pagaban con redoblados padecimientos. Con el odio crecia en los indios el desprecio al gobierno español que no sabia, como el de los Incas, tener en paz á sus propios súbditos.

Aprovechando Manco la disposicion hostil de los suyos y el descanso que le dejaban las querellas de los conquistadores, había reanimado en muchas partes el fuego de la revolucion: el Villac-Umu tenia levantada la gente de Condesuyo; la serranía de Lima seguia el impulso de Illa Tupac; mas al Norte amenazaban los Conchucos siempre aguerridos y confiados en la proteccion de Catequil, cuya venerada imágen llevaban á la guerra; por el lado de la montaña el mismo Inca abandonaba las recónditas selvas para caer ya sobre establecimientos aislados, talando los campos é incendiando las casas, ya sobre los transeuntes á los que mataba despues de haberlos atormentado cruelmente. Mas la fuerza del levantamiento se hallaba concentrada en Collasuyo: allí no habian hecho sino pasar los expedicionarios á Chile dejando

sembrados por do quiera los mas odiosos recuerdos, y Titu, uno de los mejores jefes de Manco organizaba sin oposicion, ejércitos de Collas, Charcas y otros linajes intrépidos cuya constancia aun no habia sido quebrada por las formidables armas de los extranjeros. Sin embargo la insurreccion estaba léjos de presentar la calma, la moderacion y la armonía que distinguen el movimiento irresistible de los pueblos cuando han de reconquistar su independencia. No se habia logrado el concierto en las operaciones; solo se sentian las agitaciones convulsivas de la ciega venganza, las sacudidas desordenadas de una dominacion que se extingue en la anarquía y las destructoras explosiones de viejas discordias: en vez de la Deidad nacional, cuyo apacible culto simbolizaba la union, cada tribu invocaba sus ídolos locales sedientos de sacrificios humanos; la guerra de exterminio no solamente se hacia contra los conquistadores sino contra todos los que de buen ó mal grado le servian, contra los pueblos que se conservaban tranquilos, contra cualquiera que en tiempos pasados habia dado motivos de queja.

Revoluciones de ese carácter se destruyen siempre por sí mismas y no podian resistir por mucho tiempo á la voluntad enérgica de los Pizarros que, muerto Almagro, quedaban señores de todo el imperio. No bien se dió sepultura al Mariscal, cuando reclamaron sus oficiales reales el gobierno de la Nueva-Toledo;

pero Hernando, reprimiendo con la prision sus requerimientos, quitó la ocasion de nuevos alborotos. Cuando algunos dias despues llegó el Marques al Cuzco, Diego Alvarado, con la moderacion y cortesania que le eran naturales, hizo la misma reclamacion al nombre del jóven Almagro; mas el Gobernador del Perú le contestó que el territorio de su mando se extendia por todas partes hasta Flandes: ambiciosa jactancia que expresaba la necesidad mas vital de la colonia cuya pacificacion y progresos se hacian casi imposibles, continuando divididos entre gobernadores rivales, paises tan unidos por sus relaciones naturales, como por los vínculos políticos. Para impedir nuevas divisiones cuidaron los Pizarros de que la Corte no recibiera informes desfavorables que la indujesen á conservar la inconsiderada separacion de Nueva-Castilla y Nueva-Toledo, y dieron el mando de las tropas á jefes de su confianza.

Sin pérdida de tiempo había marchado Hernando en alcanze de los sediciosos de Candia, al frente de una columna respetable y echando la voz de que iba tan armado por temor de los Almagristas. Habiendo llegado á media legua del pueblo que ellos ocupaban, se adelantó con otras veinte personas llevando alcones, como si fueran de caza; de este modo logró que los conspiradores le recibieran sin inquietud y que acudieran sin recelo á tratar de la expedicion de Carabaya; en medio de la conversacion cargó de prisiones

á Mesa, á Villagran y á Candia; Mesa fué ejecutado como jefe de la conjuracion, Villagran, que tambien estaba sentenciado al último suplicio, debió la vida á las súplicas de algunos caballeros, Candia que ignoraba la causa de su persecucion, perdió una autoridad que era superior á su genio, y la expedicion á la montaña fué confiada al capitan Pedro Anzures.

Desembarazado de sus enemigos procuró Hernando pacificar el vasto territorio de Collasuyo. Los Indios de Hatun-Colla facilitaron las primeras operaciones demandando proteccion contra la gente de Capana que los perseguia de muerte por su deferencia con los dominadores del Cuzco; algunas marchas rápidas y la cooperacion de los naturales bastaron para la pronta sumision de la parte occidental del Collao; pero no pudo llegarse al otro lado del *Desaguadero* sin vencer la mas viva resistencia. Estaba deshecho el puente de totora y ocupada la orilla oriental del rio por enjambres de guerreros; Hernando mandó construir embarcaciones aprovechando el ligero palo de balsa que de inmensas distancias habia hecho traer Huaina Capac para entrar al Titicaca en dias de recreo; embarcó en dos balsas de treinta á cuarenta españoles, dejando la caballería con cinco mil auxiliares que no le inspiraban plena confianza; mas el enemigo descargó sobre las balsas tantas flechas y piedras que los remeros hubieron de abandonar su tarea y la furia del agua se llevaba las embar-

caciones rio abajo. Algunos de á caballo se arrojaron al rio para auxiliar á sus camaradas; pero quedaron sepultados en la profunda cuanto engañosa corriente hombres y caballos; solo unos pocos y los de las balsas pudieron volver al campamento muy mal parados. A otro dia habiéndose hecho mayores preparativos se emprendió el paso del *Desaguadero* con mejor éxito: hubo balsas para todos; miéntras los auxiliares llamaban la atencion del enemigo, saltó Hernando de su embarcacion para avanzarse á tierra con el agua hasta el pecho; él y los que tomaron al mismo tiempo la ribera, quebraron el brio de los contrarios; algunas cargas de caballería cubrieron de cadáveres el llano, y cuantos fueron alcanzados en la fuga, fueron muertos sin piedad para vengar la muerte de un español que habian sacrificado á sus ídolos.

La terrible leccion del *Desaguadero* y el buen tratamiento de los que no oponian resistencia, determinaron á los demas Collas á pedir la paz; pero los Charcas que contaban millares de intrépidos guerreros, defendieron valerosamente la entrada de Cochabamba. Los conquistadores estaban reforzados por un cuerpo numeroso á las órdenes de Paulo Inca y por otras muchas tropas que les habian suministrado de buena voluntad los señores del Collao, porque temian ser exterminados por sus vecinos; sin embargo los Charcas favorecidos por la aspereza del terreno

disputaron el paso durante cinco dias. Aunque los invasores lograron posesionarse del fértil valle, habiendo sido llamado Hernando al Cuzco por el Marques, solo pudieron sostenerse con prodigios de valor: encerrados en el pueblo de Cochabamba hubieron de resistir ataques tan porfiados como los del sitio del Cuzco ; las caballerosas proezas de Gonzalo que era el jefe, y la resolucion de sus cinco mil auxiliares no habrian bastado á salvarles, sino recibieran oportunos refuerzos. Hernando que regresó con unos cuarenta y cinco caballos, ahuyentó á los sitiadores; otros cincuenta Españoles que envió el Marques, hicieron conocer á los Charcas que tarde ó temprano habrian de ser sojuzgados; los curacas de Amparaes pidieron la paz; Titu y otros capitanes que veian la dulzura de los conquistadores con los sometidos, se presentaron sin ningun temor, y con este ejemplo se sometieron todas las provincias vecinas.

Algunos Charcas agradecidos á los pequeños obsequios de los españoles les descubrieron opulentas minas de oro y plata: las de Porco fueron las primeras explotadas en aquella region por el minero europeo; la mejor de ellas que se decia ser de Huaina Capac, fué adjudicada al rey, otras muy ricas á Hernando y á Gonzalo; pero no faltaron buenas para ninguno de los expedicionarios que las pidieron. El asiento mineral dió lugar á la fundacion de la villa que se llamó La Plata por su orígen, Chuquisaca por un pue-

blo índico, y Charcas del nombre de los naturales.

Miéntras las minas y establecimientos de los Charcas aseguraban la conquista de Collasuyo, se proseguia activamente la pacificacion en el resto del imperio : el Villac-Umu eludia los esfuerzos de sus perseguidores, protegido por el respeto de los pueblos y buscando asilo en las partes mas escabrosas de Condesuyo ; pero ni podia juntar huestes que inspiraran temor, ni sus tentativas en aquella region podrian prolongarse mas tiempo del que tardara la fundacion de Arequipa en la que el Gobernador pensaba con empeño. Contra el Inca Manco que ocupaba en el camino de Lima las alturas inmediatas al *Pampas*, fué enviado el factor Illan Suarez de Carvajal ; los españoles tomaron posicion en la amena vega de Uripa ; y el factor fué con la mayor parte de su tropa á atacar al Inca por retaguardia, dejando al capitan Villadiego cerca del puente con unos treinta soldados de infantería y con órden de permanecer en su puesto. Villadiego, recien llegado de Castilla, se avanzó imprudentemente al encumbrado peñol en que estaba acampado Manco, por haber tenido noticia de que le encontraria con poca fuerza ; mas apénas había escalado la asperísima pendiente con un sol abrasador, fué atacado por ochenta indios á los que entusiasmaba la presencia de su soberano peleando á caballo, y murió con otros veintitres españoles y con

muchos indios auxiliares. Engreido el Inca con esta victoria aprestaba mayores fuerzas y se prometia triunfos mas importantes; pero enviado Gonzalo en su alcance le obligó á buscar de nuevo el asilo de la montaña y á detener la impetuosa persecucion dirigiendo mensajes de paz.

Aunque Pizarro estaba muy irritado, por cuanto el Inca despues de su victoria había mandado cortar las cabezas á los españoles de Villadiego y mutilar horriblemente á los Indios auxiliares; dió buen oido á las propuestas pacíficas, porque el Emperador ordenaba atraer á Manco con dádivas y promesas. Se creyó que produciría buen efecto la mediacion del obispo Valverde á quien los indios guardaban mucha deferencia; pero siendo público que Valverde saludaba cortesmente al Marques, dijo Manco que él solo se pondria bajo de la proteccion de un jefe que viniera de Castilla, como superior al Gobernador y que no le hiciera la reverencia (mocha). No obstante esta negativa insistió en sus mensajes de paz y accedió á una entrevista con Pizarro, que entre otros obsequios le envió un caballo de regalo y se dirigió á Yucay donde debian hacerse las paces. Mas la gente del Inca dió muerte cruel á los mensajeros del Gobernador y este tomó del bárbaro atentado represalias tan indignas de un hombre de honor, como de un buen cristiano. Tenia prisionera á una de las coyas favoritas, y sin apiadarse de su hermosura, ni de su juventud, ni de su

inocencia la condenó á morir en el mismo sitio donde habian sido muertos los mensajeros. La delicada víctima desnuda y atada á un árbol expiró á flechazos despues de haber sido azotada con varas, sin exhalar ningun quejido, ni dirigir á sus verdugos una súplica. El Inca pudo escapar á la saña de sus enemigos, ya en el espesor de los bosques, ya entre las fragosidades de los Andes, protegido siempre por la lealtad de sus vasallos. El país expuesto hasta entónces á sus terribles incursiones quedó en adelante protegido con la fundacion de la ciudad de San-Juan-de-la-Frontera en el antiguo lugar de Huamanga, de donde á poco fué trasladada á su actual asiento.

Las provincias del Norte se sosegaron sin gran esfuerzo. El curaca Huaman que por afecto al Marques había tomado el nombre de Francisco Pizarro y que siempre fué aliado fiel de Alvarado, conservó la paz en el territorio de Chachapoyas; un español enviado de Trujillo para ponerse al frente de mil quinientos guerreros logró sorprender en su mismo campo á un capitan de Illa Tupac que intentaba levantar aquellas provincias; el mismo Illa Tupac perseguido por Gonzalo y otros jefes de la conquista tuvo que ocultarse entre las fragosidades de los Andes; el movimiento activo de soldados entre el Cuzco y Lima sujetó á los indios de las cabeceras; los de Junin fueron contenidos con la fundacion de Huánuco; los Conchucos se sometieron al fin, habiendo caido en

manos de los españoles el gran sacerdote de Catequil. Cesó de esa suerte el levantamiento de Manco, quedando puesta de manifiesto la impotencia de los Incas y asegurada la conquista con la fundacion de colonias españolas, donde quiera que lo pedian las necesidades de la guerra.

Al mismo tiempo que pacificaba el Perú, reunia Pizarro bajo su gobierno las remotas provincias del imperio. Valdivia que había justificado en la persecucion de Almagro la reputacion traida de Europa, fué encargado de conquistar á Chile donde dificultades de toda especie le permitieron desplegar los recursos de su genio. Lorenzo de Aldana fué à hacerse cargo de las provincias conquistadas por Benalcazar, llevando instrucciones diferentes para proceder segun las circunstancias : hombre sagaz y moderado tomó posesion de Quito sin oposicion alguna, y en Popayan de donde había salido Benalcazar para Castilla, fué recibido como enviado del cielo. Sin sus socorros hubieran perecido los españoles allí establecidos porque los naturales deseosos de exterminarlos por el hambre, ya que no habian podido conseguirlo con las armas, habian abandonado el cultivo de la tierra : faltando todo alimento, indios perecian desfallecidos por los caminos y las calles, otros devoraban á los que lograban sorprender en los campos ó en los pueblos; los muertos de hambre pasaron de cien mil, y de cincuenta mil los devorados por los hambrientos.

CAPITULO II

EXPEDICIONES A LA MONTAÑA.

Dueños ya de la costa y de la sierra, pensaron los conquistadores en apoderarse de las ricas montañas que se habian sustraido á la dominacion de los Incas: ávidos de gloria y de opulencia, con la cruz en una mano y el estandarte de Castilla en la otra se lanzaron por todas partes en el seno de nunca penetradas selvas; los mas hallaban una muerte oscura y los que sobrevivian, salian casi exánimes, habiéndose convertido los soñados tesoros en privaciones y fatigas; mas en la lucha desigual con el clima y con el vigor no domado de la vegetacion intertrópical, pocas veces quebrada la constancia española; los padecimientos sobrehumanos eran pronto olvidados; los mismos que atribuian á un milagro el haber salido con vida, volvian animosos á nuevas y mas peligrosas entradas. Un impulso de la Providencia mas poderoso que la

reflexion llevaba á los descubridores del siglo XVI hácia esas inmensas regiones, cuyos dones fecundados por la ciencia y por la industria podrian satisfacer las necesidades de muchos imperios; la grandeza del Perú pudo presentirse con tan magníficos descubrimientos; pero en el siglo XVI parecian tan infructuosos, como las expediciones de los hijos del Sol en la misma region de los Chunchos.

En realidad las expediciones á la montaña fueron estériles para los conquistadores; Mercadillo, que se habia empeñado en internarse por el lado de Huánuco, vagó sin recursos por las ásperas sierras del Este; sus compañeros evitaron á tiempo otros padecimientos inútiles, alzándole la obediencia y trayéndole preso á Jauja despues que intentaron en vano retraerle con súplicas y requerimientos; otra expedicion que se adelantaba por Moyobamba, regresó tambien por las sediciosas excitaciones de un Fraile mas inclinado á amotinar la tropa que á convertir salvajes; Pedro de Vergara luchó penosamente en Jaen con los Bracamoros; tambien quedaron sin frutos inmediatos las empresas de Pedro Anzures por Carabaya y de Gonzalo por Quijos, pero merecen una atencion especial por sus circunstancias excepcionales.

Pedro Anzures al internarse por Carabaya al afamado país de los Mojos marchó de maravilla en maravilla. En el límite meridional del Perú, á los picos de los Andes cuya base está mas alta que las cimas

nevadas de otras cordilleras y á dilatadísimas punas sin cerros, ni ondulaciones, sucede un caos de rocas tantas y tan grandes que parecen oprimir el espacio; de ellas se desciende á las selvas por un laberinto de quebradas, ya de estrechísimo fondo donde nunca brillan los rayos del sol, ya extendidas en amenos valles, muchos de los cuales estan cuajados de oro; luego se entra en pampas interminables sin colinas, ni piedras que forman un lago sin orillas en la estacion de las lluvias y un oceano de verdura en la estacion seca. Despues de la laguna de Titicaca grande y tempestuosa como el mar, vienen las aguas dormidas entre las verdes alfombras del Collao, los torrentes cuyas caidas no ofrecen término ni tregua, los innumerables rios que van á perderse en el *Beni* y las aguas detenidas ó de incierto curso que inundan los llanos de la montaña. La informe vegetacion que se vislumbra en las rocas encumbradas, es rápidamente sostituida por manchas de verdura, por arbustos raquíticos, por árboles vigorosos y por esa estupenda profusion de la vida con la que oprimidos los sentidos apénas se fijan en las esbeltas palmas, en las elegantes bambusas, en algun coloso del bosque ó en alguna planta sumergida cuyas hojas son de dos varas de diámetro y cuyas flores tienen un pié de ancho.

Los expedicionarios de Carabaya no podian gozar ni de los lavaderos de oro que estaban por descubrir, ni de las riquezas vegetales que en esas tierras inte-

riores carecen todavía de valor. En cambio sus padecimientos fueron muy superiores á los que habian arrostrado, bajo las órdenes de Candia. Combatidos á la vez por la aspereza del terreno, por las lluvias continuas, por el clima y por la falta de recursos se entraron con fatiga suma por Carabaya, Zanca, Tacama, el rio de *los Umapalcas* y las dilatadas pampas; los salvajes hablaban de un país situado á veinticinco jornadas, en el que habia un rio de anchura incomparable, islas muy pobladas, toda clase de provisiones y gente vestida; pero fué necesario abandonar una empresa cuyas penalidades ofrecian un término tan lejano y cuyas ventajas solo reposaban en testimonios sospechosos. A la vuelta, los españoles que apénas podian tenerse en pié, se mantenian con la sangre y la carne de los caballos; los negros é indios morian de cuatro en cuatro y de seis en seis despues de haber devorado á bocados sus propias carnes ó los cadáveres de sus compañeros; tal era la debilidad de los expedicionarios que algunos se quedaban muertos al apoyarse en los árboles; todos hubieron de detenerse ocho dias á la orilla de un rio mediano, esperando que la corriente bajara; tal vez no habria escapado ninguno con vida, si en el pueblo de Setelingra no hallaran yucas, camotes, y otros comestibles y si, en Ayaviri, por donde salieron, no les aguardara un hermano de Pedro Anzures con abundantes provisiones; entre negros é indios perecieron mas de cuatro

mil y de los españoles ciento cuarenta y tres; de los caballos que se vendian á crédito en mil quinientos pesos, consumieron doscientos veinte; todo el equipaje fué abandonado y los ornamentos de celebrar misa se dejaron enterrados junto á un oratorio de Indios.

La expedicion de Gonzalo es mas célebre porque descubrió mayores grandezas y ofreció trabajos mas duraderos. El criador ha abierto su mano omnipotente en la region equinoccial de la América: bajo un sol cuyos rayos caen á plomo, hay cimas cubiertas de nieves eternas, entre aquellas cimas hay volcanes cuyas erupciones comparadas con las de otros volcanes formidables las harian pasar por fuegos de artificio, y cerca de aquellas llamas inextinguibles hay valles amenísimos donde se goza al mismo tiempo de un aire purísimo y de una temperatura primaveral; el cielo y la tierra presentan trastornos en que toda la naturaleza parece entrar en convulsion; las aguas, derramándose con maravillosa prodigalidad, alimentan ese mar dulce y corriente que se llama el Amazonas; las montañas fecundadas por el sol ardiente, por la humedad perpetua, por los despojos de los Andes y por la descomposicion de la naturaleza organizada no han sufrido menoscabo en su primitiva fertilidad desde el orígen del mundo. Pero el espectáculo de las grandezas reales ejerció ménos ascendiente sobre los conquistadores que el atractivo de riquezas imaginarias: unos indios de Cundinamarca, que regresaban

á su patria, despues de la captura de Atahualpa, dijeron á Benalcazar que uno de sus señores entraba cubierto de polvo de oro en un lago y allí se lavaba en homenaje de sus Dioses; esta noticia hizo creer que en el fondo de las selvas existia la tierra del oro; por otra parte Gonzalo Diaz de Pineda, capitan de Benalcazar había descubierto un país donde abundaban los árboles de la canela; y bastaron estos datos para que Gonzalo Pizarro, nombrado por su hermano gobernador de Quito, se lanzara á los bosques del Amazonas, sin direccion cierta, pensando encontrar el dorado y la tierra de las especies, otro sueño dorado de los Europeos, cuyo camino iba buscando Colon, cuando descubrió el Nuevo-Mundo.

El carácter de Gonzalo influyó tanto como la opulencia que se esperaba, para que tomaran parte en su empresa otros muchos aventureros: el menor de los Pizarros era inferior á sus hermanos en la elevacion de miras y en la prudencia, pero los igualaba en audacia y los superaba en entusiasmo; arrojábase entre los batallones de indios como si fueran enjambres de moscas, realizando las proezas de los paladines de la caballería; era la primera lanza del Perú, diestro en el manejo del caballo y en el de todas armas, de una belleza varonil, de un genio franco, confiado y generoso; con su trato abierto comunicaba fácilmente á los demas su ardor caballeroso. Así pudo reunir en breve ciento cincuenta españoles de á caballo y dos-

cientos infantes todos bien equipados. Con esta fuerza, unos cuatro mil indios de servicio, mil perros adiestrados en las batidas de salvajes, tres mil llamas, cinco mil cerdos, hierro y otras provisiones abundantes emprendió su expedicion á la tierra de la canela á principios de 1540.

Los sufrimientos cayeron de tropel sobre los expedicionarios, desde que abandonando los valles de Quito treparon á la cordillera oriental para bajar á la provincia de Quijos : muchos indios murieron de frio ; se levantó una espantosa tormenta en la que el fragor de los cielos fué reforzado por un estruendo subterráneo, y entreabriéndose la tierra por varias partes se asoló una poblacion de las cercanías. Los naturales de Quijos quisieron impedir el paso con sus débiles armas. En el descenso rápido á la montaña, por derrumbaderos y ciénagas cayeron torrentes de lluvia durante seis semanas. Cuando despues de haber andado cien leguas, segun su cálculo, llegó la gente de Gonzalo al deseado país de la canela, halló en verdad los laureles que llevan la aromática corteza ; pero poco valor podia sacarse de ella en lugares cerrados al comercio. Preguntados los Indios de aquella provincia, si conocian otra tierra de canelos, dijeron que ellos no tenian noticia sino de los bosques vecinos ; creyendo que le ocultaban la verdad, quiso Gonzalo arrancarles el secreto con bárbaros tormentos ; y algunos infelices mu-

rieron en el fuego ó despedazados por los perros, clamando tristemente que ni ellos, ni sus padres le habian ofendido en nada; mas el justo cielo castigó este crímen con una de esas terribles expiaciones que revelan el órden admirable de la Providencia. Los Españoles pudieron pensar en la cólera divina á los pocos dias; pues acampados por la noche, á las orillas de un rio y sobreviniendo de súbito una gran avenida, se hubieran ahogado todos, si los centinelas no les avisaran. La pena fué sin embargo mas natural y mas inevitable: otros indios á quienes se pidieron noticias, temiendo la suerte de sus vecinos, aseguraron que á distancia de diez soles habia grandes poblaciones y oro en abundancia. Engañados así por su culpa se precipitaron los descubridores en el seno de bosques inhospitalarios.

Todavía se encontraron algunos pueblos y no escasa subsistencia en la provincia de Canelos; pero de allí adentro faltó todo auxilio, y habiéndose escapado á nada los guias, no obstante que se les llevaba con cadenas, faltó tambien toda luz. Era inmensa la fatiga para desembarazar la espesura, para cubrir de ramaje los atolladeros y para echar puentes á los esteros; los caballos se anegaban, los cerdos se perdian en las selvas, las demas provisiones se malograban con la humedad, la ropa se caia á pedazos, el cuerpo era destrozado por las espinas y ramaje. Así se vagó tristemente algunas semanas por la orilla izquerda del

caudaloso *Coca*, hasta que un dia se oyó desde mucha distancia el estruendo que producia el rio al precipitarse por una angostura de doscientas brazas de profundidad, segun el exagerado cómputo de los expedicionarios; despues de esta caida llegaron á un sitio en que el rio solo tenia unos veinte piés de ancho; les fué por lo tanto fácil improvisar un puente con uno de los troncos inmediatos; y habiendo espantado con algunos tiros á los salvajes que se oponian al tránsito, pasaron hombres y caballos sin mas desgracia que la de un soldado, el cual desvanecido con la vista de la corriente dió en el abismo.

El cambio de ribera no minoró los padecimientos de los aventureros: hubo la misma falta de recursos, la misma dificultad para marchar; ya se habian acabado los perros cuyos cuerpos extenuados sirvieran solo para entretener el hambre; estaban consumidos los mas de los caballos, las correas y los cueros; el alimento se hallaba reducido á raices, yerbas é inmundos reptiles, cuando se tenia la fortuna de encontrarlos; los ánimos se sostenian con la esperanza que solian dar los salvajes de que mas abajo se encontrarian las regiones deseadas. Mas, como los enfermos eran muchos y grande la debilidad de los sanos, fué necesario construir un buque para trasportar el bagaje y alternativamente los mas flacos. Madera no podia faltar, sirvió de brea la gomoresina de los árboles, suplieron par la estopa el algodon y los hárapos, las

herraduras fueron convertidas en clavos, y en dos meses se fabricó un bergantin de obra bien tosca, pero bastante fuerte y capaz de trasportar á los que no podian soportar las fatigas de la marcha. Se embarcaron estos y los mas fuertes seguian por tierra el curso del rio.

Un dia dijeron los salvajes que á diez soles de allí desembocaba el *Coca* en otro rio mucho mayor y que en aquella region moraba una nacion rica; Gonzalo ordenó que para traer provisiones partiese Francisco de Orellana con el buque, cincuenta soldados, algun equipaje y cien mil pesos; el bergantin separándose pronto de la orilla, se alejó con la rápidez de una flecha; al segundo dia estuvo cerca de anegarse, habiendo dado en un madero que rompió una de las tablas; mas reparado en breve, siguió la rápida corriente haciendo unas veinticinco leguas por dia; andadas mas de ochenta llegó á la confluencia del *Coca* con el *Napo*, y favorecido siempre por el curso del agua entró en el *Amazonas*, en el que va á perderse el majestuoso *Napo*, como se pierden los arroyos en los rios navegables.

La falta de recursos que obligó á los navegantes á mantenerse de suelas de zapatos cocidas con yerbas, la dificultad de remontar el rio, ó de regresar por tierra y el magnífico porvenir con que brindaba el descubrimiento de aquella region encantada, hicieron que Orellana se olvidara de lo que debia á sus desgraciados

compañeros y de la vuelta prometida; alzada la obediencia à Pizarro, se lanzó audaz en el inexplorado *Amazonas* para entrar en el Atlántico, sin brújula, ni piloto, en un buque construido á la ligera con madera verde por manos inhábiles; mas la gloria de semejante empresa no deslumbró á un caballero llamado Sanchez de Vargas quien hallando al nuevo caudillo sordo á las voces del honor y de la humanidad, quiso quedar abandonado en aquella soledad y exponerse á una muerte casi inevitable, por no ser cómplice de la criminal sedicion.

Todo exaltaba la imaginacion de los temerarios navegantes: las brillantes ilusiones que llenaban sus almas; las impresiones extraordinarias que sin cesar recibian entre aguas y bosques de singular magnificencia; sobre todo las relaciones de los salvajes por lo comun exageradas y rara vez bien comprendidas. Exaltada la fantasía, crédulo el ánimo y con el mas vivo interes por engrandecer sus descubrimientos nos han presentado la realidad con un colorido fantástico y las ficciones con las mismas apariencias que los sucesos efectivos: las escenas palpitantes de vida y de verdad que hoy mismo confirma la navegacion del gran rio, están intimamente confundidas con cuentos de amazonas, hechos prodigiosos y azares frívolos en la relacion manuscrita de Fr. Gaspar de Carvajal que fué el principal director de los expedicionarios.

Segun el testimonio de Carvajal, en primeros de

enero de 1541, estando ya para morir de hambre los descubridores, oyeron el ruido de tambores, feliz presagio de una poblacion que encontraron dos leguas rio abajo; allí fueron obsequiados con pavas de monte, perdices, pescados y otros manjares, y los naturales que usaban muchos adornos de oro, les hablaron de las amazonas. De esta tierra hospitalaria bajaron á la confluencia del *Amazonas* con otro rio de la derecha que al entrar chocaba furiosamente con la gran corriente; de aquel remolino escaparon por milagro; y despues de navegar doscientas leguas sin descubrir poblacion alguna, llegaron á los dominios del cacique Aparia que los trató como hijos del Sol. Siendo tiempo de cuaresma, oyeron los sermones de Carvajal y de otro Religioso que los confesaron á todos; durante esta detencion construyeron otro bergantin, y tuvieron grandes noticias de las Coniapuras, que así llamaron á las poderosas señoras de la region inferior del rio. Emprendido de nuevo el viaje, el 24 de abril no divisaron en ochenta leguas poblacion alguna, ni pudieron dormir en tierra, porque el rio iba de monte á monte. Pasado este despoblado vieron las riberas y las islas cubiertas de indios que los recibian con las armas, si intentaban desembarcar y perseguian los bergantines por muchas millas con centenares de piráguas, acometiendo con espantoso estruendo y siendo animados por algunos hechiceros. Solo pudieron escapar por medio del rio, aprovechando la sorpresa que produjó en los

enemigos la muerte de su general llamado Machiparo. Luego encontraron alternativamente despoblados y gente de guerra; en un pueblo pequeño vieron dos idolos gigantescos tegidos de palma, algunos metales preciosos y mucha loza; cien leguas mas abajo hallaron algunas llamas; despues se descubrió una poblacion de muchos barrios, cada uno con su embarcadero y caminos muy anchos. Cuando el rio formaba horizonte, aparecieron, en la ribera izquierda, guerreros animosos que les hicieron frente. Eran tributarios de las Coniapuras y no osaban volver las espaldas, porque aquellas mujeres valerosas mataban á palos al que huia; siete ó ocho de ellas que quedaron en el campo, eran altas, fornidas, blancas, con el cabello muy largo revuelto en trenzas sobre la cabeza.

Se habian navegado ya mil cuatrocientas leguas y por temor á la gente de las riberas se iba por medio del rio; pero de las islas que eran en gran número, salieron sobre doscientas piráguas henchidas de guerreros que no permitian á los navegantes descansar, ni tomar provisiones. Alcanzaba hasta allí el imperio de las Coniapuras y, segun noticias, el país abundaba en oro y plata, las casas eran de piedra, las ciudades estaban muradas y cinco templos del Sol excedian en riquezas á Coricancha; pero fué necesario continuar la navegacion con presteza por temor á las flotas indias y á las flechas envenenadas. Al fin se tuvo el placer de reconocer

la marea y combatiendo unas veces, descansando otras, siempre en peligro, siempre admirando nuevas grandezas, se llegó el 26 de agosto á la imponente desembocadura del *Amazonas*. Lanzados al mar por la corriente vencedora, siguiendo costas desconocidas y atravesando con sumo riesgo el golfo de Paria, arribaron los intrépidos navegantes á la isla de Cubagua; al saltar en tierra la bendijeron como el náufrago á la tabla en que se ha salvado; por las huellas de piés humanos conocieron que la isla estaba habitada, y, por las pisadas de caballos, que allí había cristianos; momentos despues encontraron algunos compatriotas y en compañía de ellos fueron á la iglesia á dar á Dios devotas gracias.

Orellana que marchó á la Península, tuvo la satisfaccion de que la Corte le concediera el gobierno del país de las amazonas y logró armar una expedicion brillante; mas el justo cielo al que había ofendido con el inhumano abandono de sus compañeros, cortó la carrera de sus gloriosos descubrimientos, sorprendiéndole la muerte, cuando principiaba su conquista. El rio á quien hubiera debido legar su nombre, es mas conocido con el de las fabulosas heroinas.

Gonzalo que habia continuado su expedicion, luchando siempre con los esteros, con las espesuras, con las lluvias y con el hambre, aguardó por algun tiempo la vuelta de Orellana; Mercadillo enviado en busca de los navegantes volvió á los ocho dias sin no-

ticia alguna; Gonzalo Pineda que llevó igual comision, halló indicios ciertos de que habian seguido rio abajo y descubrió vastos campos de yuca, plantados en otro tiempo por los salvajes; á ellos acudió el resto de los expedicionarios para reparar sus quebrantadas fuerzas. Habian perecido ya los mas de los negros y unos dos mil indios, entre ellos el guerrero del Cuzco que tomara á Gonzalo por su Inca; la mayor parte de los castellanos iba enferma y algunos tan flacos que era preciso llevarlos á caballo, sujetos con ligaduras. Con tanta afliccion se llegó hasta la confluencia del *Coca* con el *Napo* por cuyas orillas solitarias vagaba un hombre blanco, desnudo y semejante á un espectro: era el desamparado Vargas quien dió cuenta de los proyectos de Orellana.

Perdióse la esperanza de llegar á las poblaciones tantas veces anunciadas por los salvajes; no era posible prolongar la miserable existencia permaneciendo en aquella espantosa soledad y tambien parecia imposible el regreso á la sierra que era la única esperanza de salvacion; mas el corazon no faltaba nunca á los conquistadores, y las palabras de Gonzalo levantaban los pechos mas abatidos. Con la elocuencia irresistible de un jefe entusiasta que quiere inspirar á sus soldados su propia confianza les animó á regresar representándoles la constancia con que habian sufrido los mas rudos trabajos, la gloria de sobreponerse á nuevas fatigas, la esperanza de hallar, por otro

camino, las opulentas regiones de que tanto se les habia hablado y sobre todo el deber de conducirse como buenos castellanos; todos tenian fé en su genio y le amaban porque le veian solícito con los dolientes, el mas pronto para sufrir y el primero en el peligro; le siguieron por lo tanto por adhesion á su persona, cuando ya hubiera sido en vano invocar la autoridad.

El rumbo para volver era incierto ; pero la vista de la lejana cordillera en un dia claro fijó la direccion; las piedras que aparecian en la selva, monstraron que la distancia se acortaba, y un camino mas directo facilitó la salida á Quito. Sin embargo algunos iban tan débiles, que no pudiendo seguir á sus compañeros se quedaron á morir de hambre ó entre las garras de las fieras; una ranchería tomada á viva fuerza suministró á los demas alimento para pocos dias; el pueblo de la Coca, donde habian descansado á la ida, les prestó tambien algunos socorros, y al fin despues de agotados los perros, los caballos y cuanto pudiera engañar el hambre, subieron á la tierra descubierta y provista. De la brillante expedicion no volvian sino ménos de la mitad de los Indios y unos ochenta Castellanos : estos á pié, descalzos, cubiertos con pieles de fieras, apoyándose en palos, la cabellera cayendo en desórden por la cara y espaldas, quemado el rostro, cubierto el cuerpo de cicatrices y convertidos en espectros con dos años y medio de desventu-

ras continuas. Los españoles de Quito les enviaron al camino doce caballos y alguna ropa; pero no pudiendo montar, ni vestirse todos, prefirieron seguir como venian, y al entrar en la ciudad se fueron derechos al templo.

El tierno recibimiento de sus compatriotas hizo olvidar á los expedicionarios los trabajos sufridos; pero Gonzalo sintió redoblarse sus penas al saber la triste suerte de sus hermanos; pues el Marques había sido asesinado en Lima y Hernando estaba preso en España.

CAPITULO III

ADMINISTRACION DE LA COLONIA.

El gobierno español seguia con inquietud los disturbios del Perú. Ya habia ordenado que Almagro depusiese las armas, cuando por el gobernador de Nicaragua tuvo noticias de la batalla de Las Salinas; un buque salido del Callao pretextando que iba á cargar maiz en los puertos del Norte, habia llevado á aquella colonia la quejas de los Almagristas que exageraban al Emperador las demasías de los Pizarros; la detencion del Contador Guzman inspiraba algunos recelos sobre la obediencia del Marques á las órdenes supremas; miéntras se pensaba en remediar estos principios de insubordinacion, fueron llegando los amigos del Mariscal con la noticia de su fin trágico que pintaban como el término de la persecucion mas desleal y mas inicua; y Diego Alvarado que tanto se habia interesado por los Pizarros durante los triunfos

de Almagro, perdida toda esperanza de que en el Perú se hiciera justicia á su desvalido pupilo, se presentó en la Corte para reclamarla juntamente con el castigo de los culpables.

Hernando que esperaba ser bien acogido en España, salió del Perú llevando para el Rey y para sí un tesoro reunido por todos medios y muy particularmente por la explotacion en grande de las minas de Porco; no quiso tocar en Panamá porque temió ser preso por las autoridades de aquel istmo; mas cuando atravesado el de Tehuantepec, se dirigia al puerto de Vera Cruz, fué tomado por las de Méjico. Sin embargo el Virey D. Antonio de Mendoza le dejo continuar libremente su viaje por no haber recibido ni órdenes contra su persona, ni informe oficial de sus culpas; en las Azores se detuvo hasta que sus poderosos amigos del Consejo de Indias le informaron que podria presentarse en España sin riesgo, y con esta seguridad siguió su marcha hasta Valladolid, donde aunque ostentó la magnificencia de un príncipe, no alcanzó una acogida lisonjera. Alvarado, cuyo valimiento era grande, tenia muy preparada la opinion contra él y le perseguía ante los tribunales con tanto teson como habia desplegado en otro tiempo para salvarle la vida; el oro y las influencias detenian el curso de la causa; no faltaban razones para disculpar la ejecucion de Almagro; pasábase el tiempo en recusaciones de jueces por una y otra parte, y el acusado continuaba en

libertad, sea por los empeños, sea en consideracion á sus servicios. A falta de venganza legal quiso Alvarado tomar por sus manos la satisfaccion que pedia la memoria de su infortunado jefe y retó á Hernando, ofreciendo probarle con la espada, que habia sido hombre ingrato con Almagro, mal servidor del Rey y caballero fementido; pero no tuvo lugar el desafío, porque cinco dias despues de haberlo propuesto, murió aquel fiel amigo que entre los horrores de la guerra civil se habia distinguido siempre por una conducta llena de dulzura y de dignidad y por su generosidad con los caidos.

La muerte de Alvarado que por haber ocurrido en aquella sazon suscitó sospechas de veneno, redobló la persecucion contra Hernando. D. Alfonso Enriquez y otros Almagristas continuaron la acusacion, explotando con habilidad la susceptibilidad del Gobierno: se ponderaba la tiranía de los Pizarros; se les acusaba de dilapidaciones, y como Almagro habia dejado al Rey por su heredero, el fisco, que ya no respetaba los caudales particulares remitidos de América, quiso apoderarse de una gran fortuna embargando los bienes de los deudores del Mariscal. Comprendido en esta confiscacion y encerrado Hernando en el alcázar de Madrid, pudo recordar allí que nunca faltan acusaciones contra el caido como no se echaron de ménos en el proceso del Cuzco: no solo su injusta sentencia, sino sus eminentes servicios en la pacifi-

cacion y sus enojosos esfuerzos para traer al Rey un gran donativo se convirtieron en delitos imperdonables; y en vano desde el fondo de la prision dirigió al Emperador una carta, fecha 23 de junio de 1540. Quéjase en ella de que el Consejo de Indias procedia contra él por no haber buscado, ni procurado la autoridad de sus miembros en los asuntos del real servicio, dando oidos á la acusacion de algunos culpados en los yerros de Almagro y queriendo ajustar los casos de la guerra á las solemnidades del derecho. Indica que cuando hubiera podido gozar descansadamente en su casa la fortuna ganada en su primera expedicion, solo regresó al Perú por hacer á S. M. un servicio, no ignorando los graves disgustos que su comision debia traerle. Manifiesta que habia defendido ó, por mejor decir, nuevamente conquistado estos reinos, abatiendo en la gran ciudad del Cuzco el altivo furor del Inca y sosegando el culpable levantamiento de Almagro. Recuerda que á sus esfuerzos se debia el descubrimiento de las minas de Porco tan ventajosas á la Real Hacienda. Disculpa los defectos en el proceso del Mariscal alegando 1° que ante todo se habia atendido á los merecimientos de los delitos, 2° que segun las órdenes reales no habia letrados en aquellas partes y 3° que el conocimiento de la causa exigia personas mas ejercitadas en las armas que en los libros, pues los casos de guerra pierden en tiempo de paz su calidad y se muestran yerros. Concluye

suplicando á S. M. que en consideracion al zelo, trabajos y servicios del acusado avoque el conocimiento de la causa á su real persona á quien pertenecia, como Príncipe tan grande y tan bien instruido en los hechos de la guerra, y que sin duda otorgara las mercedes debidas á su servidor.

Las indicaciones de Hernando no eran para devolverle los favores de la Corte; la muerte del Marques y la rebelion de Gonzalo que acaecieron luego, le quitaron todo apoyo; trasladado á la fortaleza de Medina-del-Campo languideció en la prision por veinte años, y al recobrar la libertad fué despojado del hábito de Santiago, y solo pudo recobrar una parte de sus bienes despues de ruinosos pleitos. Habiéndose casado con doña Francisca, hija del Marques vivió cerca de un siglo; sintiéndose próximo á morir, mandó que le prepararan el ataud, y porque le pareció pequeño, dijo, que le trajeran otro mayor, pues no queria que aun despues de muerto torciera nadie su brazo. Realmente solo cedió al Gobernador en los trabajos de la conquista, le fué superior en el consejo, y su gloria seria la mas pura sin sus malhadadas desavenencias con Almagro en las que sus faltas se atenuan por la irresistible fascinacion de las guerras civiles. Su nieto obtuvo, á principios del siglo XVII, una renta de siete mil quinientos ducados en tributos vacantes, el hábito de Santiago y el título de Marques de la Conquista conservado hasta hay en sus descendientes.

Al mismo tiempo que se procedia en España contra Hernando, era enviado al Perú un Comisionado Regio para que reparara los agravios de los Almagristas, é hiciera suceder la templanza del gobierno civil á los excesos de la dominacion militar. Las circunstancias eran sumamente difíciles, el daño gravísimo, el remedio en extremo arriesgado : podia temerse que el Marques se diese por ofendido en sus derechos de Gobernador vitalicio y que sus turbulentos compañeros poco accesibles al freno de las leyes le arrastrasen á la sedicion de la que ya le culpaban algunos cortesanos; se necesitaba por lo tanto un juez integro cuya rectitud no se doblegara por las amenazas, ni por los halagos, bastante hábil para conducirse con acierto en las situaciones extraordinarias en que tal vez se hallaria, con el valor necesario para contrarrestar la oposicion de los fieros conquistadores y con la suficiente prudencia para no exasperar carácteres irritables. Por tales prendas fué elegido el licenciado D. Cristóbal Vaca de Castro, para simple juez, si hallaba vivo á Pizarro y para Gobernador en el caso de que el viejo Marques hubiera muerto : con la conveniente reserva examinaria la conducta del Conquistador, enviaría á la Corte una informacion exacta del estado del Perú y se esforzaria por que se hiciera justicia á todos, especialmente á los miseros indios y porque fueran una verdad las leyes é instrucciones acordadas en beneficio de la colonia.

El gobierno español redoblaba su zelo segun crecian las dificultades y los desórdenes en la administracion de las Indias : pedia informes en todas las oportunidades y de todas las regiones ; tomaba consejo de los sabios, de los prelados y de los hombres de Estado, ya en Juntas, ya en consultas particulares, y procuraba suplir con buenas leyes la accion de la autoridad debilitada, cuando no extraviada por la distancia.

Para que en el Perú cesase el desenfreno de las armas, sin despojar á Pizarro de los títulos otorgados en la capitulacion se estableció en Panamá una Audiencia Real que debia administrar justicia desde Nicaragua al estrecho de Magallanes.

A fin de fijar á los conquistadores y de evitar graves desórdenes, se les prevenia que se casaran, ofreciéndoles el goce de las encomiendas para sus viudas é hijos ; se les mandaba que edificaran casas en sus repartimientos y se les prohibia venderlos ; provistos de armas y caballos debian como los antiguos señores feudales estar prontos á la defensa de sus servidores y al llamamiento del Gobierno. A los demas colonos se les ofrecian solares y tierras de cultivo, conservándose el alivio en los impuestos que se habia capitulado en 1529. Se ordenaba la construccion de hospitales, la represion del juego, el fomento de la ganaderia y otras medidas destinadas á favorecer la colonizacion. A Lima, Trujillo, San-Miguel y Quito

se les concedió el título de ciudades y las respectivas armas.

Como se quejaban muchos de que en los repartimientos solo se habia atendido á los parientes, criados y amigos del Marques, se acordó que se moderaran los excesivos, que en las vacantes se considerara á los agraviados, y que, en lo tocante á las personas allegadas al Gobernador, solo interviniera Vaca de Castro.

No bastando ya el obispado del Cuzco para las necesidades de la iglesia peruana se erigian los de Lima y Quito; para la primera silla era presentado el obispo de Cartajena Fr. Gerónimo Loaisa y para la segunda el bachiller Garci Diaz Arias. Al mismo tiempo se encargaba al Comisionado Regio; que fomentara la ereccion de templos cristianos y la destruccion de los oratorios consagrados á la idolatría; que averiguase con diligencia el zelo de los eclesiásticos por el culto divino, y expulsara del país á los escandalosos.

En favor de los Indios se renovaban las disposiciones que desde el tiempo de Isabel-la-Católica venian declarándolos vasallos libres: se les eximia de todo servicio personal: únicamente habian de pagar á su respectivo encomendero un tributo moderado conforme á los usos establecidos por los Incas y á lo que tasaran en conciencia las autoridades civiles y militares; se prohibia tomarlos por bestias de carga, trasladarlos de una provincia á otra, echarlos á las minas, llevarlos á España aunque ellos consintieran,

obligarlos á trabajar en dias festivos y asustarlos con la cria de perros de presa que introducidos para la guerra con los salvajes daban lugar á excesos monstruosos. La familia de los Incas debia ser objeto de una proteccion especial : se buscarian los descendientes de Huaina Capac y de Atahualpa para hacerles merced; á Manco le escribia el Emperador que había sentido mucho la ocasion que le habian dado de inquietarse, y le ofrecia, que seria respetado y se le daria contento, si se reducia de paz.

En el Perú gobernaba con fidelidad escrupulosa y con su actividad acostumbrada el hombre á quien en la Corte presentaban como sospechoso y como demasiado viejo para sobrellevar el peso de la administracion. Por no traspasar las órdenes del Rey se abstenia de muchas cosas á que su autoridad alcanzaba y olvidado de sus intereses personales no tomó posesion de su encomienda; conforme al voto de la Corona hizo un repartimiento general de acuerdo con el obispo Valverde; y protegió el laboreo de las minas, el comercio tanto en los puertos como en los pueblos del interior, las construcciones civiles y religiosas, el cultivo de la tierra y otros mil trabajos útiles á los que se prestaba de mejor voluntad que á las fatigas de la guerra.

Con las producciones que de Europa introducian las artes ó el comercio, y, mucho mas, con los dones propios del suelo americano se sostenian y prospera-

ban las poblaciones que el Conquistador habia fundado ó á las que habia dado aspecto de castellanas : Lima era siempre su residencia habitual y su ciudad favorita ; Trujillo se veia protegida de cerca ; aunque á larga distancia crecian bajo su proteccion y favorecidas por su buen asiento La-Plata, Arequipa y Huamanga : La-Plata participaba de la prosperidad de las minas inmediatas ; Arequipa aunque no tan bien situada como ahora, iba á tener un crecimiento rápido por su agricultura adelantada, por ser el intermedio para el comercio entre la costa y la serranía del Sur y porque extendia su jurisdiccion desde el desierto de Nasca al de Atacama comprendiendo todas las cabeceras y una parte considerable de las Cordilleras que miran á Cuzco y Puno ; Huamanga á cuya fundacion se oponian los vecinos de Lima y del Cuzco, porque no menguaran sus encomiendas, no obstante esta oposicion y su aislamiento se hizo notable desde su orígen por sus casas de lujosa fachada, por la grandeza de sus demas construcciones y por sus hermosas quintas. Huánuco, al que su fértil valle, sus relaciones con los minerales de Junin y su ventajosa situacion entre la costa y la montaña reservan un magnífico porvenir, estuvo cerca de perecer en su cuna : los vecinos de Lima protestando contra la reduccion de sus términos hicieron que quedara con el título humilde de villa, con pocos moradores y expuesta à los ataques de los Indios sublevados.

En las ciudades castellanas se fijaban, con el nombre de vecinos, algunos conquistadores ó personas de distincion á quienes se repartian provincias enteras, haciéndolos señores de los indios; de entre los principales se elegía el ayuntamiento, nombrándose dos alcaldes anuales para la conservacion del órden y administracion de justicia y reuniéndose los regidores para cuidar de los intereses locales, si bien á veces tomaban tambien parte en los asuntos generales de la colonia; con los donativos de los ricos vecinos y con las encomiendas que Pizarro reservaba para las iglesias, se erigian magníficos templos; dotados igualmente de pingües posesiones y enriquecidos por la piedad general se fundaban grandes conventos; los señores feudales del Perú levantaban tambien hermosos edificios para su habitacion particular.

El pueblo conquistado participaba poco de la prosperidad de la colonia que parecia reservada á los dominadores: estos no buscaban por lo comun sino su interes mal entendido; el mismo Pizarro se hacia cómplice de las vejaciones teniendo en poco las quejas de los indios y no mostrando bastante fuerza para castigar las demasías de sus tenientes cuya dependencia debilitaban las distancias y el estado del país. El guerrero cuyo voluntad irresistible hacia milagros en el campo de batalla, flaqueaba en la administracion no por abusos de autoridad, sino por condescendencias casi forzosas: á veces conservaba á pesar suyo á los

malos empleados por el fundado recelo de que el sucesor los hiciera buenos; á veces diferia la justa represion de los excesos por no irritar á hombres cuya oposicion era peligrosa. Sus allegados, especialmente el secretario Picado abusaban de su noble confianza. Su conducta hubo de ser indecisa desde que se anunció la llegada del Comisionado Regio: por no multiplicar los cargos en el juicio de residencia se abstuvo desde entónces de tomar precauciones que la seguridad de su persona reclamaba con urgencia.

El Gobernador ya cediendo á sus propias inclinaciones, ya por cálculo había conservado sus hábitos de sencillez, familiaridad y generosidad que tan gratos debian ser á los colonos. Entre otras muestras de franca liberalidad es célebre su obsequio á uno de los soldados: llevó al juego de pelota un pesado tejo de oro oculto bajo el vestido, tomó parte en la diversion durante dos horas, y viendo llegar al soldado le llamó á parte diciéndole: — « Tomad, que de buena gana os habria dado tres tantos mas, por no tener el trabajo que me habeis hecho sufrir con vuestra tardanza. » — Usaba por lo comun un sayo de paño negro con el talle á medio pecho y con la falda hasta los tobillos, unos zapatos de venado blanco, como había visto gastar al Gran Capitan en Italia, sombrero pardo, espada y puñal á la antigua; solo en los dias solemnes iba á misa con la ropa de marta que le había regalado Cortés, y muy á menudo se quitaba el sayo para jugar

con mas desembarazo á la pelota ó á los bolos, en cuyo caso se ponia un paño blanco al cuello para limpiarse el sudor del rostro. Hombre de accion daba á los ejercicios activos el tiempo que los negocios públicos le dejaban y por nada solia abandonar su diversion, á no ser que se le hablara de alguna sedicion de indios, que entónces corria á caballo á donde estaban los alborotados sin aguardar su comitiva. Con la actividad y la frugalidad conservó hasta la vejez el admirable vigor con que habia logrado sobreponerse á la accion enervadora del clima, á toda clase de padecimientos y á la pujanza de sus enemigos.

No obstante que en su edad avanzada conservara Pizarro la energía de su carácter y aunque gozara entre los colonos de una popularidad merecida, era ya un hombre sin mision alguna: los esfuerzos del Conquistador estaban demas; para seguir gobernando no le favorecian ni sus antecedentes, ni su indiferencia por la suerte de los indios, ni su debilidad con amigos y enemigos; los hombres entendidos que debieran ayudarle, le estraviaban, cegados unos por odios políticos y prefiriendo otros el interes privado á la gloria de su caudillo; la Corona misma que queria conciliarlo todo, paralizaba la autoridad de su escrupuloso vasallo, dejándole sin libertad y sin prestigio. Posiciones tan falsas son poco duraderas y desgraciadamente suelen dar lugar á sucesos terribles.

LIBRO IX

REVOLUCION DE LOS ALMAGRISTAS

CAPITULO I

ASESINATO DE PIZARRO.

Los amigos de Almagro hacian responsable al Marques de la muerte de su socio : decian que había estado al cabo de todo, que su detencion en Jauja fué motivada por el deseo de que el atentado se consumara ántes de su llegada al Cuzco y que preguntado por Hernando, al cerrarse el proceso, sobre lo que mas convendria, había respondido : — « Haced de modo que el Mariscal no nos ponga en nuevos cuidados. » — En vano aseguraban los amigos de Pizarro; que ni el curso de la causa, ni las distancias, ni el levantamiento de Manco aun en pié habian permitido saber á tiempo en Jauja los acontecimientos del Cuzco ; que al noticiársele en el puente de Abancay el trágico fin de Almagro, se inmutó el Gobernador como un hombre á quien acaece de súbito un gran infortunio, y que trémulo el

cuerpo, fijos los ojos en el suelo derramó abundantes lágrimas. El odio fácil siempre para admitir las acusaciones ni daba fuerza á las disculpas, ni creia en la verdad del dolor; ademas la entrada de Pizarro en el Cuzco, con vestido de gala, á son de trompetas y chirimías, su complacencia con los culpables y su indiferencia con los perseguidos, eran poco á propósito para probar su inocencia.

Hernando había querido calmar la indignacion que produjo su inicua sentencia, ofreciendo á los Almagristas repartimientos en el gobierno de su hermano; pero algunos de ellos eran sobrado fieros para aceptar favores de manos enemigas; y otros que esperaban dominar bajo el nombre de Almagro el jóven, no querian ocupar en la Nueva-Castilla una posicion inferior á la que les cabría en la Nueva-Toledo. Ménos previsor y mas confiado que Hernando, olvidó el Marques en el repartimiento general á los de Chile, cuyo descontento se acreció con el aumento de privaciones cada dia mas insoportables y con el irritante espectáculo de los favoritos, que con su mal adquirida opulencia venian á insultar la miseria de los viejos servidores del Rey. Ménos por temor á los descontentos que por evitarse cargos en la residencia, trató de desagraviarlos, dando el mando de Huánuco á Gomez de Alvarado quien podria calmar á los de su mismo bando; pero Alvarado sensible al desaire que se le infirió, rebajando el rango de Huánuco, hizo

dimision de su cargo; y tambien se resintió porque en un desafío concertado con su pariente Alonso de Alvarado, mereció este alguna preferencia de su amigo el Gobernador. Otros jefes Almagristas que estaban en la miseria, rehusaron los repartimientos ofrecidos, diciendo que ya era tarde.

No había medio para moderar la oposicion que se levantaba con formidable osadía: los descontentos no querian aceptar favores y se irritaban por hallarse desatendidos; el miedo era tan impotente para contenerlos como las promesas; en su opinion el poder de Pizarro estaba al caer: ó la Corte haria justicia; ó los amigos de Almagro sabrian tomársela por su mano. Eran los ménos; pero estaban muy unidos y la desesperacion centuplicaba sus fuerzas. A tal grado de pobreza habian llegado que doce de los principales solo tenian una capa que para salir á la calle se ponian por turno; muchos andaban por las estancias de los indios, mendigando el vestido y el sustento; el amable huérfano que personificaba las esperanzas del partido, se veia arrojado del palacio, sin entrada en las casas de los vecinos de Lima y sin otros medios de subsistencia que las ganancias del juego ó donativos precarios.

Hombres que se ven reducidos á la desesperacion, á todo se atreven: algunos Almagristas pasaban por delante del Gobernador sin saludarle, y una noche pusieron tres sogas en la horca, indicando con la di-

reccion y los rótulos que serian para el Marques, para Picado y para el Alcalde mayor Velasquez, hermano del obispo Valverde. Despreciando el primero la insolente amenaza, exclamó: — « ¡ Pobres, bastante desgracia tienen, no les molestemos mas ! » — Pero el secretario quiso vengarse con una burla necia. Pasó por delante de la casa de Almagro, arremetiendo el caballo, vestido de gala, con ciertas higas y con una inscripcion en su bonete que decia « para los de Chile. » Menosprecio pueril que de nadie habrian soportado hombres tan poco sufridos y que agotó su paciencia, viniendo de Picado á quien se atribuian las injusticias de Pizarro.

El político Hernando que conocia la audacia de los Almagristas y lo mucho que ayudaria á sus proyectos la permanencia del hijo del Mariscal en el Perú, había dicho á su hermano, en el momento de darle su último adios: — « Enviad á Castilla á D. Diego Almagro, guardáos de los hombres de Chile; no consintais que esten diez juntos al rededor de donde vos estuviéreis; porque si los dejais juntarse, os han de matar. Si os matan, yo negociaré mal y de vos no quedará memoria. Tened una fuerte guardia, porque no estaré yo aquí para defenderos. » — « Cada uno de sus cabellos responde de mi vida, » había contestado el Marques con la ciega confianza en sí mismo que había sido el secreto de sus triunfos y debia ser la causa principal de su ruina. Durmiéndose siempre en una funesta se-

guridad, solia pasearse, solo, por las calles y por el campo, no obstante que desde el Cuzco le avisaban la venida á Lima de muchos conspiradores y en medio de un rumor general que le anunciaba gravísimos riesgos: los indios publicaban en los mercados, que se acercaba el dia fatal del Gobernador; algunos aficionados á la astrología dijeron que la luna perdiendo de súbito su claridad y tomando un color rojizo indicaba con sus manchas de sangre la que iba á derramar Pizarro; los que gustaban de enlazar los sucesos trágicos á presentimientos funestos, referian despues que Gonzalo, al emprender su regreso á Quito, sintió, durante el sueño, que un dragon le despedazaba el corazon y que, habiendo consultado á un astrólogo, supo de él, que á su llegada á la sierra hallaria muerta la cosa que mas amaba en el mundo.

Sin necesidad de vanos presagios, pudiera el Gobernador del Perú haber descubierto la conjuracion de los Almagristas. Mas de doscientos de ellos se hallaban reunidos en Lima, concertaban sus proyectos de venganza y no discordaban sino en la manera de conseguirla. Los mas moderados confiando siempre en la justicia del Rey, optaban por los medios legales; habiéndose esparcido la noticia de que Vaca de Castro se hallaba ya en Panamá, prevaleció tan prudente dictámen; y fué enviado á Piura, vestido de luto D. Alfonso de Monte-mayor, para exponer los agravios hechos á los soldados de Chile. Por desgracia se perdió

luego toda esperanza en el Comisionado Regio porque muchos le daban por muerto en un naufragio, y generalmente se le creia poco dispuesto á proceder contra el Marques ; así es que los caidos, no contando ya con la proteccion de la ley, consideraron las espadas como su única justicia. Cada uno segun sus recursos se iba proveyendo de armas ; Juan de Rada que, consagrado á la educacion de Almagro le miraba con amor paternal, se puso á la cabeza de la conspiracion, y ni él, ni su púpilo salian á la calle, sin una comitiva de hombres resueltos.

Dióse aviso al Gobernador de los alarmantes preparativos de los Almagristas : unos le aconsejaban que los desterrara, otros que se rodeara de una buena guardia ; pero él no quiso proceder contra los conspiradores por temor á la residencia, ni reunir fuerza alguna por que no se dijera que estaba armándose contra el Comisionado Regio, y se contentó con llamar á Juan de Rada para cortar con una franca explicacion los motivos de desconfianza recíproca ; Rada acudió al llamamiento, rehusando las ofertas de los que querian acompañarle y habiendo encontrado á Pizarro en la huerta de palacio, pasó entre ellos la conversacion siguiente :

— « ¿ Quién sois ?

— » Juan de Rada, señor.

— » ¿ Qué es esto, Juan de Rada, que dicen que andais comprando armas para matarme ?

— Es verdad, señor, que he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.

— ¿Pues qué causa os mueve ahora mas que en otro tiempo á proveeros de armas?

— Porque nos dicen, señor, y es público que Su Señoría recoge lanzas para matarnos á todos. Acabénos ya Su Señoría y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo porque se tiene respeto á los piés. Tambien se dice que Su Señoría piensa matar al juez que viene enviado por el Rey; si su ánimo es tal, y determina dar muerte à los de Chile, no lo haga con todos: destierre Su Señoría á D. Diego en un navío, pues es inocente; que yo me iré con él á donde la ventura nos quisiere llevar.

— ¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez; ya estuviera aquí, si se hubiere embarcado en el galeon que yo le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí de caza, y entre cuantos ibamos, no había quien llevase una lanza; mandé á mis criados que comprasen una y ellos han comprado cuatro. ¡Plégue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez y estas cosas hayan fin y Dios ayude á la verdad!

— Por Dios, señor, qué me han hecho empeñar en mas de quinientos pesos que he gastado, en comprar armas y por esto traigo una cota para defenderme de quien me quisiere matar.

— No plégue á Dios, Juan de Rada, que yo haga tal.

En el momento de la despedida, Valdesillo, el loco de palacio, que estaba con los interlocutores, gritó: ¿Porqüé no le das de esas naranjas? — Dices bien, contestó Pizarro; dió á Rada seis naranjas que eran de las primeras en Lima y le dijo al oido: — « Pedid con franqueza lo que necesiteis. »

El noble caudillo juzgando por su corazon á sus enemigos, descansó en las palabras de Rada; mas los de Chile fijaron el domingo, 26 de junio, para asesinarle, cuando volviera de la iglesia. Uno de los conjurados reveló en confesion el secreto al clérigo Benao, el confesor lo descubrió á Picado y el secretario á Pizarro.—« Ese clérigo obispado quiere, » contestó friamente el Marques. En aquella noche, habiéndole renovado el aviso el mismo Benao con toda reserva, en casa de su hermano Martin de Alcántara, donde estaba cenando, respondió tambien con rostro sereno: — « Son dichos de Indios, y ese es alguno que quiere le regalen un caballo. » — Sin embargo concibiendo algun inquietud, no volvió á probar la comida, se retiró á palacio con sus hijos y previno al juez Velasquez, con alguna tibieza que tomara medidas de seguridad. Al acostarse, habiéndole manifestado un paje que por toda la ciudad corria la voz de que al dia siguiente le matarian los de Chile, le replicó con enojo: — « Esas cosas no son para tí, rapaz. » Pero se quedó

muy pensativo. A la mañana siguiente oyó la misma en palacio, pretextando que una indisposicion le impedia salir á la iglesia y encargó á Velasquez que prendiera á los de Chile. El indolente alcalde habia contestado á la prevencion de la noche anterior : — « No tema Su Señoría que miéntras yo tuviere esta vara en la mano, nadie se atreverá ; » y aseguró en aquella hora que procederia contra los conspiradores ; mas se fué á misa sin tomar providencia alguna.

Unos veinte conjurados se iban reuniendo en la casa de Almagro que estaba situada junto á la Plaza-Mayor, por el lado del actual callejon de los clérigos ; una bandera blanca, que era la señal convenida para la reunion, como habia sido para la captura de Atahualpa, ondeaba en una ventana alta de aquella casa ; al saber que el Gobernador no salia á la iglesia, se sospechó que todo se hubiera descubierto ; algunos pensaban en dispersarse ; los mas estaban por el ataque inmediato y se adoptó esta resolucion porque entró un tal Pedro de San Millan, todo turbado, diciendo : — « ¿ Qué haceis ? que de aquí á dos horas nos han de matar á todos ; así me lo ha asegurado el Tesorero Riquelme. »

Despues de haberse cerciorado de que las autoridades estaban desprevenidas, y deteniendo en la casa á Montenegro, vecino de Lima, que habiendo pasado por allí, se esforzó en vano por disuadirles de su atentado ; salieron los veinte conjurados á la plaza,

gritando : « *¡Viva el Rey! ¡muera el Tirano!* » Gomez Perez que era de su número, dió un rodeo para no pasar por un charco de agua ; reparólo Juan de Rada y entrándose por el charco, exclamó : — « Vamos á bañarnos en sangre humana, y ¿rehusais mojar los piés en agua? Ea, volvéos, vos no sois para el caso ; » y no le permitió asistir al hecho. Otros conjurados tomaban las calles inmediatas para impedir que los amigos del Marques vinieran pronto en su auxilio ; las personas indiferentes ó tímidas, que despues de la comida del mediodía, habian salido á pasearse, al oir los gritos de los sediciosos, exclamaban : « van á matar al Marques ó á Picado ; » pero un paje de Pizarro que se hallaba en la plaza, se entró de carrera al palacio, gritando : « ¡ Al arma, al arma ! ¡ los de Chile vienen á matar al Marques, mi señor ! »

Los conjurados pasaron la primera puerta, la cual, á haber estado cerrada, no hubieran podido forzar ni ellos, ni cien hombres mas ; repitieron en los patios sus furiosos gritos ¡ Viva el Rey ! ¡ muera el tirano ! añadiendo Rada, « dichoso dia en que Almagro sera vengado por sus amigos ; » y ahuyentaron á dos ó tres criados. Un gran número de caballeros que en aquella hora hacian la corte al Gobernador, alarmados por las voces del paje, bajaron al primer descanso de la escalera ; pero al ver tan cerca á los asesinos, se dispersaron, descolgándose los mas por las ventanas del jardin : uno de las primeros fué Velasquez quien por

dejar las manos desembarazadas se pusó la vara entre los dientes, cumpliendo de una manera tan extraña sus ofrecimientos de la víspera.

Pizarro siempre sereno, encargó al capitan Chaves que cerrara la puerta de la sala, miéntras se armaban él, su hermano, un caballero llamado D. Gomez y dos pajes; aturdido el capitan dejó la puerta expedita y dijo á los agresores : — « ¿Qué es esto? señores, no se entienda commigo el enojo del Marques, yo fui siempre amigo, mirad que os perdeis ; » pero recibió por toda respuesta una estocada mortal ; y despues de matar á dos criados que le acompañaban, penetraron los de Chile en la antesala para dar principio á un ataque que la desigualdad de fuerzas convertia en asesinato : eran diez y nueve guerreros vigorosos contra dos hombres, dos muchachos y un viejo.

Pizarro se parapeta en la puerta de su cámara, terciada la capa al brazo, la espada en mano y sin haber tenido tiempo de ajustarse la coraza. — « ¿Qué desvergüenza es esta? exclama con el brio de sus mejores años, ¿cómo? ¿habeis venido á matarme en mi propia casa? ¡á ellos, hermano, que traidores son! » — Con la pujanza que aterró á los salvajes de Punta-Quemada, hace caer á dos asesinos bajo los filos de su espada. Los demas penetran en la cámara, por que les grita Juan de Rada « ¿qué tardanza es esta? ¡ea! ¡acabemos con el tirano! »

y de un empellon arroja hácia la puerta á su compañero Narvaez, que era de los mejor armados. Es muerto Martin de Alcantara, mueren tambien los dos pajes y cae gravemente herido D. Gomez. Pizarro, solo, acosado por todas partes y pudiendo apénas sostener la espada en su fatigada mano, recibe entre otras una herida mortal en la garganta; cae clamando *¡Jesús!* con voz moribunda; hace con el dedo una cruz en el ensangrentado suelo; bésala y en la inclinada cabeza le dan con una jarra llena de agua un recio golpe que le despena.

De esa suerte fué muerto, en su palacio, á las doce del dia, en su ciudad favorita, entre sus compañeros y agraciados, por un puñado de hombres atrevidos, el Conquistador del Perú que habia atacado el imperio de los Incas con audacia de gigante. El hijo desgraciado de un amor ilegítimo, porquerizo en su niñez, soldado de Italia en su juventud, domador de salvajes en la edad madura, jefe de cruzada y gobernador de turbulentos colonos en sus últimos años, no ofrece uno de esos carácteres completos cuyo genio admiramos y cuyo excelente corazon inspira amor; mas sus faltas que fueron las de su carrera, las de su siglo y las de su educacion no destruyen ni los altos hechos, ni el sentimiento de lo grande, ni otras bellezas morales que le colocan entre los hombres extraordinarios. España debió á Pizarro su mas preciosa conquista y el Perú las primeras ciudades

cristianas, junto con los gérmenes de su actual prosperidad.

Los amigos de Pizarro que habian acudido á su socorro, huyeron ántes de tiempo, porque el cauteloso Rada habia dejado á la puerta de palacio á uno de los conjurados para que, miéntras se consumaba el crímen, estuviera gritando « ya es muerto el tirano. » Los asesinos querian arrastrar el cadáver á la plaza para hacerle pasar por la ignominia del cadalso; pero á súplicas del obispo electo de Quito, toleró Almagro que se le hiciese un humilde entierro como á escondidas. Juan de Bárbaran, que en otro tiempo habia estado al servicio del Marques, la mujer de Bárbaran, algunos negros y otros criados fieles le vistieron precipitadamente el hábito de Santiago, sin detenerse en calzarle las espuelas doradas, como era de costumbre; luego le envolvieron en una sábana de algodon, y encendidas unas pocas velas y dichas de prisa algunas oraciones, le enterraron en un ángulo de la iglesia matriz, que despues se llamo de los Naranjos y en el que por muchos años se acostumbró sepultar á los reos. Restablecida la paz, se encerraron sus huesos en una caja de terciopelo morado, con pasamanos de oro; en 1607, fueron trasladados á la nueva catedral y se les colocó á la izquierda del cádaver del buen Virey Mendoza. Los hijos de Pizarro fueron recogidos por los mismos criados que no temieron sepultar con honor el cadáver del padre; el

varon murió muy joven y doña Francisca fué llevada á España por D. Martin Ampuero que habia tomado por esposa á doña Ines Huailas Ñusta, y la Corte la consideró mucho hasta que casó con su tio Hernando.

CAPITULO II

DOMINACION DE ALMAGRO EL JOVEN.

Con las espadas teñidas en la sangre del Gobernador salieron de palacio los de Chile gritando, « muerto es el tirano, viva el Rey, póngase la tierra en justicia, viva Almagro ; » el audaz asesinato animó á los demas Almagristas que para decidirse aguardaban la marcha de los acontecimientos, y reunidos cerca de trescientos proclamaron Gobernador del Perú al jóven Almagro ; al mismo tiempo saqueaban el palacio y otras pocas casas, tomando en estas noventa mil pesos y cien mil en las habitaciones de Pizarro ; prendian á los principales vecinos, y buscando con solicitud á Picado, le hallaron bajo la cama de Riquelme. Cuentan que el buen Tesorero les decia : « no sé, donde está el Sr. Picado » y que señalaba con sus miradas el sitio donde se habia escondido el

infeliz secretario. La ciudad se llenó de espanto y confusion : amenazaban muchos con venganzas feroces, lloraban las familias de los perseguidos y temia la mayoría por sus personas ó por sus haciendas; mas los Religiosos de la Merced salieron con el santísimo sacramento en solemne procesion y se ordenó por bando bajo pena de la vida que los vecinos se retiraran á sus casas. Restablecida así la calma, y depuestos los alcaldes ordinarios que no eran del partido triunfante, fué reconocido á las dos de la tarde por el ayuntamiento y por los oficiales reales el nuevo gobernador que se instaló en palacio despues de pasear la ciudad á caballo al son de clarines y trompetas.

El asesinato de Pizarro no dejaba vacante el gobierno del Perú para el que, con feliz prevision venia nombrado Vaca de Castro, sino que levantaba un cadalso; los Almagristas previeron que su castigo no se haria aguardar mucho, si no lograban imponer con la fuerza; su primer cuidado fué por lo mismo alistar un ejército que diera la ley á la colonia. Los que siempre habian seguido su bando, los que por cualquier motivo estaban descontentos de los Pizarros, la gente perdida que acudia al Perú atraida por la fama de sus riquezas ó por la licencia de costumbres, muchos que aspiraban á mejorar de repartimientos y otros fáciles de contentar con pequeñas dádivas, ofrecieron el contingente necesario de soldados ; los quintos del Rey junto con los bienes de difuntos y ausentes

suministraron fondos; los vecinos de Lima de grado ó por fuerza habian dado armas y caballos.

Para que la autoridad de Almagro fuese reconocida por las demas ciudades, se prometió gobernar en paz y en justicia, se procuró ganar á los tenientes de Pizarro ó se amenazó con la fuerza; Trujillo, Huamanga y Arequipa se sometieron espontáneamente; San-Miguel no pudo resistir á Garcia de Alvarado que con alguna tropa marchó á asegurar las colonias del Norte; el Cuzco, cuyos principales vecinos estaban ausentes ó querian ganar tiempo, hubo de ceder al motin provocado en favor del nuevo Gobernador, por los Padres de la Merced y por unos ochenta vencidos en Las Salinas. Como ya aparecian síntomas de una violenta oposicion, se trató tambien de legitimar de algun modo el poder usurpado, ganando la opinion y la autoridad. Publicábase que D. Diego Almagro, por los derechos y eminentes servicios de su padre, era el jefe llamado á conservar el órden en el Perú, á favorecer los progresos de la colonia y á seguir la gloriosa carrera de los conquistadores. Se presentaba el fin trágico del Marques como un acto de la Providencia divina; Dios habia permitido que el culpable recibiera una herida mortal cuando los amantes de la justicia fueron á prenderle para salvar sus vidas y para tenerle á disposicion del Comisionado Regio. Para que algun título legal engañase al vulgo, se escribió á la Audiencia de Panamá repetiéndole aquellas groseras

imposturas, y solicitando la confirmacion interina del gobierno de Almagro que, reconocido por los Oficiales Reales, por el Ayuntamiento y por todo el país, habia contenido las pasiones desencadenadas.

Tarde invocan la razon y la autoridad los que para asaltar el poder se sobrepusieron á todo consejo y se levantaron con sola la violencia. La inflexible lógica del crímen arrastraba á los asesinos de Pizarro á persecuciones arbitrarias que aceleraban su ruina : el 29 de setiembre, cortaron públicamente la cabeza á Picado por que ni con los buenos tratamientos, ni con el tormento consiguieron que descubriera los supuestos tesoros del Marques ; el camarero Alfonso de Cabrera que con otros pocos amigos se habia levantado para vengar á su amo, habiendo sido tomado cerca de Santa y conducido preso á San-Miguel por Garcia de Alvarado fué condenado á muerte, junto con otros dos compañeros por *amotinadores;* igual suerte cupó á un tal Orihuela recienvenido de España por haber tenido la imprudencia de anunciar el fin próximo de aquellos tiranos. La discordia no tardó en debilitar á los jefes Almagristas : el mayor número llevaba á mal que Rada, siendo un simple caballero gobernase el país bajo el nombre de D. Diego; el capitan Chaves que habia expresado su descontento con mas libertad, fué condenado á muerte porque resentido de un desaire se presentó á su caudillo con las armas y el caballo diciendo que ya no queria ser su amigo; el capitan,

Pedroso, que había tomado la defensa de Chaves, fué desterrado de Lima; los hombres moderados del partido habian reprobado el asesinato del Marques y se retraian cada dia mas, viendo las nuevas violencias; los espíritus temerarios querian llevar la sedicion hasta su último término, haciéndoselo perdonar todo por la sola razon de ser los mas fuertes. Ademas de la diferencia de opiniones, del choque de aspiraciones y de las pasiones que había desencadenado, tenia la revolucion contra sí al partido de Pizarro y á cuantos por afeccion ó por cálculo estaban prontos á reprimir el ultraje inferido á la autoridad real: por todas partes aparecia una reaccion formidable; Alonso de Alvarado, fiel siempre á la amistad y amante de la gloria, había reunido en Chachapoyas cerca de trescientos hombres, y rechazadas con indignacion las ofertas de los asesinos de Pizarro, escribió á Vaca de Castro que estaba á sus órdenes; Juan de Vergara tenia tambien en Jaen cien hombres dispuestos á unirse al Gobernador y en el Cuzco se armaba una fuerza impaciente por abrir la campaña. Gomez de Tordoya, padre de uno de los pajes muertos al lado del Marques supo los sucesos de Lima al volver de caza; torciendo el cuello á su alcon exclamó: — « ahora es tiempo de pelear y no de cazar; » y en compañía del capitan Castro y otros vecinos del Cuzco se fué en busca de Peralvarez Holguin que con cien hombres había salido á la conquista de los Chunchos.

El indeciso Holguin no vaciló en regresar á la ciudad despues que todos le ofrecieron ponerse bajo sus órdenes; reconocido allí como capitan general, reforzado por Pedro Anzurez que le traia de La-Plata algunos soldados, capitanes distinguidos y cuantiosos fondos, apoyado por los principales vecinos de Arequipa que llegaron bien equipados, y provisto de fondos con los quintos del Rey que todos los caballeros se comprometieron á reponer de su hacienda, si S. M. desaprobaba el gasto, sometió á los Almagristas del Cuzco; mas no sintiéndose bastante fuerte para triunfar por sí solo, se dirigió al Norte para reunirse con Alonso de Alvarado y otros partidarios de Pizarro que estaban escondidos ó dispersos.

Los Almagristas conocieron á su pesar la gran diferencia que hay entre asaltar el poder y conservarlo: les sucesos los llevaban mas léjos de su prevision; habian querido vengarse de un hombre y ahora se levantaban contra ellos la justicia y las pasiones; la dilacion y la actividad les eran igualmente peligrosas; sin grandes esfuerzos no podian escapar al castigo y la lucha iba á traer sobre ellos las armas del Gobierno. Si marchaban contra Vaca de Castro, ningun triunfo impediria que mas tarde ó mas temprano expiaran su insurreccion abierta contra la Corona. La fuga á Chile que algunos proponian, no era consejo aceptable por hombres valerosos. La inaccion era mortal para un partido que, no estando sostenido ni

por la opinion, ni por la ley, debia pasar como las pasiones semejantes al huracan en la fugacidad y en la violencia : declarada una vez la guerra civil, hasta los cobardes é indiferentes habian de pronunciarse contra los rebeldes á nombre de la lealtad y en la perspectiva de los favores regios. No había otra esperanza de salvacion que los triunfos rápidos : salir al encuentro de Holguin, despues de su fácil derrota caer sobre Alvarado, y, vencido este, arrancar por la fuerza á Vaca de Castro una amnistía completa.

Resueltos los Almagristas á marchar contra Holguin, salieron de Lima en la direccion de Jauja; mas el desacuerdo y la imprevision iban á impedir el buen éxito de esta prudente determinacion; no tardaron en retirarse Saavedra, Gomez de Alvarado y otros jefes que no estaban por la guerra; por enfermedad de Rada, que era el hombre necesario en el consejo y en la accion, se disputaron la direccion de la campaña Garcia de Alvarado y Cristóbal de Sotelo : esforzados ambos y experimentados en la guerra, pero celosos el uno del otro hasta el último extremo. Ademas Garcia de Alvarado era un mozo de veintinueve años que á nadie temia ni á nadie respetaba, y perjudicaba igualmente á contrarios y amigos con su presuncion y desenfreno.

Los embarazos que en el campo de Almagro causaba la condicion de los jefes, permitieron á Holguin avanzarse sin obstáculo hasta las cercanias de Jau-

ja; los Huancas pusieron en sus manos el destacamento Almagrista que se habia adelantado á tomar posesion del valle, y esta importante captura le sugirió un estratagema sencillo para eludir el desigual combate. Habiendo condenado á muerte á los prisioneros, perdonó á algunos bajo la obligacion de que en el campo de Almagro le proporcionaran secretas inteligencias, porque, segun les dijo, queria acercarse aquella noche contando con ser auxiliado oportunamente; Almagro en quien habia infundido sospechas la excepcion hecha en favor de estos soldados, les hizo confesar en el tormento el secreto encargo del enemigo y dando por seguro el ataque en aquella noche, aguardó en su posicion. Entre tanto el diligente Holguin desfiló por otro lado y aunque procuraron darle alcance, pronto hubieron de retroceder sus perseguidores por falta de recursos y porque les molestaban mucho las lluvias del otoño.

Por muerte de Rada, cuya constitucion debilitada por la edad no pudo resistir á las violentas emociones y á las continuas fatigas de los últimos meses, nombró Almagro su capitan general á Garcia de Alvarado; queria enviarlo á Lima por hierro, pero desistió de este propósito recelando que las violencias de los suyos en la ciudad de los reyes declarada ya en favor de Vaca de Castro hicieran mas difícil la reconciliacion con el Gobierno. Por evitar iguales agravios se renunció tambien á la persecucion de Holguin y de

Alonso de Alvarado á los que no se podria dar alcance, sino despues de una marcha de centenares de leguas y cuando probablemente se hallaran reunidos con el Comisionado Regio y con el mayor número de leales vasallos. No quedó por lo tanto otro partido que dirigirse al Cuzco, capital del gobierno de la Nueva-Toledo, en el que Almagro podia reforzarse y defender su autoridad legítima; Sotelo, que había sido nombrado Mariscal de campo, se adelantó con un corto destacamento y entró sin oposicion en la ciudad imperial, aunque pocos dias ántes habia reconocido su Ayuntamiento la autoridad de Vaca de Castro; el ejército que salió despues y descansó en Vilcas, así como un destacamento que á las órdenes de Garcia de Alvarado había bajado por Lunahuaná, para sacar recursos de Arequipa, llegaron tambien sin contrastes y con el intervalo indispensable.

En el Cuzco estuvieron los Almagristas cerca de perecer por sus propios furores; la discordia entre Alvarado y Sotelo se había convertido en odio mortal y cada uno de ellos tenia partidarios animados de igual encono. El primero entró en casa de Sotelo y habiéndole provocado á un desafío, no obstante hallarle muy enfermo, le hizo asesinar allí mismo por uno de los que habian venido con él; Almagro que sentia doblemente este atentado por su afecto á Sotelo y por el desacato hecho á su autoridad, hubo de tolerarlo temiendo mayores males; mas el culpable á

quien no se ocultaba la mala voluntad de su caudillo, pretendió asesinarle tambien, para entrar en transacciones con Vaca de Castro. En un convite á que había invitado á uno y á otro Pedro de San Millan deseando reconciliarlos, reinó por la mañana una aparente cordialidad; sin embargo la cena debia ser reemplazada por la muerte de uno de los dos convidados. Advertido con tiempo Almagro de lo que su capitan general intentaba, se finjió indispuesto y se quedó en sus habitaciones rodeado de hombres de su confianza; Alvarado aunque avisado tambien con anticipacion del riesgo que corría, entró á verle y le dijo cortesmente : — « Señor, yo espero que vuestra indisposicion no será nada, debeis esforzaros un poco por que con esto estaréis mejor; comeréis lo que gusteis, pero al ménos nos honraréis poniéndoos, como nuestro jefe, á nuestra cabeza. » — El fingido enfermo, como si cediera á estas reflexiones, pidió su capa; hizo una seña á los emboscados que suponian se tratase solo de una prision y les gritó : — « No preso sino muerto. » El infeliz Alvarado quedó en el sitio exclamando : — « ¡ Qué es de mis amigos ! »

El atrevido golpe permitió á Almagro desplegar una capacidad que nadie habria esperado de su inexperiencia ni de sus años y reanimó el expirante partido de Chile. Como si el jóven caudillo hubiera tenido comprimido su genio bajo una humillante tutela, despues de haber tomado la direccion exclusiva del gobierno

reveló tanta energia como prevision; sofocó todos los gérmenes de discordia imponiendo á los muchos amigos de Alvarado, y se preparó á combatir bajo los mejores auspicios; Candia y otros hábiles Griegos fabricaron diez y seis cañones, ocho de ellos de grueso calibre y ocho de los llamados falconetes, los cuales, al decir de los castellanos, pudieran abrir brecha en el castillo de Burgos; con una mezcla de plata y cobre se forjaron armas tan bien templadas como las de Milan; el Inca Manco facilitó espontáneamente un gran número de las que habia tomado desde el principio de su levantamiento; tambien prometió un cuerpo de Indios á las órdenes de su hermano Paulo. Sin contar con estas fuerzas auxiliares disponia Almagro de quinientos buenos soldados, doscientos de ellos de á caballo, bien montados, cubiertos de malla y la mayor parte veteranos de su padre, y los otros trescientos infantes parte arcabuceros y parte alabarderos perfectamente equipados. El azufre abundante en las cercanías habia permitido hacer la pólvora necesaria. El tesoro estaba bien surtido merced á las minas de Porco y á los bienes que se habian tomado de los vecinos de La Plata.

La magnitud de sus fuerzas no hizo desconocer á D. Diego lo mucho que aventuraba al tomar las armas contra el enviado del Rey; y queriendo tentar primero la via de las negociaciones escribió á Vaca de Castro que — sus intenciones no eran disputarle el

gobierno de Nueva-Castilla, sino conservar el de Nueva-Toledo como su legítima sucesion, miéntras el Rey no ordenara otra cosa. Aunque su comunicacion estaba redactada en un lenguaje respetuoso, no recibió contestacion alguna; así es que forzado á combatir manifestó á sus tropas que iban á hacer la guerra, no contra el Rey, sino contra un Comisionado que, excediéndose de sus facultades, pretendía despojarlos de sus derechos adquiridos. — « Siempre leales y fieles, exclamó, matamos al Marques para tomar por nuestras manos la justicia que se nos negaba; de igual suerte la sangre que ahora se derrame, caerá sobre la cabeza del ambicioso Vaca de Castro que nos obliga á defender lo que es nuestro. »

De este parecer eran tambien los soldados; pero, á fin de ligarlos mas, se procedió á reconocer al Gobernador de la Nueva-Toledo de la manera mas solemne: se leyeron las provisiones en que se señalaba la jurisdiccion del Mariscal y se le autorizaba á nombrar su sucesor, conforme á las que habia legado á su hijo el gobierno de la Nueva-Toledo; luego se levantó en el campamento un altar, y, puestas las manos sobre la cruz, juraron todos morir en defensa de su amado caudillo.

CAPITULO III

GUERRA ENTRE VACA DE CASTRO Y ALMAGRO.

El Emperador condecoró á Vaca de Castro con el hábito de Santiago á fin de que viniese al Perú mas autorizado, y en la visita de despedida le manifestó que esperaba de su justicia y experiencia el sosiego estable de la colonia. Solícito por cumplir la voluntad suprema, se embarcó Vaca de Castro en Sevilla, á fines de 1540; despues de haber cumplido ciertas prevenciones del Rey en Santo-Domingo y Puerto-Rico, llegó á Nombre-de-Dios, á principios de enero de 1541; en el istmo encargó á un letrado de su confianza la residencia de los Oidores; se embarcó para el Callao, convoyado por varios buques, sin pérdida de tiempo, y sin haber querido admitir el galeon de Pizarro por no aparecer parcial; siendo dispersada la flota por una tempestad cerca de la isla del Gallo, resolvió continuar el viaje por tierra, receloso de que no le

detuviesen demasiado los vientos contrarios; ántes de dar con el puerto de Buenaventura estuvo expuesto á naufragar y á morir de hambre; llegado á tierra, unas fiebres malignas le pusieron al borde del sepulcro; no habiendo podido restablecerse con la permanencia de dos meses en Cali, continuó la marcha enfermo por no llegar demasiado tarde al Perú; y en Popayan supo par Aldana la revolucion de los Almagristas que puso en duda, haciendo grandes elogios del Marques, sin mostrar gran sentimiento por lo que se decia de su muerte. Postrado por sus dolencias, nuevo en la tierra, extraño á la profesion de las armas, sin recursos y desconociendo la fuerza de los rebeldes, hubiera podido ceder sin deshonor á las tímidas reflexiones de los que le aconsejaban el regreso á Panamá, para emprender por mar el viaje á Lima, al frente de una respetable escuadra; pero no queriendo destruir, con esta muestra de debilidad, el prestigio del poder real, contando con la lealtad española que en aquel siglo rayaba en heroismo, y temiendo que la demora diese fuerzas á la insurreccion, siguió adelante con mas fuerza de voluntad que de cuerpo. Benalcazar, que ya era gobernador de Popayan por el Rey, y que habia acudido á su llamamiento, le aconsejó que se presentara unicamente como Comisionado Regio para no herir la susceptibilidad del Gobernador de Nueva-Toledo; pero él hizo valer el título que le autorizaba á ocupar la vacante de Pizarro,

pidió auxilios á todos los capitanes de las provincias vecinas, y mandó agentes á las ciudades del Perú para que reconocieran su gobierno.

Quito, Puerto-Viejo, Guayaquil, San-Miguel y Trujillo reconocieron luego la autoridad de Vaca de Castro, Lima á otra dia de haber salido por la sierra el ejército de Almagro, y el Cuzco cuando marchaban sobre él los rebeldes; se recibió la carta de Alonso de Alvarado; llegaron voluntarios de las cercanías de Quito; Pedro Puelles, que mandaba en esta ciudad por ausencia de Gonzalo Pizarro, presentó su gente; algunas herramientas de mineria que se hallaron enterradas, fueron trasformadas en cien arcabuces; de espadas viejas, ballestas y herraduras quebradas se hicieron mas de trescientos hierros de picas; y, por cuanto los Almagristas decian que no se los podria vencer sino trayendo de España cuatrocientos caballos aderezados, se puso toda diligencia para formar algunos escuadrones. El animoso Gobernador contando con la pequeña fuerza que estaba á sus órdenes y con la que, en el Perú, le aguardaba, se creyó dispensado de contemporizar con Benalcazar que habia favorecido la fuga de Pedroso, el asesino de Pizarro, desterrado de Lima por Rada, y que habia dicho que su ahijado hizo bien en vengar la muerte de su padre; por lo que primero con amonestaciones y luego por un auto irrevocable le ordenó que se volviese á su gobernacion de Popayan. El recibimiento lisonjero

de San-Miguel y Trujillo, la llegada de Pedro de Vergara con los expedicionarios de Jaen y la noticia de que Alonso de Alvarado y Peralvarez Holguin le esperaban en Huaras, movieron tambien á Vaca de Castro, á tomar esta direccion en vez de marchar á Lima donde hubiera podido presentarse como neutral.

Reinaba la discordia entre los jefes de Huaras: los dos caudillos aspirando al mando superior del ejército conservaban sus campos separados; Holguin envidiaba á Pedro Anzurez la parte que le habia cabido en el movimiento del Cuzco; muchos oficiales intrigaban por el premio, ántes de haber alcanzado la victoria. Vaca de Castro para ahogar en su gérmen disensiones tan peligrosas en una situacion que exigia armonía completa de miras, se propusó conservar la unidad junto con el prestigio del poder, tomando la direccion suprema de la campaña: tuvo la habilidad de hacer renunciar en favor suyo á Holguin y Alvarado las respectivas pretensiones, y aunque extraño al arte de la guerra, se condujo tan bien, como si su única profesion hubiera sido la de las armas. Habiendo enviado el grueso de las fuerzas al valle de Jauja, se dirigió con un pequeño destacamento á Lima cuyos vecinos le recibieron con entusiasmo. Sesenta mil pesos que prestó el comercio, diez y ocho mil confiscados á un partidario de Almagro y algunos donativos del vecindario administrados con la mas estricta economía sirvieron para comprar muchos útiles de guerra,

para favorecer á muchos soldados y para vestir á la gente de Vergara que entre sús lucidos compañeros del Cuzco y Chachapoyas se avergonzaba de sus hárapos de la montaña; se consiguió recoger las armas y caballos que habian escapado á la rigorosa requisicion del enemigo, y con excepcion de pocos encomenderos sordos á todas los excitaciones, los de Lima y Arequipa, inclusos los partidarios del viejo Almagro, se alistaron bajo la bandera real. El político Gobernador sabía atraerlos bien con dádivas, bien con promesas, y recordando á todos la fidelidad que al Rey debian.

Habiendo confiado el mando de cinco buques surtos en el Callao á un Juan Perez de Guevara, y advertidos los vecinos de Lima de que debian embarcarse con sus bienes si el enemigo se aproximaba mucho, se apresuró Vaca de Castro á reunirse con las fuerzas de Jauja; en el valle recibió una carta de Gonzalo Pizarro ofreciéndole sus servicios; mas sin dejar de agradecer su buena voluntad le aconsejó que permaneciera en Quito descansando hasta que las circunstancias hicieran necesaria su venida al ejército; probablemente quería tener léjos al altivo caudillo cuyas pretensiones á la sucesion del Marques eran públicas y cuya presencia habria quitado á los Almagristas toda esperanza de perdon; con su discreta intervencion cortó la rivalidad entre Alvarado y Holguin entre los que ya se habia concertado un desafío; formó dos compañías nuevas y dió el mando de los arcabu-

ceros al bachiller Juan Velez de Guevara, tan dispuesto para las lettras como para las armas, que solia despachar los asuntos civiles por la mañana, vestido de letrado, y dirigía por las tardes los ejercicios militares con uniforme de capitan. Para prevenir al enemigo en la ocupacion de Huamanga, se envió por delante un destacamento de cuarenta hombres; y el ejército que salió pocos dias despues noticioso en el camino de que Almagro había llegado á Vilcas, apresuró su marcha con peligroso desórden.

Los Almagristas habian pensado dirigirse á los Charcas; pero para imponer á sus perseguidores se avanzaron hasta *el Apurimac*. Cuando se disponian á contramarchar, llegó de Lima un clérigo Marquez quien juró sobre la hostia consagrada que las fuerzas de Vaca de Castro venian mal armadas y no eran en tanto número como se había creido; animada la tropa con tal noticia quiso darles alcance y se continuó la marcha al Norte, entusiasmados jefes y soldados por su amable caudillo que se mezclaba en los ranchos, alijeraba con su solicitud las fatigas de la campaña y ostentaba las prendas militares de su padre. Sin embargo ni el caudillo, ni sus capitanes se resolvian á combatir contra el Comisionado Regio y por si aun era posible la conciliacion le escribieron cartas respetuosas: en ellas se quejaban, en términos moderados de que el juez de S. M. entregado á los Pizarros trataba como rebeldes á leales servidores, sin darles

oido; recordaban los males de la guerra, y prometian obediencia, como se les hiciera justicia.

Vaca de Castro dando buen acogida á este mensaje, contestó á Almagro con sus mismos enviados que él y los suyos podrian volver á la gracia del Rey, si se disolvia el ejército rebelde y eran entregados á la justicia los asesinos de Pizarro; el perdon ofrecido bajo la condicion de sacrificar á los compañeros de armas fué rechazado como un insulto que se hacia á guerreros honrados; pero como el Comisionado Regio mostraba deseos de un arreglo pacífico, todavía se deliberó en el campo almagrista sobre la posibilidad de conseguir un avenimiento decoroso. Desgraciadamente en estos críticos instantes fué aprehendido un emisario español que disfrazado de indio venia á seducir los capitanes y tambien se sorprendió una carta escrita á Candia por su yerno en la que este le aconsejaba que procurara inutilizar la artillería puesta bajo sus órdenes. El conocimiento de esas pérfidas tramas con que en las guerras civiles no temen deshonrarse algunos caudillos, hizo inevitable el combate; el emisario fué ahorcado y los comisionados que hablaban de paz, difícilmente hubieran escapado con vida, si no se les hubiera vuelto á enviar á Huamanga con mensajes insolentes para provocar la cólera del enemigo.

Para luchar en terreno ménos desfavorable á las maniobras de caballería sacó Vaca de Castro su ejér-

cito de las escabrosidades de la antigua Huamanga á las llanuras de Chupas que á unas cuatro leguas en la direccion de Vilcas se extienden entre colinas suaves. Por si algunos recelaban incurrir en la coléra del Rey como los combatientes de Las Salinas, sentenció en toda forma á los rebeldes á la pérdida de vida y haciendas, como reos de lesa-Majestad y conforme á la ley tercera, título xxx, de la segunda partida ; y mas que con su sentencia disipó los escrúpulos de los suyos prometiendo recompensar con los repartimientos mas valiosos á los que mas se distinguieran. Mucho mortificó á todos una noche fria y tempestuosa ; pero el sol del 16 de setiembre de 1542, dia en que debia darse la batalla, les devolvió el vigor perdido, brillando suave bajo el cielo puro de la sierra. Viendo que el enemigo desfilaba por la izquierda, como si intentara ocupar á Huamanga, se levantó el campo para salirle al encuentro y se logró darle alcance á las cuatro de la tarde. Querian algunos diferir el combate para otro dia ; mas Alonso de Alvarado hizo presente que debia aprovecharse el ardor de la tropa, y, resuelto el ataque inmediato, exclamó el Gobernador : — « ¿Quién tuviera el poder de Josué para detener al sol? »

La fuerza no pasaba de setecientos hombres mal equipados, y la artilleria estaba reducida á tres piezecitas, mas la inferioridad en esta arma estaba bien recompensada con el mayor número de infantes y caballos y sobre todo con los talentos militares del

Sarjento-Mayor Francisco Carvajal, guerrero que había pasado mas de cuarenta años al lado de los primeros capitanes de Europa, y que, no obstante su edad octogenaria y su obesidad enorme, se presentaba en los peligros con el vigor de la juventud, con el humor mas festivo y con tanta sangre fria como audacia. Conforme á los consejos de Carvajal la infantería apoyada por la débil artillería se colocó en el centro y la caballería en las alas, confiándose la izquierda con el estandarte real á Alvarado y la derecha á Holguin; el capitan Castro llevaba los sobresalientes; y cuarenta caballos de los que la mitad había sido escogida del cuerpo de Alvarado, quedaron de reserva para obrar á las órdenes inmediatas de Vaca de Castro. Holguin, Gomez Tordoya y otros capitanes se pusieron sobrevestas de damasco blanco para desafiar el peligro; el Gobernador había querido romper la primera lanza; pero disuadido de esta temeridad, se contentó con vestir sobre un vestido de brocado el hábito de Santiago y montado en un gentil alazan, excitó al combate con estas pocas palabras que comprendian tan grandes cosas: — « El fin de esta guerra civil que tanto habeis deseado, presente lo teneis; ya no resta sino el trabajo de la batalla, estando juntos los contrarios para ser vencidos de una vez; pero es necesario que allaneis el camino con vuestras espadas, si deseais vivir con sosiego en vuestras casas. La justicia clara que tenemos, asegura

nuestra victoria y acobarda á nuestros enemigos. Pensad que sois españoles, que dais esta batalla á la vista del Emperador, nuestro señor, de vuestros deudos y amigos, y que esta afligida tierra pide no la dejeis en poder de un tirano ; mirad las calamidades que persiguen á los vencidos. Hoy es el dia en que con vuestro valor habeis de justificar mi sentencia ; no deis lugar á que nuestros enemigos condenen vuestra lealtad : que á ningun vencido juzga por justo su vencedor. »

Entusiasmado el ejército de Vaca de Castro marchó á la pelea con tanta satisfaccion como si fuera una fiesta á que estuviera convidado ; y porque el camino directo le exponia á las descargas de la artillería enemiga, dió un rodeo por una quebrada y marchó á cubierto hasta dar frente á los de Almagro.

El jóven caudillo había tambien animado á los suyos recordando en sentidas palabras la necesidad en que se hallaban de pelear por sus vidas y haciendas y añadiendo segun ciertos historiadores : — « Nunca estuvimos, ni estamos ahora contra el Rey ; el vencido será el traidor, los vencedores seran los leales ; cualquiera de vosotros que me traiga la cabeza de un vecino, obtendrá su repartimiento y la mujer, si el vecino fuere casado. » — Como Vaca de Castro, colocó en el centro la infantería y la artillería, y la caballería en las alas ; un numeroso cuerpo de indios á las órdenes del Inca Paulo se adelantó con los sobresalientes :

otros enjambres de indios permanecian en las alturas vecinas, llorando los unos por la suerte de sus amos, y regocijándose los mas en secreto de que sus opresores se destrozaran entre sí.

Les sobresalientes de Vaca de Castro ahuyentaron á los indios de Paulo con algunas descargas de arcabuces; el resto del ejército, cubierto por las colinas, se acercó al contrario que cediendo á un imprudente arranque de vanidad dejó su ventajosa posicion para salir á recibirlo; en esta nueva situacion la artillería almagrista hacia sus descargas demasiado altas y Candia suspendió los fuegos; receloso Almagro de una traicion le mató de una estocada y haciendo el mismo la puntería, disparó con tal acierto que abrió ancho claro en las filas enemigas. Los oficiales de Vaca de Castro no podian llenarlos sino á punto de espada; Holguin y Gomez Tordoya ofreciendo un buen blanco por causa de sus sobrevestas caian á los primeros tiros; se perdia un tiempo precioso para adelantar la artillería; los soldados pedian á gritos que avanzase la caballería; Carvajal aguardaba que se amortiguase el cañoneo de los contrarios que le había hecho perder unos treinta hombres; pero al fin dió órden de avanzar abandonando sus piezecillas; un capitan se arrojó á la pelea y en un instante se mezclaron todos al son de los instrumentos militares y á los gritos de *¡ Viva el Rey !* Vaca de Castro; *¡ Viva el Rey !* Almagro. Era una escaramuza, si solo se tiene

en cuenta el número de los combatientes que ascendia á unos mil doscientos; mas nos ofrece esfuerzos gigantescos y una victoria tan disputada como la de Ravena.

La caballeria de Vaca de Castro marcha á galope contra la de Almagro que corre á recibirla en el llano; al rudo choque caen muchos hombres y caballos; hechas astillas la mayor parte de las lanzas, trábase la lid con espadas, mazas y hachas, sin darse cuartel, amigos á amigos, ni deudos á deudos, ni hermanos á hermanos; algunos caballeros manejando con ambas manos gruesas cuñas, como las que sirven para partir la madera, dan golpes tan recios que ningun casco ni armadura alguna pueden resistirlos; mézclanse á estos golpes los tiros de los arcabuceros y ballesteros, y la victoria esta en suspenso. La artilleria de Almagro jugando con acierto intimida á la infanteria del Gobernador; Carvajal, que nota esta vacilacion, arroja el escudo y coraza, exclamando: — « ¡ Vergüenza al que vuelva caras! seguid me á mí que ofrezco un blanco doble; » penetra con los mas valientes por entre el denso humo de las descargas, y en medio de una lluvia de balas se apodera de los cañones. Tambien grita oportunamente á la caballeria de Holguin — « ¡ Vergüenza, caballeros del Cuzco! » y aunque estos han perdido á su jefe, conservan firmes su puesto. La derecha debilitada por la falta de los caballos que se habia reservado Vaca de Castro, no

puede resistir el violento ataque que Almagro dirige personalmente. Ya el generoso jóven clama : — « ¡ Victoria ! ¡ prended pero no mateis ! » mas Vaca de Castro acorre en auxilio de los suyos con un ardor que no era de esperar de un letrado, en edad avanzada. Aunque los Almagristas derriban á trece de estos caballeros, es ese su esfuerzo supremo : atacados por un cuerpo que viene de refresco, diezmados por sus propios cañones, confundidos los de todas las armas y sintiendo la inferioridad de su número, buscan su salvacion en la fuga que las sombras de la noche hacen mas fácil; algunos escapan ya disfrazados con los vestidos y escarapelas rojas de algunos contrarios caidos durante el combate, ya mezclados con los indios auxiliares; su desgraciado caudillo se ve tambien obligado á retirarse, despues de haber hecho inútiles prodigios de valor y buscado la muerte hasta el último momento; mas el jóven Gerónimo de Alvarado se arroja á las armas enemigas gritando — « ¡ A mí que maté al Marques ! » y de la misma manera perecen sus compañeros de asesinato, Bilbao y Sosa que prefieren este género de muerte á la ignominia del cadalso.

Algunos de los fugitivos pudieron salvarse bien en las montañas, bien en retiradas estancias ; á otros Almagristas ménos afortunados se les alcanzó en la fuga y ciento cincuenta de ellos que habian buscado asilo en la iglesia de Huamanga, fueron tambien sometidos á un

juicio severo; en el campo de batalla perecieron mas de ciento, despues de hacer sufrir igual suerte á mayor número de sus enemigos. Algunos de los heridos murieron tambien, sea por el frio húmedo de la noche, sea á manos de los indios y negros que habian acudido á despojarlos.

Vaca de Castro hizo dar á los demas heridos los auxilios de la medicina, á los moribundos los consuelos de la religion y á los muertos sepultura. En cuatro fosos que se abrieron en la misma llanura de Chupas, se mezclaron los cadáveres de los que habian combatido con tanto encarnizamiento; solo á Holguin y á otros caballeros se les enterró con grandes honras. Los asesinos de Pizarro y otros treinta prisioneros, la mayor parte de ellos oficiales, sufrieron el último suplicio; otros cuarenta fueron desterrados despues de haber sufrido la mutilacion de una ó mas extremidades; los que de este número habian sido embarcados para Méjico, se alzaron con el buque y habiendo tocado en Panamá, fueron puestos en libertad por la Audiencia.

Satisfechos los rigurosos deberes de la justicia que en aquella época no conocia la compasion para con los rebeldes, se dirigió Vaca de Castro al Cuzco donde fué recibido no solo con la pompa del que triunfa, sino tambien con el fausto de un jefe supremo que pretende realzar á los ojos de la muchedumbre la dignidad de su cargo. Para dar por terminada la guerra,

quiso hacer justicia de Almagro que habia sido preso en aquella ciudad, por las autoridades puestas por el mismo, las cuales estuvieron muy solicitas para hallar gracia con el vencedor. El desventurado jóven hubiera podido salvarse, asilándose como pensaba en el campo del Inca; pero Diego Mendez que iba en su compañía y que deseaba ver á una amiga suya porfió porque entraran en el Cuzco; y aunque salieron luego que allí se supo la derrota de Chupas, fué alcanzado en el camino, escapando solo su compañero.

La inexorable razon de Estado aconsejaba robustecer el principio de la autoridad con grandes escarmientos y extinguir un nombre invocado por los espíritus turbulentos; mas movian á indulgencia las circunstancias del jefe de los rebeldes. No tenia el hijo de Almagro mas de veinticuatro años; cabalgaba con mucha gallardía; manejaba las armas con destreza; excedia en instruccion á sus compañeros de guerra; de elevados pensamientos, franco, generoso y valiente como su padre, daba por primera vez una idea ventajosa de los mestizos; se habia lanzado al crímen por la pasion ménos vituperable y habia caido en otros excesos arrastrado por las tentaciones mas violentas; hizo presente á Vaca de Castro que nunca habia pensado en faltar al Rey, sino en sostener sus propios derechos; condenado por un Consejo de Guerra á perder la cabeza apeló de sus jueces á la Audiencia de Panamá y al Rey, y no hallando misericordia sobre

la tierra, apeló tambien á la justicia del cielo.

Los últimos momentos de Almagro el jóven fueron dignos de un guerrero cristiano: recibidos devotamente los auxilios de la Religion, pidió que su cadáver fuese sepultado en la misma fosa y bajo los restos de su padre; al marchar al patíbulo protestó contra los que por pregon público le acusaban de traidor; ya con el cuchillo á la garganta pidió que no le cubriesen el rostro porque deseaba ver hasta el último momento la efigie de nuestro divino Redentor y, obligado á admitir el velo, entregó humilde su cabeza al verdugo.

LIBRO X

CONSUMACION DE LA CONQUISTA

CAPITULO I

SUMISION COMPLETA DE LOS INDIOS.

La caida de los Almagristas hizo perder á los indios las esperanzas que les habia hecho concebir el fin trágico de Pizarro. Creyeron muchos que la conquista no sobreviviria al Conquistador y que desaparecerian los españoles entre implacables discordias. Miéntras llegaba la hora en que se exterminaran unos á otros, se procuró en muchas partes saciar en ellos la sed de venganza comprimida por el terror en los últimos meses : fueron asesinados algunos que se dirigian del Cuzco á Lima con la seguridad que inspiraba el sosiego de la sierra ; igual suerte cupó á otros establecidos en repartimientos próximos á la Capital y á unos veinte traficantes que iban á Quito ; Illa Tupac amenazó á los encomenderos de Junin ; Guayaquil sufrió un estrecho cerco, y los naturales de la Puná, que tam-

bien tomaron parte en este sitio, habian muerto poco ántes al obispo Valverde, junto con otros partidarios de Pizarro que la revolucion habia ahuyentado de Lima.

Valverde había dejado su diócesis para interponer su poderosa mediacion en favor de los perseguidos; mas cuando vió, que ni echándose á los piés de Rada y Almagro había podido salvar á Picado, y que su hermano Velasquez estaba tambien expuesto á perecer en el cadalso, se apresuró á facilitarle la evasion y en su compañía y en la de otros amigos marchó á Tumbez. Infatigable en la conversion de los Indios quiso desplegar en la Puná el mismo zelo que en su obispado; pero los fieros isleños que no habian olvidado los hechos de Pizarro y que creian llegada la hora de saciar su rencor profundo contra los cristianos, no podian perdonar al predicador de la conquista. La órden de Santo Domingo cuenta á Valverde entre sus mártires por haber perecido á manos de los infieles ejerciendo su mision apostólica; la historia le trata con merecida severidad por la activa parte que tomó en la matanza de Cajamarca y en el proceso de Atahualpa; los amigos de Pizarro le ensalzaban como un fiel ministro de la religion, y Almagro el jóven le acusaba de olvidar el zelo religioso por los intereses de la tierra; los Indios le encontraban tan dispuesto á encender la hoguera contra los sostenedores de la idolatría, como á derramar su propria sangre por la conversion de

los infieles, ya defendiendo como Las Casas la libertad de sus neófitos, ya regocijándose de haber ganado muchas almas para el cielo, mediante los fieros hechos de los conquistadores, que hacian triunfar en la tierra la causa de la Iglesia.

Realmente la conquista cristiana era ya un hecho consumado que el Perú aceptaba, bien resignándose á la fuerza, bien sometiéndose de buena voluntad. El pueblo percibia claramente que era en vano resistir á los dominadores de América, fuertes con el sentimiento profundo de su mision civilizadora, sostenidos por la preponderancia que la España ejercia sobre el mundo civilizado y resueltos á seguir adelante, miéntras no les detuvieran la pobreza de los naturales y los estragos del clima. Siendo esta la conviccion nacional, los defensores del antiguo régimen perdieron el apoyo de la opinion pública ; las represalias feroces y las depredaciones á que su situacion los arrastraba, los hacian descender al rango de facciosos puestos fuera de la ley ; Vaca de Castro pudo escarmentar de paso á los que se habian alzado en el reino de Quito ; Illa Tupac hubo de rendirse á los españoles que andaban por Junin ; otros guerreros del imperio perecieron como criminales vulgares ó no debieron la tranquilidad de sus últimos dias sino á la oscuridad en que quedó envuelta su existencia ; los mas habian sucumbido con las armas en la mano ; los nuevos soldados mezclándose en las contiendas de los españoles se habian

acostumbrado á pelear por ellos y á menudo se interesaban mas por el triunfo de su caudillo extranjero que por el restablecimiento de sus antiguos señores.

Aunque todo cedia en torno suyo, Manco conservaba en Viticos su posicion y sus esperanzas : fiel á su politica de sostener la discordia entre los conquistadores y de debilitarlos apoyando al partido ménos temible, favoreció la revolucion de Almagro con hombres, armas y recursos, siguió dia por dia las vicisitudes de la lucha, y recibió bien en su campo á Diego Mendez, á Gomez Perez, el del charco, y á otros tres fugitivos de Chupas. A la llegada del primer Virey la violentísima revuelta de los conquistadores que no querian doblegarse al yugo de las leyes, le hizo creer que podria apoderarse del Cuzco de donde Gonzalo Pizarro había sacado la mayor parte de los vecinos y casi todos los caballos, y con esa confianza mandó por delante una fuerza considerable; pero esta fué detenida en el Apurimac por un destacamento español y los del Cuzco aparentaron mas poder del que tenian, haciendo salir à la plaza hasta los eclesiásticos montados en yeguas. Preguntó entónces el Inca á Diego Mendez, si el gran caudillo llegado á Lima seria bastante poderoso para defenderse de Gonzalo y tomar posesion de todo el Perú; Mendez le contestó que, siendo enviado por el poderoso Monarca de España, llegaria el nuevo jefe á ser Gobernador del pais y á castigar á Gonzalo; esta respuesta decidió á Manco á entrar

en relaciones con el virey y los refugiados en su campo se mostraron impacientes por encargarse de una comision que les permitia salir de un penoso, aunque voluntario destierro. Fuése esta ú otra la causa, se suscitó entre ellos y su protector una inesperada contienda en la que perecieron todos, muriendo el Inca á manos de Gomez Perez. Otros explican esta catástrofe, ya suponiendo que los Almagristas, viéndose atacados sin provocacion, quisieron vender caras sus vidas, ya atribuyendo la muerte de Manco á un golpe sin intencion durante el juego y la de sus huéspedes á la indignacion que tan funesto accidente causó en los naturales. Mas, si las circunstancias de la desgraciada muerte del hijo de Huaina Capac estaran envueltas eternamente en el misterio, por haber muerto junto con él los principales testigos, su fin trágico nos recuerda claramente la suerte que amenaza al caudillo que en las discordias civiles invoca la proteccion de las armas extranjeras para triunfar de sus rivales. Sin embargo no debe culpársele demasiado por haber caido en una falta en que le precipitaron la exaltacion y las ilusiones de una situacion tan nueva, como complicada; por otra parte desplegó, en tiempos tan calamitosos para su raza, dotes de inteligencia y de carácter que en mejores dias hubieran hecho de él el digno sucesor de su glorioso padre.

Muerto el soberano que en la proscripcion supo realzar el prestigio de la majestad caida, se desbandó

la mayor parte de su tropa; algunos amigos fieles tributaron todavía en Viticos á los cuatro hijos de Manco, Sairi Tupac, Titu Cusi Yupanqui, Hualpa Titu y Tupac Amaru el homenaje debido á los Incas; pero el imperio no los reconoció ya por sus señores; Sairi Tupac murió fuera de la montaña, despues de haber reconocido al Gobierno español, Titu Cusi Yupanqui en su asilo de Viticos, Hualpa Titu desterrado en Lima y Tupac Amaru en el cadalso.

Muchos años ántes de que se extinguiera la sucesion legítima de los Incas y cuando Manco sostenia todavía con las armas los derechos de sus mayores, era acatada en todo el imperio la majestad del Rey de España. Despues de la victoria de Chupas, procuró Vaca de Castro que la autoridad sucediese á la violencia, la justicia á la fuerza y el atractivo de los beneficios legales al terror que infundieran los conquistadores: se rodeó de toda la pompa necesaria para que los naturales no echaran de ménos la majestad de sus antiguos señores; hizo entrar en el deber á los soldados que se habian acostumbrado á tener su espada por toda ley; conforme á las sabias instrucciones del Emperador dió reglamentos á las ciudades, fomentó la industria, refrenó los excesos del juego, los desórdenes del comercio y la venta de las encomiendas; prohibió el ranchear, la traslacion de los indios á lugares insalubres y otros abusos destructores que habia autorizado la costumbre; les hizo devolver

muchas heredades; para que no fueran molestados por los traficantes, ni estos careciesen de los auxilios indispensables, ordenó que los caciques y los encomenderos tuviesen los tambos bien provistos. Enviando á unos pretendientes á expediciones lejanas, contentando á otros con repartimientos y á los ménos exigentes con caballos ó armas, conteniendo la impaciente ambicion de Gonzalo con una política tan sagaz como enérgica, reprimiendo los abusos de los Oficiales Reales que estaban acostumbrados á no tener juez en la Hacienda, moderando los repartimientos excesivos, ostentando en suma la fuerza de voluntad y las miras elevadas que distinguen á los poderes legítimos, hizo reinar en la colonia la paz y el órden : los indios estaban sosegados y cada dia mas contentos porque se veian protegidos y les era permitido saborear la coca y otros goces reservados ántes á sus altivos señores; la minería prosperaba en Porco y en los opulentos lavaderos de oro recien descubiertos en Carabaya; las haciendas iban en aumento; el Cuzco, La Plata, y otras ciudades pidieron al Rey que les conservara un Gobernador que procedia con rectitud y entendia ya la administracion de aquellos reinos.

Al mismo tiempo que el buen gobierno afirmaba la frágil obra de la violencia, adelantaba la conversion de los Indios de donde la conquista derivaba toda su razon de ser : en solo el Cuzco hubo mas de cuatro mil cristianos con todo el fervor de los recien conver-

tidos; Paulo Inca dió el ejemplo, recibiendo en el bautismo el nombre de D. Cristóbal, y sus criados se esparcieron por el Collao para propagar la fé con todo el zelo de varones apostólicos; la doctrina cristiana se enseñaba en varias escuelas á las que concurrian los hijos de los caciques; hecha la demarcacion entre las diócesis de Cuzco, Quito y Lima, principió á regularizarse el gobierno eclesiástico dando mas eficacia al zelo de los prelados; los misioneros propagaron por do quiera la fé á la sombra de la paz; aun los religiosos que se ocupaban mas especialmente de la prosperidad de sus conventos, ganaban muchos prosélitos, bien con el esplendor del culto, bien con el ascendiente de su carácter sagrado; los encomenderos doctrinaban á sus indios, ya por sí mismos, ya mas á menudo dando este encargo á algun dependiente; legos y eclesiásticos derribaban los oratorios antiguos, ayudaban á la ereccion de iglesias, ó ponian cruces en todos los caminos. De esta manera el culto del Sol, sin templos, sin vírgenes y sin tolerancia, quedó oscurecido entre las demas supersticiones vulgares; el nombre de *gentiles* que la multitud pronunciaba con secreto terror, fué dado á los fugitivos que todavía acataban á un hijo del Sol; los demas Peruanos glorificándose de ser cristianos consideraban como parte de la religion la obediencia al gobierno español. No se vió ya en la conquista sino la mano del Cielo que había protegido á los soldados del Evangelio con mi-

lagros visibles. La devocion ferviente de los Españoles y la fé sencilla de los Indios dieron por cosa cierta; que en Tumbez se habia amansado un tigre al presentarle la cruz Pedro de Candia; que en la Puná había combatido San Miguel con el Arcángel rebelde; que en Cajamarca se había aterrado el ejercito de Atahualpa por la aparicion de una mujer con un niño en sus brazos y de un guerrero con espada en mano; que el fuego del palacio de Viracocha había sido apagado por las manos de la Vírgen; que la misma Madre de Dios había cegado con un polvo sutil á los sitiadores en una noche de luna en que pretendieron asaltar el Cuzco; y que en los peligros extremos había combatido siempre al lado de los cristianos el Apóstol Santiago montado en un caballo blanco como la leche. El rey de España á quien Dios mandaba obedecer y de quien hablaban con humilde acatamiento los formidables caudillos de la conquista, si no era de orígen celestial como los hijos del Sol, representaba la Majestad de Dios, simbolizando en su trono, elevado mas allá de los mares, el poder, la sabiduría y la justicia; así fué tan venerado como lo habian sido los Incas en los dias mas esplendentes del imperio.

Las dulces relaciones de familia vinieron á consolidar la obra de la autoridad y de la religion haciendo un solo pueblo de conquistadores y conquistados: la rectitud y las excitationes de Vaca de Castro atrajeron muchos Indios á los pueblos de los Españoles; fueron

mas benéficas las relaciones de servicio y proteccion, mas cordial el trato y los lazos mas íntimos; las hijas de Huaina Capac y Atahualpa se casaron con Españoles; algunos descendientes de Manco Capac tomaron tambien sus consortes entre las mujeres extranjeras y estas grandes alianzas confundieron á las dos razas en la aspiracion comun por la prosperidad del Perú y de la España.

CAPITULO II

INFLUENCIA DE LA CONQUISTA.

La caida de los Incas oprime el corazon y turba la cabeza. Derrúmbanse los caminos del imperio; obstrúyense los grandes acueductos; son destrozados los palacios, los templos y las estupendas fortalezas; Vilcas, Pachacamac, Huánuco y otras capitales quedan reducidas á escombros; las provincias se despueblan; las arenas del desierto invaden las campiñas; los tesoros acumulados durante siglos desaparecen con espantosa rapidez; la destruccion moral sobrepuja á las ruinas materiales : piérdense el trabajo regular, las buenas costumbres, el órden y la justicia; nadie se halla en su lugar; las clases elevadas se extinguen entre sufrimientos indecibles; y el ínfimo vulgo padece el profundo malestar en que Dios sume à los pueblos, cuando para castigarlos permite la opresion combinada de la anarquía y del despotimo.

Afligian á un mismo tiempo al Perú cuatro azotes terribles, la violenta caida de instituciones seculares, la conquista, la servidumbre de raza y la sujecion colonial. La revolucion que derribó el imperio de los Incas, traia con todos los males inherentes á una perturbacion general del órden social los vicios arraigados por la teocracia; se halló de súbito el pueblo sin el sentimiento de su fuerza, sin la conciencia del deber, sin voluntad propia, con los linajes divididos, con los hábitos de servidumbre en las masas y con la corrupcion y el orgullo en la clase privilegiada: condiciones todas que hacian mas destructora la guerra intestina y facilitaban los estragos de la conquista.

La conquista se presentó como siempre precedida de pérfidos alhagos, acompañada de inicuas violencias y dejando en pos de sí sangre, desolacion y ruinas; á sus horrores inevitables se agregaron, por la fatalidad de las circunstancias, atentados monstruosos que despedazan y hielan el corazon. Los conquistadores peleaban por su cuenta, sin recibir grandes auxilios y sin estar bajo la accion directa del Gobierno; muchos de ellos eran de pasiones desenfrenadas, nada temian ni nada respetaban; en la desigual lucha se veian con frecuencia reducidos á la dura alternativa de aterrar á los naturales, ó de ser exterminados; su corazon se habia endurecido en la cruda contienda con los salvajes; su carácter irritable se exasperaba con los procederes

ya feroces, ya bajos, autorizados por la costumbre, conformes á la creencia ó inspirados por la pasion á los defensores del imperio; los zelos furiosos que mas de una vez les movieron á despedazarse entre sí, les hacian tambien ofender de rechazo á los Indios; tentábales la codicia, la exaltacion religiosa les disponia á no tener piedad con los infieles; la grandeza de los designios les movia á elegir con poco escrúpulo toda clase de medios; y los derechos excesivos que en aquel siglo se concedian á la victoria, les ocultaban muchas veces los principios de la humanidad y del honor. Vencedores se lo creyeron todo permitido porque todo habia cedido á su valor; y siendo pocos los que habian recibido la educacion necesaria para dirigirse á sí mismos, se entregaron á excesos que los hacian bárbaros respecto de los idólatras, á quienes se proponian hacer sentir los beneficios de la cultura evangélica.

Por honor de la religion y de la sangre española que los opresores calumniaban, se elevaban sin cesar de todas partes hasta los piés del trono enérgicas reclamaciones en favor de las víctimas; la España entera rechazaba indignada la complicidad ignominiosa que sobre ella haria pesar la continuacion de un sistema en que la vida, la honra y la hacienda de los Indios quedaban á merced de su encomendero ó de cualquiera á quien la justicia autorizaba á exigirles el servicio personal; en los púlpitos y en las universidades

se enseñó que la agresion era injusta, robos los tesoros adquiridos y tiránica la servidumbre; la voz de Las Casas, terrible como la del Juez de vivos y muertos hizo estremecer á los Consejeros del Gobierno con su horrible aunque por fortuna exagerado cuadro de la *brevísima destruccion de las Indias*; y el Monàrca recordando los piadosos encargos de la reina Isabel y la inutilidad de cuantas órdenes se habian dado para reprimir la tiranía por mas de cuarenta años, decretó la abolicion de las encomiendas; mas á pesar de la ley y de la opinion todavía estamos sintiendo los estragos de la destructora servidumbre. Puesto el débil á disposicion del mas fuerte y el ignorante á merced del mas sabio quedó en parte autorizada por la costumbre la explotacion del hombre por el hombre con todas sus iniquidades y funestas consecuencias; orgullosos señores no han concedido derechos de hombre á sus siervos, les han tratado poco mejor que á brutos; y desde que en su debilidad ó en su voluntad hallaron un obstáculo á sus exigencias, no los consideraron sino como animales montaraces: no pensaron en instruirlos sino en hacer de su rudeza un instrumento dócil de trabajo que les perteneceria en cuerpo y alma. Tal era la suerte del esclavo negro.

La sujecion colonial hacia perder el sentimiento de la existencia nacional. Colocado el poder central al otro lado de los mares no era dado á la Nacion tener la idea clara de sus necesidades, ni de sus recur-

sos, ni mucho ménos la libre disposicion de sus fuerzas; errores económicos que hasta estos últimos tiempos han sido considerados como los dogmas del régimen colonial, detenian á un mismo tiempo los progresos de la colonia y de la Metrópoli; los intereses del poder dominante debian ser atendidos de preferencia; sobre todo con los mejores deseos y con las mas felices inspiraciones era imposible que el Gobierno español administrara reinos tan remotos, previendo á tiempo y ordenando con eficacia. Hubiera sido, por lo tanto, muy tardío y muy limitado el engrandecimiento del Perú á estar condenado á una perpetua tutela. Así lo creian los conquistadores en la embriaguez del triunfo, considerando que su dominacion estaba sostenida por la fuerza, convertida en autoridad y prescrita por las creencias. Mas la Providencia que jamás borra unos nombres del libro de la vida, sino para escribir otros, al desaparecer el imperio de los Incas hacia germinar las semillas de una nueva nacion: los mismos principios que habian dado origen á la conquista, debian producir la independencia de la colonia; poderosos obstáculos de parte de los hombres ó de la naturaleza podian retardar la madurez del Perú; ninguna fuerza de la tierra era bastante á ahogar los gérmenes de progreso: la cultura de los Incas, el cristianismo y la influencia española, quedaron en el Perú junto con la grandeza imperecedora del país para reparar los estragos que siguieron á la caida del imperio.

Los Indios conservaron despues de desaparecer la dinastía nacional su dulce carácter, su docilidad, sus hábitos de sencillez, el apego al cultivo de la tierra, el espíritu de comunidad y otros elementos de órden social que perpetuaron la nacionalidad y la dispusieron á recibir una cultura superior. En vez de dispersarse en los bosques como otras razas Americanas y de extinguirse ya entre las privaciones de la soledad, ya en guerras de exterminio, continuaron viviendo apaciblemente al lado de los conquistadores, templaron su fiereza á fuerza de mansedumbre y mostraron admirable disposicion para recibir las artes y las luces del mundo civilizado.

La conquista era esencialmento una cruzada; el Jefe de la Iglesia no concedió las Indias á los Reyes de España sino para que convirtieran á sus naturales; las expediciones se emprendian y consumaban á nombre de la Religion, los guerreros combatian, vencian y morian como soldados de la Cruz, los misioneros marchaban siempre á su lado; y aunque olvidada por unos, quebrantada por otros y mal interpretada con dolorosa frecuencia, se ensalzaba por todos la moral del Evangelio: con ella se propagaba el sentimiento de la fraternidad, el afecto á la patria y la conciencia de la personalidad que es el fondo de las almas libres; el culto desterraba los sacrificios humanos y condenaba el desórden de las fiestas; el dogma elevaba las inteligencias.

Los Españoles trajeron al Perú las creencias vivas que crean las naciones y las conservan, las cualidades heróicas del carácter que las elevan, la generosidad que estrecha y dulcifica las relaciones sociales y todas las adquisiciones de la humanidad hasta el siglo XVI. Aunque hubo entre los conquistadores mucha gente perdida, con Pizarro vinieron no pocos hidalgos; caballeros de alto nacimiento tomaron parte en las expediciones de Alvarado y de Hernando; y los campeones mas distinguidos de América se interesaron en la conquista, bien atraidos por la opulencia del país, bien por la duracion de la contienda: con su sangre y con su influencia se inocularon en el carácter nacional las mas bellas dotes de la nobleza castellana, y la familia conoció las dulzuras íntimas que dan á la sociedad actual sus mas preciosos encantos.

Grato es pues contemplar entre los horrores de la destruccion las alegrías de la nacionalidad que se anuncia. Los linajes rivales se mezclan entre sí y con una noble raza; los pueblos que solo estaban yuxtapuestos, adquieren la cohesion que con la unidad nacional va á darles estabilidad y medios de adelantos; la propiedad y la familia bases del Estado se constituyen y afianzan por el sentimiento y por la religion; el amor de la patria sucede á la supersticiosa veneracion por un hombre, la conciencia á la obediencia servil, la ley á la palabra del principal, la fuerza moral á un mecanismo frágil, gastado y degradante;

el Perú se pone en contacto con el mundo civilizado para recibir y comunicar las influencias mas benéficas. Aun durante la destructora contienda, se retempla el carácter, ostentando los conquistadores el vigor de los tiempos heróicos y mostrándose los naturales capaces de seguir la táctica superior de la Europa y no inferiores á ninguna milicia con iguales armas; se levantan ciudades magníficas que hacen olvidar las capitales arruinadas; el comercio, la agricultura y las artes centuplican el valor de las riquezas del país y abren nuevas fuentes de prosperidad; el pueblo adquiere pan, carne y coca, y las clases acomodadas goces desconocidos; nace la generacion Hispano-Peruana heredando el corazon bondadoso de las madres y el espíritu elevado de los padres. En los momentos mismos de establecerse el Gobierno Español la naciente colonia que cuenta ya con una marina respetable, con un rico tesoro y con valerosos caudillos, está tentada á salir de la tutela de la Metrópoli. La dominacion colonial que era hija del imperio y de la conquista, llevaba en su seno al Perú independiente : el Vireinato daba á los Peruanos una influencia mas extensa y mas gloriosa que la dominacion de los Incas, y bajo las apariencias uniformes de la inmovilidad ocultaba un progreso variado. Cuando la metrópoli, las clases privilegiadas ó los individuos poderosos querian detener en su provecho el movimiento de la nacion, la Providencia llevaba adelante su obra, so-

breponiéndose á las faltas de los hombres; el Perú adquiria la conciencia de su vitalidad, y se preparaba á ocupar su lugar entre los pueblos independientes, favorecido por la marcha de la humanidad y por su propio engrandecimiento.

FIN.

INDICE

LIBRO I.

EL DESCUBRIMIENTO DEL PERU.

LIBRO II.

LA INVASION.

LIBRO III.

PERSECUCION DE ATAHUALPA.

LIBRO IV.

DISOLUCION DEL IMPERIO.

LIBRO V.

COLONIZACION DEL PERU.

LIBRO VI.

LEVANTAMIENTO DEL INCA MANCO.

LIBRO VII.

GUERRA ENTRE PIZARRO Y ALMAGRO.

LIBRO VIII.

GOBIERNO DE PIZARRO.

LIBRO IX.

REVOLUCION DE LOS ALMAGRISTAS.

LIBRO X.

CONSUMACION DE LA CONQUISTA.

POISSY — IMPRENTA ARBIEU.